Historia
MÍNIMA
de

Rusia

RAINER MATOS FRANCO

EL COLEGIO DE MÉXICO

HISTORIA MÍNIMA DE RUSIA

Colección Historias Mínimas

Director
Pablo Yankelevich

Consejo editorial
Soledad Loaeza
Carlos Marichal
Óscar Mazín
Erika Pani
Francisco Zapata

HISTORIA MÍNIMA DE RUSIA

Rainer María Matos Franco

EL COLEGIO DE MÉXICO TURNER

947
M4336h

Matos Franco, Rainer María

Historia mínima de Rusia / Rainer María Matos Franco. – 1a. ed. – Ciudad de México, México : El Colegio de México : Editorial Turner, 2017.

326 p. : tablas, maps., gráfs. ; 21 cm. (Colección Historias Mínimas)

ISBN 978-607-628-206-9

Incluye bibliografía

1. Rusia – Historia. I. t. II. ser.

CREATIVE COMMONS

Primera edición, 2017

D.R. © El Colegio de México, A. C.
Carretera Picacho Ajusco núm. 20
Ampliación Fuentes del Pedregal
Delegación Tlalpan
14110, Ciudad de México, México
www.colmex.com

ISBN: 978-607-628-206-9

Impreso en México

SUMARIO

Nota sobre la transliteración 9
Introducción 15

I
Del Paleolítico a la formación de Estados 21

II
El *Rus* de Kiev (882-1223) 29

III
Entre este y oeste (1223-1547) 41

IV
De Moscú a San Petersburgo (1547-1762) 61

V
Jugando con el liberalismo (1762-1825) 91

VI
El rompecabezas autocrático (1825-1855) 119

VII
La época de las reformas (1855-1881) 141

VIII
Las últimas décadas de la autocracia (1881-1905) 159

IX
La era de las promesas (1905-1917) 179

X
Los años de las cifras descomunales (1918-1945) 203

XI
Criogenias y escaldaduras (1945-1991) 239

XII
La Federación Rusa (1992-2016) 273
Nota bibliográfica 299
Recomendaciones bibliográficas 307
Glosario 319
Índice general 323

NOTA SOBRE LA TRANSLITERACIÓN

Se ha elegido una transliteración original del ruso al español para este libro. La razón es que abunda la versión al inglés, que vuelve confusa la pronunciación de muchos términos en ruso para el lector hispanohablante. La transliteración que se usa aquí no es convencional, pero con ella se ha intentado simplificar y acercarse lo más posible a la pronunciación rusa. Por ello, lo que en inglés se lee como "Gorbachev", "Khrushchev" o "El'tsin" se ha transliterado aquí como "Gorbachov", "Jrushiov" y "Yeltsin", respectivamente. Los plurales de algunos términos se han respetado de acuerdo con su empleo en ruso. Algunos, como *zemstvo/zemstva,* cambian su desinencia de *o* a *a,* mientras que otros cambian a una terminación con la letra *y* (*obshina/obshiny*). Se agregan tildes para tener mayor proximidad con la pronunciación de los términos rusos.

Algunas letras rusas cuyo fonema es inexistente en español se han transliterado de forma que se adapten a los alófonos de la lengua española. A continuación se presenta una lista de las letras rusas más problemáticas y el equivalente que aquí tendrán.

е	ié/ye/e
ё	ió/yo
ж	zh
и / й	i
х	j
ц	ts
ш / щ	sh
ы	y

· Todas las traducciones del ruso al español que aparecen en el libro son obra del autor.

El coche se encaminó por unas calles más tranquilas; pronto se vieron tan sólo las largas vallas de madera que anunciaban las afueras de la ciudad, que quedaba atrás; de nuevo se hallaba Chíchikov en camino. Y otra vez se vieron a ambos lados de la carretera los postes indicadores de las distancias, los guardas de las estaciones, los pozos, los carros; las aldeas grises, con sus samovares, campesinas y el barbudo dueño de la posada, que sale corriendo con la avena para los caballos; el caminante, con el calzado desgastado, que había recorrido ya ochocientas verstas; los pueblos, con sus casas de madera, con sus tiendas, en las que había barriles de harina, zapatillas, panes y otras menudencias, las barreras oscuras, los puentes en reparación, los caminos, de una extensión enorme, y a ambos lados de la carretera, ora alguna zanja, ora se veía pasar a un soldado a caballo que llevaba un cajón verde, lleno de balas de plomo, y con la inscripción: "Batería tal". Se veían tierras recién labradas; otras, amarillas o verdes; en la lejanía se oía alguna canción; las nieblas envolvían las copas de los pinos; se perdían a lo lejos unas campanadas; veíase una multitud de cuervos y el interminable horizonte…

¡Rusia! ¡Rusia! Te veo desde esta maravillosa lejanía; veo tu pobreza, tu desorden y tu falta de comodidad; no alegran ni atemorizan la vista las audaces maravillas de la naturaleza, coronadas por las ostensibles maravillas del arte; las ciudades, con sus altos palacios de numerosas ventanas, construidos en las rocas; los árboles extraordinarios y las enredaderas, que trepan por las casas entre el ruido de las eternas cascadas; ni se alza la cabeza para contemplar una infinidad de picachos. No deslumbran los arcos que se suceden cubiertos de viñedos, hiedra y millones de rosas silvestres; no aparecen en lontananza, a través de los arcos, las interminables hileras de deslumbrantes montañas, que se elevan hacia el cielo, plateado y diáfano. Todo es amplio y lleno en ti; tus ciudades de casas bajas aparecen imperceptibles en medio de las llanuras, como unos puntos, como unas motitas; nada cautiva ni encanta la vista. ¿Qué fuerza incomprensible y misteriosa atrae hacia ti? ¿Por qué se oye y resuena siempre en los oídos tu melancólica can-

ción, que se extiende de un extremo a otro, de mar a mar? ¿Qué tiene esa nación? ¿Qué llama y solloza, penetrando en el corazón? ¿Qué sonidos acarician dolorosamente y tienden a penetrar en el alma, envolviendo el corazón? ¡Rusia! ¿Qué quieres de mí? ¿Qué incomprensible vínculo se oculta entre nosotros? ¿Por qué me miras así y por qué todo lo que hay en ti ha puesto sobre mí sus ojos, llenos de esperanza?...

Aún permanezco inmóvil, lleno de vacilación cuando ya se cierne por encima de mi cabeza una nube amenazadora, que presagia las lluvias futuras, y mi pensamiento se paraliza ante tu inmensidad. ¿Qué predice esa inabarcable inmensidad? ¿Es posible que no nazcan en ti pensamientos ilimitados, cuando tú misma no tienes límites? ¿Cómo es posible que no haya héroes, cuando hay espacio donde desarrollarse y expansionarse? Me rodea de un modo amenazador la poderosa extensión, reflejándose con extraordinaria fuerza en el fondo de mí mismo; mis ojos se iluminan con un poder extraordinario. ¡Oh, qué lejanía tan resplandeciente, maravillosa y desconocida para la tierra! ¡Rusia!

—¡Frena, frena, imbécil! —le gritó Chíchikov a Selifán.

Nikolái Vasílievich Gógol,
Almas muertas (1842)

Mapa 1. La Federación Rusa en 2017

Mapa 2. La Rusia europea en 2017

INTRODUCCIÓN

Rusia fascina. Rusia atrae irresistiblemente, sea para elogiarla o despedazarla como tema de conversación. Rusia asombra, tanto en la acepción de "asustar" como en la de "causar gran admiración", según registra el Diccionario de la Real Academia Española. Se puede hablar bien o mal de Rusia, pero es difícil ignorarla: en los periódicos, en los Juegos Olímpicos, en las clases de relaciones internacionales, en cualquier librería, en las noticias de todos los días, en los globos terráqueos y en las tiendas de música. Rusia ocupa más de una octava parte de la masa continental planetaria y originalmente una sexta en tiempos del Imperio ruso y más tarde de la Unión Soviética (URSS). Como suelen decir los vendedores de mapas en el metro de San Petersburgo —no sin razón—, no hay mundo sin Rusia: *eto ne byváiet* ("eso no pasa"). Y no porque le robe el oxígeno a los demás países en el mapamundi con su tamaño, sino porque su mera presencia, menos en términos cartográficos que históricos, ha contribuido de manera fundamental a producir el orbe como lo conocemos hoy en día.

Casi nadie se lo plantea muy a menudo, pero sin la genialidad de científicos como Mijaíl Lomonósov, Borís Iúriev o Ígor Sikorski, nacidos en el Imperio ruso, difícilmente habría helicópteros modernos. La lámpara eléctrica podría haber llegado en algún momento, pero Aleksandr Lodygin se adelantó al fabricarla en 1872. La televisión que vemos todos los días no existiría sin el aporte de Borís Rozing, Lev Termén o Vladímir Zvorykin, quienes contribuyeron a la creación del iconoscopio. Pável Schilling, otro oriundo del Imperio ruso, fabricó el primer telégrafo eléctrico en 1832. Franz San Galli, empresario ruso, inventó el radiador o calentador que sustituyó a otra invención rusa más rústica, el samovar. El químico Dmitri Mendeléiev concibió en 1869 la tabla periódica de los elementos que se enseña en cualquier secundaria, mientras que el fisiólogo Iván Pávlov —primer premio Nobel ruso, en 1904— demostró la existencia del reflejo condicionado en los perros e

innovó en la psicología conductista. Los rusos, por extraño que parezca, descubrieron la Antártida (1820). Además, lanzaron el primer avión comercial (1913), legalizaron por primera vez el aborto (1920), crearon el corazón artificial (1937), pusieron el primer satélite en órbita (1957), enviaron al primer hombre al espacio (1961) y construyeron el primer módulo de descenso espacial (1966). A lo largo de más de un milenio también fabricaron inventos bastante útiles para la humanidad, como el vodka, la balalaika, el bayán (acordeón ruso), el rifle Kaláshnikov (AK-47), la *matrioshka* o el *tetris.* Eso sin haber mencionado siquiera las aportaciones artísticas y culturales.

Ésa es la primera idea en la que se sustenta la escritura de este libro: Rusia *importa.* Aunque en la década de 1990 el interés por ella menguó y las cátedras y programas universitarios que la estudiaban se redujeron —cuando no desaparecieron—, Rusia seguía siendo el país con más armas nucleares, el quinto con mayor personal militar y el más extenso del planeta. En la primera década del siglo XXI Rusia se convirtió en el único Estado que, simultáneamente, era miembro permanente del Consejo de Seguridad de la Organización de las Naciones Unidas (ONU), miembro del G20, del G8, de la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa (OSCE), de la Organización de Cooperación de Shanghái y de la asociación de economías emergentes BRICS. La lengua rusa es uno de los seis idiomas oficiales de la ONU y la séptima más hablada en el mundo. Esta presencia innegable de Rusia, aunque acentuada en los últimos cien años, en realidad ha acompañado al planeta desde hace siglos. Aunque el XX fue el "siglo ruso", desde un milenio atrás el primer Estado ruso, el *Rus* de Kiev, era ya el más grande de Europa, tanto que ponía en serios aprietos al Imperio bizantino, del que terminó siendo heredero espiritual hacia el siglo XVI. En ese entonces ya era una masa de tierra interminable, indescifrable para algunos, que estaba ahí sin que Europa occidental, ni mucho menos el resto del mundo, entendiera muy bien qué era aquéllo. Esa incomprensión sobre Rusia —que por desgracia ha retornado en nuestros días con renovadas fuerzas— es una de las constantes de este texto.

Una segunda idea que funge como hilo conductor de este volumen es que no hay una sola Rusia. Al escribir la historia de Rusia, se escribe una historia de "todas las Rusias" *(vseia Rusi).* Esa frase entrecomillada está presente en la coronación de Iván IV como zar en 1547, pero también en el adjetivo *vserossíiskaia* ("de toda Rusia" o "panruso") en el

nombre original del Partido Comunista ruso, e incluso en el título rimbombante de su rival, el almirante Aleksandr Kolchak, autodenominado "Líder Supremo de Todas las Rusias" durante la Guerra Civil. La necesidad de afirmar una institución (la Corona, el Partido, la Academia de Ciencias) como propia "de todas las Rusias" implica inexorablemente la existencia de más de una Rusia. En tiempos imperiales había tres claramente identificables: la Gran Rusia, la Pequeña Rusia (Ucrania) y la Rusia Blanca (Bielorrusia), que conservó su nombre. Hoy por hoy se utiliza el término *Novorossiya,* "Nueva Rusia", para referirse al sudeste ucraniano rusoparlante. Pero ¿qué es lo *ruso*? ¿Dónde comienza y termina Rusia? No hay respuesta. Ni siquiera puede decirse si Crimea es "rusa" o "ucraniana" —o "tártara", para complicarse más—.

Amén de adjetivos y términos, importa entender que lo que históricamente se ha conocido como "Rusia" es una amalgama de pueblos, etnias, creencias y costumbres muy distintos entre sí. Sus fronteras se han transformado tanto como su demografía: en algún momento Rusia colindó con Alemania y Rumanía en el oeste y con Canadá británica en el este —incluso con el naciente México independiente en el actual Fort Ross, California—. Hoy Finlandia o Alaska ya no son territorio ruso (ni desean serlo), pero el líder del Partido Liberal Democrático de Rusia, Vladímir Zhirinovski, ha reclamado la reincorporación de estos y otros territorios al país. Zhirinovski podrá ser excéntrico y parlanchín, pero la idea de esa "Gran Rusia" ampliada subyace en muchos sectores de la sociedad rusa en la actualidad. Rusia es, pues, al tiempo que una delimitación política y geográfica más o menos identificable, una *idea.* Al escribir una *Historia mínima de Rusia,* es necesario integrar en una sola narrativa elementos que poco tienen que ver con la Rusia de hoy: un puñado de griegos que tenían una colonia en el Mar Negro hace más de dos milenios, una tribu indígena de las Montañas Rocallosas cerca de la actual capital de Alaska o un grupo de vikingos que decidió emprender la marcha a través de ríos y lagos congelados en busca de mejores tierras. Estos elementos sólo cobran relevancia en conjunto para contribuir a definir qué constituye "lo ruso", pero también qué se debe dejar fuera. La historia de lo que comúnmente se llama *Rusia* no es más que el conjunto de pensamientos, decisiones y acciones de personas innumerables, una polifonía que no cabe en trescientas páginas.

En la actualidad hay una diferencia importante entre dos adjetivos que se traducen como "ruso": *russkii,* que implica sobre todo la etnia rusa, y *rossiiskii/rossianin,* para referirse a la ciudadanía rusa, lo cual no significa que uno pertenezca a lo primero. La diferencia importa para dejar claro que no puede escribirse una historia de Rusia, aunque mínima, sin que sea también la de otros pueblos y Estados, hoy conocidos con los nombres de Finlandia, Estonia, Letonia, Lituania, Polonia, Bielorrusia, Ucrania, Moldavia, Georgia, Armenia, Azerbaiyán, Kazajstán, Uzbekistán, Turkmenistán, Tayikistán, Kirguistán e incluso Mongolia y Alaska. Ésta es, por ende, una historia mínima de eslavos, tártaros, ugrofineses; de pueblos indoeuropeos, escandinavos e iranios que pasaron por Rusia y de poblaciones indígenas siberianas. Es una historia mínima de ríos, lagos, bosques, mares y nieve; de príncipes, kanes, zares, revolucionarios y líderes partidistas; de cultura, religión, literatura, arquitectura, música, pintura y teatro, pero también de hambrunas, sequías, guerras, represiones, deportaciones y muertes por millones. En pocas palabras, es la historia mínima de un subcontinente más, al que no se le ha prestado la debida atención como tal: el subcontinente panruso o eurasiático.

La primera idea arrojada al principio de esta introducción responde a la pregunta de *por qué* estudiar Rusia. La segunda responde a *quién* (o *quiénes*) es Rusia. Ambas están relacionadas con una tercera que se irá definiendo a lo largo del escrito, sin duda la más difícil de responder: *qué* es Rusia, entendiendo por ello qué la hace tan singular. ¿Por qué produce debates ardientes y reacciones enérgicas? ¿Por qué origina una disyuntiva a favor o en contra? ¿Por qué se ha tergiversado su historia como la de pocos países en el mundo? Esta *Historia mínima de Rusia* intenta presentar una posible respuesta a partir del pasado ruso hasta nuestros días. Cabe distinguir que esta pregunta es muy diferente de *qué debe ser* Rusia, algo que aquí no se pretende responder, ni mucho menos tomar posición a favor o en contra en debates maniqueos sobre uno de los Estados que más han politizado las sobremesas en los últimos cien años. Desde luego, ese problema ha hecho de la escritura de este libro una tarea por demás delicada. La historia de Rusia es sin duda controvertida; no deja de ser tema sensible, sobre todo desde la politización que trajo consigo la Revolución bolchevique a partir de octubre de 1917 y la posterior polarización mundial entre 1945 y 1991. La Guerra Fría heredó más de un prejuicio sobre Rusia, los cuales han sido inte-

grados recientemente en explicaciones cómodas y simplistas del pasado, del presente y hasta del futuro rusos, y de comparaciones poco útiles con otros Estados y sus sistemas políticos para justificar posiciones ideológicas subyacentes. Por ello, al final del libro se incorpora un breve ensayo bibliográfico que provea una mínima orientación sobre las fuentes consultadas y las lecturas complementarias.

Pese a toda la presencia e importancia de Rusia en la vida e historia humanas, la famosa frase pronunciada por Winston Churchill en la estación de radio de la BBC el 1º de octubre de 1939 no deja de ser atinada dentro del contexto occidental: "Rusia es un acertijo, envuelto en un misterio, dentro de un enigma". Muy pocos saben que Churchill añadió inmediatamente después a ésta una frase adversativa: "… pero quizás hay una llave *(but perhaps there is a key)*". Pues bien: este libro pretende ser no una llave maestra, pero probablemente una primera y mínima ganzúa con la que el público de habla hispana puede facilitarse la entrada y aventurarse a "descifrar" el logogrifo ruso. De ser así, este trabajo habrá cumplido su misión.

La *Historia mínima de Rusia* comenzó a escribirse (a escondidas) en julio de 2014 en una computadora de la oficina 305 de la Secretaría de Educación Pública en la Ciudad de México, pero se concibió mucho antes como un proyecto que presenté a mi alma máter, El Colegio de México, y que obtuvo una respuesta por demás positiva de diversas autoridades. Se escribió también durante varias horas en la Biblioteca Daniel Cosío Villegas de El Colegio, en una oficina de la Secretaría General del Instituto de Seguridad y Servicios Sociales de los Trabajadores del Estado, en la biblioteca de la Universidad Europea de San Petersburgo, en un departamento a las afueras de esta ciudad, en el espléndido café *Knigi i Kofe* e incluso, por momentos, en la ciudad de Lahti, Finlandia. La guía y la amistad de Fernando Escalante Gonzalbo fueron cruciales para que viera la luz este proyecto, que tampoco podría haberse materializado sin el enorme apoyo y la confianza de Javier Garciadiego Dantan y la valiosa ayuda de Pablo Yankelevich. Durante mi estancia en la SEP el enorme profesionalismo y la amistad del doctor Fernando Serrano Migallón fueron vitales para los avances en la escritura, cuando no me cargó mucho la mano o cuando me tocaban largas guardias nocturnas y sabatinas, momentos que aproveché para avanzar varios párrafos. Las conver-

saciones en México con Jaime Hernández Colorado, César Martínez, Pablo Lozano, Esteban Olhóvich, Daniel Cortés y Ricardo Cárdenas fueron tan estimulantes como las que tuve en Rusia con una cantidad innumerable de personas, entre quienes destacan Hilde Kveseth, Rebeka Foley, Nicholas Trickett, Patrick Osborne, Anatoly Pinsky, Alekséi Miller, Iván Kurilla, James West, Igal Halfin, Aleksandr Panchenko, Olga Manúlkina, Alfrid Bustánov, Alekséi Pikúlik, Vladímir Guelman, Anna Matóchkina y Daria Smáguina. Agradezco también la ayuda y la paciencia de Olga Novikova y Yulia Yeremenko durante mi estancia en la Universidad Europea de San Petersburgo. Tengo que agradecer profundamente a quienes me leyeron e hicieron observaciones puntuales: César Martínez, Serguéi Podbolótov, Luis Fernández Meza, Humberto Garza y Luis Ángel Monroy, así como a la Dirección de Publicaciones de El Colegio y a Gabriela Said por las aclaraciones. Julio Romero diseñó mapas exactos que ayudan a entender a cabalidad reacomodos territoriales y Luz María Muñoz contribuyó al enviarlos desde México hasta San Petersburgo.

Agradezco también a quienes confían en mí sin condiciones y que siempre han estado ahí: Jaime Hernández, Rodrigo Galindo, Marcela Valdivia, Raúl Zambrano, Miguel Berber, Luis E. Madrid, Jorge Zendejas, Mónica Martínez, Pablo Andrade y Cristina Santoyo. Gracias con especial cariño a Fernando Lamadrid y Lilia Ortiz, y en especial a Fernanda por acompañarme siempre en este proceso. Gracias a Eduardo Matos, María Luisa Franco y Marta Brizuela por infundirme la pasión por Rusia. A mi familia en México y a Dmitri, Marina, Daria y, de manera muy especial, a Alyona But por su paciencia, amor y dedicación admirables.

Este libro está dedicado particularmente a la memoria de dos personas que combatieron con honor contra el nazismo en la Gran Guerra Patriótica. El primero es Filipp Iákovlievich Makárov (1916-1973), quien luchó entre octubre de 1941 y febrero de 1942 en el 785º Regimiento de la 44ª División de Infantería del frente occidental en el Ejército Rojo y fue herido de por vida. El segundo es Iliá Prokópievich Shitov (1913-1941), perteneciente al 176º Regimiento de la 46ª División de Infantería del Segundo Ejército de Choque, quien según las fuentes disponibles "desapareció sin rastro" en la región de Chúdovski, provincia de Nóvgorod, el 25 de diciembre de 1941.

Rainer María Matos Franco
Ciudad de México, diciembre de 2016

I
DEL PALEOLÍTICO A LA FORMACIÓN DE ESTADOS

Los restos humanos más antiguos encontrados en el territorio que hoy comprende la Federación Rusa y su vecindad inmediata tienen 1.5 millones de años de antigüedad. En 2006 se descubrieron en Daguestán, al noroeste del Mar Caspio, herramientas de esta época (Paleolítico temprano) fabricadas con variedades de sílex y con importantes características olduvayenses. Los primeros habitantes de las planicies siberianas, poblaciones generalmente nómadas, llegaron allí entre el 48 000 y el 45 000 a.C. En 2008 se descubrió, en una cueva de las montañas de Altái, una clase de homínido (la "Mujer X") que vivió en esos años y que no pertenece a ninguna clasificación conocida anteriormente. Hace 34 mil años (Paleolítico superior) en la cuenca del río Don, que desemboca en el Mar Negro, habitó un pueblo avanzado en el actual Kostionki —que significa, literalmente, "huesitos", en referencia a los restos encontrados allí—. Sus habitantes cazaban, recolectaban y usaban agujas para tejer ropa invernal. Se cree que la actividad volcánica de los Campos Flégreos en Italia, a pesar de la distancia, fue determinante en la desaparición de esta cultura. Hacia el decimoséptimo milenio a.C. las migraciones llegaron a la península de Chukotka, el punto más oriental de Rusia, desde donde comenzó el poblamiento de América al final de la última era glacial (*c.* 15 000 a.C.) según la teoría del Estrecho de Bering. Para este momento el estrecho contaba con áreas por encima del nivel del mar, lo que permitía el cruce intercontinental a pie.

En la "Rusia europea" —la región comprendida entre, por un lado, los mares Báltico y Negro y, por otro, los Montes Urales— comenzaron a formarse varias culturas alrededor del segundo milenio antes de nuestra era con muchas características en común, como los sintashta en la cordillera urálica, los andrónovo en el actual Kazajstán, los abáshevo en la cuenca de los ríos Kama y Volga, y la cultura yamna en lo que hoy es Ucrania y el Cáucaso. Sus economías se basaban en el pastoreo, el comercio y en menor grado en la agricultura, con un avanzado uso de la

metalurgia especialmente en los Urales, donde hay importantes depósitos carboníferos y minerales. La evidencia arqueológica demuestra que durante el primer milenio a.C., las diferencias entre pueblos se agudizaron una vez que los diversos grupos que poblaban Escitia se diseminaron hacia Europa y Asia. La arqueóloga lituana Marija Gimbutas planteó con la Hipótesis de Kurgán, en la década de 1950, que las poblaciones que habitaban la estepa escita entre los ríos Dniéper y Volga son el origen de los pueblos indoeuropeos que más tarde se dispersaron hacia Europa y Asia central, manteniendo cierta homogeneidad lingüística en los cuatro milenios anteriores al nacimiento de Cristo. Con el paso de los siglos en el subcontinente eurasiático fueron distinguiéndose culturas más definidas, entre las que destacan tres grandes pueblos que conformarán después los grupos étnicos principales del territorio ruso y su vecindad inmediata: ugrofineses, turcomanos y eslavos.

Los pueblos ugrofineses o urálicos se desarrollaron entre el río Volga y la cordillera de los Urales con características comunes trazables hasta el sexto milenio a.C., antes de comenzar una emigración de varios miles de años hacia las actuales Finlandia, Hungría y Estonia, así como a las regiones rusas de Carelia, los alrededores de los lagos Ládoga y Onega y hacia Yamalo-Nenets al norte, adonde llegaron los samoyedos. Entre las poblaciones que permanecieron en los Urales y la cuenca del Volga hay, a la fecha, importantes minorías de origen ugrofinés en las regiones rusas de Mordovia, Perm, Udmurtia, Jánty-Mansi, Komi y Mari El. Quizá las características más importantes de estos pueblos, además de una rama lingüística común, son, por un lado, su extensa mitología y cosmología —de las que el mayor ejemplo es la mitología finesa— y, por otro, una próspera actividad agrícola, especialmente entre los grupos que permanecieron en la cuenca del Volga.

Los pueblos turcomanos, también llamados "tártaros", caracterizados por su nomadismo, se asentaron de forma incipiente hacia el siglo VI a.C. en la periferia de la actual Mongolia y el norte de China, desde donde migrarían constantemente en el transcurso de más de un milenio hasta abarcar zonas tan distintas como la península de la Anatolia, Asia Central o distintos rincones de Siberia. Países como Azerbaiyán y las actuales repúblicas de Asia Central; las de Saja, Bashkortostán, Tartaristán y Tuvá en la Federación Rusa, así como los tártaros de Crimea o los gagauzos en Moldavia, son pueblos turcomanos, parte fundamen-

tal de su identidad. Otra de sus características era un sistema político milenario, encabezado por un kan *(jan),* que significa "príncipe" o "jefe". En la historia temprana de Rusia se encontrará más de una vez el término *jaganato,* es decir el Estado gobernado por un *jan* o *jagán,* quien, dentro de la jerarquía política turcomana, era el equivalente a un emperador o "rey de reyes".

Antes de repasar las migraciones —muy posteriores— del tercer gran pueblo determinante en la historia rusa, los eslavos, cabe señalar el gran abismo de desinformación en la historiografía que documenta el periodo entre, por un lado, las migraciones ugrofinesas y turcomanas a occidente a partir más o menos del año 1000 a. C. y, por otro, la fundación del primer Estado ruso en el siglo IX d.C. Acaso la presencia mejor documentada de un pueblo en tan amplio territorio durante este prolongado periodo fue el asentamiento griego en Crimea, cerca de la actual Sebastópol. Esta región, llamada Táuride, albergó una extensa colonia griega desde el siglo VI a.C. que tenía en Quersoneso *(Jersónisos)* su centro político y religioso, elemento fundamental de las identidades rusa, ucraniana y crimea. Fuera de este enclave griego, se sabe poco de las culturas que pasaron por o se asentaron en el subcontinente eurasiático en esos casi dos mil años. Los cimerios, documentados por Heródoto, fueron un pueblo indoeuropeo que se asentó en la actual Ucrania, desde donde comerciaban con los griegos y cuyo cenit llegó en el siglo X a.C. Fueron desplazados dos siglos más tarde por un pueblo de origen iranio, los escitas, término con el que se designa a grupos distintos que habitaron el enorme territorio desde Siberia hasta el Mar Negro, temibles guerreros nómadas que fabricaron magníficos ornamentos de oro y llegaron a amenazar al Imperio persa. En el segundo siglo después de Cristo los godos, provenientes de Escandinavia, pasaron por la actual Rusia europea en sus migraciones al sur. Al mismo tiempo los alanos, pueblo iranio —antecesores directos de los osetios—, llegaron desde el Cáucaso y se diseminaron por el continente europeo, mientras que en el siglo IV los hunos, descendientes de los escitas, llegaron desde el este y lograron controlar buena parte del sur de la actual Rusia europea y el territorio que se extiende entre el Danubio y el Volga.

Los eslavos constituyen el grupo con mayor presencia en la historia del territorio, pero su poblamiento fue mucho más tardío que el de los turcomanos y ugrofineses. Por su preponderancia en la creación del

primer Estado ruso y en el peso demográfico que tienen hasta la fecha en el territorio y en la identidad de Rusia como nación, es imposible disociar la historia rusa de la de los pueblos eslavos. El vocablo "eslavo" proviene del griego *sklabinós,* como los llamó el historiador griego Procopio en el siglo VI d. C. Según Henri Pirenne, está íntimamente ligada a la palabra que en todas las lenguas occidentales designa a un *esclavo,* pues los eslavos fueron en un inicio esclavizados por algunos Estados cristianos dado su paganismo. Las teorías sobre su origen apuntan hacia el área entre los ríos Danubio y Dniéper, de donde surgieron tres grandes vertientes lingüísticas y geográficas hacia el siglo sexto: los eslavos del sur ("yugoslavos"), quienes se extendieron desde los Alpes en Eslovenia hasta los Balcanes en Macedonia; los eslavos occidentales, que fueron diferenciándose a medida que poblaban las actuales República Checa, Polonia y Eslovaquia, y los eslavos orientales, quienes migraron al noreste, hacia las actuales Rusia, Bielorrusia y Ucrania.

La mayor prueba del sincretismo que dejaron cuatro siglos de migraciones constantes en el subcontinente eurasiático, y que puede considerarse como primer antecedente de un Estado donde convivieran eslavos, ugrofineses y tártaros por igual —como ocurrirá en Rusia y en la Unión Soviética más tarde—, fue el Jaganato ávaro que se extendía al norte del Imperio bizantino, en las actuales Ucrania y Rumanía. Hacia el siglo VII, los eslavos comenzaron a incursionar en estos territorios, mezclándose con la población ávara, de origen turcomano, y desplazándola. Conforme avanzaba el siglo, el eslavo antiguo se convirtió en *lingua franca* de esta comunidad política, mientras que los usos y costumbres de los eslavos se propagaron hasta el Mediterráneo. No obstante, con el arribo de los magiares o húngaros —pueblo ugrofinés— a Europa en el siglo VIII, quienes dividieron territorialmente a los eslavos, y con la expansión al este del Imperio franco por medio de diversas guerras contra el Jaganato, los ávaros prácticamente desaparecieron en un lapso de tres generaciones, dando paso a los primeros principados y Estados eslavos. Así, para fines de la octava centuria de nuestra era los eslavos eran ya el principal grupo étnico de Europa oriental, no sólo por su ocupación física sobre el territorio y su posterior incursión en los Balcanes para temor del Imperio bizantino —de cuyas fronteras septentrionales ya nunca serían relegados—, sino también por una táctica inconsciente y consecuencia no buscada del orden social eslavo: la su-

perioridad demográfica. La población fue mezclándose al por mayor conforme los eslavos se impusieron a los ávaros y luego a los búlgaros, otro pueblo turcomano de las estepas escitas que se estableció en el Danubio hacia el siglo VII, el cual adoptó las formas, el lenguaje y hasta la apariencia de los eslavos completamente para el siglo X. La rama del pueblo búlgaro que no emigró al oeste y que permaneció en las zonas septentrionales del Volga, los "búlgaros del Volga", constituyó el primer Estado musulmán en el actual territorio ruso tras adoptar esa religión en el siglo X.

La conversión de los eslavos al cristianismo fue crucial para su propagación geográfica y demográfica. Tuvo lugar a partir del año 863 cuando Cirilo y Metodio, misioneros ortodoxos griegos, fueron enviados por el emperador bizantino a la corte de Rastislav de la Gran Moravia (actual República Checa) para ampliar la influencia bizantina por vía de la religión cristiana en los linderos septentrionales del Imperio. Los sacerdotes no sólo propagaron el cristianismo en esa región sino también un código civil y, muy importante, el alfabeto glagolítico —diseñado por ellos—, basado en el griego pero meticulosamente adaptado a los alófonos eslavos. Más tarde Cirilo y Metodio llegarían a Bulgaria en 885 invitados por el rey Borís I, quien les encomendó instruir al clero y a la administración en el nuevo abecedario. Se establecieron así las bases de lo que más tarde fue el alfabeto cirílico o de Cirilo *(Kiril),* que hoy es el principal abecedario en Rusia, Ucrania, Bielorrusia, Bulgaria, Kazajstán, Kirguistán, Macedonia, Serbia, Tayikistán, Montenegro y Mongolia. El sucesor del rey búlgaro Borís I, su hijo Simeón I (893-927), usó por primera vez el título zar *(tsar),* derivado del de los emperadores romanos, *Caesar,* que luego retomarían los gobernantes serbios en el siglo XIV y los moscovitas en el XVI.

Entre los siglos VIII y IX, los grupos eslavos que no permanecieron en la ribera occidental del Dniéper migraron, quizás huyendo de las guerras en Europa, hacia el noreste, ubicándose entre los ríos Dviná Occidental, Dviná Norte y Volga. Uno de esos grupos se estableció dentro del perímetro trazado por los lagos Ládoga, Onega e Ilmen. En estos gélidos parajes se toparon con los varegos o varangios, pueblo escandinavo de mercenarios que conformaba un "jaganato" en esa región —a tal grado se habían extendido y adoptado las jerarquías políticas turcomanas en Europa oriental—, quienes controlaban las rutas co-

merciales del Dniéper y del Volga que llegaban a Constantinopla y Bagdad en el sur, respectivamente. De ese modo, en un inicio los eslavos orientales serían tributarios de los varegos al norte, entre quienes eran vendidos como esclavos, y de los jázaros —otro pueblo turcomano de religión judía que controlaba el Cáucaso norte— al sur, para quienes producían miel, cera y pieles.

Los varegos tienen particular importancia para la historia de Rusia, pues dieron nombre a su pueblo y fundaron el primer Estado "ruso". Según la teoría más aceptada por la academia, los eslavos bautizaron a los varegos como *rus* pues sabían que los fineses llamaban a éstos *ruotsi* (que en finlandés significa "sueco"). Estos mercenarios nórdicos fundaron varios puestos comerciales *(pogost)* a lo largo de los grandes ríos y lagos, que eventualmente se convirtieron en ciudades donde era más seguro vivir que en descampado. Así, en el siglo IX se fundaron pequeñísimas ciudades como Nóvgorod junto al lago Ilmen, Smolensk en el alto Dniéper, Chernígov en el Desná (afluente del Dniéper) y Pólotsk en el Dviná Occidental. El *pogost* más importante de todos fue Kiev, con una posición sumamente estratégica al ubicarse en medio del Dniéper, adelante de la confluencia de todos los ríos importantes de la región. Desde entonces y a la fecha, Kiev sería un punto de contacto entre norte y sur, entre oriente y occidente. Se trataba de la plaza mercantil más relevante de la región, así como un puesto avanzado por el que se podía atacar y saquear fácilmente la frontera norte del Imperio bizantino. Por supuesto, no es coincidencia que los varegos, o *rus,* primero comandados por el príncipe Rúrik (864-879) y luego por Helgi u Oleg (879-912), trasladaran su capital de Nóvgorod a Kiev y batallasen entre sí por el control del centro urbano. Con el paso de los años, y como ya era común entre los pueblos eslavos por su enorme peso demográfico, el nuevo Estado fundado en Kiev se eslavizó rápidamente. En 964 fue coronado un rey ya con nombre eslavo, Sviatoslav I, descendiente de Rúrik y que aún será pagano.

Surgieron así las semillas del pueblo "ruso" y de la dinastía escandinava que fue la primera en gobernarlo. No debe olvidarse que este nacimiento no es homogéneo, autóctono ni casual, sino que resulta de la convergencia de procesos diversos: migraciones en busca de mejores tierras, la ventaja que representa para el ser humano asentarse junto a grandes ríos y a la orilla de los grandes lagos, la conveniencia de rutas

comerciales y la propagación de las religiones cristiana, musulmana y judía hacia el subcontinente eurasiático; además es un momento en que no existe tal cosa como el nacionalismo. Se trató, también, como ocurrirá siempre en la historia de Rusia, de un proceso que unió a pueblos muy distintos, de variadas cosmovisiones. El Jaganato varego —por desgracia poco estudiado— que precede al *Rus* de Kiev es prueba fehaciente de ello: sus instituciones políticas eran turcomanas, su población mayoritariamente eslava y sus gobernantes escandinavos, cuyo linaje terminará adoptando una religión cristiana que ya pasó por el filtro griego. No hay tal cosa como la autoctonía ni la naturalidad, ni la habrá en la Rusia medieval, zarista, en la Unión Soviética ni en la Federación Rusa.

Finalmente, amén de la impronta eslava, no hay que olvidar otros pueblos de menor presencia, pero que también conformarán el vastísimo subcontinente eurasiático: los tunguses en Siberia oriental, varios grupos mongólicos alrededor del lago Baikal, grupos caucasianos entre los mares Negro y Caspio, iranios en el Cáucaso y Asia Central y pueblos indoeuropeos como los armenios. Especial mención merece el pueblo judío, que será absorbido por el Imperio ruso con las particiones de Polonia en el siglo XVIII y que en mucho contribuirá a su historia. Hay que mencionar también a cientos de pueblos indígenas esparcidos por los cuatro puntos cardinales de Siberia, que hoy suman alrededor de 10% de la población de la región e imprimen una identidad y tradiciones importantes en las áreas que habitan.

II
EL *RUS* DE KIEV (882-1223)

Existe un documento fundamental que testifica la forma en que Rúrik y su pueblo escandinavo se instalaron en los alrededores del lago Ládoga: el *Relato de los años pasados (Póviest vriemennyj liet)* o *Crónica primaria,* códice que relata la historia de los eslavos orientales hasta el año 1110. Fue escrito en *c.* 1113 por Néstor, monje del Monasterio de las Cuevas de Kiev, con indicios de pasajes reescritos después. De acuerdo con la *Crónica,* a mediados del siglo IX grupos eslavos y ugrofineses, entre otros, "invitaron" a los varegos —a quienes llamaban *rus*— a gobernarlos puesto que "no había orden" en aquella tierra tan "rica y vasta". Fue así como el príncipe nórdico Rúrik y sus dos hermanos arribaron a aquellas tierras; al morir los últimos, Rúrik gobernó solo. La evidencia arqueológica confirma en parte estas aseveraciones, pero los historiadores aún se preguntan si Rúrik existió o si se trata de una figura mítica. En la segunda mitad del siglo IX el Jaganato varego, fundado alrededor de 830 en el norte lacustre de la actual Rusia europea, se expandió hacia el sur a lo largo del río Dniéper. Para la década de 860 Nóvgorod era su capital indiscutible. La *Crónica primaria* relata que dos lugartenientes de Rúrik, Askold y Dir, se aventuraron a la conquista del *pogost* de Kiev por estos años y fortalecieron la presencia varega en la ciudad, tan amplia que en 860 los *rus* sitiaron Constantinopla navegando por el Dniéper hasta el Bósforo. Supuestamente en su lecho de muerte Rúrik nombró regente a su pariente Oleg (Helgi), pues Ígor, hijo del primero, era menor de edad. Entre 879 y 912 Oleg gobernó el Jaganato, capturó Kiev de manos de Askold y Dir en nombre de Ígor y de la dinastía "ruríkida", y trasladó la capital hacia allí en 882, como medida estratégica para monopolizar la dinámica actividad comercial de la ciudad, lo que también permitía proteger mejor al Estado de las incursiones de los jázaros desde el este.

De ese modo, el primer Estado "ruso" se formó a fines del siglo IX con capital en Kiev. Aunque el término *rus* se utilizó en un principio

para denominar exclusivamente al pueblo escandinavo que gobernó el área, desde el siglo XIX —un milenio después— la historiografía comienza a llamar también *Rus* (con mayúscula y con género femenino en ruso) al Estado fundado en Kiev en 882, extensión del Jaganato varego. Cabe precisar que sus pobladores no lo llamaban *Rus,* sino *Rúskaia Zemliá* ("Tierra Rusa"). No obstante, aquí se hará referencia al *Rus* de Kiev para simplificar.

La consolidación del *Rus* como Estado se dio a partir de dos elementos principales. El primero fue el control del importante comercio de pieles en el norte y el de esclavos, cera y miel en las zonas centrales del territorio. Su posición estratégica como zona de tránsito de los productos entre Europa y Asia era fundamental —se han descubierto dirhams (monedas) del Imperio persa samánida en el norte de la Rusia europea—. La plata extraída por los búlgaros del Volga, al noreste, tenía en la élite escandinava de Kiev un prolífico mercado; a cambio, aquéllos obtenían esclavos (eslavos, sobre todo) del *Rus.* El control del comercio a lo largo del Dniéper, desde el Báltico hasta el corazón de Bizancio, también enriqueció al *Rus.* El segundo elemento que lo consolidó como Estado fue su capacidad militar, tan amplia que ya ponía en jaque al Imperio bizantino. Aunque las fuentes bizantinas no lo mencionan, de acuerdo con la *Crónica primaria,* a principios del siglo X, concretamente en 907 y 911, los *rus* volvieron a atacar Constantinopla para imponer términos comerciales favorables a sus mercaderes, que gozaban de varios privilegios en territorio imperial.

De ninguna manera el *Rus* de Kiev era un Estado homogéneo. Jonathan Shepard lo definió como "un archipiélago de comunidades en buena medida autorreguladas". La dinastía nórdica gobernante imponía una serie de tributos a las poblaciones sometidas. Oleg obligó a los eslavos, que constituían la mayoría de la población, a entregar tributos, pero también a otros pueblos como los chud —antecesores ugrofineses de los estonios— y los meria —grupo ugrofinés del Volga—, impidiendo que pagaran impuestos a los jázaros, la principal amenaza para el *Rus* en sus primeros años. En 912 Ígor Rúrikovich ("hijo de Rúrik") llegó al trono e intentó sin éxito someter a los pechenegos, pueblo turcomano que se asentó en la frontera sur del *Rus.* Ígor cobró fama al continuar las incursiones a Constantinopla en 941 y 944, con lo que obtuvo privilegios del emperador Constantino VII a cambio de que los *rus* no se ane-

xaran Quersoneso, en Crimea. Ígor fue asesinado en 945 por los drevlianos, un pueblo eslavo disidente que habitaba al oeste del *Rus,* cuando intentó conquistarlos. Su viuda Olga (Helga) se convirtió en regente (945-963) y se vengó cruelmente de los drevlianos, asesinándolos por millares. Crueldad aparte —que tiempo más tarde le valdrá ser canonizada por la Iglesia ortodoxa rusa—, la regencia de Olga es importante por dos razones: la adopción de leyes que delimitaron el tributo y un antecedente oficial de conversión al cristianismo. Durante un viaje a Bizancio a mediados del siglo X, Olga selló la paz con Constantino VII al dejarse bautizar en la capital imperial. Aunque ya había cristianos entre los habitantes del *Rus,* Olga fue la primera gobernante que adoptó la religión cristiana ortodoxa griega, introduciendo un nuevo elemento externo al sincretismo tan singular de aquel Estado. Sin embargo, esto no se tradujo en una conversión masiva en el *Rus* ni en una adopción oficial del cristianismo.

El hijo de Olga e Ígor, Sviatoslav I (963-972), rechazó el cristianismo de su madre pues según la *Crónica primaria* su camarilla "se burlaría" de él, lo cual permite ver que la religión cristiana no gozaba de legitimidad entre la élite del *Rus* para este momento. Pese a su reinado breve, Sviatoslav fue un exitoso líder militar que derrotó a los jázaros en 965 al conquistar su capital, Itil, en el bajo Volga, con ayuda de los pueblos eslavos sometidos por aquéllos. Así, el *Rus* comenzó a dominar las rutas de comercio en la estepa escita que habían hecho tan poderosos a los jázaros. Más tarde, las campañas de Sviatoslav viraron hacia el suroeste. El emperador bizantino Nicéforo II le ofreció toneladas de oro para plantar batalla al zar búlgaro Simeón II, derrotado con ayuda adicional de grupos magiares y pechenegos. Sin embargo, la ausencia de Sviatoslav durante esta campaña permitió a los últimos atacar Kiev en 968. Aunque la ciudad fue recuperada, Sviatoslav trasladó la capital del *Rus* a Pereiaslaviets, en la ribera del Danubio, por dos años, hasta que fue tomada por los bizantinos, a quienes ya no pudo derrotar. El rey murió emboscado por los pechenegos en 972 sin resolver la cuestión hereditaria, y los siguientes seis años vieron una guerra fratricida entre los tres hijos de Sviatoslav.

Finalmente Vladímir Sviatoslávich, príncipe de Nóvgorod, capturó Kiev en 978 y asesinó a su hermano Iaropolk I con ayuda del rey noruego Håkon Sigurdsson —su "pariente" según las crónicas, lo cual de-

muestra la herencia escandinava de la élite del *Rus*—, para luego coronarse como *Vieliki Kniaz* ("gran rey", a veces traducido como "príncipe") de "todo el *Rus*" *(vseia Rusi).* Vladímir I (978-1015) fue sin duda el monarca más memorable del primer Estado ruso. Tras la guerra contra sus hermanos, el soberano, quien conocía muy poco Kiev y las regiones centrales, debía ganarse a una población sumamente heterogénea. Por ello, su política fiscal se resintió más en la periferia del *Rus* que en el centro. Sus campañas militares iniciales, deliberadamente diseñadas contra poblaciones poco preparadas en lo militar, como los polacos, tenían el expreso propósito de legitimar su reinado. Otra forma de legitimación consistió en imponer un culto masivo a los dioses paganos, especialmente a Perún, el más importante entre los eslavos. Frente a su palacio en Kiev, Vladímir ordenó construir un santuario a Perún donde llegó a haber sacrificios humanos, vinculando las victorias militares con el favor divino. No obstante, al parecer las plegarias no fueron escuchadas porque la campaña contra los búlgaros del Volga en 985 no consiguió los resultados esperados. Según Shepard, esto fue crucial para que Vladímir I buscase una nueva fuente de legitimidad, pues su control político aún no era total. El *kniaz* envió emisarios a evaluar diferentes sistemas religiosos y su relación con los sistemas de gobierno; específicamente se interesó por las cuatro religiones monoteístas conocidas: judaísmo, catolicismo, cristianismo ortodoxo e Islam. De acuerdo con la *Crónica primaria,* en 986 una delegación del *Rus* visitó a los búlgaros del Volga (musulmanes), pero su credo fue descartado por la prohibición sobre el alcohol y la carne de puerco —productos de gran demanda en el *Rus*—. El judaísmo se repudió porque la reciente caída de Jerusalén evidenciaba el "abandono" de su dios. La razón para desechar el credo de Roma fue que las iglesias alemanas eran "lúgubres". Por el contrario, la delegación enviada a Constantinopla reportó una extraordinaria belleza y majestuosidad en iglesias ortodoxas como Santa Sofía, además de una disciplina sin igual entre los bizantinos a partir del dogma religioso y su relación con la autocracia imperial.

Según Simon Franklin, el cristianismo ortodoxo era una decisión obvia para Vladímir, pues permitiría ejercer un dominio vertical sobre sus súbditos. En una época en que el bautismo cristiano definía el estatus de la persona —y, en buena medida, su identidad—, la religión de Bizancio ofrecía, además, dominar el arte de la escritura como forma

Mapa 3. El *Rus* de Kiev a fines del siglo XI

de ordenar el Estado. La regulación de la ortodoxia cristiana permitía un control y un registro que iban más allá de lo religioso: una transformación del espacio público desde la forma de vestirse y alimentarse. En tiempos de guerra, la devoción hacia la imagen de un santo produciría una alta moral en el ejército. En pocas palabras, dice Franklin, la función del cristianismo ortodoxo era producir una integración cultural y cohesión social que revestirían al *Rus* de una identidad pública común. Shepard, en cambio, ve en la opción ortodoxa una estrategia geopolítica: la debilidad del emperador bizantino Basilio II frente a revueltas internas lo motivaron a aliarse con Vladímir luego de que éste presionara sitiando Quersoneso. El emperador ofreció al *kniaz* varias concesiones, entre ellas casarse con su hermana Anna, a cambio de apoyo militar y la evacuación de Crimea. Sin embargo, Vladímir tendría que ser bautizado si quería casarse con una cristiana. Sea como fuere, el monarca del *Rus* aceptó y fue bautizado en Quersoneso en 988, para luego contraer matrimonio con Anna —de ahí la importancia histórica de Crimea para el pueblo ruso, pues por allí entró el cristianismo—. A diferencia de su abuela Olga, Vladímir tenía la intención de propagar su nueva religión por todo el *Rus* y ordenó bautismos masivos en el Dniéper; mandó arrojar al río a los ídolos que representaban a Perún y otros dioses paganos. La primera iglesia cristiana del *Rus* se erigió sobre las ruinas del templo de Perún levantado ocho años atrás por el mismo Vladímir. No todos sus súbditos se convirtieron automática ni voluntariamente. Se trató de un proceso que tomó varias décadas, a veces obligatorio y en otras, como suele ocurrir —y como pasaría en Rusia siglos después—, fue una forma de aceptar el adoctrinamiento del Estado públicamente para beneficio individual, pero rechazándolo en lo privado. Esto llevaría a más de un historiador ruso en el siglo XIX a hablar de una "doble creencia" *(dvoeverie),* resultado de una mezcla de elementos cristianos y paganos.

La adopción del cristianismo (en 988) tuvo varias consecuencias. El comercio con Bizancio se expandió y trajo cierta estabilidad económica. La influencia cultural bizantina (arquitectónica, musical, literaria) se tradujo en nuevas formas de movilidad social y se configuró una incipiente Iglesia rusa como rama del patriarcado de Constantinopla, fundamental en la creciente alfabetización urbana. El patriarca enviaba a un metropolitano (arzobispo), generalmente griego, a Kiev como lí-

der de la Iglesia del *Rus,* el cual designaba a los obispos que se instalaban en las sedes eclesiásticas de diferentes regiones. Además, se adoptó un nuevo calendario y el alfabeto glagolítico en el *Rus.* Esta renovación en su legitimidad permitió a Vladímir reorganizar su reino a futuro. En primer lugar, se incrementaron los elementos consultivos en el gobierno. Era tradición que cada *kniaz* tuviese una comitiva de guerreros *(druzhina),* quienes fungían como consejeros y líderes militares, con una notable lealtad personal al monarca. Dicha camarilla se dividía en dos: la *málaia druzhina* (comitiva menor) se refería a los guardaespaldas personales del gobernante, mientras que la *bolshaia druzhina* (comitiva mayor) se componía de un consejo consultivo cuyos miembros, los boyardos *(boiarie),* conformaban la administración —militar, judicial, fiscal— del reino. En un amplio contraste, el gobierno local estaba controlado por los familiares del *kniaz.* Vladímir repartió entre sus doce hijos varones los centros urbanos más importantes del *Rus,* haciéndolos príncipes. Dicha tradición sería un problema constante para la estabilidad política del Estado ruso en los siguientes cinco siglos. Desde luego, la aparente unidad familiar del reino podía quebrarse al momento de la sucesión, pues cada príncipe, representando los intereses particulares de su región, podía reclamar el trono del principado más prestigiado, el de Kiev. Nóvgorod, por ejemplo, ubicado en el noroeste del *Rus,* tenía sus propias instituciones políticas, resistió el cristianismo impuesto desde Kiev durante varios años y tenía un enorme grado de autarquía económica gracias al comercio en el mar Báltico. Para el año 1014 el poderío de Nóvgorod era tal que su príncipe, Iaroslav Vladímirovich, decidió dejar de pagar impuestos a su padre en Kiev. Vladímir I falleció al año siguiente cuando preparaba una marcha al norte contra Nóvgorod. La guerra interna que siguió demostró cuán endeble en el largo plazo era la política familiar del fallecido *kniaz.* Tras asesinar a sus hermanos Borís y Gleb (1015) —primeros santos de la Iglesia ortodoxa rusa—, Sviatopolk Vladímirovich, príncipe de Túrov, se alió con el rey de Polonia, Boleslao I, para hacer la guerra a Iaroslav.

Finalmente, en 1019 el príncipe de Nóvgorod se impuso como *Velíki Kniaz* de Kiev. Iaroslav I "el Sabio" (1019-1054) fue el primer monarca de la "era dorada" del *Rus.* Al subir al trono, de inmediato concedió privilegios a los habitantes de Nóvgorod como botín de guerra por apoyarlo en el conflicto contra sus hermanos. La región se convirtió en

la más autónoma del *Rus* y se sentaron las bases de lo que se ha llamado "República de Nóvgorod". Iaroslav I promulgó el primer código escrito del *Rus,* la *Rúskaia Pravda* ("Justicia del *Rus*"), enmendado más tarde conforme a los designios de cada *kniaz.* En su versión inicial, se incluían disposiciones sobre derecho penal —por ejemplo, cómo vengar un asesinato o cuál era la multa por cortar un brazo, robar un caballo o "estropear barbas"—, así como el proceso a seguir ante un disenso entre los miembros de la *druzhina.* El código también preveía sanciones por "maltratar a un escandinavo", prueba de los privilegios de la élite nórdica. Además de ser un patrón de la cultura y de fundar ciudades como Iaroslavl e Iúriev (hoy Tartu, Estonia), Iaroslav I también anexó territorio polaco (1030), organizó un nuevo ataque a Quersoneso y Constantinopla (1043) y, quizás más importante, acabó con la amenaza de los pechenegos al sur (1036). Para celebrar esta victoria se construyó la Catedral de Santa Sofía en Kiev (1037), uno de los primeros modelos de influencia arquitectónica religiosa bizantina. A diferencia de su padre Vladímir, Iaroslav legó un "Testamento" que estipulaba una sucesión basada en el derecho de antigüedad: cada hermano del *kniaz* de Kiev tenía derecho al trono en línea horizontal, mientras que el primogénito del mayor debía esperar a que todos sus tíos muriesen; entretanto, ningún príncipe podría tomar por la fuerza el territorio de otro.

Gracias a ello, las dos décadas que siguieron a la muerte de Iaroslav I (1054) vieron estabilidad, pues sus hijos cogobernaron en una especie de triunvirato. En el año 1068 ocurrió por primera vez en Kiev un hecho que sería una constante del Estado ruso siglos después: una revuelta popular como resultado de una derrota militar. Al perder la guerra contra los cumanos *(polovtsy),* pueblo tártaro procedente del norte del Mar Caspio, los habitantes de la capital, reunidos en la *vieche* —asamblea ciudadana, herencia del *thing* escandinavo—, decidieron amotinarse contra sus gobernantes y colocar en el trono al príncipe de Pólotsk, Vsieslav. La revuelta fue de tal magnitud que el monarca de Kiev, Iziaslav I, tuvo que huir a Polonia para luego retomar la capital con ayuda polaca. Entre 1068 y la muerte de Iziaslav I (1078) la capital cambió de manos cinco veces, lo que revela la debilidad del "Testamento" de Iaroslav I. Aún en 1097 las disputas fratricidas eran tan comunes que el príncipe de Pereiaslav, Vladímir Monómaco, convocó el Consejo de Liúbech en ese año para "castigar" a la casa de Chernígov y aislarla po-

líticamente con el pretexto de que se oponían a atacar a los cumanos. En este Consejo y en el que siguió, en Vytáchiv (1100), se acordó llevar a cabo una descentralización para disminuir la autoridad de Kiev y mitigar así la ambición de cada príncipe por controlar la capital. El propio Monómaco se convirtió en Vladímir II de Kiev (1113-1125), en cuyo periodo se vivió la época dorada de la ciudad. A su muerte legó una "Instrucción" a sus hijos en la que describía cómo debía comportarse un buen príncipe, tomando como ejemplo su propia vida. De algo habrá servido este culto a su personalidad y la política de descentralización, pues nadie disputó el derecho al trono a su primogénito, Mstislav I (1125-1132). Su periodo, plagado de guerras contra los cumanos —a quienes desplazó más allá del Volga—, contra la casa de Chernígov y contra estonios y lituanos, será el último en que el *Rus* funcione como unidad política; Mstislav I será el último gobernante en ganarse el epíteto de *el Grande.* A partir de su muerte el *Rus* se convertirá en lo que podría llamarse una federación de principados, donde la autoridad central se diluirá y cada uno verá por su cuenta, lo que no exentó a diversos príncipes de intentar coronarse como "*Vieliki Kniaz* de Kiev".

Antes de su agonía, el *Rus* de Kiev llegó a ser el Estado más grande de Europa por algún tiempo. Su población era abrumadoramente rural, aunque el número de centros urbanos no era menor para la época. Según Janet Martin, en el siglo XI había 89 y en los siguientes cien años se construyeron 134 más. Para mediados del siglo XIII había más de 300 centros urbanos que comenzaron como puestos avanzados o comerciales y se convirtieron en grandes ciudades. Kiev tenía una población de entre 36 mil y 50 mil habitantes a fines del siglo XII, más que Londres y casi el mismo número que París en ese momento. Nóvgorod, capital original del *Rus,* tenía casi 15 mil habitantes a inicios del siglo XI. Hay indicios de que Chernígov sobrepasó a Kiev en territorio y población para el siglo XIII. Naturalmente, mientras los príncipes, su *druzhina* y los boyardos vivían en palacios en los centros de las ciudades, la mayoría de la población habitaba casas de madera en los alrededores. En los centros urbanos había artesanos, mercaderes e incluso esclavos, así como fabricantes asalariados dedicados al trabajo manual. La actividad básica en el ámbito urbano era el comercio exterior, favorecido por cada príncipe al garantizar la seguridad de las rutas comerciales hacia Bizancio, Europa, el Báltico, Oriente Medio y Asia. Los productos de expor-

tación que salían por el Mar Negro seguían siendo, al paso de los años, pieles, cera, miel y esclavos. A cambio, Bizancio proveía a los comerciantes del *Rus* de seda y otras telas, joyas, vidrio, aceites, vino, especias, fruta y dátiles. El mármol para la construcción de iglesias era un producto caro pero de gran demanda, al igual que diversos artículos religiosos (iconos, libros, mosaicos). Con los cumanos, en tiempos de paz, se comerciaba grano a cambio de caballos y otros animales de las estepas escitas. Fuera de las ciudades las actividades principales eran ganadería y agricultura; ésta se concentraba especialmente en el sur del *Rus,* en la cuenca del Dniéper, donde se encuentra la región del suelo negro *(chernozem),* sumamente fértil.

El declive del *Rus* no fue solamente de carácter político. Ciertamente, en el medio siglo que transcurre entre la muerte de Mstislav I (1132) y la de Vladímir III (1173), Kiev tuvo once príncipes distintos, y algunos ni siquiera llegaron a gobernar por más de unas semanas. Tan sólo entre 1171 y 1173 hubo cinco príncipes que adoptaron el título de *Vieliki Kniaz,* tres de ellos de manera simultánea. Referirse a este Estado a fines del siglo XII y principios del siguiente como *Rus* "de Kiev" es más una formalidad que otra cosa. La propia capital fue saqueada en múltiples ocasiones como botín de guerra entre los príncipes ruríkidas, la más devastadora en 1203, cuando Rúrik Rostislávich se alió con los cumanos para obtener el trono del *Rus.* No obstante, el declive de Kiev debe entenderse también a la luz del debilitamiento bizantino. Las guerras libradas por Constantinopla amenazaron las rutas comerciales y distorsionaron el valor de diversos productos. El avance de los turcos en la Anatolia cortó el flujo de mercancías desde Oriente Medio en el siglo XIII. Conforme la autoridad de Kiev y de los principados del sur (Chernígov, Pereiaslav, Túrov) disminuía, los principados menos dependientes del centro iban en ascenso. Fue el caso de Galicia-Volinia, al oeste de Kiev, que constituía un reino prácticamente independiente a mediados del siglo XIII, pero sobre todo de los principados del norte, Nóvgorod y Rostov-Súzdal. Ambos deben analizarse por separado, en función de sus singulares aportaciones a la cultura e historia propiamente rusas.

En 1206, en las estepas de Mongolia, lejos del *Rus,* un personaje llamado Temüjin unificó a los pueblos mongoles y se coronó adoptando el título de Gengis Kan *(Chinguis Jan).* Para 1227, año de su muerte, el pequeño reino mongol alrededor del lago Baikal se transformó en un

poderoso imperio entre el Pacífico y el Mar Caspio. Esta nueva amenaza se volvió real en cuanto las hordas mongolas, famosas por sus mortíferos arqueros a caballo, asolaron en 1223 las tierras de los cumanos. Tanto temor producían los mongoles que los príncipes de Kiev, Smolensk, Chernígov y Galicia-Volinia dejaron de lado sus diferencias para crear un frente unido contra los asiáticos, mientras que los principados del norte del *Rus* se abstuvieron, acaso como muestra de que estaban en el cenit de su poder. En mayo de 1223, en la Batalla del río Kalka (en la costa norte del Mar de Azov), los príncipes del *Rus* meridional fueron derrotados por las hordas de Gengis Kan de manera decisiva. Esta derrota marcó la última ocasión en que el *Rus,* o parte de él, funcionaba de manera colectiva para enfrentar una amenaza exterior. Sin embargo, determinó también el fin de una etapa histórica que sentenció el declive del *Rus* y su desaparición como unidad política para dar paso a distintos principados que hicieron frente, cada uno por su cuenta, a la invasión mongola y a las de otros pueblos, eventos que definirían en buena medida la historia rusa en los siguientes tres siglos.

III
ENTRE ESTE Y OESTE (1223-1547)

A pesar de que el *Rus* de Kiev es una invención historiográfica del siglo XIX —sin duda útil como nivel de análisis—, es posible ver en la invasión mongola a las tierras rusas una irrupción histórica sin precedentes de esa unidad, que inicia con la Batalla del Kalka en 1223. La ausencia de los principados del norte en dicha conflagración requiere explicarse, pero conviene percatarse de que el alejamiento político y cultural entre norte y sur del *Rus* antecede a la invasión mongola, la cual sólo exacerbó la separación cultural entre los eslavos orientales. Para la historia de Rusia el periodo de dominio mongol es importante, en primer lugar, porque favorecerá el ascenso de un centro de poder en el norte, el principado de Moscú, pero también porque precipitará la diferenciación lingüística, territorial y cultural entre los grupos "rusos" *(rossianie)* al norte y los llamados "rutenos" *(rusiny),* quienes mucho más tarde se definirán como "rusos blancos" (bielorrusos) y "rusos pequeños" (ucranianos).

LA HORDA DORADA

Desde el siglo IX los eslavos orientales conocían bien a los pueblos turcomanos o tártaros e incluso habían adaptado sus instituciones políticas, como el jaganato. Uno de los constantes dolores de cabeza del *Rus* fueron, precisamente, los pechenegos y los cumanos, grupos turcomanos. Los mongoles, sin embargo, eran un pueblo muy distinto: completos extraños venidos de una tierra de la que ningún habitante del *Rus* había oído hablar. La *Primera crónica de Nóvgorod (Novgoródskaia Piérvaia Liétopis)* registra esta confusión en palabras de un cronista: "En ese mismo año [1223], por nuestros pecados, vinieron tribus extrañas, a las que nadie conoce, [nadie] sabe quiénes son, ni de dónde salieron, ni cuál es su lengua, ni de qué raza son, ni cuál es su fe... Sólo Dios sabe quiénes son y de dónde salieron. Hombres muy sabios, que entienden

los libros, los conocen con exactitud; pero nosotros no sabemos quiénes son, no obstante [hemos] escrito sobre ellos en memoria de los príncipes rusos y de la desgracia que se cernió sobre éstos por [culpa de] aquéllos". Este fragmento escatológico registra la llegada de los mongoles al *Rus* tras la Batalla del Kalka. Dichas hordas, integradas por mongoles pero también por diversos pueblos tártaros que aquéllos sojuzgaron en Asia Central, se replegaron al Volga para reorganizarse a la muerte de Gengis (1227). Su nieto, Batú Kan, adquirió el control de las tierras conquistadas al oeste del Volga y comenzó una expansión a cargo del brillante general Subotái. La rapidez con la que los principados rusos cayeron frente al invasor mongol reflejó su propia decadencia —sus "pecados", diría el cronista—. Tras someter a los cumanos y a los búlgaros del Volga, la primera víctima de los mongoles en tierras rusas fue el principado de Riazán en 1237, reducido a cenizas y cuyo príncipe fue asesinado. De inmediato avanzaron sobre el principado de Vladímir, donde destruyeron el puesto avanzado de Moscú, borraron Súzdal de la faz de la Tierra y saquearon la propia ciudad de Vladímir. En marzo de 1238 asesinaron a su príncipe, Iuri II, en la Batalla del Sit, para luego devastar Crimea, territorio cumano. Al año siguiente cayeron Pereiaslav y Chernígov y en 1240 fueron arrasadas Kiev, Galicia y Volinia. Los imparables mongoles llegaron hasta Polonia, Hungría y Croacia, cuyos ejércitos cayeron en cuestión de semanas. Luego de esto, sorpresivamente, detuvieron su expansión por razones desconocidas. En menos de un lustro el *Rus* había sido profundamente dañado por los mongoles. Sólo Nóvgorod, al oeste, quedó intacto. El enorme grado de destrucción no fue solamente físico: se alteró la economía al quedar dislocadas las rutas comerciales —lo que produjo un repliegue hacia la economía agraria—, pero también la demografía, pues miles de habitantes huyeron de las hordas mongolas a los principados del norte. Según George Vernadsky, alrededor de 10% de la población del *Rus* pereció entre 1237 y 1240, víctimas de la invasión. La muerte de varios príncipes precipitó cambios generacionales y trajo nuevas luchas por el poder, reflejando la poca cohesión en el *Rus.*

En 1242 Batú Kan mandó construirse una capital en el Volga, llamada Sarái. El vasto territorio que controlaba, desde el Mar de Aral (entre los actuales Kazajstán y Uzbekistán) hasta el Danubio, adoptó el nombre de Kanato de Kipchak u Horda Dorada (*Altan Ord* en mon-

Mapa 4. El *Rus* de Kiev a fines del siglo XIII

gol), integrado al inmenso Imperio mongol aunque con un alto grado de autonomía. La ley del kan de Kipchak sobre los pueblos conquistados era simple: los príncipes que se sometieran a su autoridad y fueran personalmente a Sarái a rendirle pleitesía podrían gobernar sus principados tras recibir una patente *(iarlyk).* Si bien la intriga entre los príncipes ruríkidas no cesó con la invasión mongola, ahora tenía al menos una regla inquebrantable. Aunque se mantuvo el principio de antigüedad entre los gobernantes que disputaban un mismo territorio, lo que valía ahora era la patente del kan. La mayoría de los príncipes ruríkidas aceptó el nuevo orden, aunque hubo excepciones notables como Mijaíl de Chernígov, quien se negó a postrarse ante el kan y fue asesinado en Sarái en 1246. La Horda Dorada estableció sobre cada principado un tributo de esclavos, animales, pieles y plata. A la Iglesia ortodoxa se le permitió continuar su dominio espiritual mientras reconociera el dominio terrenal del kan. Como suele ocurrir cuando se invade tierra ajena, hubo élites locales que se aliaron con el invasor para ganar favores, pero también para saldar cuentas con grupos vecinos. El ejemplo más claro de esto entre los príncipes ruríkidas sería Aleksandr Iaroslávich de Nóvgorod, o Aleksandr *Nevski,* a quien habrá que volver. Pagar impuestos al invasor también producía situaciones tensas, sobre todo cuando los *baskaki* (administradores mongoles) venían de Sarái a los principados rusos para levantar censos de manera que nadie evadiera el pago de impuestos. En no pocas ocasiones varias ciudades se rebelaron contra esta imposición.

Tras establecer su dominio sobre el *Rus* y partes de Europa oriental, la Horda Dorada floreció pese a sus tensiones internas. Además, las guerras civiles del propio Imperio mongol, como las de mediados del siglo XIII, obligaron al Kanato de Kipchak a apoyar a una u otra facción en la lucha por la supremacía, lo que lo orillaba a desviar recursos pero al mismo tiempo le permitía negociar una mayor autonomía a cambio de apoyo militar. Sin embargo, con la victoria de Kublái Kan en la guerra civil mongola en 1264, la Horda Dorada tuvo que mantenerse por unos años dentro del control imperial. En las últimas dos décadas del siglo XIII, la Horda se escindió y tuvo dos gobernantes de facto: el kan de Kipchak en el este y el general Nogái —figura rebelde convertida al Islam— en el oeste. Durante más de treinta años, Nogái hizo la guerra por su cuenta a varios pueblos europeos como los polacos, húngaros,

bizantinos, lituanos —con la ayuda de algunos príncipes rusos—, búlgaros y serbios, hasta que Tojta Kan (1291-1312) lo derrotó en 1299 y reunificó la Horda. A pesar de la situación de guerra civil en ella, la segunda mitad del siglo XIII trajo una recuperación económica generalizada, especialmente en el norte del *Rus,* tras los efectos devastadores de la invasión mongola. La Horda Dorada reactivó las rutas comerciales este-oeste y norte-sur. Los principados rusos se beneficiaron sobre todo de la primera, que iba del Mediterráneo y el Báltico hasta China. Sarái, capital de la Horda, era un sitio estratégico en medio del Volga como receptor y tránsito de productos entre el Báltico y el Pacífico. La lejana Karakórum, capital mongola, era otro punto vital para reactivar la antigua "ruta de la seda" y vincular la economía de Europa oriental con la de Asia.

En el siglo XIV la Horda Dorada comenzó a islamizarse conforme las raíces lingüísticas y demográficas mongolas cedían. El kan Özbeg (1313-1341) adoptó el Islam como religión oficial y prohibió el budismo y los cultos chamánicos de Asia Central como el tengrianismo, lo que dejó una huella islámica muy extendida en el sur de Rusia. Asimismo, la penetración de la Horda Dorada en la vida cotidiana de los principados rusos no se detenía en extraer tributos: la dominación mongola añadió un elemento adicional al muy particular sincretismo de Rusia y sus pueblos vecinos, no sólo en términos demográficos sino también culturales. Conforme se iban refinando durante la Edad Media, varias lenguas eslavas adoptarían palabras mongolas y tártaras —por ejemplo, *lóshad* (caballo), *arbuz* (sandía), *tovar* (producto), entre muchas otras relacionadas con el comercio y los asuntos militares— e incluso sonidos específicos, como el fonema representado por la letra rusa ы y transliterado en español como *y.*

LOS PRINCIPADOS DEL NORTE: VLADÍMIR-SÚZDAL Y NÓVGOROD

El norte del *Rus* de Kiev estaba dominado a fines del siglo XII por dos principados: Rostov (luego llamado Súzdal, Vladímir-Súzdal y finalmente Vladímir) en el noreste, a lo largo de la franja más septentrional del Volga, y Nóvgorod al noroeste, el más grande del *Rus,* que en su

mayor extensión ocupó las tierras desde la cabecera del Volga en la meseta de Valdái —punto medio entre las actuales Moscú y San Petersburgo— hasta el norte de la cordillera de los Urales. La importancia de Vladímir y Nóvgorod radica en que conformarán la base cultural del primer Estado propiamente *ruso,* para luego declinar a fines de la Edad Media y ceder la estafeta política en el norte al principado de Moscú. Durante el siglo XII será Vladímir la potencia regional, lugar que ocupará Nóvgorod a partir de la invasión mongola, en la primera mitad de la siguiente centuria. Conforme Kiev fue perdiendo autoridad por las constantes guerras internas en el siglo XII, los principados del norte florecieron. Esto se debió en parte a sus condiciones geográficas y demográficas: tenían mayores extensiones territoriales, menor población, inviernos más fríos y largos y —en un inicio— vecinos menos hostiles que el resto del *Rus.* En suma, eran sociedades abocadas a sí mismas. Sin embargo, el alejamiento de estos principados respecto a los eventos en Kiev no era solamente geográfico, sino también crecientemente cultural, político y económico.

El principado de Vladímir comenzó como la administración del territorio alrededor del centro urbano de Rostov (hoy "Rostov el Grande"), uno de los más antiguos del *Rus.* Su ascenso comenzó en la primera mitad del siglo XII, al beneficiarse de las políticas descentralizadoras de Vladímir II Monómaco. Uno de sus hijos, Iuri I *Dolgoruki,* se convirtió en príncipe de Rostov en 1108 y mantuvo firmemente el poder hasta 1157. Iuri I creó y fortificó varios puestos avanzados en el territorio, como Tver y Moscú, y cambió la capital de Rostov a Súzdal para independizarse del control de los boyardos. Su mote, *dolgoruki* ("el manilargo"), ofrece una pista de lo ajeno que se veía el norte entre los principados del sur ya para este momento, pues se lo ganó cuando quiso intervenir en los asuntos meridionales del *Rus.* Su hijo Andréi I (1157-1174) buscó fortalecer a Súzdal a expensas de la tradición kievita. A decir de Martin Dimnik, Andréi I permitió a sus tropas saquear Kiev en 1169 para fortalecer a Súzdal como un principado rival dentro del *Rus.* Este monarca, además, cambió su capital de Súzdal a Vladímir, e incluso se atrevió a nombrar a ésta como capital de toda la "Tierra Rusa". El evento que consagró a este principado, ahora llamado "Principado de Vladímir", como rival de Kiev, fue la construcción de la impresionante Catedral de la Asunción (1160) y el resguardo de un famoso

icono de la Madre de Dios en ella. Andréi I incluso pidió al Patriarca de Constantinopla que Vladímir fuese elevada a metrópoli eclesiástica para rivalizar con Kiev, sin éxito. Ésta era la primera vez en que un príncipe ruríkida rechazaba la corona de Kiev —Andréi I la cedió a su hermano Gleb— para concentrarse en su región y convertirla en un nuevo polo de poder dentro del *Rus.* En 1174 los boyardos de Rostov y Súzdal se amotinaron y asesinaron a Andréi I, obteniendo el control de Vladímir durante un trienio hasta que fueron derrotados por Vsiévolod III, hermano de aquél. Su reinado (1177-1212) vio los años dorados de Vladímir y, como muchos gobernantes en el cenit de su poder, inició una campaña hacia fuera de sus dominios, en la que consiguió sojuzgar Riazán e imponer tributo a los búlgaros del Volga, apoderándose de la importante ruta comercial del Caspio. Siguiendo la fatídica costumbre de repartir el territorio entre varios hijos, Vsiévolod III —cuyo mote era, de hecho, *Bolshoie-Gniezdó,* "Nido Grande"— dio a sus múltiples vástagos cada una de las ciudades de Vladímir. Esta política engendró nuevos principados pequeños, pero también problemas obvios como una guerra fratricida. En ella se impuso Iuri II (1218-1238), quien volvió a atacar a los búlgaros del Volga, fundó el puesto avanzado de Nizhni Nóvgorod ("Nóvgorod el menor") en 1221 en la confluencia de los ríos Volga y Oká, e hizo frente a los mongoles, quienes lo derrotaron y asesinaron en la Batalla del Sit (1238). Fue en este momento cuando los mongoles redujeron Súzdal a cenizas, destruyeron Vladímir y quemaron muchos pueblos —la mayoría, por supuesto, construidos de madera— de la región. El principado de Vladímir nunca recuperaría su gloria ni su unidad política y terminó fragmentándose. A pesar de ello, en la primera mitad del siglo XIII, Vladímir y su corona seguirían siendo un referente para sus sucesores. En algún punto del reinado de Vsiévolod III los príncipes de Vladímir adoptaron el título de *Vieliki Kniaz,* simbolizando el declive de Kiev y el ascenso de un nuevo soberano de todo el *Rus.* Futuros príncipes reclamarían en no pocas ocasiones el título de "*Vieliki Kniaz* de Vladímir". A partir de 1299, tal sería la degradación de Kiev que el metropolitano Maksim decidió trasladar la sede de la metrópoli eclesiástica a Vladímir, nueva capital espiritual y simbólica del *Rus.*

El caso de Nóvgorod es sin duda el más interesante. Sus particularidades se remontan al siglo IX, cuando la ciudad que le da nombre sobre el río Vóljov se convirtió en la primera capital de Rúrik y los *rus*

en 862. Nóvgorod fue un territorio singular en muchos sentidos: el más septentrional y vasto del *Rus* —pero el de menor tierra cultivable, lo que originaba prácticas económicas distintas—, el más próspero gracias al comercio del Báltico, el último en cristianizarse y el que adoptaría instituciones políticas más atípicas para la época al restringir institucionalmente a sus príncipes. El historiador ruso Valentín Ianin ha demostrado mediante evidencia arqueológica que, al menos desde fines del siglo X, la mayor restricción de los príncipes de Nóvgorod era la recolección de impuestos, tarea reservada a los boyardos, quienes, del monto recaudado, otorgaban un "regalo" (sueldo en especie) al príncipe. Los ciudadanos tenían el privilegio no sólo de escoger a su príncipe —tradición que se remonta a la elección de Rúrik—, sino también de expulsarlo si no rendía cuentas, pues era entre otras cosas el líder militar de la región. Uno de los privilegios que Iaroslav I otorgó a Nóvgorod en 1019, tras convertirse en *Vieliki Kniaz* de Kiev, fue dar autonomía a los boyardos locales. Éstos crearon a partir de entonces la oficina del *posádnik* (vicario), un jefe de gobierno electo en quien recaían las facultades administrativas. La *vieche* (asamblea) elegía al príncipe y al *posádnik;* el primero generalmente provenía de fuera, por lo que el creciente hermetismo de Nóvgorod se reflejará en prohibir a sus príncipes poseer tierras. Asimismo, los boyardos establecieron una corte de justicia que quitaba al príncipe el derecho de apelación en asuntos jurídicos, limitándolo a ratificar las decisiones de aquélla. Estas restricciones fueron acumulándose hasta que en 1136 la *vieche* se rebeló contra el príncipe Vsiévolod Mstislávich y lo sustituyó por Sviatoslav Ólgovich, príncipe de Chernígov, acto que marca el inicio de lo que se ha llamado "República de Nóvgorod": un Estado prácticamente independiente en el que el *kniaz* local reinaba pero no gobernaba, donde el cuerpo de boyardos encabezados por el *posádnik* se encargaba de la administración y en el cual la *vieche* se reunía para elegir autoridades con cargos fijos. A decir de Ianin, la *vieche* tenía rasgos netamente democráticos aunque en realidad estaba controlada por los boyardos: una forma de hacer creer a los ciudadanos que su voz era escuchada en los asuntos públicos. En ella también se elegía al *tysiatski* (procurador con cargo anual) y se debatía y negociaba el presupuesto local, que para Ianin es el rasgo más distintivo de Nóvgorod, pues en el resto de los principados del *Rus* éste era un tema impuesto verticalmente por cada gobernante.

A pesar de que en un inicio se oponían al cristianismo, los habitantes de Nóvgorod se contaban ya a mediados del siglo X entre los más alfabetizados del *Rus* gracias al quehacer eclesiástico. En 1050 Vladímir Iaroslávich, hijo de Iaroslav I, construyó la Catedral de la Santa Sabiduría *(Hagia Sofia)* en el centro de la ciudad, la iglesia pétrea más antigua de Rusia, alrededor de la cual se fortificó un kremlin (*krieml,* "fortaleza"), pequeña ciudad amurallada dentro de la propia ciudad, edificación muy común en otros centros urbanos del *Rus.* A diferencia de la devastación de Vladímir, la invasión mongola no tocó a la ciudad de Nóvgorod —aunque sí a la cercana Torzhok, donde hubo una notable resistencia a los mongoles en 1238—, lo cual no significa que no hubiese peligros latentes desde otros flancos a partir del siglo XIII. Nóvgorod colindaba al oeste con una Suecia en expansión, que incursionaba en la actual Finlandia para imponer el catolicismo y ampliar sus dominios, y al suroeste con los pueblos bálticos de Livonia (estonios y letones), sometidos por los Caballeros de la Orden Teutónica, milicias de fanáticos católicos germánicos. El choque de estos tres polos de poder —Suecia, la Orden Teutónica y Nóvgorod— era esperable. En 1215 la *vieche* invitó a Iaroslav IV —hijo de Vsiévolod III de Vladímir— a ser príncipe de Nóvgorod, marcando el inicio de un periodo bélico en el que Nóvgorod conquistó Carelia al norte, región de población ugrofinesa que hoy pertenece a Rusia. En 1236 Iaroslav IV decidió ocupar el trono de Kiev, por lo que la *vieche* de Nóvgorod eligió como sucesor a su hijo de 15 años, Aleksandr Iaroslávich. Como el príncipe de Nóvgorod era también el líder militar local, el joven Aleksandr hizo una verdadera proeza al frenar a los suecos en el río Nevá el 15 de julio de 1240, acción que le valió el epíteto de Aleksandr *Nevski* ("del Nevá"). El ejército de Nóvgorod, con *Nevski* a la cabeza, también derrotó a los caballeros teutónicos el 5 de abril de 1242 en la "Batalla en el Hielo", librada sobre la superficie congelada del lago Peipus *(Chudskoie).* En dos ocasiones (1245 y 1248), *Nevski* también derrotó a un poder creciente en Europa, el Gran Ducado de Lituania. Estos eventos serían más tarde un hito en la historia rusa e importa entender por qué: en un momento en que los principados rusos estaban siendo destruidos y sometidos por los mongoles desde el este, de pronto surgió un príncipe joven que derrotó a otros invasores al oeste y se convirtió en el comandante militar más capaz del *Rus* a los 21 años. La relevancia de las victorias de *Nevski* también tiene

una dimensión religiosa: si bien los mongoles no obligaron a nadie a convertirse a su religión, los suecos y los caballeros teutónicos emprendieron verdaderas cruzadas católicas contra los pueblos bálticos, fineses y eslavos con apoyo del papado en Roma. *Nevski* no era, pues, sólo un defensor de la integridad territorial de Nóvgorod y del *Rus,* sino también de la fe ortodoxa —en 1547 sería canonizado por la Iglesia rusa—. Sin embargo, pese a ser una figura central en el muy posterior nacionalismo ruso, la actitud de *Nevski* hacia la invasión mongola será completamente distinta. Ningún príncipe cooperó más con los mongoles ni aplicó mejor su ley, precio a pagar por Nóvgorod para no ser aniquilado como otros principados. En más de una ocasión, Aleksandr *Nevski* intervino a favor de la Horda Dorada obligando a diversas regiones —Nóvgorod no fue la excepción— a pagar tributo a Sarái, incluso de manera sanguinaria, como hizo en Súzdal en 1262. Hubo un momento en la década de 1250 cuando el *Rus* recuperó cierta unidad pues *Nevski* obtuvo patentes del kan para ser *Vieliki Kniaz* tanto de Kiev como de Vladímir y de nuevo príncipe de Nóvgorod —todo al mismo tiempo—, lo que refleja la confianza de la cual gozaba en Sarái como factor de estabilidad en las tierras rusas. En cuanto a Nóvgorod, en adelante sería el kan y ya no la *vieche* quien eligiera a sus príncipes; no obstante, el sistema político local quedó intacto puesto que la *vieche* seguiría eligiendo al *posádnik* y a otras autoridades administrativas. Aunque el propio Aleksandr *Nevski* privó a los boyardos de Nóvgorod de ciertas prerrogativas, esta práctica se revirtió tras su muerte en 1263.

Al comenzar el siglo XIV era evidente que la emigración hacia los principados del norte desde la invasión mongola había favorecido a emigrados y locales, pues los primeros constituían mano de obra barata que participó del momento de auge económico, especialmente en Nóvgorod, desde la segunda mitad del siglo XIII. Conforme la Horda Dorada se entrometía de nueva cuenta para reprender a las ciudades que se oponían a la recaudación tributaria, muchos residentes huyeron hacia centros urbanos como Rostov y Yaroslavl, pero también construyeron ciudades propias; según Janet Martin, las migraciones hacia el norte en el siglo XIV propiciaron la construcción de 40 centros urbanos. Las rutas comerciales, en particular la Liga Hanseática —federación comercial que intercambiaba productos en todos los puertos del Báltico y llegaba hasta Inglaterra—, permitieron a Nóvgorod prosperar y expan-

dir su territorio desde el Golfo de Finlandia hasta los Urales. En esta vastísima zona las gélidas condiciones climáticas impedían en buena medida la agricultura y la economía extractiva, por lo que las materias primas para la elaboración de productos manufacturados se obtenían de fuera; a cambio, se exportaban los productos abundantes en Nóvgorod: pieles, cera, miel y madera de gran calidad. Estas rutas también enriquecieron al principado de Vladímir y a ciudades como Nizhni Nóvgorod, Tver y Moscú, más tarde principados autónomos. Las dos últimas se convertirían en el siglo XIV en centros de poder que rápidamente eclipsarán a Nóvgorod como las potencias septentrionales del antiguo *Rus.*

EL ASCENSO DE MOSCÚ

Las guerras internas de la Horda Dorada en las últimas décadas del siglo XIII permitieron un reacomodo geopolítico en los principados del norte. La escisión entre el general Nogái y los kanes de Sarái transformó las lealtades de los príncipes ruríkidas. Nogái otorgó patentes de gobierno a sus aliados, como a Dmitri de Pereslavl —hijo de Aleksandr *Nevski*—, quien con base en ello reclamó el trono de Vladímir en 1276, mientras que su hermano Andréi III obtuvo una patente del kan para el mismo efecto. En 1299, tras derrotar a Nogái y reunificar la Horda, el kan Tojta reconcilió a los príncipes ruríkidas en 1304 en la Conferencia de Pereiaslav, a lo que siguió un periodo de paz durante tres lustros. Entre los principados que apoyaron a Dmitri de Pereslavl y a Nogái contra el kan Tojta desde 1291 destacaban Tver y Moscú. Pese a su relativa pequeñez, su desafiante apoyo militar a Nogái habla sobre el grado de autarquía política y militar que habían obtenido a fines del siglo XIII tras el desmantelamiento del principado de Vladímir. Tver, ciudad sobre el Volga septentrional, no era a mediados de esa centuria más que un puesto avanzado dentro de Vladímir, fortalecido como foco receptor de la migración proveniente del sur. Tver se volvió tan poderosa a la muerte de Aleksandr *Nevski* (1263) y tan intransigente contra el dominio mongol bajo el reinado de su *kniaz* Mijaíl Iaroslávich (1285-1318) que la Horda Dorada la vio como una amenaza creciente. Esto dio pie a que el kan Özbeg acrecentara deliberadamente el poder de Moscú como contrapeso de Tver y que asesinara en Sarái a su príncipe Mijaíl en 1318. Además,

Özbeg dio una patente al príncipe de Moscú para ocupar la posición política más prestigiada en el norte, *Vieliki Kniaz* de Vladímir, que había estado en manos de los príncipes de Tver en las décadas precedentes. Esto catapultaría al principado de Moscú como aliado natural de Sarái en adelante —hasta que se vuelva tan poderoso que será imposible controlarlo—. El hijo y sucesor de Mijaíl de Tver, Dmitri Mijáilovich (1318-1326), continuó la política de rebeldía contra Sarái, pero también fue asesinado por el kan en 1326. Al conocer esta noticia los habitantes de Tver se rebelaron pero fueron duramente reprimidos por una fuerza conjunta moscovita-mongola, lo cual representó el golpe final contra Tver, que no recuperaría la gloria perdida tras esa humillación.

De esa manera ascendería un polo de poder que será la base del Estado ruso más adelante. Moscú *(Moskvá)* se fundó en algún punto del siglo XII a orillas del río homónimo como una fortaleza para defender Rostov. Iuri I *Dolgoruki* levantó en 1156 un kremlin —de madera en un inicio— para defender la plaza central, fortificado más adelante conforme arribaron flujos migratorios desde territorios donde cundía el desorden y la violencia. Cuando Aleksandr *Nevski* legó Moscú a su hijo Daniil al morir, la ciudad era acaso la más insignificante en todo Vladímir. Si Moscú ascendió fue por el favor de los kanes de Kipchak, pues los príncipes moscovitas se convirtieron, siguiendo la tradición de *Nevski,* en los mayores súbditos y en los mejores cobradores de impuestos para la Horda Dorada, además de situarse en una posición estratégica donde podían controlar con facilidad el río Moscú, afluente del Oká —a su vez, afluente del Volga—. Además, Sarái no podía objetar la expansión de Moscú, pues permitía ampliar su base tributaria. Mediante alianzas, chantajes y batallas, Daniil Aleksándrovich logró expandir hábilmente la influencia de la ciudad aprovechando el favor de Sarái. A su muerte (1303), Moscú ya controlaba diversos puestos avanzados de los alrededores como Kolomna o Mozhaisk y se había anexado pacíficamente el principado de Pereslavl-Zalesski al norte. El evento que apuntaló a Moscú como potencia regional por encima de Tver fue el traslado de la sede eclesiástica metropolitana —que se había mudado apenas en 1299 de Kiev a Vladímir— a Moscú en 1325, resultado de una decisión política en el seno de la Iglesia ortodoxa, pues la casa de Tver, que gobernaba en Vladímir, amenazaba la posición del metropolitano Piotr. Ya con el respaldo del sínodo, Iván I Daniílovich (1325-1341) lle-

varía a cabo una política muy astuta que enriqueció exponencialmente a Moscú: consistía en atraer masivamente a migrantes de otras regiones bajo un discurso de paz y estabilidad en las tierras moscovitas, lo cual hará del principado un territorio prácticamente autárquico donde circulen enormes cantidades de dinero, incrementadas con el cobro de aranceles y cuotas comerciales. Esos recursos, a su vez, serían utilizados por Iván I para otorgar préstamos impagables a las regiones vecinas y, cuando la moratoria terminase, garantizar una anexión territorial —de ahí su mote Iván *Kalitá, el Monedero*—. Así, Moscú incorporó territorios como Úglich, al norte, en la década de 1320. El éxito de Moscú también se basó en una política centralista bien planeada, contraria a la tradición de repartir territorios entre cada descendiente que se había seguido en otros principados del *Rus.* Para contrarrestar cualquier tipo de descontento entre la familia real al no poder acceder al trono, en el principado de Moscú se instauró el infantazgo *(udiel):* la donación de tierras a cada uno de los hijos o hermanos del monarca sin acceso al trono. Aunque el centralismo autocrático fue una originalidad moscovita en términos generales, en asuntos de Estado el *kniaz* de Moscú tenía que consultar toda decisión final con su consejo o *Duma* (del verbo *dúmat,* "pensar"), constituida por el cuerpo de boyardos, sin cuyo visto bueno era imposible aprobar leyes. Iván I *Kalitá* también construyó, ahora que Moscú era la nueva sede metropolitana, dos catedrales pétreas dentro del Kremlin: la de la Asunción *(Uspienski)* y la del Arcángel *(Arjángelski),* que cimentaron el poder espiritual de Moscú. La lengua rusa, en un inicio dialecto septentrional del eslavo antiguo, comenzó a robustecerse también en este periodo luego de su pulimento en Vladímir y Nóvgorod como un idioma separado del ruteno, que era el otro dialecto del eslavo oriental hablado en las actuales Bielorrusia y Ucrania, base de las respectivas lenguas nacionales más adelante.

Por estos años se alzó una nueva amenaza para los principados rusos desde el oeste. El Gran Ducado de Lituania comenzó a expandirse durante el reinado de Gediminas (1316-1341), líder pagano que fundó Vilna en 1323 e incursionó en los principados rusos del sur aprovechando su debilidad. Los lituanos derrotaron a los eslavos orientales en la Batalla del río Irpín (1321) y conquistaron Kiev. Algirdas (1345-1377), hijo de Gediminas, expandió el dominio lituano al este al conquistar buena parte de los principados que constituían el sur del *Rus* de Kiev:

Smolensk, Briansk y Chernígov, mientras que Galicia-Volinia fue anexado por Polonia. Desde la década de 1330 se dejó sentir la influencia lituana sobre Nóvgorod, pues la *vieche* comenzó a voltear hacia Vilna como contrapeso a la opresión económica y política de Moscú —Nóvgorod llegó a tener incluso un príncipe lituano, Lengvenis (hijo de Algirdas)—. Con la anexión de los principados meridionales del antiguo *Rus,* el Gran Ducado de Lituania se transformó en el Estado más grande de Europa y la relativa unidad cultural (eslava y ortodoxa) que guardaban los principados ruríkidas comenzó a fragmentarse. También Moscú padeció el asedio lituano desde el oeste. En tres ocasiones (1368, 1370, 1372), Algirdas intentó ocupar la ciudad sin éxito. La abrumadora victoria lituana sobre la Horda Dorada en la Batalla de las Aguas Azules (1362) confirmó el nuevo estado de cosas en toda la cuenca del Dniéper. La segunda mitad del siglo XIV configuró así un orden geopolítico nuevo al que Moscú debía responder: Lituania dominaba el suroeste, Nóvgorod permanecía endeble a los ataques suecos y a la influencia lituana —pero reticente a la moscovita—, y la Horda Dorada iba en declive desde la deposición del kan Berdi Beg en 1359, cuando inició una nueva guerra civil en ella. La respuesta de Moscú será la más sensata: evitar una guerra en dos frentes al firmar la paz con el vecino más fuerte, Lituania, e inclinar la balanza en contra de la inestable Horda Dorada.

La suerte quiso que en 1351 la Peste Bubónica que azotó a Europa llegara a Rusia, matando por miles a los habitantes de Nóvgorod, Pskov y Moscú. Dos años después, la plaga quitó la vida al *kniaz* moscovita Semión I (1340-1353), a dos de sus hijos y al metropolitano de la Iglesia rusa. Esto precipitó un cambio generacional en Moscú: subió al trono Iván II (1353-1359), pronto sustituido por su hijo Dmitri *Donskói* ("el del río Don"), pero también un nuevo metropolitano, Alekséi, quien fungió como regente. La peste, extendida por toda la región, hizo que la gente común se refugiara en la Iglesia —literal y simbólicamente—, la cual obtuvo mayor influencia en la vida cotidiana bajo la impronta de Alekséi: en ese tiempo surgió el prestigiado movimiento ascético del monje Sergui de Rádonezh, quien fundó el monasterio de Sérguiev Posad al norte de Moscú, y cobró auge la pintura religiosa con los grandes frescos del célebre Andréi Rubliov en las iglesias moscovitas. La Iglesia rusa también tenía motivos para presentar una imagen institucional sólida por aquellos años, pues Lituania —que adoptó el catoli-

cismo en 1385— había absorbido casi todo el sur del antiguo *Rus* y establecido su propio arzobispado ortodoxo para ganarse a la población local. No es sorpresa que Dmitri *Donskói* (1359-1389) contara con gran apoyo eclesiástico para atacar a la Horda Dorada. Para esta época el kanato estaba fragmentado, las rutas comerciales nuevamente dislocadas y había un nuevo cacique, Mamái, que exigía tributo de sus aliados rusos para hacer la guerra a Sarái tras perder muchos hombres con la peste. Mamái presionó a Moscú con sus ejércitos pero *Donskói* lo derrotó en la Batalla del río Vozha (1378) y le asestó un golpe final en la de Kulikovo (1380). Sin embargo, el kan Tojtamysh (1380-1406) reunificó la Horda Dorada e incluso la expandió al aliarse en un inicio con el poderoso líder tártaro Tamerlán. En 1382 Moscú sufrió la venganza por haber derramado sangre tártara: la ciudad fue tomada en agosto por Tojtamysh, cuyos hombres asesinaron a alrededor de 25 mil personas a decir de Michael Rywkin, y sometida de nueva cuenta al dominio de Sarái. Todavía en 1408 otro cacique mongol con el que Tamerlán reemplazó a Tojtamysh, Ediguéi, sitió Moscú para ejercer presión económica. No obstante, *Donskói* ya había sentado un precedente exitoso de oposición a Sarái, y pronto los príncipes moscovitas comenzarían la práctica de nombrar a su propio sucesor sin preguntar al kan.

LA "TERCERA ROMA"

La recuperación moscovita vino con Vasili I (1389-1425), quien en este momento de debilidad estabilizó la relación con Lituania al casarse con la hija del gran duque Vítautas, e incluso toleró que éste se anexara Smolensk en 1395. Por otro lado, la lealtad de Vasili I al kan de Kipchak le permitió recomenzar la expansión de Moscú, necesaria puesto que Sarái incrementó su demanda tributaria de cinco a siete mil rublos. En 1392, Vasili I sometió Múrom y Nizhni Nóvgorod, poder creciente, en el este. En 1397 siguieron Vólogda y Ústiug al norte. En estos años la Iglesia rusa convirtió al cristianismo ortodoxo a los komi, grupo ugrofinés del norte; sus territorios, arrebatados a Nóvgorod, se incorporaron fácilmente a Moscú. El periodo de Vasili II (1425-1462) es importante por muchas razones. En primer lugar porque su ascenso al trono a los diez años produjo la primera guerra civil en Moscú al morir su abuelo

(y regente) Vítautas en 1430, ante lo cual Iuri Zvenigorodski, hermano de Vasili I, reclamó el trono. Que ambos contendientes decidieran acudir a Sarái para que el kan resolviera su disputa evidencia la legitimidad de la que áun gozaba la Horda Dorada en este tiempo. El kan Olug-Muhammad (1427-1445) se inclinó por Vasili II y, sin embargo, Zvenigorodski se autoimpuso en 1433 en Moscú como *Vieliki Kniaz*. El usurpador cometería un error un año después al otorgar a Vasili II un *udiel,* base desde la cual éste lo derrotaría con ayuda de los boyardos moscovitas.

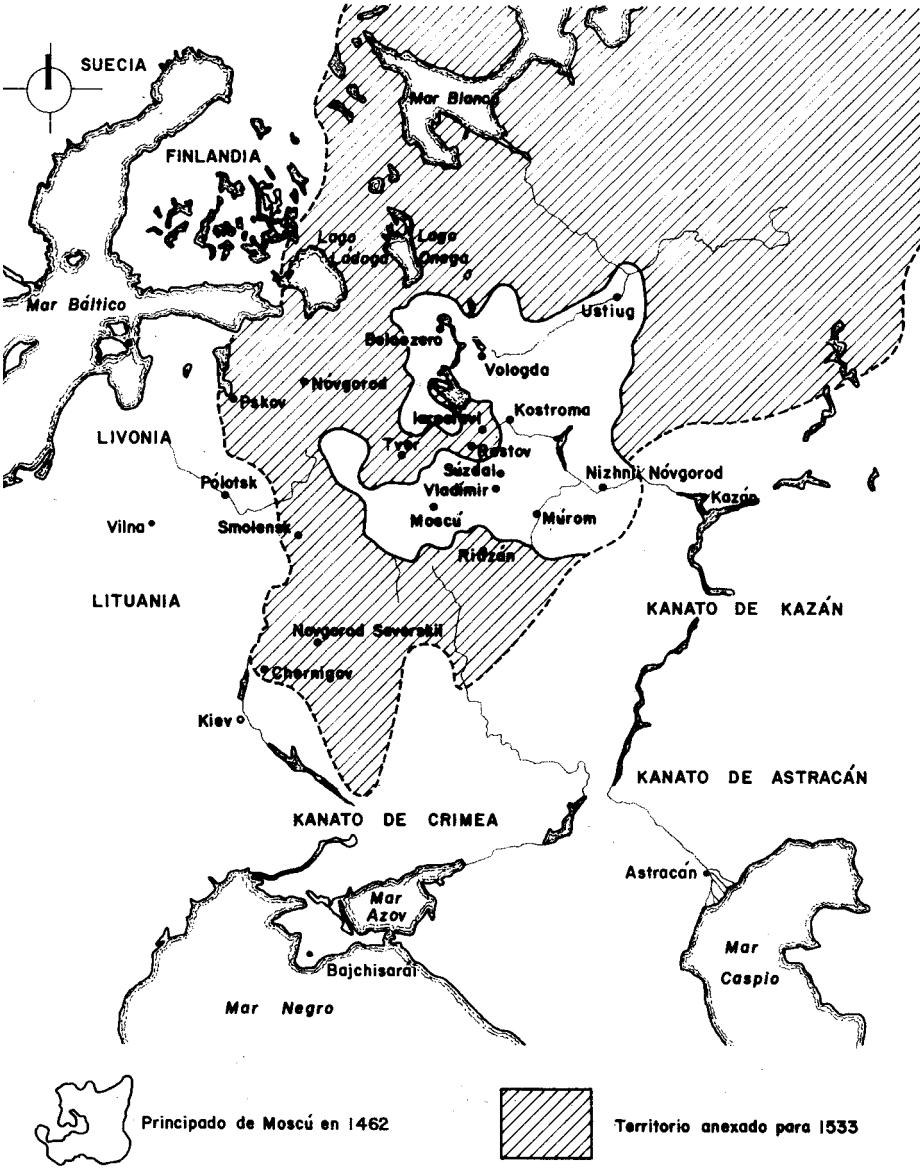
En segundo lugar, este periodo verá la desaparición simultánea de dos polos de poder directamente relacionados con Moscú, lo cual contribuyó a acrecentar su influencia. El primero fue la Horda Dorada, que finalmente se fragmentó en la década de 1430 a raíz de sus guerras internas en seis kanatos distintos: el de Siberia con capital en Tiumén, la "Gran Horda" al norte del Mar Caspio —con capital en Sarái, a la cual los principados rusos seguirán pagando tributo por algunos años—, Astracán en el delta del Volga, el Kanato kazako (actual Kazajstán), el de Kazán en el alto Volga y el Kanato de Crimea en la costa norte del Mar Negro. Olug-Muhammad tuvo que huir al norte, donde fundó el Kanato de Kazán en 1438, no sin antes guerrear contra Moscú y extraer un monto por el rescate de Vasili II tras capturarlo. Durante el cautiverio, uno de los hijos de Iuri Zvenigorodski, Dmitri Shemiaka, se impuso como *Vieliki Kniaz* de Moscú y mandó cegar a Vasili II cuando éste retornó liberado. Shemiaka, no obstante, cometió el mismo error de su padre: ofreció un *udiel* al soberano legítimo pero éste, aunque ciego, logró retomar el poder. El melodrama familiar acabó cuando Vasili II envenenó a Shemiaka en 1453 y se disolvió la institución del *udiel* en Moscú, con lo que el *Vieliki Kniaz* reforzó su autoridad. El detalle es importante porque habla de la solidificación del poder de los monarcas de Moscú, ahora más centralizado que antes, una clave para entender los orígenes del modelo autocrático ruso.

La otra potencia que desapareció, en franca decadencia desde siglos atrás, fue el Imperio bizantino. Los turcos conquistaron Constantinopla (a la que renombraron Estambul) el 29 de mayo de 1453, convirtiendo al Imperio otomano en un nuevo poder eurasiático en vías de expansión. Esto significó que de pronto el Estado patrono del cristianismo ortodoxo dejó de existir, aunque el sultán permitió que el patriarca ecuménico siguiera teniendo su residencia en Estambul. Previendo la

posibilidad de la caída bizantina, el emperador Juan VIII Paleólogo había propuesto desde 1437 unir la fe ortodoxa con la romana para asegurar la protección de Bizancio frente a los turcos. En Moscú el metropolitano Isídor (1433-1441) barajó esa posibilidad, pero Vasili II lo depuso. Tras rechazar la unión propuesta en el Concilio de Florencia (1445), el episcopado moscovita eligió por primera vez a su propio metropolitano, Iona, en 1448. Con ello la Iglesia ortodoxa rusa marcó distancia del patriarcado de Constantinopla y del Papado, mientras que Lituania sí unió su arzobispado ortodoxo con Roma en 1458, creando la Iglesia "uniata" o grecocatólica. Aunque la Iglesia rusa seguía siendo una metrópoli del patriarcado de Constantinopla, la influencia de éste quedó muy reducida por la islamización de los antiguos territorios bizantinos. Con la caída del centro del mundo ortodoxo y la imposición lituana (católica) sobre Kiev, la necesidad de la Iglesia rusa de afirmarse como protectora del cristianismo ortodoxo llevó al ascendente y vasto Principado de Moscú a verse como heredero espiritual —e incluso físico— del Imperio bizantino. Los aires de grandeza se colaron a un monasterio en Pskov, donde el higúmeno Filoféi acuñó en sus escritos el término "Tercera Roma" para referirse a Moscú a fines del siglo XV, aunque según Daniel Rowland la expresión no era tan usada entonces como la de "Nueva Jerusalén". Como fuese, la élite clerical y política de Moscú empezó a crearse la imagen de un centro espiritual y terrenal, con la misión de ser un imperio glorioso que diera una lección al mundo, base del llamado "mesianismo" ruso. De ningún modo fue una coincidencia que Iván III de Moscú (1462-1505) eligiera por esposa a Sofía Paleóloga, sobrina del último emperador bizantino, ni tampoco que utilizara simbología imperial bizantina, como el águila bicéfala o el epíteto de "zar" *(tsar)* en su comunicación diplomática. "Zar" provenía del latín *Caesar,* título de los emperadores romanos, pues los rusos llamaban *tsar* al emperador bizantino y *Tsargrad* ("ciudad del César") a Constantinopla. Curiosamente Moscú, al igual que Roma y la capital bizantina, está construida sobre siete colinas.

Para aspirar a ser ese poder ejemplar, Moscú debía primero unificar las tierras rusas bajo su liderazgo y, en segunda instancia, deshacerse del "yugo tártaro". Fue Iván III *el Grande,* por casi medio siglo, quien se dedicó a consolidar y ampliar cuatro veces el dominio de Moscú sobre las tierras rusas en un largo proceso de unificación, rebelándose en el

acto contra Sarái. Uno a uno, diversos principados fueron cayendo bajo su control con tácticas viejas y nuevas: Yaroslavl fue chantajeado (1463), Rostov comprado (1474) y Jlynov —hoy Kírov— arrebatado al Kanato de Kazán (1489). Iván III llegó a ocupar Kazán e imponer a su propio kan allí sin anexar el territorio; claramente las relaciones entre eslavos y tártaros se habían invertido en sólo cuatro décadas. Estas anexiones podrían interpretarse como inercia del expansionismo de sus predecesores, pero Iván III fue un paso más allá. Reafirmando la intención de ser el centro de toda la tierra rusa y reclamar el legado del *Rus* y de Bizancio, Iván III conquistó Nóvgorod (1478) y Tver (1485). So pretexto del acercamiento de Nóvgorod con la católica Lituania, Moscú ocupó el territorio, prohibió la *vieche,* abolió sus instituciones y los terratenientes locales fueron deliberadamente estafados y suplantados por la aristocracia moscovita. Con esta anexión, el principado de Moscú obtuvo el vasto territorio que va de Carelia a los Urales —el norte de la Rusia europea— y la salida al Océano Ártico, pero también una frontera inestable con Suecia y Lituania. Con la anexión de Tver, Moscú eliminó a su enemigo natural en la lucha por la supremacía territorial. Fue entonces cuando el príncipe moscovita adoptó el título "*Vieliki Kniaz Vseia Rusi*" (Gran Rey/Príncipe de Todo el *Rus*), que sustituyó al de "*Vieliki Kniaz* de Vladímir". Seguro de su posición incluso desde antes de estas importantes conquistas, Iván III dejó de pagar desde 1476 el tributo habitual a Sarái. El kan de la "Gran Horda", Ahmed bin Küchük (1465-1481), avanzó a su ejército al río Ugrá en octubre de 1480, pero no lo cruzó pues esperaba los refuerzos de su aliado, Casimiro IV de Polonia, que nunca llegaron. Los ejércitos de Moscú y Sarái se vieron por última vez frente a frente, uno a cada lado del Ugrá, aventándose flechas y disparando arcabuces sin pelear de lleno, hasta que el kan decidió retirarse al Volga, lo que Moscú tomó por una victoria. Si la Batalla del Kalka en 1223 marca el inicio del periodo mongol / tártaro en la historia rusa, la escaramuza en el Ugrá simboliza su final casi tres siglos después. Si bien los principados rusos ya no pagarían tributo a Sarái, aún tendrían que relacionarse de forma complicada con otros kanatos herederos de la Horda Dorada, especialmente con los de Kazán y Crimea. Las campañas de Iván III no terminaron allí. En 1495 se alió a Dinamarca para atacar Suecia e intentó tomar Vyborg sin éxito. Por otro lado, la política de evitar una conflagración contra Lituania me-



Mapa 5. Expansión del principado de Moscú (1452-1533)

diante lazos matrimoniales perduró hasta el año 1500, cuando Moscú atacó a los lituanos —distraídos desde el sur por los ataques otomanos— y recuperó para la causa ortodoxa Briansk y Chernígov, pero sin poder retomar Kiev.

A la muerte de Iván III (1505), Moscú se había expandido en dimensiones impresionantes, sobre todo con la anexión de Nóvgorod. El siglo XVI traería recurrencias pero también novedades. Vasili III (1505-1533) continuó la expansión y absorbió Pskov (1510), Smolensk (1514) y Riazán (1521). La captura de Smolensk fue una gesta heroica contra polacos y lituanos tras un asedio de dos años, conmemorada con la construcción del Monasterio de Novodiévichi en Moscú. Vasili III continuó la centralización de sus predecesores al acrecentar el poder del *kniaz* sin alterar los privilegios de los boyardos y al crear un ejército permanente bajo control del monarca, pues hasta entonces había que recurrir a la nobleza e incluso al kan de Sarái para conseguir tropas, como en el resto de la Europa feudal. Desde Iván III esto no será un problema que ponga en riesgo el derecho de los primogénitos a gobernar. El *udiel* se debilitó aún más en el resto del territorio conforme Moscú obtenía nuevas tierras en la segunda mitad del siglo XV. Que no haya habido prácticamente ninguna amenaza seria al trono al morir Vasili III en 1533, quien dejó como heredero a su hijo de tres años, Iván Vasílievich, mientras su madre era regente, dice mucho sobre el grado de legitimidad que había obtenido la corona moscovita. Sin duda hubo intrigas, asesinatos en este periodo, pero Iván IV pudo coronarse sin problemas el 16 de enero de 1547 en la Catedral de la Asunción, dentro del Kremlin de Moscú. Y, más importante, se coronó como "Zar de Toda Rusia" *(Tsar Vseia Rusi),* iniciando una nueva era en la historia del país que a partir de entonces comenzará a llamarse, de manera cada vez más frecuente, "Rusia" *(Rossiya):* precisamente el término griego con el que los bizantinos se referían al *Rus.*

IV
DE MOSCÚ A SAN PETERSBURGO
(1547-1762)

ZARES TERRIBLES, ÉPOCAS CONFUSAS

Iván IV Vasílievich (1547-1584) fue coronado como el primer zar de Rusia a los 16 años. En la cultura popular se le conoce como Iván *el Terrible,* traducción del ruso *grozny;* es decir, alguien que causa terror, aunque también puede traducirse como "magnánimo" o "imponente". Iván IV fue todo eso: una figura sombría, complicada, que acumulará un poder y un territorio nunca antes vistos, con una política basada en impulsos personales y en un creciente absolutismo que irá definiendo la institución zarista hacia el futuro. El primer problema de su reinado, a sólo seis meses de coronarse, fue el gran incendio en Moscú en el que murieron miles de personas. El siniestro fue achacado por los boyardos a la familia materna del zar, los Glinski (de origen polaco), de mucha influencia en la corte, por lo que varios de sus miembros fueron asesinados por la plebe moscovita enardecida. A pesar de este inicio incómodo, los primeros años de Iván IV fueron un tiempo de reformas con el fin de hacer del Estado ruso una maquinaria más funcional. Este velo reformista inició dos décadas atrás durante la regencia de Yelena Glínskaia, madre del zar, quien introdujo el rublo para homologar las monedas de toda Rusia. Las reformas de Iván IV, en cambio, fueron de carácter político, con un grado de descentralización que al mismo tiempo buscaba fortalecer al Estado. En 1549 el zar convocó un *Ziemski Sobor* ("Congregación de la Tierra"), versión extendida de la Duma boyarda, pues incorporaba a ésta y a otros estamentos: el clero, la nobleza provincial y los mercaderes, y que sería una institución consultiva convocada en adelante para la toma de decisiones. Un año más tarde se promulgó, como resultado de esa reunión, un compendio de leyes llamado *Sudiébnik* que reformó el sistema judicial: definió a detalle los castigos para funcionarios corruptos y empoderó a las autoridades provinciales (*namiéstniki;* literalmente "el que está en lugar de") para levantar censos y fungir como jueces locales, delegando facultades del gobierno central a las provincias, pero también los obligó a rendir cuentas a Moscú en

caso de haber quejas contra ellos. Muchas de las penalidades enlistadas en el *Sudiébnik* daban al zar la facultad de castigar adicionalmente a los delincuentes "como el soberano lo decrete". Una de las razones por las que Iván IV se ganó el mote de *grozny* fue por este tipo de castigos: quemar barbas, cortar extremidades o dar azotes personalmente. El zar estableció una unidad de élite en el ejército, los *streltsy,* arcabuceros que cuidaban el Kremlin y las fronteras del reino. Como parte de este velo reformista y codificador, la Iglesia también reunió al sínodo en 1551 a propuesta del metropolitano Makari para discutir prácticas religiosas "impropias" que iban en contra de la ortodoxia griega. Se denunció el comportamiento "pagano" de muchos feligreses y se creó la figura del *desiátelnik* ("décimo"), uno de cada diez enviados a las distintas diócesis que supervisaban la aplicación del derecho canónico y presidían una especie de corte local para asuntos eclesiásticos. Las decisiones del sínodo de 1551 se compendiaron en el *Stoglav,* un código de derecho canónico. No es coincidencia que el *Sudiébnik* y el *Stoglav* se publicaran con apenas un año de diferencia, pues se buscaba equiparar el poder terrenal de Rusia con su poder espiritual, herencia bizantina.

Ambos dominios se ampliaron con la toma de Kazán en octubre de 1552. Iván IV lideró personalmente al ejército y anexó todo el Kanato de Kazán a Rusia, castigando severamente a la población tártara (musulmana) que resistió el dominio ruso hasta 1556. En este año los ejércitos de Moscú marcharon también sobre el Kanato de Astracán en el delta del Volga y lo incorporaron a Rusia. En menos de cuatro años Iván IV había acabado con dos reductos de la Horda Dorada y obligado a un tercero, el Kanato de Siberia, a rendirle tributo. Con estas anexiones, Moscú obtuvo el control de todo el Volga, ruta vital para el comercio norte-sur hacia los mercados persas. La victoria también se interpretó como el triunfo del cristianismo ortodoxo sobre el Islam. Para conmemorar estos hechos el zar mandó construir en la plaza central de Moscú —pero fuera del Kremlin, lo que le daba un aura "popular", alejada de lo que para Iván IV era la elitista intriga boyarda— la Catedral de San Basilio, completada en 1560 en su versión original, acaso el máximo símbolo visual de Rusia.

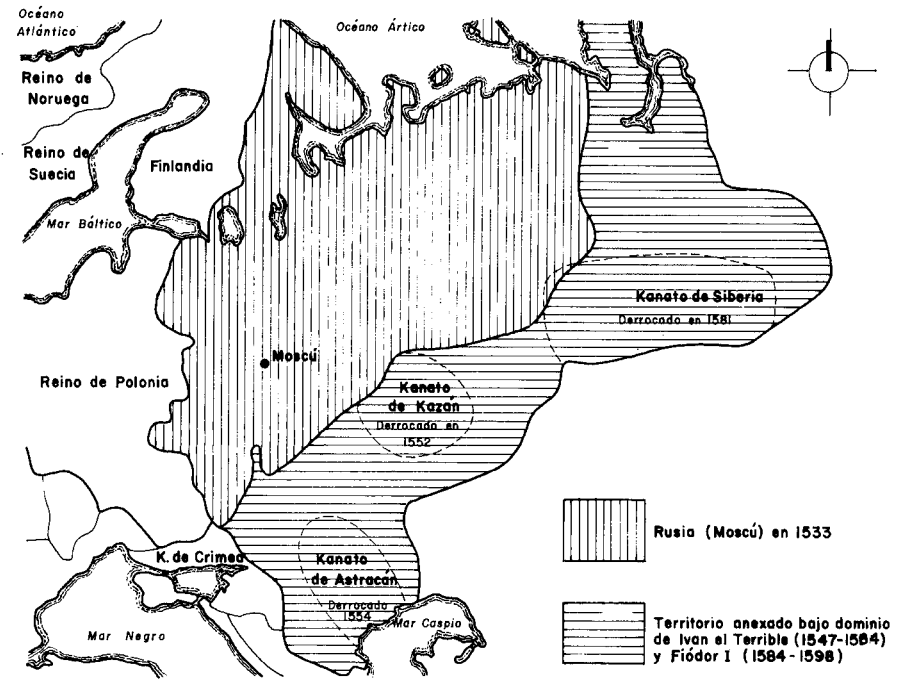
Tan pronto culminó sus campañas en el este, Iván IV viró hacia occidente. Ya desde 1554 había estallado una guerra fronteriza con Suecia que terminó al firmarse el Tratado de Nóvgorod (1557). Sin embar-

go, el conflicto que protagonizará el desarrollo de la frontera occidental de Rusia durante más de dos décadas será la Guerra de Livonia (1558-1583), librada en las actuales Estonia y Letonia, gobernadas entonces por obispados-Estado —herencia de la Orden Teutónica— que constituían la Confederación de Livonia. Cuando el rey Segismundo II de Polonia ofreció su "protección" a este Estado en el Tratado de Pozvol (1557), lo que chocaba con las ansias expansivas de Iván IV, el zar decidió invadir el territorio. Aunque los rusos ganaron terreno en Estonia desde 1558, para 1560 el frente se había quedado estancado y el conflicto pronto se convirtió en una contienda muy costosa por el Báltico en la que intervinieron Dinamarca y Suecia, con las que Rusia tuvo que pactar treguas en 1562 y 1564, respectivamente. En 1562 inició una nueva guerra entre Rusia y Lituania, cuya importancia recae en que un boyardo ruso, Andréi Kurbski, desertó y devastó varios pueblos rusos cerca de Pskov desde abril de 1564. Dicha traición, consecuencia de la profesada animadversión de Iván IV hacia la *Duma* boyarda, detonó una nueva etapa en su largo reinado: la *Opríchnina* (1565-1572), periodo en que el zar, harto de la intriga de los boyardos —quienes en 1553 se negaron a reconocer a su primogénito como heredero—, decidió retirarse a la villa de Aleksándrovskaia Sloboda y dividir el reino en dos: sus dominios personales *(opríchnina)* y los de los boyardos moscovitas *(zemshina)*. Dicho momento histórico, en el que el comportamiento del zar fue muy inestable —algunos historiadores afirman que estaba desequilibrado—, produjo una abierta represión y la ejecución de más de tres mil miembros de la élite, exilios nobiliarios y la confiscación de tierras. Se saquearon latifundios pertenecientes a la *zemshina* como en Nóvgorod, donde en 1570 varias decenas de miles de personas fueron asesinadas por los *oprícheniki,* agentes del zar. Curiosamente, tras los castigos, Iván IV perdonó y amnistió a los afectados; según Serguéi Bogatyriov, este comportamiento era resultado de las profundas creencias religiosas y expiatorias del monarca.

Bajo esta situación peculiar, en 1566 se convocó otro *Ziemski Sobor* para consultar a los estamentos si debía continuarse la costosa guerra en Livonia. La Unión de Grodno (1566) recién había incorporado Livonia al Gran Ducado de Lituania, lo cual significaba que para 1569, cuando se decretó la Unión de Lublin que hizo de Polonia y Lituania un mismo Estado oficialmente, Livonia había quedado anexada a él. El ensancha-

miento del Estado polaco-lituano era una amenaza directa a la seguridad rusa y una nueva afrenta a las pretensiones del zar sobre Livonia. Iván IV tuvo que firmar de inmediato una tregua con el rey polaco como resultado de este reacomodo, pues al sur se erigía una nueva amenaza para Rusia con la alianza de dos potencias islámicas: el Imperio otomano y el Kanato de Crimea, que intentaron retomar Astracán para la causa musulmana. Aunque fueron frenados en el sur, los ejércitos del kan crimeo Devlet I Giray llegaron hasta Moscú sin dificultad —la represión de la *Opríchnina* y la Guerra de Livonia habían debilitado mucho a las fuerzas rusas— y quemaron la ciudad en mayo de 1571, acto en el que murieron casi 80 mil habitantes. En vista del desastre, Iván IV se vio obligado a terminar la *Opríchnina* y reorganizar la administración y el ejército, lo cual permitió repeler a los tártaros crimeos en la Batalla de Molodi al sur de Moscú, en agosto de 1572. Aunque el territorio ruso se reunificó tras la expulsión de los invasores, Iván IV continuó actuando de manera errática. En 1575 abdicó inexplicablemente en favor de Simeón Bekbulátovich, un noble de origen tártaro, pero al año siguiente regresó al trono. Mientras estas extrañezas tenían lugar en Moscú, la guerra en Livonia seguía desgastando a las tropas y a la economía rusas, sobre todo ahora que el ejército luchaba contra suecos y daneses por el control de la costa estonia. Asimismo, el rey polaco Stefan Batory incursionó en Rusia y asedió Pskov, por lo que Iván IV tuvo que firmar la Paz de Jam Zapolski en enero de 1582. Como resultado, el zar renunció a sus pretensiones sobre Livonia a cambio de recuperar las fronteras rusas. Un año después, el Tratado de Plussa (1583) otorgó a Rusia una salida al Báltico a cambio de que Estocolmo retuviera el norte de Estonia, poniendo punto final a la Guerra de Livonia tras un cuarto de siglo. Al este, la última gran conquista de Iván IV fue la del Kanato de Siberia en 1583, gracias a la ayuda de los cosacos del Don liderados por el atamán Yermak —de ahí la famosa pintura de Vasili Súrikov, *La conquista de Siberia por Yermak* (1895)—.

Iván IV murió en marzo de 1584 dejando una situación delicada en Rusia. A la combinación de diversos problemas, tales como veinticinco años de guerra constante, las represiones de la *Opríchnina,* una élite política a la expectativa de recuperar sus privilegios, vecinos fortalecidos en las fronteras rusas y las devastaciones de los tártaros, se sumaron hambruna y epidemia en el campo. Los campesinos —la abrumadora mayoría de la población— se llevaron la peor parte, pues el Estado de-



Mapa 6. Expansión del principado de Moscú (1533-1598)

cretó desde 1580 la prohibición de la movilidad campesina, política renovada año con año hasta que se volvió permanente a partir de 1597. Esta decisión, que definiría por completo al campesinado ruso en los siguientes tres siglos, fue una reacción a la creciente migración rural en el último tercio del siglo XVI. Alrededor de 80% de las tierras cultivables de Rusia habían sido abandonadas por los campesinos a fines del reinado de Iván IV debido a la situación económica en el centro del país; la mayoría se había asentado en la periferia gracias a la adquisición de nuevas tierras mediante las expansiones territoriales. A partir de 1580 comenzó la conquista demográfica de Siberia al este con el apoyo económico de la familia Stróganov y la creación de puestos en un inicio fronterizos, como Ufá, Samara, Sarátov o Tsaritsyn (hoy Volgograd). La restricción de la movilidad campesina iba orientada a detener los flujos migratorios al este y al sur con el fin de beneficiar a la nobleza terrateniente, aumentar la productividad y los recursos a disposición del Estado y facilitar la conscripción para la guerra.

Una importante consecuencia demográfica y social de estos reacomodos poblacionales, de la huida masiva de campesinos a la periferia sur como reacción a las políticas centralistas de Moscú desde finales del siglo XIV, a la servidumbre forzada y a los abusos de la clase terrateniente favorecida por el Estado, fue el establecimiento en las cuencas de los ríos Dniéper, Don y Kubán de grupos de campesinos conocidos como cosacos *(kazaki),* quienes ostentaban instituciones políticas y militares propias —entre las que destaca la figura del atamán *(hetman),* principal autoridad castrense—. Estos campesinos huidizos, quienes al paso de los años formularán una identidad y una cultura fronterizas, no solamente se mezclarían con la población local de la periferia sur sino que, además, serían reclutados como mercenarios debido a su extraordinaria disciplina militar y su incuestionable lealtad al mejor postor.

Los problemas se exacerbaron en cuanto el sucesor de Iván IV, Fiódor I (1584-1598), resultó no sólo inestable como su padre sino además desinteresado de la política. Esto permitió a los boyardos, cuya presencia había minado tras la *Opríchnina,* recobrar su influencia en la corte. Comenzó así un prolongado periodo de intriga con una creciente crisis social, económica, política e incluso diplomática como trasfondo. Varias familias boyardas se disputaron la influencia sobre el endeble Fiódor I. Quienes consiguieron un mayor acercamiento fueron los Románov —familia materna del zar— y los Godunov. Un integrante de esta última familia de origen tártaro, Borís Godunov, hermano de la zarina, se convirtió en el amo y señor de Rusia a expensas de Fiódor I, pero también en un administrador hábil que logró aplazar un estallido social durante varios años. Durante el reinado de Fiódor I, Godunov solidificó su poder al exiliar y luego ejecutar a diversas familias como los poderosos Shuiski. Su ambición escaló a niveles que rebasaban la mera intriga política. En 1591 fue asesinado misteriosamente el otro hijo aún vivo de Iván IV, Dmitri Ivánovich, heredero al trono —Fiódor I no tenía descendencia—. Esta anécdota cobrará relevancia más tarde, pues la cultura popular achacaría a Godunov el asesinato del "mártir" Dmitri, quien no sería olvidado fácilmente. Godunov también exilió en 1587 al metropolitano Dionisi, quien apoyaba a los Shuiski, y lo sustituyó por el metropolitano Iov. La inteligencia política de Godunov era tal que logró "convencer" —mediante cuantiosos sobornos— al patriarca de Constantinopla, Jeremías II, de elevar la Iglesia rusa al estatus de pa-

triarcado, con lo cual Iov se convirtió en el primer patriarca de la Iglesia ortodoxa rusa, ahora autocéfala, en 1589. Al morir Fiódor I en 1598 sin hijos ni hermanos, el *Ziemski Sobor* —repleto de los aliados de Godunov— se reunió para elegir un nuevo zar. El patriarca Iov, quien debía su puesto a Godunov, ofreció la candidatura de éste. Borís Godunov fue elegido oficialmente como zar y coronado el 21 de febrero de 1598 como el primer monarca ruso de una familia no ruríkida.

Estas tretas políticas dieron inicio al periodo conocido como *Smútnoie Vremia* o "Época Confusa", tres lustros (1598-1613) de gravísimos problemas para Rusia en los que las crisis acumuladas se dejaron sentir como nunca antes. El zar Borís Godunov (1598-1605) tuvo más aciertos fuera que dentro de las fronteras rusas. Frenó un nuevo intento crimeo por tomar Moscú, arrebató a Suecia el control de la costa estonia y estableció buenas relaciones con sus vecinos. Sin embargo, su política interna tuvo resultados negativos. En el año 1600 envió a su rival acérrimo, el boyardo Fiódor Nikítich Románov, a un monasterio, obligándolo a convertirse en un monje que adoptó el nombre "Filaret". La anécdota revela que Godunov no se sentía muy seguro en el trono aún —y tenía buen sustento para temer—. Al comenzar el siglo XVII Rusia se sumergió en un caos sin precedentes. El crudísimo invierno de 1600-1601, causado por factores geológicos, trajo una hambruna sumamente devastadora que mató durante tres años a más o menos 127 mil personas tan sólo en Moscú, según los cálculos de Robert E. F. Smith y David Christian —es evidente que cuando Walter G. Moss dice que en esta hambruna pereció "quizá" la tercera parte de la población rusa se trata de una grave exageración—. El zar Borís respondió a la crisis total reduciendo los impuestos y restaurando en 1601 la movilidad campesina, medidas insuficientes dado que los precios del grano se habían disparado. La permisión para que los campesinos migraran en busca de mejores tierras provocó un mayor desorden económico, pues propició una nueva oleada de traslados hacia la periferia. A partir de 1603 el zar tuvo que reintroducir la prohibición de la movilidad por exigencia de los terratenientes arruinados con la crisis. Estallaron no pocas rebeliones en el campo, un fantasma que sería una constante en la historia rusa desde entonces, y miles de campesinos se unieron a las comunidades cosacas del sur.

En medio de la creciente inestabilidad y la tragedia no faltó quien se beneficiara. En 1604 apareció en Polonia un individuo de origen ruso

que decía ser Dmitri, el hijo menor de Iván IV, inventando que había escapado de la muerte a manos de los "asesinos de Godunov" en 1591. Muy pocos historiadores se han atrevido a aseverar que en realidad se trataba del príncipe Dmitri —todo apunta a que sí fue asesinado—, pero el mito creció en su momento y penetró en Rusia. La popularidad de este personaje iba en aumento conforme la del zar Borís menguaba. El rey polaco vio una oportunidad para intervenir en Rusia aliado con este impostor quien, apoyado por tropas polacas y cosacas, marchó hacia Moscú para "reclamar" el trono. Borís Godunov murió enfermo en abril de 1605 mientras el supuesto Dmitri avanzaba hacia Moscú. El zar fue sucedido por su hijo, Fiódor II, asesinado en junio durante una rebelión en la capital provocada por los agentes de Dmitri. El rumor de que el "heredero legítimo", un ruríkida, venía a Rusia para convertirse en zar, tuvo ecos considerables entre quienes se vieron más afectados por la situación económica y política. De esta manera, parafraseando al historiador ruso Andréi Pávlov, las provincias del centro-sur se le entregaron al impostor.

El "zar Dmitri" fue coronado en Moscú en julio de 1605. La legitimidad del impostor aumentó en cuanto la madre del Dmitri asesinado lo "reconoció" como su hijo públicamente. El ahora monarca revirtió muchas políticas de Godunov: otorgó exenciones fiscales a los terratenientes del sur —quienes lo apoyaron debido a la crisis en el campo— y favoreció a las familias boyardas reprimidas por aquél como los Románov, cuyo miembro Filaret (Fiódor Románov) fue designado metropolitano de Rostov. Los Shuiski, en tanto, aprovecharon la restauración de su influencia en la corte para hacerse con el trono orquestando el asesinato de Dmitri el 17 de mayo de 1606 y Vasili Shuiski subió al trono como Vasili IV (1606-1610). Aunque era un príncipe ruríkida de la casa de Súzdal, su improvisada elección fue vista con sospecha por muchos sectores de la población y durante cuatro años careció de mucha legitimidad. Además, la fascinación —o la conveniencia— por el falso Dmitri seguía viva, y pronto surgió el rumor de que, una vez más, había escapado "milagrosamente" de la muerte. Vasili IV tuvo que enfrentar varias rebeliones, en especial la de Iván Bolótnikov, uno de muchos campesinos convertidos en cosacos. Bolótnikov y sus tropas, sublevados en nombre del "zar Dmitri", fueron derrotados en Tula (al sur de Moscú) en junio de 1607. En Astracán, donde surgieron más preten-

dientes al trono con historias extraordinarias, también hubo revueltas contra Vasili IV. Para entonces ya había en Rusia un nuevo impostor que decía ser Dmitri, apoyado por los cosacos de Bolótnikov. Las promesas de este segundo Dmitri fueron idénticas a las del primero: había que apelar a las clases bajas, a los campesinos desplazados por las políticas de Moscú, prometiendo las "tierras y esposas" de los terratenientes que los explotaban. Por ello, mantener con vida la farsa del "zar Dmitri" resultaba políticamente redituable. El mito también beneficiaba a Polonia, que manejó la situación política de Rusia a su favor: ora negociaba con Vasili IV, ora apoyaba al segundo Dmitri. Éste se instaló en Túshino a las afueras de Moscú, y no pocos miembros de la élite moscovita desertaron en favor suyo. Filaret fue incluso designado por este Dmitri como patriarca de la Iglesia rusa. Entre 1607 y 1609 decenas de ciudades cambiaron de manos y de bando: unas apoyaban al "zar Dmitri", otras a Vasili IV y algunas más se encontraban bajo control polaco: se trataba ya de una guerra civil en territorio ruso. A principios de 1609, Vasili IV convenció al rey sueco Carlos IX de intervenir a su favor. El rey polaco Segismundo III reaccionó invadiendo Rusia directamente para evitar el involucramiento sueco y en septiembre de 1609 sitió Smolensk. En la Batalla de Klúshino, el 4 de julio de 1610, los polacos derrotaron decisivamente a las fuerzas ruso-suecas y Vasili IV abdicó. Los polacos tomaron Moscú pero no instalaron al segundo Dmitri en el trono, pues Segismundo III barajó la posibilidad de convertirse él mismo en zar. Al conocerse la noticia de que un rey católico podía ser el nuevo monarca de Rusia, el apoyo popular a Dmitri creció de nueva cuenta. Algunas ciudades lo reconocieron como zar, pero este segundo impostor no tardó en ser asesinado en una reyerta en Túshino en 1610.

Un grupo de siete boyardos se hizo cargo del gobierno provisional en Moscú con la aprobación del comando polaco. En vista de la situación, este grupo sugirió que al menos el nuevo zar no fuese Segismundo III (abiertamente católico), sino su hijo Władysław, abierto a convertirse al cristianismo ortodoxo. Cuando Segismundo III reafirmó su intención de reclamar la corona rusa hubo una nueva revuelta en Moscú en marzo de 1611, al tiempo que aparecía un tercer Dmitri, ya sin mucho apoyo. Ante la debilidad de Rusia, sus vecinos intentaron sacar provecho: Suecia ocupó Nóvgorod en el verano de 1611, los tártaros crimeos tomaron varios pueblos en el sur y muchos cosacos saquearon propie-

dades de la aristocracia. La noticia de la revuelta moscovita tuvo eco en toda Rusia, desatando rebeliones abiertas contra los invasores polacos, con ejércitos bien formados bajo el liderazgo de viejos gobernadores provinciales. A diferencia del sur, donde diversos problemas (migración campesina, servidumbre, rebeldía) llevaron a los estratos desplazados a apoyar a Dmitri y a los polacos, en varias ciudades del norte, más urbanizado, el patriotismo anti-polaco llevó incluso a la elección democrática de autoridades civiles y tesoreros que observaran el buen uso de los recursos donados por los ciudadanos para formar ejércitos voluntarios. En Nizhni Nóvgorod esa tarea recayó en el respetado comerciante Kuzmá Minin, quien formó un ejército fuerte persuadiendo a los habitantes de donar un tercio de sus ganancias. Muchos miembros de la nobleza unieron fuerzas con este ejército voluntario, encabezado por el príncipe Dmitri Pozharski. La dupla de Minin y Pozharski resultó un éxito logístico para avanzar sobre Moscú: convencieron a la población de no jurar fidelidad al tercer Dmitri —asesinado en julio de 1612— y negociaron la neutralidad sueca. En octubre de 1612 el ejército voluntario expulsó a los polacos de la capital. Pozharski congregó un *Ziemski Sobor* para elegir a un nuevo zar bajo la condición de excluir a candidatos extranjeros. La asamblea se reunió en enero de 1613 y se eligió al hijo de Filaret (preso en Polonia), Mijaíl Románov, el candidato más conciliador, lo que para algunos historiadores representó el triunfo del norte "urbano" de Rusia sobre el sur rural. Comenzó así el largo reinado de la familia Románov hasta 1917, poniendo fin a la "Época Confusa".

LOS PRIMEROS ROMÁNOV

Mijaíl I Románov (1613-1645) tenía la urgente tarea de expulsar a los invasores —polacos y suecos— de suelo ruso y de restablecer la autoridad central. Una de sus primeras acciones fue ejecutar a las familias de los falsos Dmitri y a sus partidarios para evitar cualquier rebrote de ese mito en el futuro. No fue sino hasta 1617 cuando se firmó la Paz de Stolbovo con Suecia, en la que se cedió Nóvgorod y otros territorios a cambio de una indemnización. Lidiar con Polonia fue más complicado, pues Segismundo III intentó una reconquista en 1617, sin éxito. Varsovia accedió a retirarse pero el zar se vio obligado a ceder Smolensk,

Chernígov y otros territorios para apaciguar las aspiraciones polacas. En diciembre de 1618 se firmó la Paz de Deúlino para este efecto, que también estipulaba el intercambio de prisioneros. Gracias a ello, Filaret (padre del zar Mijaíl) regresó a Rusia tras varios años en cautiverio y en junio de 1619 fue nombrado oficialmente patriarca de la Iglesia rusa. Con el padre como detentador del poder espiritual y el hijo en el trono terrenal, los Románov solidificaron su posición frente a otras familias boyardas; Rusia sería gobernada en la práctica por Filaret hasta su muerte en 1633. Los Románov se ganaron a la aristocracia terrateniente al conceder muchas tierras con derechos hereditarios pese a que aumentaron los impuestos. La monarquía también afianzó mayor apoyo de los terratenientes al restringir los derechos del campesinado. Filaret trajo a los miembros más ricos de la nobleza a Moscú para trabajar en puestos clave del gobierno y fundó oficinas especializadas para administrar el Estado. Se creó por primera vez el equivalente a una oficina *(prikaz)* de asuntos exteriores y una de asuntos judiciales. La estabilización política vino acompañada de una estabilización económica gracias a la Guerra de los Treinta Años (1618-1648) en Europa, pues Rusia no participó directamente pero envió enormes cantidades de grano —bajo monopolio estatal— a varios países europeos, obteniendo ingresos considerables. La guerra en Europa y la posición anti-polaca tan marcada de Filaret llevaron a Mijaíl I a tratar de recuperar Smolensk en 1632, pero las cosas fueron tan mal para ambos bandos que se volvió a firmar una tregua en Poliánovka en 1634. En este tratado, el ahora rey polaco Władysław IV renunciaba a sus pretensiones sobre el trono ruso a cambio de que Polonia retuviera Smolensk. Acaso el mejor síntoma de la recuperación fue que Rusia continuó su expansión hacia Siberia: en 1639 grupos de cosacos fieles a la corona rusa llegaron al Océano Pacífico y reclamaron enormes cantidades de tierra y mar para Moscú.

A la muerte de Mijaíl I (1645), las dificultades de las décadas anteriores parecían haber quedado en el pasado. Por primera vez en más de sesenta años no había una crisis sucesoria: el hijo del zar, Alekséi Mijáilovich, subió al trono en julio de 1645. Sin embargo, su reinado (1645-1676) acumuló nuevos problemas, varios de ellos determinantes en la historia del país. En junio de 1648 estalló un disturbio en Moscú por el aumento del precio de la sal y el joven zar tuvo que exiliar al famosamente corrupto Borís Morózov, el boyardo que había decretado esa

medida, para calmar a la multitud. Este levantamiento derivó en la redacción de un nuevo código legal: el *Ulozhenie* de octubre de 1649, que reemplazó al *Sudiébnik* de Iván IV. El *Ulozhenie* fue, de hecho, sugerido por los gobernados en varias peticiones al zar mediante la congregación de un nuevo *Ziemski Sobor,* y no pocos de sus artículos fueron en su origen propuestas netamente populares. Sin duda, el artículo más sobresaliente del nuevo código fue el referente a la servidumbre de los campesinos, que definiría su situación y buena parte de la economía rusa durante los siguientes dos siglos y medio.

Cabe hacer un breve paréntesis para explicar la importancia de la institución servil en Rusia. Desde tiempos inmemoriales en el *Rus* había esclavitud, que evolucionó más tarde en la forma de sirvientes personales y siervos de la gleba, es decir, aquellos que labraban la tierra sometidos a una heredad. Una de las razones para convertirse en siervo, y la más común, era la imposibilidad de pagar deudas. El ascenso de la servidumbre se volvió un problema creciente, no moral sino fiscal: conforme aumentaba el número de siervos —alrededor del 10%-15% de la población campesina para 1613— disminuía la recaudación. Desde el siglo XV, cada día de San Jorge (26 de noviembre) el gobierno permitía migrar hacia mejores tierras, al sur o al este, a campesinos endeudados con sus patrones; el *Sudiébnik* de Iván III (1497) había extendido esta permisión a todos los campesinos. Sin embargo, en vista de las recurrentes guerras hacia mediados del siglo XVI, que obligaban a recaudar más impuestos y más soldados —campesinos en esencia—, la crisis de productividad en el campo se dejó sentir como nunca antes. En 1550 la servidumbre era tan prominente que Iván IV creó una oficina de Estado específica para tratar el tema; además, restringió la movilidad campesina hacia la década de 1580 ante la presión de los terratenientes, arruinados por los flujos migratorios, especialmente tras el desastre económico que trajeron la *Opríchnina* y la Guerra de Livonia. No sólo se reclutaba a decenas de miles de campesinos que debían ausentarse de la cosecha para servir en el frente, sino que las guerras devastaban tierras y propiedades de la aristocracia, creando un círculo vicioso, pues los campesinos migraban a la periferia buscando mejores tierras. La técnica de rotación de cultivos trienal, práctica común ya a mediados del siglo XVI a decir de Richard Hellie, propició también la movilidad campesina para sembrar y cosechar tres diferentes parcelas yuxtapuestas en distin-

tas estaciones del año. En síntesis, buena parte del campesinado estaba en un flujo migratorio constante hacia la segunda mitad del siglo XVI. El gobierno, sin poder prescindir del apoyo de los terratenientes para la guerra y los impuestos, tenía que hacer lo posible por retener a los campesinos en las propiedades de sus dueños.

En 1597 Borís Godunov, a nombre de Fiódor I, decretó la prohibición permanente de la migración campesina. Además, el gobierno buscaría durante un lustro a campesinos fugitivos hasta devolverlos a sus parcelas; si el campesino no era encontrado en ese periodo, obtendría su libertad. En 1601, ante la crisis de la hambruna, el zar Borís permitió de nueva cuenta la movilidad campesina (¡e incluso la distribución gratuita de grano en algunas regiones!), pero tuvo que prohibirla una vez más en 1603 por la presión terrateniente en el centro y sur de Rusia. Lo que sigue ya se sabe: los campesinos son seducidos por los falsos "Dmitri" en contra de los "boyardos corruptos" de Moscú, se incorporan a sus ejércitos y se va moldeando el mito del "buen zar". El *Ulozhenie* de 1649 confirmó la inmovilidad campesina y la conversión de casi la mitad de los campesinos de Rusia en siervos, además de permitir a los terratenientes buscar a los fugitivos de manera permanente. En ese año la restricción ya afectaba a todos los campesinos del sur y las zonas centrales de Rusia. El *Ulozhenie* fue el pacto final entre la dinastía gobernante y la aristocracia terrateniente, que sanaba las heridas de un siglo de inestabilidad en el campo. Como dice Pierre Pascal, el campesino perdió la libertad de desplazarse, de elegir al beneficiario de su trabajo y su personalidad civil, condición hereditaria por varias generaciones durante más de dos siglos. A partir de entonces, además de trabajar las tierras de sus señores de manera obligatoria y gratuita (práctica conocida como *bárshina*), también debían entregarles un porcentaje de la cosecha en forma de "renta" *(obrok),* con el fin de que el dueño pagara sus impuestos. O sea que se quedaban con muy poco, menos de la mitad de su trabajo, para consumo propio. Asimismo, desde el siglo XVI muchas comunas agrarias (llamadas *mir,* literalmente "mundo", también conocidas como *obshina*), aldeorrios en los que distintas familias de campesinos se repartían el trabajo de la tierra, quedarán ubicadas dentro de la propiedad de algún noble por decisión gubernamental, pues convenía otorgar tierras a quienes producían soldados e ingresos para Moscú. En la *obshina* la comunidad entera será responsable de entregar el producto

de su trabajo al señor, por lo que si una persona o una familia abandonaban la comuna correspondía a todos llenar el vacío productivo. Cabe señalar que los siervos de las tierras que eran propiedad del Estado, de la Iglesia o de la familia real tenían desde luego mayores recursos a su disposición. Asimismo, no todos los siervos eran campesinos: había sirvientes domésticos en las propiedades de la nobleza, a quienes generalmente les iba (poco) mejor, pero también campesinos libres, aunque estos casos de éxito personal eran escasos. Ésta será, en lo básico, la situación de la servidumbre en Rusia durante más de dos siglos, hasta 1861.

Lo anterior permite entender por qué los años del zar Alekséi estuvieron plagados de rebeliones. Además de los disturbios por la sal en Moscú, en 1650 los habitantes de Nóvgorod y Pskov se levantaron en protesta por la exportación de grano a Suecia, pues no había grano suficiente siquiera para abastecer el mercado interno, pero fueron reprimidos duramente. En agosto de 1662 los moscovitas volvieron a sublevarse, esta vez por las restricciones sobre el mercado negro de monedas de cobre, cuya acuñación masiva provocó un aumento de precios. Como resultado, miles de personas fueron reprimidas por los *streltsy,* 63 ejecutadas y otras enviadas al exilio en Siberia. A su vez, la migración de colonos rusos hacia el este provocó en ese año una revuelta más entre los bashkires (pueblo turcomano del sur de los Urales), que tardó dos años en apagarse. Dejando esta revuelta de lado, el aspecto más interesante de los disturbios de la sal en 1648, del grano en 1650 y del cobre en 1662, fue que los sublevados culpaban de su infortunio a la burocracia boyarda "corrupta", pero nunca al zar, a quien, por el contrario, le dirigían peticiones para resolver problemas. En el último caso los inconformes marcharon directamente a la residencia del zar Alekséi al sur de Moscú y lograron una audiencia con él. Ésa fue la forma que cobrarían las protestas en Rusia hasta 1905: peticiones al "buen zar" para que interviniese a favor de las causas populares, sin darse cuenta de que en ocasiones era el mismo zar quien ordenaba la severa represión.

Una última revuelta —campesina desde luego— durante el reinado de Alekséi I tuvo consecuencias importantes, pues causó un temor enorme entre la nobleza: el levantamiento del cosaco Stenka Razin en el bajo Volga a fines del decenio de 1660. El contexto, que necesita explicarse, no podía ser más propicio para el surgimiento de esta rebelión. En 1648 los cosacos que habitaban la ribera oriental del Dniéper —ubi-

cada entonces dentro del Estado polaco—, quienes no eran reconocidos por la nobleza polaca como pares —eran ortodoxos y no católicos—, se rebelaron contra Varsovia encabezados por el atamán Bogdán Jmelnytsky, quien liberó toda la cuenca del Dniéper del dominio polaco. Jmelnytsky fundó un "Hetmanato", Estado cosaco que reclamó el legado del antiguo *Rus.* Pese a la grandeza que se adjudicaba, para 1653 el Hetmanato se hallaba debilitado. El aliado natural de Jmelnytsky, no sólo por la marcada posición antipolaca sino también debido a los vínculos culturales entre ambos —religión ortodoxa y el legado común del *Rus*—, era Rusia. En una decisión obvia, Jmelnytsky solicitó apoyo del zar Alekséi y en enero de 1654, en Pereiaslav, se acordó que el Hetmanato se incorporaría a Rusia a cambio de que Moscú lo "protegiera". Jmelnytsky exigió al zar una completa autonomía; éste aceptó los términos puesto que Polonia se encontraba en declive y se podría intentar un nuevo ataque ruso-cosaco para retomar Smolensk. Una vez pactada esta negociación, Rusia atacó a Polonia en el frente lituano y obtuvo enormes avances durante 1654. La Guerra Ruso-Polaca se prolongó por trece años (1654-1667) y trajo cambios importantes en el equilibrio de poder del este europeo: al firmar la Paz de Andrúsovo (1667), Rusia recuperó no sólo Smolensk, sino también Chernígov, casi toda la ribera oriental del Dniéper —las tierras donde se estableció el Hetmanato— y, más importante, Kiev, madre de las ciudades rusas y centro del viejo *Rus.*

No obstante el ensanchamiento del Estado ruso con la incorporación de dichos territorios, estos años de guerra causaron el aumento de impuestos en Rusia y dificultades económicas entre poblaciones vulnerables. Como ya era costumbre, muchos campesinos huyeron en masa hacia el sur y el este del reino —ahora bajo el contexto de la prohibición sobre la movilidad campesina desde 1649— y Moscú tuvo que cortar suministros a estas áreas (como en la cuenca del Don) para obligar a los fugitivos a regresar a las zonas centrales. Esta política, sumada al retorno de miles de cosacos de la guerra en Polonia, ahora empoderados tras la rebelión de Jmelnytsky, provocó una nueva sublevación campesina en la zona entre el Don y el Volga, liderada por el bandolero cosaco Stenka Razin. Este temible líder asoló los alrededores del Mar Caspio —incluso incursionó en Persia— desde 1667, con campesinos que se incorporaban a sus filas de manera masiva. Al cabo de tres años el bandidaje se politizó y Razin llamó a sublevarse contra los "boyardos

traidores" en Moscú —pero no contra el zar, lo que se inserta en la lógica antes señalada—. Razin avanzó con su ejército sobre Tsaritsyn (hoy Volgogrado) y Astracán en la primera mitad de 1670; esta última ciudad fue saqueada, declarada tierra cosaca y la aristocracia masacrada por completo. Sarátov y Samara cayeron en julio, pero en octubre Razin fue detenido en Simbirsk (hoy Uliánovsk) y ejecutado al año siguiente en Moscú. Las revueltas causadas por este movimiento fueron reprimidas con una crueldad particular para evitar futuros levantamientos. La rebelión netamente popular de Razin sería un fantasma constante en las décadas siguientes que el campesinado no olvidaría fácilmente.

Un último evento acontecido durante los años del zar Alekséi merece mención: el Cisma *(Raskol)* en la Iglesia ortodoxa rusa, resultado de las reformas del patriarca Nikon en 1653. Nikon pertenecía a una corriente eclesiástica que buscaba acercar las prácticas religiosas rusas al rito griego original, más disciplinado que el ruso. En las décadas precedentes, la consolidación de la Iglesia católica oriental —que en la Unión de Brest (1596) reconoció la autoridad de Roma— en el Estado polaco distanció más a los ortodoxos rutenos de la Iglesia rusa. A principios de la década de 1650, en el contexto de la escisión del Hetmanato cosaco de la Polonia católica y su acercamiento con Moscú, Nikon, con el apoyo del zar, inició sus reformas. Estas transformaciones parecían ser más una cuestión de forma que de contenido: usar tres dedos en vez de dos al persignarse, cantar tres veces "Aleluya" en vez de dos en la liturgia, entre otras. Sin embargo, en una sociedad tan religiosa y tradicionalista como la rusa en aquel tiempo, los cambios generaron un gran debate. En 1656 Nikon, con el aval del zar, declaró que el uso de las antiguas formas sería considerado "herejía". A pesar de que hubo resistencia tanto popular como dentro del clero —varios de sus miembros fueron apresados o exiliados, como el padre Avvakum, quemado en la hoguera en 1682—, estas reformas fueron aprobadas en el Gran Sínodo de 1666, en el cual irónicamente Nikon fue condenado por su ambición y exiliado, pues se había arrogado el título de *Vieliki Gosudar* ("Gran Soberano"). Quienes resistieron las reformas fueron llamados *staroviéry* ("viejos creyentes"). En 1668 varios monjes del monasterio de Solovietski en el Mar Blanco se rebelaron contra la Iglesia y el apoyo popular les permitió sobrevivir atrincherados en el convento durante ocho años, pese al sitio que el ejército estableció a su alrededor, hasta

que en 1676 fueron masacrados. Los viejos creyentes tendrían en siglos posteriores un arrastre considerable que hoy por hoy aún atrae seguidores en Rusia y otros países. La persecución de esta minoría religiosa hará que —como los judíos más tarde— se dediquen ya sea a aislarse del mundo o a participar en actividades económicas especulativas en competencia con ellos mismos, sobre todo en el ámbito urbano. No pocos miembros de la futura clase empresarial rusa serán viejos creyentes.

Al morir Alekséi I en enero de 1676 subió al trono su primogénito Fiódor III. Los hermanos menores de éste, Iván (de la misma madre, María Miloslávskaia) y Piotr (futuro Pedro I *el Grande,* hijo de la segunda esposa de Alekséi I, Natalia Naryshkina), también serían zares. Durante el periodo de Fiódor III (1676-1682), mientras Rusia se debatía entre adoptar o no costumbres y formas occidentales, se dio por primera vez una contienda abierta contra el Imperio otomano, algo que se volverá recurrente en los siguientes dos siglos. La razón fue la ruptura en el Hetmanato cosaco en un bando pro y uno antirruso, aliado con Estambul y con los tártaros crimeos. En el Tratado de Bajchisarái (1681) el sultán y el zar se dividieron la actual Ucrania entre ambas riberas del Dniéper. El mayor legado de Fiódor III fue la abolición del *Miéstnichestvo* en 1682, un sistema bien enraizado en la administración pública que consistía en el ascenso burocrático de los boyardos con base en la posición de sus familias desde tiempos inmemoriales y que había obstruido la meritocracia en la administración durante más de un siglo. Éste fue un signo de que, en palabras de Hans-Joachim Torke, la Iglesia comenzaba un declive frente al robustecimiento del Estado ruso, mediante la colación de una "racionalidad" occidental a Rusia que la Iglesia rechazaba. Asimismo, en 1676 se incrementó la recaudación fiscal gracias al cambio de un impuesto sobre la tierra a uno predial, calculado con base en el censo de 1678 el cual, por cierto, mostró que en Rusia habitaban 11.2 millones de personas. Fiódor III murió sin descendencia en abril de 1682, iniciando una lucha sucesoria. Su familia materna, los Miloslavski, buscaba que la corona pasara a Iván Alekséievich, aunque era discapacitado física y mentalmente, por lo que los Naryshkin exigían coronar a Piotr. La intriga suscitó una revuelta más en Moscú, pues varios boyardos de la familia Miloslavski esparcieron el rumor de que Iván había sido asesinado e iniciaron una purga contra los Naryshkin. Los primeros encontraron un apoyo útil entre los *streltsy,* ávidos de rebelar-

se puesto que se encontraban en declive como institución —muchos eran viejos creyentes—, liderados por Iván Jovanski. Sin embargo, en cuanto el príncipe Iván Alekséievich fue presentado vivo ante la plebe, su familia tuvo que aceptar la compartición de la corona entre los dos hermanos. Iván V y Piotr I (Pedro I) fueron coronados en junio de 1682. Su hermana mayor, Sofía Miloslávskaia, se convirtió en regente.

La regencia de Sofía (1682-1689) estuvo marcada por temas religiosos, pues la rebelión de los *streltsy* reanimó la discusión sobre los viejos creyentes. Jovanski había adquirido tanto poder que obligó a Sofía a establecer un debate público sobre la reforma religiosa, que ella aprovechó para enjuiciarlo y ejecutarlo. Esta nueva derrota para los viejos creyentes, sumada a la actitud pro-occidental del boyardo más influyente, Vasili Golitsyn, hizo creer a varios de aquéllos que el Juicio Final estaba cerca. En el Monasterio Paleostrovski, a orillas del lago Onega, reducto de los viejos creyentes, se autoinmolaron alrededor de 4200 monjes de esta corriente entre 1687 y 1689. Bajo el clima de creciente occidentalización, Sofía estableció buenas relaciones con Polonia, que reconoció la posesión rusa de Kiev y de la ribera oriental del Dniéper en la Paz Eterna de 1686. Este logro diplomático conformó una zona de seguridad colectiva de potencias cristianas cuyo interés común era frenar al Imperio otomano, el cual había estado cerca de tomar Viena en 1683 en su momento de mayor expansión en Europa. La alianza firmada en la Paz Eterna permite ver cómo Rusia empezaba a salir de su aislamiento para insertarse en el equilibrio de poder continental, basado en contener al Imperio otomano, misión definida prácticamente en términos religiosos. Ahora Polonia y el Imperio Habsburgo, Estados católicos, podían "solicitar" a la Rusia ortodoxa que atacara a los Estados musulmanes en sus fronteras. Sofía y Golitsyn dirigieron sus ejércitos contra el Kanato de Crimea en 1687 y 1689, pero en ambas ocasiones fueron derrotados. La regente, sin embargo, tergiversó los hechos y anunció estas derrotas como victorias gloriosas. No sólo eso: desde 1685 Sofía se presentaba como la autócrata y soberana de Rusia —llegó a aparecer coronada en retratos oficiales—. Estas actitudes grandilocuentes se ganaron la oposición de Pedro I, ahora adulto, quien tenía que ver por el reino ante la discapacidad de su hermano Iván V. En septiembre de 1689, Pedro I logró ganarse a los altos mandos del ejército al explotar políticamente el descontento con la campaña crimea y perpetró un golpe de Estado contra Sofía y Golitsyn, enviándolos al exilio.

PEDRO I Y LA "OCCIDENTALIZACIÓN" DE RUSIA

Pedro I *el Grande* (1682-1725) marcó el inicio de una nueva era en la historia de Rusia. Aunque en un principio no se interesaba por la política —prefería navegar y construir barcos—, al morir su madre en 1694 y su hermano Iván V en 1696, Pedro I tuvo que tomarse en serio la tarea de gobernar. Su primera campaña fue concretar lo que Sofía y Golitsyn no pudieron: ganar territorio al Imperio otomano. En 1695 el zar tomó la fortaleza de Azov en la boca del Don y en 1700 obligó al sultán a firmar el Tratado de Constantinopla, que reconocía la ocupación rusa de Azov y del mar adyacente, donde se fundó el puerto de Taganrog con miras a hacer de Rusia una potencia marítima. En 1697 Pedro I emprendió un largo viaje a Europa, tanto para reforzar el sistema de alianzas como para inspeccionar personalmente las costumbres occidentales, algo que comenzó a ser una obsesión en él. Quedó impresionado de la República de los Países Bajos, de los astilleros de Ámsterdam y de los puertos ingleses, e "importó" a muchas mentes europeas a Rusia (constructores, ingenieros, médicos, editores). Aunque se entrevistó con las testas coronadas más importantes del continente, no consiguió solidificar la alianza de las potencias cristianas, pues cada país firmó una paz separada con Estambul. Logró, en cambio, aliarse con Polonia en contra de las aspiraciones de Suecia, poder que se encontraba en su máxima expansión. Al viajar como ningún otro zar, Pedro I obtuvo una idea clara de la situación internacional, pero sobre todo de lo que para él era el "atraso" de Rusia y la necesidad de transformar al país. En junio de 1698 suspendió su viaje para suprimir una nueva revuelta de los *streltsy* y aprovechó para ejecutar a sus líderes y abolir la institución —de niño había atestiguado la revuelta de los *streltsy* contra su familia—. El mensaje era claro: nadie iba a impedir la modernización de Rusia, iniciada simbólicamente el 1° de enero del año 1700 cuando se adoptó el calendario juliano, así como estilos arquitectónicos, de vestimenta y hasta de peluca occidentales. Incluso se prohibió a los varones nobles usar barba, algo que se antojaba poco "civilizado".

Con el siglo XVIII también dio inicio la Gran Guerra del Norte (1700-1721), largo conflicto que marcó el reinado de Pedro I así como la Guerra de Livonia marcó el de Iván IV. Dicha guerra se disputó en diferentes puntos de Europa, especialmente en la frontera occidental de

Rusia. A ésta se aliaron Dinamarca, Polonia, Prusia y Sajonia y, por el bando rival, Suecia y el Imperio otomano. Sin duda hubo muchas causas, pero del lado ruso el principal detonador fue, haciendo caso a Paul Bushkovitch, la obsesión de Pedro I por construir puertos. La sorpresiva declaración de guerra a Suecia en 1700 se basaba en obtener la mayor cantidad posible de territorio costero en el Báltico para que Rusia desafiara a la marina sueca. En noviembre de 1700 se dio el primer encontrón en la Batalla de Narva, que Rusia perdió de forma desastrosa. En los siguientes seis años Suecia obtuvo un poderío impresionante e incluso derrotó a Polonia y depuso a su rey (1706). Pedro I entendió que debía reformar al ejército ruso tras la derrota en Narva si quería lograr su cometido: amplió la leva a más de 100 mil individuos, disciplinó a los altos mandos cabalgando personalmente en batalla —ganándose una legitimidad importante— y redactando códigos de conducta, profesionalizó a las fuerzas armadas al convertirlas en ejército regular e introdujo cierta ideología en las filas: servir a la patria y no al zar, la idea de que "ruso" era todo aquel que sirviera a su país. Los cambios funcionaron a juzgar por el resultado: desde 1703 el ejército ruso comenzó a ganar terreno (y aguas) a Suecia.

El 1º de mayo Pedro I tomó la fortaleza sueca de Nyenskans en la boca del río Nevá, y un mes después comenzó a construir allí el puerto en el Báltico que tanto anhelaba. Sobre la isla central se erigió la Fortaleza de San Pedro y San Pablo y, alrededor de ella, una ciudad. Esta nueva urbe fue bautizada como San Petersburgo o *Sankt-Peterburg,* versión holandizada de "villa de San Pedro", el patrono del zar. La ciudad fue edificada en su mayoría por siervos, convictos y prisioneros de guerra como mano de obra gratuita y bajo condiciones muy duras, cobrando la vida de varios miles de obreros. Podría decirse que con la fundación de San Petersburgo, en mayo de 1703, comienza el siglo XVIII para Rusia. La ciudad misma y la controversia de su construcción sintetizan la esencia de la Rusia dieciochesca: un aura de esplendor por fuera, pero con problemas y tensiones muy evidentes por dentro. Como dice Gary Marker, a partir de entonces, más que en cualquier otro Estado, en Rusia la teatralidad del poder imperial y autocrático tendrá desde entonces poca relevancia para la vida diaria de personas alejadas de la corte y la capital.

La Gran Guerra del Norte marcó el ascenso de Rusia como potencia europea a raíz del declive de Suecia y Polonia. Los ejércitos rusos

ocuparon buena parte de la costa báltica y defendieron San Petersburgo de manera notable por mar y tierra. Ante este revés, el rey sueco Carlos XII trasladó la guerra al sur e intentó invadir Rusia en 1708. El Hetmanato cosaco se dividió entre un bando prosueco y uno prorruso. El atamán Iván Mazepa viró su lealtad de San Petersburgo a Estocolmo, puesto que las reformas castrenses de Pedro I —ejército regular, aumento de la conscripción— restaban influencia a los cosacos como instrumento rentable de combate, mientras que Suecia quedaba lo suficientemente lejos como para garantizar la autonomía cosaca. El avance del ejército sueco fue difícil debido al crudo invierno de 1709 y su número se redujo considerablemente. Además, los generales rusos recurrieron a la estrategia de tierra quemada: la destrucción e incendio de todo lo que pueda ser útil al enemigo para no dejarle provisiones. Con un ejército disminuido y una moral a la baja, Carlos XII se empecinó en asediar la fortaleza rusa en Poltava, en la ribera oriental del Dniéper. Con 50 mil hombres del ejército regular y 25 mil cosacos y calmucos, Pedro I derrotó definitivamente al rey sueco y a Mazepa, quienes huyeron al Imperio otomano. La Batalla de Poltava (27 de junio de 1709) fue la mayor victoria de Pedro I, que además cimentó el prestigio de la Rusia nueva, "moderna". Con la corona sueca acéfala tras la huida de Carlos XII, el conflicto continental dio un giro muy rápido en favor de Rusia. La presencia del rey sueco en el Imperio otomano originó una nueva Guerra Ruso-Otomana en 1710-1711 que llevó a la firma del Tratado del Prut (1711), en el cual Rusia cedió Taganrog y Azov a Estambul. No obstante, Pedro I aprovechó la situación para marchar sobre las posesiones suecas en el Báltico, Estonia y Livonia, que capitularon a la corona rusa en 1710, algo que Estocolmo no reconocería hasta 1721 en el Tratado de Nystad. La élite germano-báltica de ambas provincias facilitó su incorporación al Estado ruso puesto que la restauración del absolutismo en Suecia les había quitado tierras y siervos, mientras que Rusia, aunque también absolutista, garantizaba la continuidad de esos privilegios por medio de la institución servil. En Nystad se estipuló que Suecia cedería Estonia y Livonia a Rusia, así como sus antiguas posesiones en el Golfo de Finlandia. Pedro I incluso ocupó Finlandia en 1714, pero retornó la mayor parte del territorio a Suecia en este tratado, salvo los alrededores del lago Ládoga. Con ello consiguió ampliar la frontera hacia el oeste para proteger San Petersburgo.

Estas anexiones pusieron fin a la Gran Guerra del Norte, que incrementó el poder y el prestigio rusos exponencialmente en contraposición al declive sueco y polaco, pero que tuvo repercusiones en la política interna por más de dos décadas. Entre éstas sobresalen tres aspectos importantes. El primero fue el traslado de la capital de Moscú a San Petersburgo en 1712, cuando la región aún era vulnerable ante un posible ataque sueco, marítimo o terrestre. Éste fue acaso el símbolo más visible del proyecto modernizador y occidentalista de Pedro I. Como gobernador de la nueva capital el zar designó a Aleksandr Ménshikov, su súbdito más leal, quien procedía de una familia de baja estirpe pero era su amigo de juventud y una creciente influencia en la toma de decisiones. La anécdota ilustra que en la nueva Rusia el linaje ya no era garantía de puestos administrativos. La antigua tradición de la corte boyarda basada en la posición de cada familia dio paso a una nueva forma de elegir a los allegados a la corona. Se creó así la figura de los "favoritos", básicamente los amigos del monarca. Sin embargo, se estableció una Tabla de Rangos en 1722 que pretendía fijar las jerarquías en la administración pública. Ése fue el segundo cambio en la política interna de Rusia a principios del siglo XVIII. Pedro I decidió abolir la Duma boyarda para siempre y reemplazarla con un "Senado" *(Senat)* en 1711, encabezado por un procurador general *(Ober-Prokuror)* responsable ante el zar. No se trataba de una institución representativa, como el nombre sugiere, sino de un cuerpo de notables que gobernaría en ausencia del zar y que más tarde adquirió funciones permanentes en el ámbito legislativo, judicial e incluso ejecutivo. Desde luego, al cabo de unos años no era clara la función del Senado: se encargaba de todo y nada a la vez. En la práctica, supervisaba la política fiscal y se encargaba de asuntos legales, pero en realidad era una institución que reflejaba los límites de la occidentalización forzada en Rusia. Por ello, en 1717 el zar tuvo que introducir un sistema de Colegios, oficinas especializadas (Comercio, Asuntos Exteriores, Guerra, Marina, Inspección y Control Financieros, Egresos, Ingresos, Manufactura y Justicia) para reorganizar la administración y dejar al Senado como una especie de corte suprema.

La tercera faceta que se transformó a raíz de la Gran Guerra del Norte fue el concepto que Rusia tenía de sí misma como Estado multinacional. Con la anexión oficial en 1721 de Estonia y Livonia, cuya élite

era germano-báltica y cuya población era mayoritariamente estonia y letona, el zar comenzó a utilizar un nuevo título: *Imperator.* Ésta fue una sugerencia de Feofán Prokopóvich, monje ruteno de Kiev quien estudió en Polonia y que, precisamente por este "occidentalismo" en su currículum, fue rápidamente promovido por el zar para temor de la Iglesia ortodoxa rusa, que veía en el clero ortodoxo del bajo Dniéper a elementos "progresistas". Ciertamente, Rusia reunía ya las características básicas de un imperio: un tamaño considerable y un componente multiétnico muy evidente. Además Rusia contaba con una coherencia garantizada por la amenaza del uso de la violencia —mas no necesariamente su uso práctico, lo cual sería síntoma de crisis—, la administración pública, la colaboración de élites locales y la simbología y programa universalistas de una élite imperial.

A las reformas militar y administrativa se sumaron otras que confirmaron el estatus de Rusia como nueva potencia moderna, "europea", y que incrementaron el poder del gobierno central frente a otros cotos de autoridad. El Estado tomó las riendas de la economía en muchos aspectos. Se introdujo un monopolio sobre la producción de sal, tabaco, "todo el comercio con China" y muchas industrias exportadoras. El gobierno también financió las manufacturas al construir nuevas fábricas y centros industriales. Sin embargo, conforme la guerra cedía, hacia la década de 1720, la mayoría de las industrias de exportación se concedió a manos privadas. La política fiscal también sufrió cambios determinantes como resultado de los conflictos internacionales. Pedro I abolió el impuesto predial e introdujo uno fijo de capitación en 1719 sobre todos los varones adultos, una necesidad creciente para financiar la industria de guerra: barcos, astilleros, fortalezas, armamento moderno. El nuevo impuesto era más alto que los precedentes y se resintió más en el campo, donde cada varón debía pagar 74 copecs en efectivo sin importar su ingreso o el tamaño de sus parcelas, abarrotando las arcas estatales considerablemente. Según Bushkovitch, la Campaña Persa de 1722 tuvo origen en los deseos del zar de obtener ventajas comerciales sobre el mercado de la seda en el Cáucaso para consumo interno, pero también con el fin de revenderla en Europa. Si bien tras esta escaramuza Rusia obtuvo de Persia prácticamente todo el Cáucaso con la firma del Tratado de San Petersburgo (1723), una década más tarde se vería obligada a retornar estos territorios.

En 1721 se introdujo acaso la reforma más determinante en la esfera social con la fundación del Santo Sínodo, una especie de "Ministerio de Religión" que trajo a la Iglesia ortodoxa rusa bajo control de la administración civil. Se abolió el Patriarcado de Moscú, pues para Pedro I no podía haber ninguna figura a la par o por encima del zar. Sería ahora el Estado el que designara a los obispos, restando todo poder político a la Iglesia, amén de que los sacerdotes en cada villa, en cada *obshina,* seguían siendo una autoridad importante como intermediarios entre el Estado y los gobernados. El zar se apoyó en la élite eclesiástica rutena, occidentalizada bajo el dominio católico polaco, para llevar a cabo este proceso de relativa secularización, e incorporó a miembros de esa élite (como Prokopóvich o Stefán Iavorski) en la administración del Santo Sínodo. Uno de los resultados más relevantes de esta reforma fue que la "alta cultura" ya no se definiría en términos religiosos —la producción intelectual rusa en los dos siglos precedentes había sido fundamentalmente religiosa—. La religión pasó de ser una actividad pública a un asunto privado. Incluso la imagen física de las iglesias rusas en adelante se transformó por completo: dejaría la típica influencia bizantina de cúpulas con forma de nabos para convertirse en construcciones sobrias, influidas por la simplicidad de las iglesias protestantes que el zar vio en Holanda e Inglaterra. El mejor ejemplo es la Catedral de San Pedro y San Pablo en el centro de la fortaleza homónima, primera iglesia de San Petersburgo.

De esa manera se establecieron las bases del Imperio ruso en los siguientes dos siglos. No obstante toda su magnanimidad, para 1725 se trataba de un imperio sin heredero claro. El primogénito de Pedro I, Alekséi Petróvich, fue torturado y asesinado por los agentes de su padre tras una fuerte desavenencia entre ambos en 1718. El zarévich ("hijo del zar") fue usado como chivo expiatorio para señalar enemigos reaccionarios —antiguos boyardos— que deseaban regresar a Rusia a lo que Pedro I veía como un "atraso", a las antiguas costumbres. Sin embargo, Alekséi dejó un hijo, Piotr Alekséievich (futuro Pedro II), un niño que se perfilaba como el heredero más claro a pesar de que su abuelo lo detestaba.

EL SIGLO DE LAS ZARINAS

Pedro I murió enfermo el 8 de febrero de 1725. De inmediato Ménshikov, gobernador de la capital y el personaje más influyente en la corte, organizó hábilmente la entronización de la emperatriz viuda, quien adoptó el nombre de Catalina I (1725-1727). Ménshikov se anticipó así a que la familia del pequeño Piotr Alekséievich, nieto de Pedro I, reclamase la corona y solidificó su posición como el poder detrás del trono, gracias a sus buenas relaciones con la zarina. La emperatriz lidió con muchos problemas derivados de más de dos décadas con un presupuesto asfixiado por la guerra y parte de su solución fue revertir algunas políticas de su antecesor: reducir el impuesto de capitación de 74 a 70 copecs y disminuir las tareas del ejército en cada provincia. Se buscó austeridad en la administración al reducir oficinas de gobierno para ahorrar recursos. Ménshikov convenció a Catalina I de crear un "Consejo Privado" de seis miembros que haría sugerencias a la emperatriz, lo que evocaba la Duma boyarda. Sin embargo, Catalina I murió en mayo de 1727 y ahora el sucesor natural era Piotr Alekséievich. Ménshikov se aprovechó de su minoría de edad para purgar a algunos miembros del primer círculo político y convencer a la élite de coronar al nieto de Pedro I mientras el propio Ménshikov fungía como regente. Sin embargo, en septiembre la antigua nobleza boyarda, encabezada por familias como los Dolgoruki y los Golitsyn, viró al Consejo Privado contra Ménshikov y lo exilió a Siberia. Este Consejo se convirtió pronto en el principal núcleo de toma de decisiones en el Imperio por esos años, pues el adolescente Piotr Alekséievich (Pedro II; 1727-1730) no tenía interés en gobernar. Los Dolgoruki adquirieron gran influencia al comprometer a una de sus miembros con el zar. Pedro II murió en enero de 1730 sin lograr mucho, al tiempo que los problemas económicos se incrementaban. Acaso su única decisión relevante fue trasladar la capital de vuelta a Moscú en 1728. Con Pedro II se extinguió la línea masculina directa de los Románov, por lo que se desató una nueva crisis sucesoria.

En este momento los Dolgoruki y los Golitsyn dominaban la élite política de Rusia. Los representantes de ambas familias en el Consejo Privado ofrecieron la corona a la princesa Anna Ivánovna, hija de Iván V, buscando de ese modo fungir como grupo consultivo para la monarca —impronta de la tradición boyarda— y limitar el absolutismo. El Con-

sejo impuso una serie de Condiciones *(Konditsii)* a la emperatriz Anna, una constitución en términos prácticos basada en el modelo sueco, obligándola a legar al Consejo todo lo relacionado con declaraciones de guerra, impuestos, fijación del presupuesto, firma de tratados, nombramientos militares y entrega de títulos de propiedad. Pronto surgió una oposición a esa medida liderada por Prokopóvich, vicepresidente del Santo Sínodo y, tan sólo unas semanas después de aceptar las Condiciones, Anna Ivánovna abjuró de ellas, abolió el Consejo Privado y exilió a sus miembros, restaurando la institución autocrática. Para simbolizar la continuidad con las políticas de Pedro I, la capital regresó a San Petersburgo en 1733. La emperatriz Anna gobernó por una década (1730-1740) en la que se reforzaron los privilegios de la nobleza, con una particular afección por la élite germano-báltica. Anna creó el Cuerpo de Cadetes de San Petersburgo en 1731, una de las primeras academias militares rusas de alto nivel, y dio un mayor impulso a la Academia de Ciencias creada por Pedro I en 1724 al traer al país a personajes como el matemático suizo Leonhard Euler. Anna también financió expediciones militares al sur de los Urales con el fin de controlar más tierras cultivables y abundantes yacimientos minerales. Allí los rusos fueron rechazados por los bashkires, de los que casi un tercio de la población fue aniquilado o deportado. Con ello se compensó la pérdida del rico territorio caucáseo retornado a Persia en 1735 en el Tratado de Ganja, que estableció una alianza defensiva ruso-persa contra Estambul. Rusia se vio envuelta en dos conflictos durante esa década: la Guerra de Sucesión polaca (1733-1738), que confirmó la protección rusa sobre Polonia tras la victoria del prorruso Augusto III, y una nueva guerra contra el Imperio otomano (1735-1739). En este conflicto Rusia logró, a un costo enorme —casi 100 mil hombres, en su mayoría muertos por la peste—, derrotar a los ejércitos otomanos y crimeos con ayuda de Austria, e incluso invadir Crimea exitosamente. Sin embargo, una paz separada de Viena con Estambul obligó a Rusia a conformarse con la recuperación de Azov sin poder anexar Crimea ni Besarabia, como se estipuló en el Tratado de Niš, firmado por la zarina y el sultán en 1739.

Anna murió en octubre de 1740. Su fallecimiento desató una nueva versión de la batalla sucesoria de fines del siglo XVII entre los Miloslavski y los Naryshkin. Anna, de la familia Miloslavski (hija de Iván V), designó en su lecho de muerte a su sobrino Iván Antónovich como zar,

un niño de dos meses de vida. Por otra parte, la hija más popular de Pedro I, Yelizaveta Petrovna, deseaba reclamar el trono para los Naryshkin y la prole de su padre. Conforme a los designios de Anna, el neonato Iván Antónovich fue proclamado emperador (Iván VI) bajo la regencia de Ernst von Biron, principal favorito de Anna. La nobleza germano-báltica, que ahora dominaba la corte, trajo a ella sus propias tensiones y Von Biron fue depuesto por el conde Burkhard von Münnich, quien designó como regente a la madre de Iván VI, Anna de Mecklenburg, una princesa alemana. Bajo este estado de cosas, Yelizaveta Petrovna logró amasar el apoyo que necesitaba para reclamar el trono entre la élite militar, especialmente en el regimiento Preobrazhenski, el más importante de San Petersburgo. La noche del 25 de noviembre de 1741 la hija de Pedro I perpetró un golpe de Estado con ayuda de dicho regimiento sin derramar una sola gota de sangre. Yelizaveta Petrovna (Isabel I; 1741-1762) supo transformar su popularidad entre la élite rusa en un reinado inteligente —menos por su brillantez que por dejar el mando a administradores competentes— y sorprendentemente pacífico en el ámbito interno. Durante su periodo comenzó lo que se ha evaluado como la "época dorada" del Imperio ruso, adornada con una serie de edificaciones importantes bajo la impronta del arquitecto italiano Bartolomeo Rastrelli en San Petersburgo y sus alrededores, como el palacio principal de Peterhof (1755) y el de Tsárskoie Seló (1756), el Palacio Stróganov (1754) y el Palacio de Invierno (1762). Isabel I fundó además una institución sumamente importante para generaciones venideras que fungió como coto del despunte intelectual del país, la Universidad de Moscú (1755). Este proyecto fue una sugerencia de una de las mentes más brillantes del periodo, Mijaíl Lomonósov (1711-1765), personaje aficionado a la polimatía que contribuyó al desarrollo de la ciencia rusa y universal y también a la literatura —la Universidad de Moscú hoy lleva su nombre—.

Isabel I dejó la administración en manos de individuos bien preparados. Uno de ellos fue Alekséi Bestúzhev-Riumin, encargado de asuntos exteriores del Imperio durante casi todo el periodo, un diplomático notable que salvó el pellejo a Rusia más de una vez, en ocasiones, con una opinión contraria a la de la zarina. Una prueba de que el Estado ruso estaba ya sumamente inmiscuido en el juego de poder europeo fue que Francia intentó hacer caer a Bestúzhev en 1742, vinculándolo con

una conspiración que supuestamente buscaba restaurar a Iván VI (preso en Shlísselburg) en el trono. Tras aclarar el malentendido, Rusia se alió con Inglaterra y Austria en contra de Francia y Prusia en la Guerra de Sucesión austriaca (1740-1748), la cual vio el ascenso de Prusia como poder continental. Una Suecia revanchista aprovechó el conflicto europeo para reclamar en 1741 los territorios perdidos ante Rusia veinte años atrás, pero sus ejércitos fueron detenidos por mar y tierra y los rusos, comandados por el ilustre Piotr Lacy, reocuparon Finlandia en 1743. Para evitar una humillación, Estocolmo firmó el Tratado de Åbo en agosto de ese año, en el que cedió parte de la costa finlandesa a Rusia. Además, la nobleza sueca fue obligada a elegir como heredero al trono a un personaje designado por la zarina, Adolf Fredrik, lo cual confirmó el estatus de Rusia como una potencia que imponía condiciones a voluntad en las cortes de Varsovia y Estocolmo, poderes que tres décadas atrás parecían ser casi invencibles. En 1756 estalló la Guerra de los Siete Años, conflicto que modificó el sistema de alianzas europeo. Inglaterra y Prusia, hasta entonces rivales, concretaron una alianza contra Francia y Austria. Rusia entró en este último bando por la desconfianza de Isabel I hacia las ansias expansionistas de Prusia. Rusia atacó al ejército prusiano en 1757 y derrotó de manera aplastante a Federico II *el Grande* en Kunersdorf en agosto de 1759. Al año siguiente, un destacamento ruso entró en Berlín, y no es exagerado decir que el Estado prusiano estuvo a punto de desaparecer en ese momento. Como dijo el káiser, la salvación de Prusia sólo fue posible gracias a la muerte de Isabel I en enero de 1762.

El heredero designado por la zarina —quien no tenía descendencia— fue su sobrino Peter von Holstein-Gottorp (Pedro III; enero-julio de 1762), nieto de Pedro I. El nuevo zar resultó germanófilo, tanto que su primera acción de gobierno fue concretar una alianza con Prusia —a la que meses antes los ejércitos rusos estuvieron a punto de borrar del mapa— y virar contra Austria y Dinamarca. Pedro III encontró un descontento en la sociedad rusa, pues en los últimos años de Isabel I los impuestos a la sal y a las tabernas aumentaron exponencialmente con el único fin de completar la construcción del Palacio de Invierno. A pesar de haber gobernado sólo seis meses, este monarca aprobó casi 200 nuevas leyes entre las que destacaron exentar a la nobleza del servicio militar, la desamortización de los bienes eclesiásticos —incluidos los siervos

de la Iglesia, que pasaron a ser propiedad del Estado— y la proclamación de la libertad religiosa. Asimismo, Pedro III creó el primer banco estatal de Rusia, abolió la Cancillería (Policía) Secreta, reorganizó el ejército conforme el modelo prusiano y estableció escuelas para toda clase social, con educación obligatoria para los hijos de los nobles. En ese contexto de cambios radicales para la época, Pedro III fue depuesto 186 días después de ascender al trono por una conspiración de la familia Orlov, muy cercana a la esposa del zar, Sophie Friederike Auguste von Anhalt-Zerbst-Dornburg, princesa alemana que ascendió al trono ruso con el nombre de Catalina II. Pedro III fue recluido en el palacio de Ropsha y murió el 6 de julio de 1762 en circunstancias aún no aclaradas, por lo que el viejo mito del zar depuesto de manera ilegítima que sobrevivió a un intento de asesinato resurgiría más tarde en la baja sociedad rusa.

V
JUGANDO CON EL LIBERALISMO (1762-1825)

EL DESPOTISMO ILUSTRADO: RUSIA Y LA REVOLUCIÓN FRANCESA

Catalina II *la Grande* (1762-1796) fue una gobernante longeva y la más conocida en la historia de Rusia —a pesar de no llevar siquiera sangre rusa en sus venas—, evaluada durante mucho tiempo como una "déspota ilustrada" al igual que varios de sus pares europeos en ese momento. En efecto, la zarina leía a Montesquieu, Diderot y Voltaire —con quien tuvo una relación epistolar durante tres lustros—, por lo que tenía cierto velo reformista, aunque esto se reflejaba más en el terreno propagandístico que en la realidad. Por este "despotismo ilustrado" conviene colocarla dentro del jugueteo con el liberalismo que se dio en Rusia en las siguientes cinco décadas y que abriría las puertas al siglo siguiente. El primer signo de la "Ilustración" traída por Catalina II fue un nuevo código legal, el *Nakaz* ("Instrucción") de 1767, en el que varios artículos se copiaron textualmente de trabajos de Montesquieu. Estipulaba, entre otras cosas, que todos los *hombres* eran iguales ante la ley y llamaba a la separación de poderes, aunque esto nunca sucedió. Algunos historiadores ven en el *Nakaz* un medio para, de hecho, consolidar la autocracia. Un pasaje decía que el poder debía recaer "en manos de un líder absoluto", ya que "no existe otra autoridad […] que tenga un vigor proporcional a la extensión de un dominio tan vasto". Este extracto, y otros tantos, introdujeron una idea más en la concepción de la unicidad de Rusia, la cual se asumió en el *Nakaz* como un "poder europeo". La zarina consultó a decenas de personas, incluso a otros monarcas, para sugerir cambios al escrito final. Las largas discusiones entre la nobleza y la incipiente *inteliguentsia* convirtieron el documento en algo sumamente vago. Aunque se turnó a una "Comisión Legislativa", el *Nakaz* se dejó morir a partir de 1773 como reacción a la revuelta de Pugachiov, descrita más adelante. Aunque el documento no tuvo efectos sobre los asuntos de Estado, Catalina II trasladó sus "reformas" a otros rubros. En 1775 se reorganizó el Imperio territorialmente en nuevos distritos y provincias, empoderando a una burocracia cre-

ciente en el terreno local. Su idea ilustrada de la educación la llevó a crear escuelas por doquier, no sólo para la nobleza sino también para todas las clases libres urbanas, escuelas de "señoritas", aristócratas y clases medias. La zarina entendió que debía solidificar los vínculos de la corona con la alta burguesía y la nobleza terrateniente. En 1785 redactó una "Carta Nobiliaria" que codificó los privilegios de la nobleza: reforzó la servidumbre en el sur al dar control absoluto a los terratenientes sobre su propiedad y sus siervos (así como el derecho a castigarlos severamente) e introdujo la figura del "mariscal nobiliario", personaje elegido en las asambleas locales de nobles para representar sus intereses ante la corona. La cláusula más importante, sin embargo, fue la que literalmente declaraba que "todo noble quedará personalmente exento de pagar impuestos", lo cual acarreó todos los problemas fiscales imaginables y elevó a la nobleza imperial a la cúspide de su existencia.

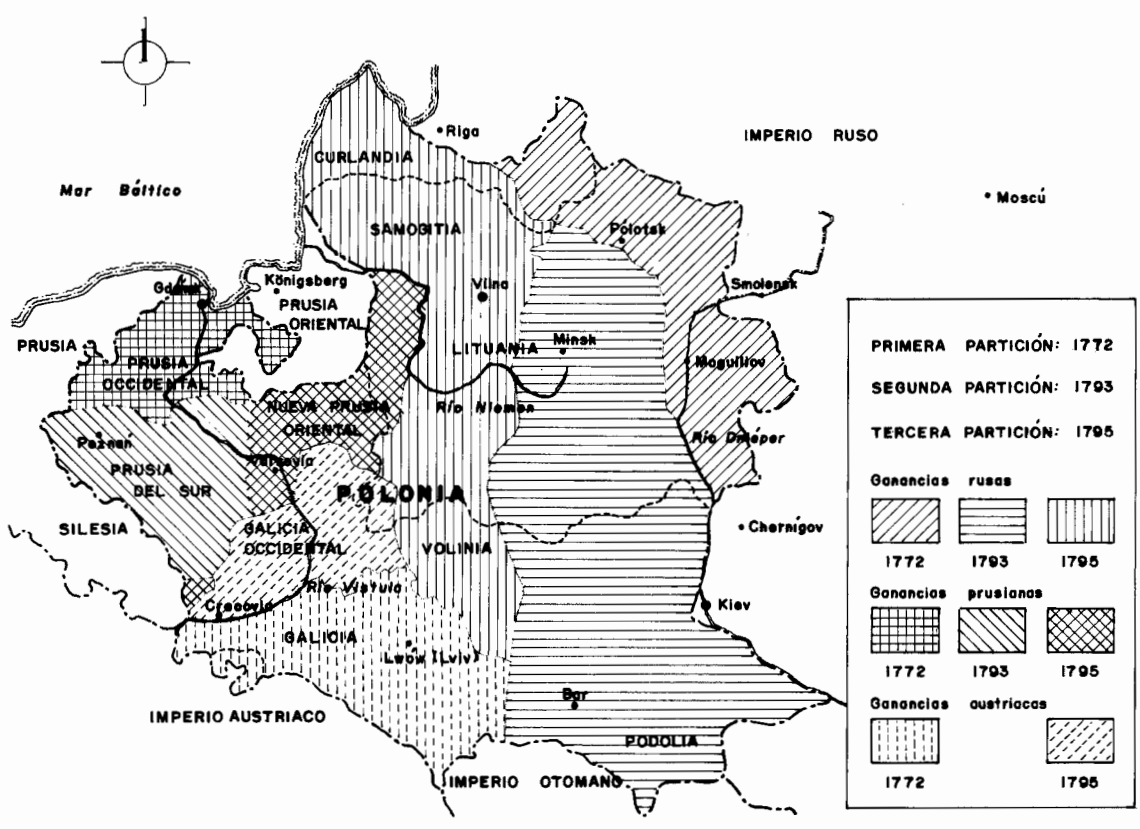
En medio de este clima de beneficios a las clases altas, de la construcción de palacios churriguerescos en San Petersburgo, de la proliferación de pelucas blancas y rostros empolvados, y de la supuesta ilustración de la (alta) sociedad, surgió un alzamiento popular que marcaría a Rusia para siempre. Si bien se dio antes de la promulgación de la Carta Nobiliaria —que fue claramente una respuesta a este evento—, la alianza entre la corona y la nobleza terrateniente se había convertido ya en un hecho consumado desde cien años antes. Y, como sucedió con Stenka Razin también un siglo atrás, el descontento fue producto de una nueva guerra: la Ruso-Otomana de 1768-1774, que inició cuando un puñado de nobles polacos opuestos a la intervención de Rusia en los asuntos de Polonia se refugiaron en el Imperio otomano, al que Catalina II declaró la guerra. Luego de cinco años de continuas victorias rusas, el sultán firmó su rendición en el Tratado de Küçük Kaynarca en julio de 1774. Este importante documento retornó Azov y el puerto de Kerch al Imperio ruso, pero también hizo del Kanato de Crimea un vasallo de San Petersburgo, incorporado de lleno al Imperio como "Gubernatura de Táuride" en 1783 y repoblado con colonos rusos. A pesar de ser una victoria total vista desde fuera, dentro de Rusia el conflicto contra los turcos produjo los resultados ya conocidos: más impuestos, más reclutas —campesinos— y un redoblamiento de la producción para financiar la industria de guerra. En ese contexto un cosaco del Don, Yemelián Pugachiov, viejo oficial del ejército que peleó en la Gue-

rra de los Siete Años, explotó el descontento de las clases bajas en 1773 e inició una rebelión en contra de todo: de la nobleza, de los impuestos, del servicio militar obligatorio, y a favor de la libertad campesina y la restauración de las viejas creencias como religión oficial. Además, Pugachiov se hizo pasar por Pedro III, inventando que había sobrevivido y que venía a reclamar el trono. Fuera o no creíble este punto dramático en la mente de sus seguidores, la chispa encendida por Pugachiov se convirtió en un incendio en el campo ruso, en especial en la siempre inestable región entre el Volga y los Urales, donde se mezclaban todos los grupos marginados: cosacos, viejos creyentes, miles de siervos, trabajadores industriales, mineros y minorías étnicas como tártaros y bashkires. Pugachiov y los decenas de miles de campesinos que se unían a sus filas asolaron el Volga y llegaron a tomar Kazán en julio de 1774. Por donde pasaba, Pugachiov leía un "manifiesto" liberando a todas las clases vulnerables y exhortándolas a acabar con la nobleza; más de 1500 nobles fueron asesinados por sus antiguos siervos en dos años. Sin embargo, en septiembre de 1774 el ejército ruso derrotó a los rebeldes en Tsaritsyn. Pugachiov fue capturado y ejecutado públicamente en Moscú como advertencia en enero de 1775. El cuadro *La justicia de Pugachiov* (1879) de Vasili Perov, donde se observa a un noble de peluquín besando la mano sucia del líder cosaco tras una batalla, da una buena idea del terror que causó la rebelión entre la aristocracia y permite entender por qué el *Nakaz* se descontinuó, así como el origen de la Carta Nobiliaria. Se trató de la revuelta más grande y sangrienta de la historia de Rusia, con decenas de miles de campesinos sublevados en contra de la alianza entre la nobleza y la corona, reforzada tras estos sucesos.

Durante el reinado de Catalina II hubo dos eventos cruciales que redefinieron el mapa europeo y el futuro del Imperio ruso en adelante. El primero fue las particiones de Polonia. El Estado polaco-lituano era para la década de 1760 un poder en declive en el que las decisiones de la corona rusa tenían mucho peso. Desde inicios del siglo XVIII los gobernantes rusos entendieron que los límites institucionales a las monarquías polaca y sueca le eran muy redituables, pues ambos Estados se mantenían relativamente débiles y se podía negociar directamente con la nobleza parlamentaria. La influencia rusa sobre Polonia llegó al grado de que el rey Stanisław Poniatowski subió al trono en 1764 a petición de Catalina II, e incluso el embajador ruso Nikolái Repnín llegó a presidir

sesiones del *Sejm* (parlamento polaco) en 1767 y 1768. En este año se declaró a Polonia un "protectorado" ruso y la élite polaca *(szlachta)* fue beneficiada con la promulgación de las Leyes Cardinales, garantizadas por San Petersburgo, que defendían sus privilegios. La debilidad polaca ya era tal, y las ganancias territoriales de Rusia en la guerra contra el Imperio otomano tan determinantes, que Federico II de Prusia propuso la partición de Polonia para evitar una posible guerra entre Rusia y Austria —la cual desconfiaba del avance ruso hacia el Danubio— y preservar así el equilibrio europeo. Sin que el Estado polaco desapareciera, sino tan sólo para mantenerlo debilitado, los tres poderes —Rusia, Austria y Prusia— tomaron cada uno enormes tajos de aquél en 1772, acto ratificado por el *Sejm.* Con ésta y las siguientes particiones (1793 y 1795), que serían una reacción a la Revolución francesa de 1789, el Imperio ruso adquirió un territorio muy vasto con una abrumadora presencia de población católica (romana y oriental) pero sobre todo judía. La zarina prohibió la movilidad de la población judía a partir de 1791 para evitar que la nobleza imperial tuviese una competencia económica fuerte. Los judíos fueron confinados en una "Zona de Asentamiento" *(Chertá Osiédlosti)* a partir de 1804. Sin embargo, por un breve periodo a partir de un decreto de 1785, la situación de los judíos en el Imperio ruso a fines del siglo XVIII era la mejor para ellos en toda Europa a decir de Alexei Miller. Con las particiones polacas el Imperio ruso pasaría de prácticamente no tener judíos en su territorio a contener la mitad de la población judía mundial para fines del siglo XIX. Estas nuevas "Fronteras Occidentales" serían en adelante una de las regiones más problemáticas para el Imperio hasta su caída en 1917.

El segundo evento determinante para el mapa europeo y la historia rusa fue la Revolución francesa de 1789. Es sabido que Catalina II usaba su correspondencia con Voltaire para difundir sus acciones de gobierno en Europa. El 22 de agosto de 1765, la emperatriz escribía al filósofo francés que "la tolerancia es general en este Imperio". Sin embargo, la Revolución, principal punto de llegada de la Ilustración europea, trajo consecuencias tanto en el equilibrio de poder continental como en el surgimiento de ideales liberales en los confines de Rusia, resultados que la emperatriz autocrática no podía ver con buenos ojos. Las secuelas revolucionarias, aunque no permearon en Rusia propiamente, estallaron en sus fronteras. El 3 de mayo de 1791 el *Sejm* polaco adoptó una



Mapa 7. Particiones de Polonia (1772-1795)

constitución profundamente liberal, la segunda en su tipo después de la estadunidense de 1787, que anuló las Leyes Cardinales y, por ende, los privilegios de la *szlachta.* Catalina II intervino en Polonia en favor de los nobles reaccionarios de la Confederación Targowica, establecida en San Petersburgo en abril de 1792. Con ayuda de Prusia y Austria, que también administraban partes de Polonia, los liberales polacos fueron derrotados, Poniatowski capituló y el Estado polaco se dividió por segunda ocasión en 1793. Rusia obtuvo en ese momento buena parte del territorio que hoy comprende Bielorrusia y la ribera occidental del Dniéper. Un año más tarde las tropas rusas aplastaron la rebelión polaca de Tadeusz Kościuszko, produciendo la tercera partición (1795), que puso fin al Estado polaco. Así, en un periodo de 23 años, la mitad oriental de Polonia, incluyendo el Gran Ducado de Lituania, se incorporó a Rusia. Ésa fue la primera gran reacción del absolutismo zarista a las pasiones desatadas por la Revolución francesa. Se ha discutido mucho por qué Catalina II no tomó una acción más decidida contra la Francia revolucionaria. Para James Marcum las guerras menores contra Suecia (1788-1790) y contra un Imperio otomano revanchista (1787-1792) —potencias sobre las que Francia tenía bastante influencia— distrajeron a Rusia de una aventura mayor; la emperatriz se preparaba, al tiempo, para un conflicto europeo más grande, pues desconfiaba de las intenciones prusianas. Sin embargo, argumenta Marcum, si algo buscó la zarina en 1795 fue restaurar la monarquía francesa, pues pensaba que era la única forma de mantener a Francia dentro de sus fronteras y evitar un nuevo desequilibrio continental.

La respuesta interna a la Revolución francesa es sumamente interesante. Catalina II demostró una actitud muy distinta hacia pensadores ilustrados antes y después de 1789. Antes de la Toma de la Bastilla, ser ilustrado en Rusia era un juego intelectual que no ameritaba sanciones mayores: la misma zarina fundó un periódico propio, *Vsiákaia Vsiáchina* (*De todo un poco;* 1767) para criticar los artículos de Nikolái Novikov (1744-1818), pensador emanado de la primera generación de la Universidad de Moscú, quien criticaba en la principal gaceta moscovita la política oficial —sin represalias—. A partir de julio de 1789, el pasatiempo se convirtió en amenaza: la emperatriz arrestó a Novikov y a otros pensadores ilustrados como Aleksandr Radíshev (1749-1802), el escritor ruso más radical de la época, exiliado a Siberia por la publica-

ción de su libro *Viaje de San Petersburgo a Moscú* (1790), una crítica feroz de la Rusia rural y sus múltiples problemas y pobrezas que se publicó ¡hasta 1905! En una parte del *Viaje,* Radíshev describe la isba *(izbá),* la típica cabañita campesina, de esta manera: "Cuatro paredes cubiertas de hollín de la mitad para arriba al igual que el techo; un piso cubierto de lodo, con dos dedos de profundidad; un horno sin chimenea, casi la única protección contra el frío, con el humo que llena la pieza todas las mañanas tanto en verano como en invierno; ventanas con una vejiga restirada que sólo dejan pasar, en pleno mediodía, una luz crepuscular; dos o tres vasijas de barro (¡afortunada la isba que llega a tener diariamente una llena de sopa magra!); una taza de madera y unos discos de madera a manera de platos; una mesa fabricada a hachazos, que los domingos es raspada con alguna herramienta; una canoa para dar de comer a los puercos y a los becerros, cuando los hay (duermen con ellos, respirando un aire en que una vela se ve como envuelta por la niebla)."

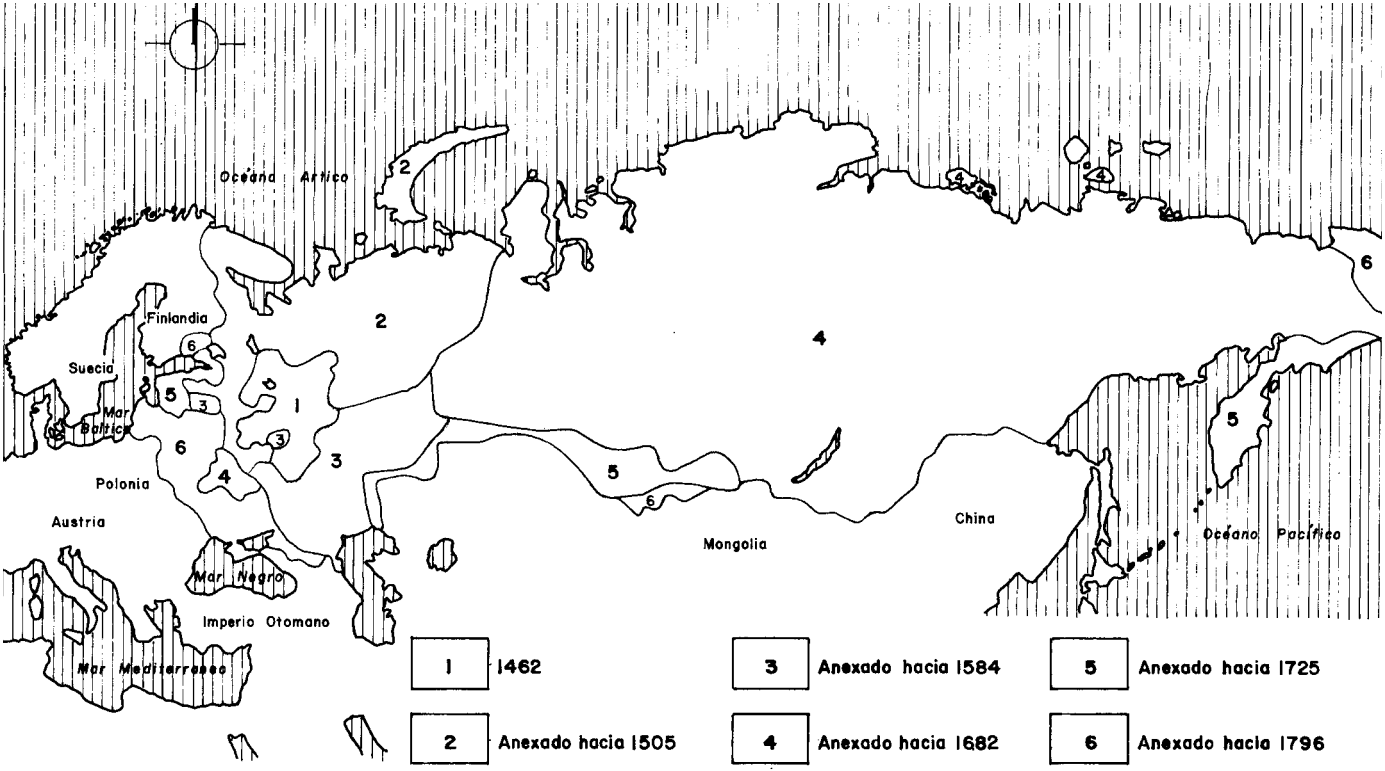
El hiperbólico juicio del que fue presa Radíshev era todo lo contrario a lo que Catalina II había estipulado en su *Nakaz:* juicios públicos, con testigos, que tomaran en cuenta hechos y no injurias de palabra. Radíshev, de hecho, había sido enviado por la emperatriz a Leipzig dos décadas atrás para convertirse en un jurista ilustrado, otro reflejo del cambio de aires que provocó el jacobinismo en la corte. Hubo otros librepensadores que no terminaron encerrados, ya fuera por sus nexos con la corte, porque viajaban constantemente fuera del país o simplemente murieron muy pronto. Éste fue el caso de Denís Fonvizin (1745-1792), el más notable dramaturgo ruso del siglo XVIII, admirador de Rousseau y, al igual que Novikov, egresado de la Universidad de Moscú. Fonvizin escribió dos importantes comedias, hoy libros de texto obligatorios en Rusia —acaso por ser uno de los primeros críticos de "Occidente" y su "decadencia moral"—. Sus conceptos y recursos, políticos y artísticos, prevalecen hasta la fecha en buena parte del ideario colectivo ruso. Su primera comedia, *El brigadier* (*Brigadir;* 1769), presenta situaciones y personajes reales con otros nombres, exponiendo la ignorancia e hipocresía de la clase terrateniente y a la aristocracia afrancesada que sacralizaba todo lo que venía de París. Su obra más famosa, *El inmaduro* (*Nedorosl;* 1782), describe una nobleza incapaz de ver sus propias deficiencias mediante frases como "no quiero estudiar, me quiero ca-

sar". Fonvizin veía con horror que pequeños tiranos idiotas e indisciplinados como los nobles que explotaban siervos en sus fincas se convirtieran en oficiales del ejército, cosa muy frecuente en las constantes licencias del periodo cataliniano.

Si el siglo XVIII en Rusia comenzó con la voluntad de "modernizarse" y parecerse a Europa para estar a la par con ella, la reacción a la Revolución francesa inauguró un periodo de continuo escepticismo, tanto en la corona rusa como en varios sectores sociales —nobleza, ejército y una parte de la *inteliguentsia*—, hacia el desarrollo del continente. Esto no excluiría, sin embargo, la necesidad de realizar reformas internas en adelante en la mente de cada monarca, especialmente en los ámbitos agrario y militar y, en menor grado, en el político. Hubo dos grandes reacciones en Rusia a los desarrollos en Occidente después de 1789: uno fue abordar el barco de la "modernidad", siguiendo el camino de Pedro I al poner la primera piedra de San Petersburgo. No obstante, a lo largo del siglo XIX la dinastía Románov y sus allegados advertirían que, cuanto más imperiosa era la necesidad de modernizar el país, más se comprometía la institución absolutista. La corriente contraria será rechazar a Occidente, bandera del movimiento eslavófilo que más tarde evolucionará a un nacionalismo incipiente.

PABLO I Y LA DESCATALINIZACIÓN

El siglo XVIII, el de mayor gloria que había visto Rusia, terminó con un proceso que podría llamarse *descatalinización,* encabezado por el sucesor de la emperatriz, su hijo Pablo I (1796-1801). El periodo, aunque breve, importa porque afianzó la autoridad del monarca frente a los estamentos, base de la institución autocrática rusa en el siglo XIX. Las ideas políticas del zar Pablo se encuentran en sus *Reflexiones sobre el Estado en general,* reporte de 1774 sobre la situación del país en vísperas de la reforma provincial, encargado por su madre. En realidad, el texto es más importante como primera manifestación de una crítica personal hacia Catalina II. Acaso la influencia que muchos individuos tenían sobre ella en la corte, algo que el joven zarévich pudo presenciar personalmente, hizo que desconfiara de la nobleza y defendiera el absolutismo como la única institución capaz de legislar, esperando que la noble-



Mapa 8. Expansión del Estado ruso (1462-1796)

za se atuviera a acatar órdenes. Las ideas tempranas de Pablo I sintetizan esa creciente oposición a los valores liberales que, durante el siglo XIX, producirá la tensión fundamental de la política rusa. La disciplina era parte integral del pensamiento político y militar de Pablo I, seguramente en aras de afianzar su autoridad ante el fundado rumor de que su madre quería privarlo de la sucesión.

El carácter personal de su reinado se reflejó en la serie de decretos que promulgó desde un inicio, evocando el de su padre, Pedro III. El zar intentó reformar el ejército mediante "códigos de infantería" que ponían énfasis en aspectos estéticos más que estratégicos, pautas que serían desoídas incluso por Aleksandr Suvórov (1730-1800), el general más prestigiado de Rusia en ese tiempo, lo que habla de la impopularidad del nuevo zar entre las fuerzas armadas. Pese a que los soldados obtuvieron nuevos uniformes copiados del modelo prusiano y a que se elevaron los sueldos, también se establecieron nuevas reglas para el ascenso y se reorganizó territorialmente a cada batallón. En un momento de guerras internacionales, pronto se notó que esto dejaba mucho que desear en el campo de batalla, ante "los ataques de jenízaros enfurecidos, al atacar muros de fortalezas o al entablar combate con la resuelta infantería francesa", según cuenta una crónica de ese tiempo. El testimonio de un soldado que vivió ese cambio lo describe de manera pulcra: "Nuestro modo de vida, el modo de vida de los oficiales, ha cambiado por completo. Con la Emperatriz [Catalina II] sólo pensábamos en ir al teatro y a fiestas, y caminábamos por allí en abrigos y faldones; ahora tenemos que estar sentados desde la mañana hasta la tarde en el patio de regimientos y recibir órdenes para todo, como reclutas".

La dura (y mal vista) disciplina que Pablo I estableció no sólo en el ejército, sino también en la administración, contrastó con su carácter generoso hacia varios personajes que su madre había hecho aprehender. Apenas llegado al poder ordenó la liberación de Radíshev y Novikov e incluso de Kościuszko, el revolucionario polaco, así como de cientos de presos políticos polacos exiliados en Siberia. Asimismo, la nobleza de la capital fue prácticamente hecha a un lado por el nuevo zar, quien reorganizó su camarilla con personajes leales, a veces traídos de provincia y de su palacio en Gátchina. La campaña contra la nobleza también impidió participar en la administración a aquellos nobles que no cumplieran satisfactoriamente sus funciones públicas. Además, se suspendieron

las asambleas nobiliarias y aumentó la autoridad de gobernadores civiles para mediar en asuntos de la nobleza. Pablo I reintrodujo (e incrementó) en 1797 los impuestos a los nobles que la Carta Nobiliaria de 1785 había abolido. Como resultado, ya a dos meses del nuevo gobierno había círculos antimonárquicos, notablemente el de Smolensk, y las conspiraciones no se hicieron esperar.

Pablo I se esforzó por reformar la cuestión de la servidumbre. En abril de 1797 publicó un edicto que exentaba a los siervos de la *bárshina* (trabajo obligatorio no remunerado) los domingos y dividía los seis días restantes en dos partes: los campesinos laborarían para sus propias necesidades los primeros tres y la otra mitad trabajarían para el *pomiéshik* (propietario). Es decir, Pablo I redujo de siete a tres días el trabajo de los siervos, lo que contribuyó también al odio que se ganó entre la nobleza terrateniente, y dio marcha atrás a la instauración cataliniana de la pena corporal para los siervos —¡la cual restauró para los nobles!—. La única reforma de Pablo I que lo sobrevivió fueron las Leyes Paulinas, que decretaban nuevas reglas de sucesión. Consciente de que su madre no se inclinaba por él como sucesor, el zar restauró el derecho de primogenitura anterior a Pedro I, pero incluyendo a la mujer primogénita. Se sustituyó también el término zarévich ("hijo del zar", que podían ser varios individuos) por cesariévich *(tsesariévich),* enfatizando que sólo podía haber un único heredero.

Los años de Pablo I estuvieron marcados por la incertidumbre internacional que trajo el ascenso de Napoleón Bonaparte, cuyos ejércitos avanzaban por Europa y África estableciendo repúblicas constitucionales. Acorde con su visión absolutista, el zar ofreció asilo al conde de Provenza, heredero al trono francés —más tarde Luis XVIII de Francia— y a varios nobles franceses en 1797. Pablo I organizó una coalición militar contra Bonaparte en cuanto éste tomó Malta en junio de 1798 y expulsó a los Caballeros Hospitalarios, cuyo priorato polaco había hecho al zar "Protector de la Orden" en agosto de 1797. Furioso por esta afrenta, Pablo I hizo cruzar los Alpes al ejército de Suvórov, aprovechando la estancia de Bonaparte en Egipto. La campaña en Italia, cumbre de la alianza austro-rusa de 1798-1799, logró replegar a los franceses de la península, pero las ambiciones austriacas en Italia contrastaban con la preocupación rusa de mantener un equilibrio de poder continental. Suvórov tuvo que acudir en auxilio del general Aleksandr Kór-

sakov en Suiza, sólo para sufrir una derrota conjunta ante los hombres de André Masséna en Zúrich en septiembre de 1799. Terminada su alianza con Austria, Rusia volteó a Gran Bretaña, potencia antifrancesa que además no tenía ambiciones territoriales en el continente. En agosto de 1799 hubo una invasión anglo-rusa de los Países Bajos, pero para noviembre ya había sido repelida por Francia y la República bátava (Holanda), lo que ocasionó desavenencias diplomáticas entre Londres y San Petersburgo que las enemistaron en los siguientes años. Como los navíos británicos presionaban comercialmente a Dinamarca y Suecia, aliados de Rusia, Pablo I decidió restaurar la Liga de la Neutralidad Armada o Liga del Norte en 1800, alianza naval antibritánica.

Como paréntesis, por aquellos años comenzó paralelamente la conquista rusa de territorios americanos. En julio de 1799 Pablo I firmó un decreto singular, opacado en la bibliografía por la primacía de las guerras europeas: la creación de la primera sociedad anónima de Rusia, la Compañía Ruso-Americana, establecida en conjunto por el Colegio de Comercio y el empresario Grigori Shélejov, quien había fundado asentamientos en la costa sur de Alaska. El decreto concedía a la Compañía el derecho a colonizar la "América Rusa" y a ejercer el monopolio del comercio de pieles entre Kamchatka, las islas Aleutianas y Alaska. Su presidente, Aleksandr Baránov, se convirtió en el primer gobernador de la América Rusa. Dicho monopolio se consiguió sólo después de subyugar a las poblaciones indígenas aleutianas y a las de la isla Kodiak, así como a los tlínguit que habitan entre las Montañas Rocallosas y el Pacífico. Aunque la imposición rusa tuvo varios visos de crueldad, el asesino más mortífero fueron las enfermedades traídas de Europa: entre 1741 y 1799 el 80% de la población indígena aleutiana murió de contagios infecciosos.

Al iniciar el siglo XIX, distanciado de Austria y enfrentado con Inglaterra, principales rivales de la Francia revolucionaria, Pablo I cambió radicalmente su política exterior aliándose con Bonaparte, por lo cual expulsó a los Borbones de Rusia. Entre las causas se enumera el alejamiento francés del jacobinismo, pero también que Bonaparte necesitaba a Rusia para garantizar una paz continental temporal al caer la Segunda Coalición, y la restauración de la Liga del Norte le convenía pues limitaba a Inglaterra en los mares septentrionales. Las negociaciones con Francia pararon de golpe en cuanto Pablo I fue asesinado el 23 de

marzo de 1801 en el Palacio Mijáilovski, en la capital rusa. Sus asesinos materiales eran nobles que habían caído en desgracia con los decretos del zar, antiguos "favoritos" de Catalina II y miembros de familias cercanas a ella como los Panin y los Zúbov. Terminó así un periodo muy breve en el que el alejamiento de la nobleza y las reformas a la servidumbre hicieron que Pablo I se ganase el odio acérrimo de las élites. El esplendor y libertinaje que vivieron bajo el periodo cataliniano terminó abruptamente con intentos de reforma que buscaban imitar a Prusia en todo, como intentara Pedro III cuarenta años antes. Además, la alianza pragmática de Pablo I y Bonaparte chocaba con la visión conservadora —pero modernizadora— que supuestamente encarnaba la corona rusa como garante del orden y equilibrio continental.

EL REFORMISMO MODERADO: ALEJANDRO I

Pablo I tuvo tres hijos en orden ascendente: Aleksandr (1777-1825; Alejandro I) y Konstantín (1779-1831) Románov, cuya educación fue supervisada directamente por Catalina II, y Nikolái (1796-1855), mucho más joven —más tarde Nicolás I (1825-1855)—. La zarina designó como tutor de sus nietos al ilustrado suizo Frédéric-César de la Harpe, republicano y especialista en Rousseau. Alejandro I (1801-1825) subió al trono tras el asesinato de su padre, en el que a decir de algunos historiadores estuvo involucrado. El joven zar inició su reinado con un cariz liberal opuesto a las políticas de Pablo I, evocando la nostálgica época cataliniana. Como cesariévich, Alejandro expresaba en sus cartas a La Harpe un respeto absoluto por la ley en el sentido ilustrado; pensaba que podría ser aquel zar "bueno" que diera al pueblo ruso una constitución, por lo cual incluso "sacrificaría su vida". En su primer decreto, Alejandro I se comprometió a gobernar Rusia "de acuerdo al parecer y las leyes de la Gran Catalina" e inclusive reafirmó la Carta Nobiliaria de 1785, que restauró muchos privilegios de la nobleza. El Senado cobró un papel más activo en estos años en el ámbito jurídico y se propuso fortalecerlo como cuerpo legislativo real. El zar creó dos comités consultivos, uno informal y otro institucional. El primero era el Comité Secreto *(Neglásny Komitet)* creado en 1801, encargado de diseñar reformas internas. Lo integraban los políticos más cercanos al zar: Pável Stróganof,

Víktor Kochubéi, Nikolái Novosíltsev y el noble polaco Adam Czartoryski, entre otros, quienes redactaron los edictos más importantes, base de las reformas senatorial, ministerial y agraria. El segundo órgano fue el Consejo Imprescindible *(Nepremiénny Soviet),* conformado por doce representantes del emperador, que podía "considerar y discutir" sus decretos sin mayor función. A partir de 1810 pasaría a llamarse Consejo de Estado *(Gosudárstvenny Soviet),* con facultades más amplias.

El siglo XIX ruso comenzó con reformas de tinte liberal, tiempo que se recordaría después como uno de los mejores momentos que vivió el Imperio. La retórica liberal se debió también a la influencia de un ministro reformista, Mijaíl Speranski (1772-1839), admirador de las instituciones republicanas francesas, quien abogaba por un régimen monárquico constitucional y fue la mente maestra detrás de las reformas alejandrinas. El 8 de septiembre de 1802 el zar expidió un manifiesto redactado por Speranski que suprimía los Colegios de Pedro I e instituía en su lugar ocho Ministerios que perduran hasta hoy en la Federación Rusa: Asuntos Internos, Asuntos Exteriores, Fuerzas Terrestres, Fuerzas Navales, Finanzas, Justicia, Comercio y Enseñanza Pública. Otras reformas fueron la universitaria, que creó las Universidades de Járkov y Kazán en 1804; la eclesiástica, que designó a una autoridad civil como cabeza del Santo Sínodo, y la financiera, que fortaleció la recaudación de impuestos. La reforma educativa garantizó cierta autonomía a los colegios universitarios, los cuales ya podían elegir a su rector. Se dividió el territorio ruso en seis distritos escolares y se introdujo la censura directa en los programas de estudio. Asimismo, el zar absolvió a 12 mil prisioneros que habían sido encarcelados sin juicio previo y abolió la tortura. Desde diciembre de 1801 también se reformó el ámbito agrario: el monarca permitió que las crecientes clases medias (comerciantes, burgueses y campesinos adinerados) tuvieran derecho a comprar tierras fuera de las ciudades. En 1803 se creó la figura del "libre agricultor", siervo liberado voluntariamente por su dueño, buscando exentar al Estado del peso económico y moral de la cuestión servil al trasladar esa carga a los terratenientes. Desde luego, esto no se tradujo en una mejora de las condiciones laborales o de vida para la gran mayoría de los siervos —menos del 1% fueron liberados por sus dueños voluntariamente—.

Alejandro I gobernó obsesionado con el proyecto constitucional, como demuestran sus cartas a La Harpe. Lo interesante es que forzó la

instauración de constituciones en otros Estados, pero no en Rusia. Esto ocurriría sólo más tarde en dos territorios recién incorporados al Imperio, Polonia y Finlandia, para legitimar el dominio ruso sobre ambos. El zar comprendía a la perfección que era muy difícil restituir íntegramente el antiguo régimen en aquellos Estados donde Bonaparte había promulgado constituciones liberales; entendía que debía darse continuidad a ciertas instituciones liberales en los territorios arrebatados a Francia si se pretendía contar con el apoyo de las élites locales y, más importante, despojar a la causa francesa de potenciales adeptos: anticiparse a la revolución con los medios de la misma. El caso de las Islas Jónicas fue ejemplar en ese sentido: cuando las fuerzas rusas bajo el almirante Fiódor Ushakov arrebataron el archipiélago a Francia en el año 1800, Alejandro I envió posteriormente al conde Mocenigo como gobernador en Corfú, quien organizó una asamblea constitucional en septiembre de 1802. A pesar de este cariz liberal se promovieron los viejos valores en la forma de un Estado "unitario y aristocrático", según el primer artículo de la Constitución jónica. De esta manera, el zar combinaba las nuevas y antiguas formas, sin decantarse realmente por una de ellas salvo el abierto rechazo del jacobinismo radical.

En el escenario continental era de esperarse una nueva guerra. Alejandro I tomó la iniciativa junto con Gran Bretaña para formar la Tercera Coalición contra Francia en diciembre de 1804, luego de varias provocaciones francesas: Bonaparte no sólo había avanzado sobre el Piamonte (1801) y creado repúblicas en Holanda y Suiza, sino que se autocoronó "Emperador de los franceses" en mayo de 1804, provocando la ira de la aristocracia europea. El enojo fue mayor cuando Napoleón I ordenó ejecutar en ese año al duque de Enghien, con lo que perdió el poco respeto que tenía entre las testas coronadas de Europa. La idea constitucional de Alejandro I, así como su concepción del equilibrio europeo, quedarían expuestas en los preparativos de la nueva coalición antifrancesa cuando envió a Novosíltsev a Londres para discutir, con una notable visión de largo plazo, lo que en la mente del zar debía ser el orden mundial posnapoleónico. Este proyecto es importante porque, a pesar de que entre 1804 y 1812 se observa una política exterior rusa cambiante, sentó las bases de lo que más tarde sería el Congreso de Viena. La propuesta del zar al primer ministro inglés, William Pitt II, manifestaba la necesidad de constituir una sociedad de Estados que

instituyera un gobierno "legítimo" en Francia —monárquico, con un rey borbón, pero constitucional, como bien entendía el zar— y que la mantuviera dentro de sus fronteras, a la par que se creara un sistema de seguridad colectiva —se usó el término "Confederación Europea"— y un código de leyes internacionales. Éste estipularía que las controversias entre Estados debían dirimirse mediante la diplomacia o, en su defecto, con el uso de sanciones. Aunque Pitt II no vio con buenos ojos el plan de posguerra, dio su aval para apoyar una nueva alianza. La Tercera Coalición contra Francia (1804) conllevó la derrota total de Austria y una dura pérdida para austriacos y rusos en la batalla de Austerlitz en diciembre de 1805. Con Austria derrotada y Prusia vencida en Jena durante la Cuarta Coalición (1806-1807), Alejandro I fue más cauteloso y firmó la paz con Napoleón en Tilsit en julio de 1807, convirtiendo a Rusia en uno de los dos imperios más poderosos de Europa. Los Tratados de Tilsit obligaron a San Petersburgo a apoyar la causa napoleónica contra sus últimos rivales, Gran Bretaña y Suecia. Rusia pudo explotar el cambio de aires al invadir Finlandia (territorio sueco) en febrero de 1808 y anexarla como ducado autónomo, que sería posesión rusa hasta 1917. Paralelamente, Rusia libró otra guerra contra los otomanos desde 1806, quienes buscaban recobrar su influencia sobre los principados de Valaquia y Moldavia. Gracias a la tregua con Francia, en 1809 el zar pudo desviar tropas al sur para enfrentar a los turcos y designó como líder de esa campaña al exitoso general Mijaíl Kutúzov (1745-1813). El sultán se rindió en mayo de 1812 y firmó el Tratado de Bucarest, que cedió Besarabia (Moldavia) a Rusia.

Pese al buen entendimiento en Tilsit, París y San Petersburgo comenzaron a distanciarse de nuevo hacia 1810, en parte porque Rusia desobedeció el Bloqueo Continental de Francia a los productos ingleses, los cuales nunca dejaron de llegar a los puertos rusos. La necesidad de mantener la relación económica con Londres fue un factor clave para que Rusia y sus antiguos rivales, Suecia y Gran Bretaña, pactaran una nueva coalición contra una Francia que había adquirido un poder descomunal en el continente. La ambición de Napoleón I, así como sus cálculos para presionar a Rusia en el refuerzo del Bloqueo, lo llevaron a cruzar el río Niemen con un ejército multinacional de unos 400 mil efectivos en junio de 1812, con el fin de tomar a los rusos por sorpresa, liberar Polonia e iniciar una invasión formal. En agosto los franceses

llegaron a Smolensk, que fue quemada y abandonada por sus habitantes tras ser derrotados, dejando al ejército napoleónico sin avituallamiento. El general ruso Piotr Wittgenstein pudo frenar el 18 de agosto a los invasores en Pólotsk, evitando su avance a San Petersburgo. Las fuerzas napoleónicas se concentraron en marchar hacia la capital espiritual de Rusia, Moscú. Por donde pasaban, los rusos usaban la táctica de tierra quemada, destruyendo todo lo que fuese útil al enemigo. El general Mijaíl Barclay de Tolly ideó la táctica complementaria de replegar al ejército hacia dentro de la masa de tierra. En cuanto Kutúzov se hizo cargo del ejército a fines de agosto por presión de la nobleza, que se rehusaba a ceder territorio al "Anticristo" Napoleón, se presentó batalla al invasor el 7 de septiembre en el campo de Borodinó, a poco más de 100 kilómetros de Moscú, donde se perdieron casi 100 mil hombres en total entre muertos, heridos y desaparecidos. Aunque Rusia sufrió la mayoría de las pérdidas (poco menos de 50 mil bajas), no se puede decir que Francia ganara la batalla. El resultado no dio nada para nadie, pero Napoleón quiso llevarlo hasta sus últimas consecuencias y de inmediato marchó sobre Moscú. Kutúzov calculó imposible defender la antigua capital, por lo que el ejército francés entró en ella con escasa resistencia el 14 de septiembre. Moscú había sido evacuada en buena medida por su gobernador, el conde Fiódor Rostopchín, quien ordenó quemar la ciudad —construida en su mayoría de madera—. Cuando Napoleón arribó, se topó con que la segunda ciudad más importante de Rusia no le servía de nada y que, en realidad, tampoco había ganado nada luego de Borodinó. Con un ejército diezmado, el invierno en ciernes y la negativa del zar a rendirse, el emperador francés ordenó la retirada. Todavía el 24 de octubre en Maloyaroslavets, al sudoeste de Moscú, las fuerzas napoleónicas vencieron a los hombres de Kutúzov, pero continuaron retirándose mientras el ejército zarista bloqueaba las principales carreteras al enemigo, incapaz de abastecerse. En noviembre se desató un invierno cruento al cual los invasores no estaban acostumbrados, lo que significó nuevas pérdidas. Las últimas tropas francesas salieron de Rusia el 14 de diciembre de 1812. Irónicamente Rusia, que había perdido casi todas las batallas, venció y expulsó a su enemigo gracias a factores ajenos a lo militar, lo cual no se olvidaría fácilmente.

Aprovechando la vulnerabilidad del ejército francés se formó la Sexta Coalición entre todos los enemigos de Francia. En 1813 los fran-

ceses fueron expulsados de Prusia y tras la batalla de Leipzig (octubre de 1813), en la que combatieron más de 600 mil individuos, los aliados avanzaron hasta París y derrocaron a Napoleón I. Alejandro I entró triunfante en la capital francesa en marzo de 1814 para restaurar a los Borbones en el trono con Luis XVIII. El zar fue fundamental para convencer a este monarca de dar una constitución a su pueblo, cuyo resultado fue la Carta de 1814. Más tarde, tras el retorno de Napoleón en los "Cien Días" (marzo-junio de 1815), que terminaron con la Batalla de Waterloo el 18 de junio de 1815, Alejandro I también fue una influencia clave para que Luis XVIII permaneciera en el trono. En el Congreso de Viena el zar y su canciller, Karl Nesselrode, negociaron la reincorporación de Polonia a Rusia. Alejandro I propuso dividirla de nueva cuenta junto con Austria y Prusia; la parte oriental (Varsovia incluida) se reintegró al Imperio ruso, pero esta vez se llamó "Reino de Polonia" para resaltar su autonomía. Este Estado dentro de otro Estado sería una unión personal con el zar, quien se convirtió automáticamente en "rey de los polacos". Alejandro I entendió que Polonia debía tener autonomía y una constitución para minar cualquier descontento en el futuro. El Congreso de Viena reconoció, además, la anexión rusa de Finlandia, por lo que Rusia salió muy fortalecida. En años venideros, San Petersburgo tendría una influencia fundamental en congresos similares como los de Troppau (1820) y Laibach (1821), que reafirmaron el "derecho" y el "deber" de las potencias vencedoras a suprimir cualquier intento de revolución europea, tanto como confirmaron los preceptos básicos del "mesianismo" ruso.

LOS SIGNIFICADOS DE 1812

Las "Instrucciones" de Alejandro I a Novosíltsev en 1804 y las cartas de juventud del zar reflejan una visión liberal moderada del mundo. La idea de una ley suprema inalterable, de una constitución que delimite y haga eficiente al aparato gubernamental y fundamente la "libertad" del pueblo, estuvo muy presente en los planes del emperador ruso. Sin embargo, tras el avance francés sobre Rusia, con todos los visos de patriotismo e incipiente nacionalismo que pudo contener la resistencia al invasor, era difícil sostener principios e ideales —amén de la mesura con que se plantearon— surgidos en la nación que ahora ponía pie en

territorio ruso y que, en nombre de esos mismos principios, sometía a sus habitantes. Una de las primeras víctimas de este insoslayable cambio de aires fue el propio Speranski, quien pasó de ser el hombre de confianza del zar a un personaje menor de un día para otro; su sostenida admiración por las instituciones liberales francesas era, para 1812, cosa inadmisible. Si bien no fue arrestado, el caso de Speranski traza un paralelo en la reacción de Alejandro I con la de Catalina II después de julio de 1789: antes de convertirse en amenaza directa, ser ilustrado volvió a ser un "juego" en Rusia entre 1801 y 1812 —quizás de forma más seria y tangible que durante el último tercio del siglo XVIII—, periodo en el que podía hablarse en la corte del zar sobre reformas, e incluso de constituciones, sin temer represalias.

No obstante, el único recurso político, moral e ideológico de Alejandro I luego de que Napoleón pusiera pie en territorio ruso fue servirse de un patriotismo exagerado, de todos los elementos que constituían *lo ruso,* o sea la gran antítesis del invasor: por un lado, una monarquía absoluta bajo una autoridad y jerarquía indiscutibles y, por otro, un reencuentro con la religiosidad dado que el zar era, a fin de cuentas, el representante de Dios en la tierra desde los tiempos de Iván IV. Ambos puntos contribuyen a explicar el creciente patriotismo —y muy incipiente nacionalismo— ruso a partir de 1812, pues el ascenso de Napoleón, cuya legitimidad no derivaba de su propia sangre y cuyo ejército plurinacional, además, profesaba un marcado anticlericalismo —e iconoclasia, en algunos casos— en las regiones ocupadas de Moguiliov o Smolensk, era un contraste sumamente perceptible para la sociedad rusa con sus propias instituciones. De algún modo, la derrota y humillación de Napoleón en Rusia fue provocada por esos y otros elementos, por las fuerzas más prístinas de la vida rusa: pueblos de madera fácilmente incendiables, grupos de campesinos y cosacos embravecidos guiados por la religión ortodoxa, distancias inconmensurables y un frío inclemente. Rusia, la tierra rusa, las instituciones rusas y no las liberales, "europeas": la suma de todo *lo ruso* fue fundamental para humillar al ejército más grande del momento y a una "civilización" que se decía superior a y más "ilustrada" que la rusa. Esta interpretación dio pie a que, por ejemplo, Alejandro I rebautizara en 1817 el Ministerio de Educación como "Ministerio de Asuntos Espirituales y Educación Popular", encargado ahora de encauzar la "moralidad" de la cultura rusa, lo que

sintetizó el giro conservador a partir de entonces en la política oficial.

Al mismo tiempo, de cierta forma el carácter defensivo de la guerra contribuyó a reducir brechas de identidad, por ejemplo, entre una élite rusa occidentalizada —afrancesada— y una tradición eslavófila que se había ido diluyendo desde Pedro I pero que ahora cobraba nuevos bríos. En un pasaje del segundo tomo de *La guerra y la paz* (1869), Lev Tolstói describe cómo en un salón moscovita en 1812, hasta un año antes un club afrancesado, "se había decidido no hablar más que ruso, y los que se equivocaban diciendo alguna palabra francesa pagaban una multa a un comité de beneficencia". En otra escena se describe cómo había rusos entre la alta sociedad que ni siquiera podían hablar su lengua natal en vísperas de la invasión francesa: "Yo le digo siempre a la condesa que no hable tanto en francés. Ahora no es momento oportuno", mientras que otro personaje interviene diciendo: "¿Han oído ustedes que el príncipe Golitsyn ha tomado un profesor de ruso? Está aprendiendo ruso… Comienza a ser peligroso hablar francés en las calles".

Incluso la aristocracia rusa afrancesada participó —ora en el ejército, ora al incendiar sus propiedades— en esa defensa de lo distintivamente ruso en palabra y obra que contribuyó a forjar una visión, más que de unidad, de la *unicidad* rusa; de la singularidad que representaban elementos naturales como la geografía o el clima —obra, supuestamente, de Dios— en la salvación del Imperio. La gran consecuencia sería que los vínculos entre Estado e Iglesia se fortalecerían en el siglo XIX. No es casualidad, ni tampoco la revelación de un zar abiertamente confesional, que el manifiesto de posguerra promulgado por Alejandro I el 1° de enero de 1816 resaltara que Napoleón era un tirano, cuyo acceso al trono imperial fue "motivado por la pasión de un pueblo que abandonó a su Dios", más tarde derrotado por "venganza divina". Tampoco era una improvisación apelar a esos mismos elementos *rusos* en algunos de sus párrafos: "¿Cómo podía esperarse que el aislado Imperio ruso, que tanto había sufrido ya, pudiera, como una muralla inexpugnable, poner un alto a este villano en la cima de su poder con todas las fuerzas de Europa a su disposición? ¿Pero qué sucedió? ¡Oh, Providencia celestial! El hierro, el frío y el hambre se aliaron para destruir extraordinariamente a este enemigo que había penetrado entre nosotros con furor, a este enemigo que después huyó aterrorizado de Moscú.

Nada pudo excusarlo, ni el número de sus tropas, su resistencia, ni su huida. La venganza divina lo apaleó".

La experiencia de 1812 transformó a Rusia en muchos sentidos. El retraimiento de nueva cuenta hacia un incipiente absolutismo luego del jugueteo liberal presente desde tiempos de Catalina II no excluyó la posibilidad de hacer reformas específicas en las décadas siguientes. No obstante, el reinado de Alejandro I tomaba ahora el cariz del de su padre, pues se volvía a centralizar el poder en el monarca; incluso se restituyó a varios oficiales de tiempos de Pablo I tan pronto como Bonaparte cruzó el río Niemen. Uno de ellos fue el mencionado Fiódor Rostopchín, designado gobernador de Moscú, personaje que sintetizaba bien las nuevas (y viejas) formas autocráticas. A él le correspondió incendiar y evacuar la ciudad en septiembre de 1812. En medio de la guerra, el gobernador buscó chivos expiatorios, como hace todo poder cuando ve amenazada su supervivencia para no admitir culpas. Expulsó a los extranjeros de Moscú y purgó las logias masónicas, a cuyos miembros entregaba directamente al pueblo para linchamiento y expiación. Con esta nueva caza de brujas, el militarismo se tornaría mucho más trascendental para la vida pública que antes. De esa manera, la intransigencia y los valores que supuestamente defendía Rostopchín —quien no era muy distinto del que Tolstói retrata en su obra— inauguran en realidad el siglo XIX ruso, caracterizado por un afianzamiento de la institución autocrática zarista. Asimismo, dichos valores representan el inicio de la gran contradicción rusa de los siguientes cien (¿doscientos?) años: lo propio y lo ajeno, las tendencias eslavófilas y las occidentalistas. En otro pasaje, Tolstói pone el siguiente monólogo en boca de Rostopchín, sintetizando lo que para la segunda mitad de la década de 1860, cuando Tolstói escribe su novela, era ya la pregunta básica del debate intelectual ruso: "¿Cómo íbamos a poder luchar contra los franceses? —exclamó el conde Rostopchín—. ¿Acaso podemos armarnos contra nuestros maestros y nuestros dioses? Fíjese en nuestras juventudes, fíjese en nuestras damas. Nuestros dioses son los franceses; nuestro reino celestial París —prosiguió empezando a hablar, más alto, sin duda para que lo oyeran todos—. Trajes franceses, sentimientos franceses. Usted ha arrojado de su casa a Métivier porque es francés y un canalla, pero nuestras damas se arrastran tras él de rodillas. Anoche estuve en una velada donde había cinco damas, tres de ellas católicas. Tienen permiso

del papa para bordar en domingo. Sin embargo, se exhiben medio desnudas, como si fuesen un anuncio de casas de baños. Al observar a nuestra juventud, príncipe, dan ganas de sacar del museo el garrote de Pedro *el Grande* y darles una paliza al estilo ruso. ¡Entonces, toda la estupidez desaparecería!".

La experiencia de 1812 legó una última reflexión en la aristocracia rusa. Pierre Bezújov, protagonista de *La guerra y la paz,* se da cuenta de ello durante la batalla de Borodinó cuando advierte un delicioso "olor a posada, a heno, a estiércol y a alquitrán", muy distinto del perfumado olor de su residencia, una de las más ostentosas de Rusia. De inmediato, se avergüenza de su propio miedo durante la batalla, que contrasta con la valentía de *ellos,* los soldados de la batería, firmes en todo momento —campesinos—. Pierre cae en la cuenta de que *ellos,* los campesinos, los siervos traídos por los nobles para incorporarse al ejército, son la columna vertebral de Rusia: "*Ellos,* esos seres desconocidos, ajenos a él hasta aquel momento, se destacaban de los demás un modo claro y conciso en su imaginación […] *Ellos* son sencillos. *Ellos* no hablan, sino que obran. La palabra pronunciada es de plata; la no pronunciada, de oro". Lo que había cambiado era la visión de los de arriba sobre los de abajo. Pierre veía en estos campesinos transformados en soldados la salvación de Rusia, no sin razón. Entre la élite nobiliaria afrancesada que conducía la guerra se creó cierta conciencia social hacia los siervos que los acompañaron, con quienes departieron en el campo de batalla hablando la lengua rusa en su forma más pura. Muchos miembros de la aristocracia tuvieron que aprender de *ellos* un sentido de la camaradería mediante costumbres campesinas y un conocimiento popular para sobrevivir en descampado, distinto al que se impartía en las universidades o en las mansiones con tutores que sólo hablaban francés o alemán. Esta concientización, según Orlando Figes, será vital en la siguiente década cuando esa misma aristocracia, que probó las mieles del liberalismo durante las guerras en Europa, se rebele contra la corona al morir Alejandro I.

LA REVUELTA DECEMBRISTA

Los últimos años del reinado de Alejandro I confirmaron el nuevo orden conservador; sólo en algunos momentos el liberalismo original del

zar se asomó sin consolidarse en acciones concretas. El proyecto constitucional continuó en la cabeza del monarca, pero se desechó tras la revuelta de Rafael del Riego en España en 1820, que asoció constitucionalismo con revolución una vez más en la política europea. Sin embargo, la continuidad que se dio al *Regeringsform* (Constitución) sueco de 1772 en Finlandia una vez incorporada a Rusia en 1809, así como la promulgación de la Constitución polaca en 1815, cimentaron la figura de Alejandro I como un zar liberal, un déspota ilustrado más resuelto que Catalina II. Otro elemento que permitió la propagación de esta imagen fue el experimento de liberar a los siervos de las gubernaturas bálticas —Estonia y Letonia— entre 1816 y 1819; sin embargo, al no poseer tierras, seguían a merced de los terratenientes para sobrevivir, bajo una relación idéntica a la que había antes de la emancipación. A pesar de ello, la década inaugurada por el Congreso de Viena en 1815 quedó marcada por la reacción e incluso la reaparición de cierto mesianismo y de la idea de la unicidad rusa. El propio Alejandro I comenzó a concebirse en términos de una idea redentora personal como salvador de la humanidad que, tras derrotar a Napoleón, cumplía una misión divina. Esto no es del todo risible: se inserta en —y, de alguna manera, refunda— una larga tradición que viene desde el siglo XV, paneslavista, con Rusia como eje, que ve al Estado ruso y a la "Tercera Roma" en el centro de la historia mundial, cuyos valores inmutables deben ser defendidos a toda costa. Parte de esta idea estuvo presente en los cimientos de la "Santa Alianza" establecida en septiembre de 1815 entre Rusia, Prusia y el Imperio Habsburgo, que vinculó valores cristianos con estabilidad europea y cuyo objetivo era evitar revoluciones republicanas en el continente.

Dentro de Rusia, la principal consecuencia de ese conservadurismo fue militarizar la vida pública. Las licencias de tiempos de Catalina II se redujeron; las fuerzas armadas se convirtieron en la principal institución garante del nuevo orden reaccionario, mediante una jerarquización y simbología particulares como el uso obligatorio de uniformes militares en las universidades o la creación de los asentamientos militares *(voiennye poselenia)* en toda Rusia, falansterios en los que podía realizarse el servicio militar al tiempo que los cadetes labraban la tierra para que los miembros de la reserva fueran autosuficientes. Lo anterior produjo mucho hastío entre el cuerpo de oficiales y entre los supuestos

beneficiarios de los asentamientos militares, cadetes jóvenes de familias nobles. La censura se volvió cosa común en las universidades y en la prensa hacia la segunda mitad del decenio de 1810. Toda publicación tenía que pasar por un filtro del gobierno y, en especial, del implacable ministro del Interior, Alekséi Arakchéiev —aquellos años se conocieron como "la arakchéievshina"—. Esto contrastaba, desde luego, con el auge liberal de los primeros años de Alejandro I, que había tenido una acogida considerable en ciertas élites formadas en Europa o en universidades rusas, que combatieron en las Guerras Napoleónicas —en ocasiones, admirando al enemigo francés, ilustrado— y que a su regreso, tras observar el liberalismo en la práctica en Europa, quedaban decepcionadas con el giro conservador que había dado Rusia. Además de este elemento externo en la politización de dichas élites, había uno interno muy importante: la cuestión de la servidumbre, que adquirió un nuevo significado luego de la concientización de la élite nobiliaria hacia sus siervos en la guerra.

Correspondería politizar esas ideas a los veteranos de 1812. Tan pronto como regresaron de la guerra en Europa, empezaron a formarse sociedades liberales secretas, parecidas a los *carbonari* italianos, entre las que destacó la Unión de la Salvación (1816), rebautizada como Unión del Bienestar *(Soyuz Blagodenstvia)* en 1818. Sus integrantes eran oficiales jóvenes, liberales y educados, que lucharon contra los franceses y provenían de familias influyentes, allegadas a la corona. La mayoría eran miembros del regimiento Semiónovski, el favorito del monarca, y abiertamente masones —a quienes Rostopchín culpó de las desgracias de Moscú—. En sus estatutos, la Unión expresaba el deseo de transformar a Rusia en una monarquía constitucional, además de abolir la servidumbre, la censura, la autocracia y —con mucho énfasis— el sistema militarista de Arakchéiev. Los personajes que conformaron esta sociedad, mismos que llevarán a cabo la primera rebelión rusa del siglo XIX, no eran representantes populares. Aleksandr y Nikita Muraviov eran oficiales de la Guardia Imperial; Serguéi Trubetskói, Piotr Kajovski e Iván Yakushin estudiaron en la Universidad de Moscú y pertenecían a familias influyentes; Pável Péstel había estudiado en Dresde y era hijo del gobernador de Siberia. La revuelta que ellos prepararán no tendrá tintes populares —como tergiversarán los bolcheviques un siglo después— sino nobiliarios; serán personajes que busquen una injerencia

directa en los asuntos del Estado. En octubre de 1820 el regimiento Semiónovski, al que pertenecían varios de estos nombres, se amotinó cuando Arakchéiev removió a su líder y lo reemplazó con un allegado suyo. El levantamiento fue tan duramente reprimido que la Unión del Bienestar se disolvió al año siguiente. Sus miembros se dividieron en dos grupos: en San Petersburgo se creó la Sociedad del Norte, moderada, que propugnaba una monarquía constitucional, mientras que en Kiev surgió la Sociedad del Sur, liderada por Péstel y rápidamente radicalizada, pues exigía instaurar una república nacional rusa.

La gran oportunidad de estas élites para actuar, para hacerse con el poder e implantar las reformas anheladas que pudieron observar de primera mano en las sociedades europeas durante las Guerras Napoleónicas, llegó el 1º de diciembre de 1825, cuando Alejandro I falleció de tifus en el puerto sureño de Taganrog, sin descendientes. Según las Leyes Paulinas la corona debía pasar al hermano del zar, el gran duque Constantino. El problema era que éste, quien había sido designado comandante del ejército polaco, no se interesaba por la política. Desde 1819 Constantino declinó el título de cesariévich, expresando su renuncia en un documento secreto firmado en 1822 del cual sólo tenían conocimiento el zar y sus allegados. Constantino tampoco tenía hijos, por lo que ahora el heredero era Nicolás, tercer hijo de Pablo I. Sin embargo, Nicolás no sabía de la existencia de esta renuncia y no era popular en el ejército ya que había sido muy estricto como inspector de las Guardias Imperiales. De ahí que, cuando Constantino se enteró en Varsovia de la muerte del zar, el 7 de diciembre de 1825, su hermano Nicolás ya le había jurado fidelidad públicamente en San Petersburgo. Constantino escribió a la capital para informar sobre el documento secreto y su renuncia al trono, a lo que siguió una gran confusión en la corte: por primera vez en la historia de Rusia los dos herederos a la corona no conspiraban para hacerse con ella, sino que ¡cada uno reconocía al otro! Las implicaciones eran graves. Si Nicolás reclamaba el trono —habiendo ya jurado fidelidad a su hermano— se vería como una usurpación. El ejército, por su parte, se decantaba por Constantino, quien tenía mayor experiencia, hizo carrera junto con otros círculos militares, era más permisivo que Nicolás y, a fin de cuentas, era el heredero legítimo. El hermano menor, en cambio, no había luchado codo a codo con los grandes generales.

Sin saber bien lo que ocurría, la Sociedad del Norte, instalada en San Petersburgo, vio en este breve interregno el momento idóneo para actuar. Se propuso reconocer a Constantino —pensaban que pronto llegaría a la capital a coronarse—, no sin antes exigirle una constitución mediante un levantamiento que se anticipara a su llegada. Las dos semanas de incertidumbre, mientras la familia real intercambiaba misivas entre Varsovia y San Petersburgo, permitió a los conspiradores organizarse de alguna manera. El 24 de diciembre de 1825, Nicolás recibió una última carta con la renuncia definitiva de su hermano, leída ante el Consejo de Estado. Este cuerpo redactó entonces un manifiesto para preparar el ascenso al trono de Nicolás y el 26 de diciembre se anunció que las fuerzas armadas jurarían fidelidad a éste. Los miembros de la Sociedad del Norte, para quienes la jugada había cambiado por completo, se anticiparon y ocuparon la Plaza del Senado en la capital, de espaldas al río Nevá. Cuando el gobernador Mijaíl Milorádovich intentó negociar con los rebeldes, se convirtió en su primera víctima. Pronto el caos se apoderó de la plaza y no pocos civiles se unieron a los sublevados, reuniendo a más de tres mil personas que exigían, aunque vagamente, un cambio en la forma de gobernar el Imperio. Algunas fuentes dicen que Nicolás decidió no abrir fuego en un primer momento, pero en cuanto la masa de gente ya era incontenible, bajo presión de altos mandos militares, el nuevo zar ordenó disparar. En cuestión de minutos la plaza quedó vacía. Quienes no huyeron fueron ejecutados y el levantamiento fue aniquilado. Nicolás I inició su reinado de la forma más incómoda posible. Por su parte, la Sociedad del Sur había sido descubierta un día antes de la revuelta en San Petersburgo. Péstel fue traicionado y capturado, pero no fue sino hasta enero de 1826, al enterarse de los eventos en la capital, que el regimiento de Chernígov se amotinó y avanzó sobre varios pueblos a lo largo del Dniéper. No obstante, días después los sublevados fueron derrotados por tropas zaristas. Los líderes de ambas fraternidades fueron encerrados en la Fortaleza de San Pedro y San Pablo en San Petersburgo. Nicolás I en persona los interrogó detenidamente, lo que marcó el cariz personalista que cobraría su reinado. Cinco líderes, incluido Péstel, fueron ahorcados y el resto enviados al exilio en Siberia.

Los "decembristas", como se les conocería por el mes de la revuelta, se convirtieron en un mito recurrente en el ideario colectivo ruso, pero

también en un recurso útil, ya fuese para denostar otros movimientos liberales desde arriba, ya para legitimar programas políticos desde abajo. Amén de la fugacidad del movimiento, Franco Venturi escribe que el populismo ruso del siglo XIX basaría su actuar, pero sobre todo su legitimidad moral, en el levantamiento decembrista. Los más grandes escritores radicales rusos de las siguientes décadas verían en los decembristas a quienes sentaron las bases de la "cuestión campesina", del debate fundamental para la inteliguentsia en adelante. Surgiría así por vez primera, como afirma Venturi, la idea del *sacrificio,* base del pensamiento populista ruso del XIX: sacrificarse por algo más grande que la individualidad, por un "pueblo oprimido", por los campesinos de condiciones miserables. Los decembristas, a fin de cuentas, eran nobles que poseían gran cantidad de siervos, que arriesgaron (¡y perdieron!) su vida por una causa ajena.

Resulta interesante que la escisión de las Sociedades del Norte y del Sur no fue sólo de carácter geográfico. La primera reflejaba los aires liberales (aunque moderados), urbanos y occidentalizados de San Petersburgo, aviso temprano de la corriente intelectual más tarde conocida como "occidentalista" entre la inteliguentsia rusa. La del Sur, en cambio, situada en medio de la Ucrania rural, pobre y levantisca, se radicalizó de inmediato de la mano de Péstel, cuyo pensamiento político se acercó más a la cuestión campesina y servil, basándose en la tradición colectivista de la comunidad agraria rusa *(obshina)* y con el resultado obvio que se produce al reivindicar el agrarismo: un creciente nacionalismo. En la ideología de Péstel pueden trazarse ya elementos socialistas y nacionalistas, con un énfasis en las comunidades agrícolas y su unión mediante un principio de solidaridad. Su gran aporte al debate intelectual ruso del siglo XIX, sintetiza Venturi, será que la defensa de la tradición colectivista rusa basada en la *obshina* se redefiniría por completo para dejar de ser elogio de los conservadores y convertirse en el núcleo del pensamiento eslavófilo.

Un mes después de la revuelta decembrista, en enero de 1826, murió el conde Rostopchín. En su lecho de muerte, incendiario hasta el final, diría lo siguiente: "hasta ahora las revoluciones las habían hecho remendones que deseaban convertirse en señores, mientras que en este caso los señores trataban de hacer la revolución para convertirse en remendones". Era un buen augurio de lo que serían los siguientes cien años para Rusia.

VI

EL ROMPECABEZAS AUTOCRÁTICO (1825-1855)

"ORTODOXIA, AUTOCRACIA, NACIONALISMO"

El periodo de Nicolás I (1825-1855) estará marcado desde su primer día por el fantasma de la revuelta decembrista, recuerdo prácticamente borrado de la conciencia pública, pero vivo gracias a los sobrevivientes exiliados y a testimonios de primera mano. El conservadurismo oficial de las siguientes tres décadas partirá de allí y hará germinar un resentimiento incipiente contra el modelo autocrático de gobierno en una inteliguentsia cada vez más inconforme; Nicolás I pasaría a la historia como el monarca ruso más conservador. Apenas llegado al poder, refundó la "Tercera Sección de la Cancillería de Su Majestad", policía secreta que debía ser "el guardián político y moral" del Estado. Una nueva ley de censura otorgó a los interventores públicos un poder casi ilimitado a la hora de dictaminar toda producción escrita, para evitar "amenazas" a lo que el nuevo ministro de Educación, el flamante Serguéi Uvárov (1786-1855), diseñó en 1833 como lema moral y pauta ideológica del nuevo gobierno: "Ortodoxia, Autocracia, Nacionalismo". Esta ideología oficial fue una respuesta a la revuelta polaca de 1830, descrita más adelante. Para Alexei Miller, al incluir el nacionalismo *(naródnost)* en su triada, Uvárov despolitizó el significado con el que se asociaba a la "nación" en Europa, es decir la *representación* —concepto inexistente en el Imperio ruso—, y en su lugar empleó un concepto vago que produjera deliberadamente distintas interpretaciones. Uvárov entendía que, como los imperios europeos, el ruso poseía una nación dominante (la rusa), base de la modernización y el orden, pero también que la "superioridad" de esa nación no debía politizarse para no alterar el equilibrio imperial.

Nicolás I creó un sistema que Geoffrey Hosking denominó "centralización ansiosa", donde se formaron incluso comités interministeriales que respondían al zar directamente para evitar toda disidencia ante la menor sospecha. Hubiera sido extraño que se actuara de otra manera tras la revuelta decembrista y la rebelión polaca de 1830, eventos

que en sólo un lustro pusieron en jaque al sistema autocrático. Aquel periodo marcó el momento álgido de la equiparación de cargos públicos con rangos militares, como satirizó Nikolái Gógol (1809-1852) en sus relatos *La nariz* (1836) y *El abrigo* (1842). La militar fue la respuesta a prácticamente cualquier descontento. En 1830 una epidemia de cólera llegó a Rusia, por lo que se determinó poner a las poblaciones afectadas en cuarentena, establecer cordones sanitarios y restringir la migración interna. Esto, a su vez, provocó varios disturbios urbanos: en noviembre el gobernador de Tambov, la provincia más afectada en la Rusia central, fue atacado por la plebe embravecida compuesta de campesinos y de los soldados enviados para apaciguarlos, pero terminaron siendo duramente reprimidos por un ejército mayor enviado por el zar. En junio de 1831 hubo un motín de siervos con cólera en San Petersburgo, sobre quienes se abrió fuego. El profundo conservadurismo de esta época quedó retratado a detalle en la obra del francés Astolphe de Custine, un marqués que en 1839 visitó San Petersburgo, Moscú y Yaroslavl y escribió una serie de cartas acerca de sus impresiones, luego publicadas en forma de libro en *La Russie en 1839 (Rusia en 1839).* Apenas desembarcado en San Petersburgo, De Custine escribía: "Noté pocas mujeres en las calles, quienes no se veían animadas, ni con rostros alegres, ni tenían voz de muchacha joven; todo estaba apagado, rígido como en un cuartel, como en el campo [de batalla]; aquéllo era una guerra sin el entusiasmo, sin la vida. La disciplina militar domina a Rusia. El aspecto de este país me hace añorar España como si hubiese yo nacido andaluz; no es el calor, pues, lo que hace falta aquí, puesto que sofoca bastante; es la luz y la alegría […] Nada se mueve, nada respira aquí sin un permiso o una orden imperial […] Entre este pueblo privado de ocio y de voluntad, no se observan más que cuerpos sin alma, y estremece tan sólo pensar que, por una gran multitud de brazos y de piernas, sólo hay una cabeza".

De Custine podía exagerar un poco al describir un país "exótico" para un público occidental y contribuir así a la construcción del sentido común que prevalece en Occidente —hasta la fecha— sobre Rusia. A pesar de la preponderancia del conservadurismo en la ideología oficial y de la descripción casi totalitaria del marqués, hubo al menos tres elementos durante el periodo de Nicolás I que evidenciaban las debilidades de esa concepción del poder y que parecían llevar al país, desde abajo, en sen-

tido contrario al orden dispuesto por el autócrata: primero, una economía que comenzaba a operar fuera de la lógica gubernamental; segundo, el abierto localismo y nacionalismo en algunas zonas periféricas del Imperio y, por último, el creciente influjo de la inteliguentsia. No obstante, de algún modo u otro, los tres fueron exitosamente contenidos por el régimen durante este periodo, prueba de su fortaleza.

EL DESARROLLO DE LA ECONOMÍA INDUSTRIAL

El incipiente capitalismo ruso empieza a tomar forma en la segunda mitad del siglo XVIII. Antes de ello la economía, basada en la institución servil, ni siquiera se sostenía sobre un sistema monetario. Como apuntó Richard Pipes, la mayoría de las transacciones en el mercado se realizaban mediante el trueque, el intercambio de un producto por otro, lo cual explica la ausencia de bancos o cámaras de comercio prácticamente hasta mediados del siglo XVIII. Pipes señala la primacía de las ferias —donde cada mercader acudía a mostrar sus productos—, en especial la de Nizhni Nóvgorod hasta la década de 1860, como prueba del carácter pre-capitalista de la economía rusa. Sin embargo, a mediados del XVIII la burguesía había crecido tanto que era imposible ignorarla en beneficio exclusivo de la nobleza terrateniente. La "privatización" desatada por Pedro I en la década de 1720, cuando la industria de guerra superó la etapa de producción masiva, contribuyó al surgimiento de una clase burguesa. Se trataba, en principio, de una burguesía dedicada a la industria militar y naval, que luego diversificará sus mercados. Los Colegios fundados por Pedro I, en especial el de Manufacturas y el de Minería, también serán punto nodal en este impulso. En los reinados de las emperatrices Anna e Isabel (1730-1762) aumentaron las concesiones a la burguesía. En ese tiempo se establecieron monopolios estatales sobre varias manufacturas e industrias de exportación, subcontratados a manos privadas. En 1721 se extendió el privilegio de poseer siervos a la clase mercantil. Sin embargo, los derechos de propiedad aún permanecían en manos del Estado, mientras que sus detentadores —salvo la nobleza terrateniente— tenían el estatus de "poseedores", lo cual enfatizaba un carácter temporal. Cuando se hacía "mal uso" de una propiedad (fábricas, imprentas, astilleros), ésta pasaba al Estado.

Con la irrupción de Pedro III y Catalina II, el monopolio estatal sobre la economía se fue desmantelando, siguiendo la moda europea. En sus breves seis meses de gobierno en 1762, Pedro III privatizó casi todo rubro, política seguida por su sucesora. Dicho zar también prohibió la posesión de siervos entre la burguesía, limitándola a emplear trabajadores mediante un sueldo fijo. Su hijo, el zar Pablo I, reinstituiría la práctica en 1798 pero luego Alejandro I la aboliría para siempre. En 1775 se permitió la fundación de empresas manufactureras en toda Rusia salvo en Moscú y San Petersburgo, lo cual dio un impulso enorme a la empresa privada. No obstante, a decir de Pipes esta política iba destinada a imponer un costo mayor a la burguesía en beneficio, una vez más, de la nobleza terrateniente: al no permitir a la burguesía el uso de mano de obra gratuita (siervos) y, al depender únicamente de su propio patrimonio sin concesiones estatales, la incipiente clase capitalista tardará en adaptarse y en florecer en una Rusia básicamente agrícola.

Fue hasta el segundo cuarto del siglo XIX cuando, en el sector de la economía que quedaba fuera del lastre servil, se abrió paso un sector industrial privado, con una burguesía extendida ya en las grandes ciudades y en los Urales. Esta nueva industria se concentró en los rubros textil, azucarero, metalero, vidriero, algodonero y de pieles, entre otros, con un uso muy limitado de maquinaria propia. Nicolás I delineó una política proteccionista que introdujo altos impuestos a la importación de más de mil bienes distintos y, específicamente en los rubros mencionados, una prohibición total para importar insumos. En 1830 había únicamente siete fábricas encargadas de producir maquinaria en toda Rusia, cuya producción ascendía a 240 mil rublos; para 1860 había ya 99, con un valor productivo de ocho millones de rublos. Nicolás I vinculó el desarrollo industrial con el problema de la servidumbre al aprobar en 1840 una resolución que clausuraba todas las factorías que emplearan siervos. Según Stanislav Strumilin, esto contribuyó a que, entre 1825 y 1863, la productividad por trabajador aumentara en 300%, fenómeno jamás antes visto en la historia del país. Aun así, al compararse con los países europeos industrializados, Rusia estaba cien años "atrás" en su desarrollo, sin ninguna oportunidad de competir económicamente con Occidente. En esta época el país exportaba sólo materias primas, en especial una enorme cantidad de grano —proveniente de las fértiles áreas meridionales— desde puertos del Mar Negro como Odesa, el mayor del

Imperio, desde donde se exportaba 62% del alimento producido, en contraste con el 25% exportado por el mar Báltico. En la década de 1840 aumentaron los precios europeos del pan y levaduras, lo cual contribuyó a incrementar los ingresos por exportaciones. La gran mayoría de productos industriales provenía del extranjero. No fue sino hasta la década de 1860, dice Jürgen Kuczynski, cuando la producción industrial rusa como porcentaje de la producción mundial cobre mayor importancia, aunque para ese año todavía será de 4%, en amplio contraste con el 36% de Inglaterra, el 16% de Alemania o el 17% de Estados Unidos.

En 1839 se puso en marcha una reforma monetaria con el fin de reducir el déficit presupuestario y la inflación, heredados desde la invasión napoleónica. Se introdujo una tasa de cambio fija que equiparaba el papel moneda, bastante sobrevaluado, con cierta cantidad de plata, permitiendo un mayor control del aumento de precios y el establecimiento de una base real para el crecimiento económico. Además, en 1841 se expidieron nuevos billetes como base del circulante y se fundaron bancos de ahorros, en los que los miembros de cualquier estrato social podían depositar su dinero, fortaleciendo el sistema financiero. La década de 1820 vio llegar el primer piróscafo en el Volga. En 1837 se construyó el primer tren de Rusia, que iba de San Petersburgo a Tsárskoie Seló, cubriendo una distancia aproximada de 30 kilómetros; la primera ruta larga entre la capital y Moscú se terminó hasta 1851. Las comunicaciones mejoraron puesto que en el periodo 1825-1860 se construyeron más de 8 500 kilómetros de tramo carretero. El camino que fungía como columna vertebral de Rusia era el que conectaba Moscú con Irkutsk, en el sudeste siberiano. Esta creciente actividad económica comenzaba a dar pruebas de una lógica propia, que funcionaba cada vez más al margen del intervencionismo estatal. Durante el reinado de Nicolás I la población urbana de Rusia creció —merced a la ramificación y ampliación del mercado de trabajo hacia las ramas industriales— de 4.5% en 1825 a 9.2% en 1858. En 1851 había una población urbana de tres millones 480 mil habitantes.

A pesar de esta relativa revolución industrial y tecnológica, el relativo "atraso" de la economía rusa se debía al problema de la servidumbre, el trabajo agrario forzoso y gratuito cuya transición a condiciones laborales "normales" ponía al capitalismo ruso en una posición sumamente difícil. Al no reformarse de fondo en el periodo de Nicolás I, la

cuestión servil puede verse como el mayor triunfo de la autocracia terrateniente hasta mediados del siglo XIX. No es que el zar no se propusiera mejorar la situación de los siervos. A través de una de las mentes más brillantes del periodo, Pável Kiseliov (ministro de Propiedad Estatal), se relajaron las condiciones de los siervos que eran propiedad del Estado, como un estímulo para que la nobleza terrateniente hiciera lo propio en sus posesiones. Hosking apunta que para 1811 los siervos constituían 58% de la población masculina de Rusia, mientras que hacia 1858 el porcentaje se había reducido a 44.5% gracias a las nuevas actividades económicas ya mencionadas, permitidas sólo para aquellos que habían sido liberados por sus dueños y los que eran propiedad de medianos empresarios. Hacia 1842 la mitad de todos los siervos de Rusia se encontraban hipotecados a instituciones crediticias que los aceptaban en vez de tierras; en 1859 sumaban dos tercios del total. En 1834 hubo varios motines campesinos en las propiedades de la familia real, pero los más violentos tuvieron lugar en las tierras estatales entre 1840 y 1844. En ambas ocasiones, el descontento se debió a la plantación obligatoria de papa, diseñada para que los campesinos fuesen autosuficientes, luego de más de un siglo de intentar producir ese tubérculo en suelo ruso. Los "Motines de la papa" *(Kartófielnye Búnty)* tuvieron, además, un trasfondo étnico considerable —el descontento fue amplio entre poblaciones ugrofinesas y tártaras de las cuencas de los ríos Volga y Kama— y fueron, como los originados por el brote de cólera de 1830, duramente reprimidos. Kiseliov trasladó a su ministerio en 1838 la potestad sobre los campesinos del Estado. Se buscaba reducir la brecha impositiva, asistir al campesino para que pudiera pagar de forma más eficiente su gravamen. La solución fue otorgar más tierras a cada comunidad rural o transferir grupos enteros de campesinos a tierras de menor densidad poblacional. El objetivo era emparejar el *obrok* (la renta pagada al señor) con el tamaño de cada parcela. Se permitió, asimismo, la liberación de aquellos siervos que pudieran comprar su parcela, lo cual desde luego condujo a ninguna parte. No obstante, por absurda que parezca, esta política dejaba ver que el gobierno finalmente había entendido que la liberación de los siervos sólo podía darse con todo y tierra, basada en la idea moderna, decimonónica, de la *propiedad.* Lo que era verdaderamente nuevo fue la introducción, a propuesta de Kiseliov, de cierto autogobierno en las *obshiny.* Se crearon por primera vez escuelas rurales

y clínicas dentro de muchas *obshiny* del centro-oeste del Imperio. El sistema fiscal rural se reformó también para dar paso, en lugar del impuesto de capitación, a un impuesto sobre la tierra cultivable.

Cabe recordar que la mayoría de estos cambios sólo atañeron a los campesinos que eran propiedad del Estado, los cuales en realidad tenían niveles de explotación más laxos que los privados, intocados por el magro velo reformista. Sin embargo, Nicolás I planteó paralelamente una reforma nobiliaria, reflejo de su política autocrática y de disciplina estricta en toda la vida pública: redujo los privilegios para votar en las asambleas de nobles, así como el tiempo permisible de su estancia en el extranjero de cinco a tres años. También dispuso que los nobles sirvieran en la administración local antes de ser transferidos a la imperial y limitó considerablemente la compraventa de siervos. Esto violaba totalmente la Carta Nobiliaria que Catalina II promulgara en 1785, ahora letra muerta.

LA PERIFERIA: AUTONOMÍAS, NACIONALISMOS, RESISTENCIAS

El segundo elemento que comenzará a operar de manera espontánea, y en ocasiones contraria a las directrices del centro imperial, provendrá de la periferia. La ola revolucionaria de 1830 en Europa hizo sonar las alarmas en el Imperio ruso, pues, como ocurrió en 1789, el nacionalismo liberal volvió a estallar en el Reino de Polonia, ahora incorporado a Rusia, donde el hombre fuerte de Nicolás I aún era su hermano mayor, el gran duque Constantino. Polonia era entonces la región con mayor autonomía del Imperio ruso, que a diferencia de Finlandia tenía una constitución y un ejército. La revolución estalló en noviembre de 1830 en Varsovia, como protesta al anuncio de que el zar y su hermano enviarían un contingente polaco para sofocar la lucha independentista de Bélgica. Con ello pretendían evitar lo que precisamente sucedió: anticiparse a un contagio revolucionario en Polonia alejando a las tropas. El descontento se originó en parte porque Constantino sustituyó a oficiales polacos por rusos en los altos puestos de poder. El alzamiento fue exitoso en un inicio, al grado de que la Dieta polaca desconoció al zar como soberano, pero en la primavera de 1831 el ejército polaco fue de-

rrotado por la superioridad de las tropas rusas en una guerra abierta. Polonia perdió su Constitución —sustituida por el Estatuto Orgánico de 1832—, su Dieta, su ejército y su autonomía, aunque mantendría el nombre de "Reino de Polonia" hasta 1916. El ejército polaco fue disuelto; los liceos y universidades cerrados. Varios líderes polacos fueron enviados a Siberia y otras figuras prominentes, como Adam Mickiewicz, Fryderyk Chopin o Joachim Lelewel se exiliaron en Europa occidental.

El zar volvería a enviar tropas a territorio polaco en 1846, aunque en este caso se trataba de una región fuera de las fronteras rusas. En febrero de ese año estalló una situación revolucionaria en Cracovia, república independiente cuyos líderes buscaban reunificar a Polonia, pero las tropas rusas y austriacas —así como los campesinos polacos enardecidos que mataban nobles por doquier— aplacaron la rebelión, con lo cual Austria anexó Cracovia a su provincia de Galicia. Es interesante que en 1848, otro año de olas revolucionarias en Europa, el Imperio ruso —incluyendo al Reino de Polonia— quedó intocado por la chispa nacionalista liberal. Sin embargo, Nicolás I intervendría una vez más en auxilio de Viena, esta vez en Hungría, para aplastar la revolución nacionalista de Lajos Kossuth en 1849. En el mismo año, atento al desarrollo de las revoluciones europeas, el zar recrudeció su política interna contra los "enemigos" del régimen, como los socialistas del círculo intelectual del editor Mijaíl Petrashevski, a quienes condenó a muerte. Entre ellos figuraba el joven escritor Fiódor Dostoievski (1821-1881), quien se salvó por un perdón del zar y fue condenado a trabajos forzados en Siberia que cambiarían su vida radicalmente. Acaso el mayor éxito para la autocracia zarista en estos años fue evitar, en 1830 y 1848, un estallido liberal dentro de Rusia, lo que Nicolás I tomaría como ejemplo de que su sistema funcionaba.

En Polonia volvería a desatarse una revolución en 1863, bajo un contexto muy distinto. A pesar de su liberalismo el zar Alejandro II (1855-1881), hijo de Nicolás I, continuaría la política de su padre hacia Polonia. En 1856, en Varsovia, el nuevo zar sugirió a la nobleza local "no soñar" con ningún tipo de independencia. La situación económica en el Reino de Polonia ya había mejorado mucho para ese entonces: en 1851 se incorporó en el territorio aduanero imperial, lo cual no sólo la integró económicamente al resto de Rusia sino que también permitió llevar productos polacos a los mercados orientales, como ocurrió con la in-

dustria textil, metalúrgica y, en menor grado, azucarera. Esta apertura económica ensanchó en buena lid a la clase media polaca. Inmediatamente después de la Guerra de Crimea (1853-1856), la liberalización general introducida por Alejandro II en el Imperio ruso permitió cierto renacimiento de la oposición polaca, ahora financiada por los nuevos ricos. Como apunta Jan Kieniewicz, estas condiciones, sumadas a las victorias de Giuseppe Garibaldi y a la inminente reunificación italiana, encendieron una nueva chispa en el movimiento liberal polaco de cara al trigésimo aniversario del levantamiento de 1830. Para 1861, año en que Alejandro II emancipó a los siervos en Rusia —pero no en Polonia—, las protestas en Varsovia ya habían atraído a varios miles de individuos, dispersados por las autoridades zaristas. Alejandro II designó a su hermano, el gran duque Constantino Nikoláievich —no confundir con Constantino Pávlovich, hermano de Nicolás I—, como *namiéstnik* (virrey) en Polonia para calmar las aguas en 1862. Este segundo Constantino resultó ser un líder liberal que abolió la ley marcial, reabrió las universidades, introdujo élites locales en la administración y restableció el polaco como lengua oficial en el Reino. Sin embargo, Constantino y su mano derecha, Aleksander Wielopolski, cometieron el mismo error de 1830: imponer una leva para alejar a los jóvenes polacos de una situación revolucionaria. Esto fue un pretexto perfecto para iniciar un nuevo levantamiento nacional que estalló en enero de 1863 pero que, como ocurrió 30 años antes, fue aniquilado por las fuerzas rusas en menos de un año. Miles de polacos fueron exiliados a Siberia y otras partes del Imperio. En febrero de 1864, para castigar a la *szlachta* (nobleza polaca) que financió el levantamiento, el zar emancipó a los siervos en Polonia. El diseño de dicha emancipación iba encaminado a arruinar deliberadamente a la *szlachta* pues, a diferencia de la liberación decretada tres años antes en Rusia, a los antiguos siervos polacos se les permitió comprar su tierra a precios de mercado, a un valor mucho menor que en el resto del Imperio.

Contrario al caso de Polonia, que tenía una conciencia nacional fuerte, había regiones en la periferia del Imperio ruso donde ésta apenas despuntaba. En la parte central de lo que hoy se conoce como Ucrania, tierras que habían sido parte del Hetmanato cosaco, comenzó un resurgimiento de la identidad local hacia el segundo tercio del siglo XIX. A decir de Zenon Kohut, Catalina II pudo abolir el Hetmanato en 1764

sin que la nobleza rutena y cosaca protestara, pues sus privilegios fueron garantizados (y ampliados) a cambio de convertir el Hetmanato en una gubernatura más del Imperio. La Ilustración y el romanticismo fueron vitales para reconstruir esa identidad cultural local a comienzos del siglo XIX, aún muy lejos del nacionalismo. Con la fundación de la Universidad de Járkov en 1804 se dio cauce a estos sentimientos en torno a una élite compuesta por hijos de sacerdotes —quienes constituían la inteliguentsia local en medio de un ambiente netamente rural—, cosacos y familias pertenecientes a la burguesía urbana. Éstos eran los estratos medios de la nobleza "pequeñorrusa", término con el que se conocía en Rusia a los rutenos del Dniéper. Cabe aclarar que el término no tiene un origen denigratorio sino que procede de la forma griega (bizantina) *Mikra Rossia,* o sea la parte *sur* del antiguo *Rus.* Se crearon círculos intelectuales, periódicos y revistas que discutían ya las características de una *patria* —término latín, derivado de la impronta polaca— pequeñorrusa, que no sólo revivieron la lengua rutena vernácula (hoy "ucraniana") sino que también reivindicaron, influidos por el romanticismo, las tradiciones folclóricas campesinas y cosacas locales. Sin embargo, en las décadas de 1820 y 1830 esta tendencia no veía más allá de una reivindicación cultural y regionalista dentro del Imperio ruso; contaba, de hecho, con gran aceptación entre los círculos políticos e intelectuales de Moscú y San Petersburgo, pues era un rasgo más de las tendencias eslavófilas delineadas hacia el segundo tercio del siglo XIX, pero sobre todo una forma en que el zarismo podía contrarrestar la influencia polaca (católica) en el sudoeste.

En la década de 1840 una nueva generación de la inteliguentsia pequeñorrusa se formará ya no en Járkov, sino en la Universidad de Kiev, fundada en 1834 para resarcir la clausura de las universidades de Varsovia (1831) y de Vilna (1832) tras la revuelta polaca de 1830. Al cabo de unos años, profesores y alumnos liderados por el historiador Nikolái Kostomárov crearon una asociación secreta, la Hermandad de San Cirilo y San Metodio (1845), que planteaba una "Ucrania" autónoma y liberal dentro de una federación de Estados eslavos, pero también la liberación de los siervos. Uno de los miembros más destacados de la Hermandad era Tarás Shevchenko (1814-1861), pintor, grabador, ensayista y poeta, proveniente de una familia de siervos que vivían en condiciones paupérrimas, hecho prisionero junto con sus colegas cuando la

Hermandad fue descubierta en 1847. Si bien otros miembros fueron tratados con una indulgencia atípica para la época, Nicolás I decidió exiliar a Shevchenko a los Urales por considerarlo el miembro "más peligroso" de aquella fraternidad, sobre todo en cuanto leyó su poema *El sueño* (*Son;* 1844), en el que Shevchenko se burlaba de la emperatriz. Aunque fue rehabilitado en 1857, murió enfermo por el peso de sus años en el exilio en 1861. Con la irrupción de Shevchenko y de la Hermandad, la "cuestión ucraniana" pasó de una mera tendencia cultural a tener ya una implicación política evidente.

La forma en que San Petersburgo manejó la situación en Polonia, que ya tenía un nacionalismo fuerte, y en la "Pequeña Rusia", donde apenas comenzaba a formarse, fue radicalmente distinta a la del Gran Ducado de Finlandia. En esta región había una considerable conciencia *nacional* mas no *nacionalista.* Desde la anexión de 1809, los finlandeses eran los súbditos menos problemáticos para la corona rusa. Como reconocimiento a su lealtad, en 1863 —irónicamente el mismo año del segundo levantamiento polaco—, Alejandro II reinstauró la Dieta de Finlandia y dos años más tarde propuso una Carta que ya olía a constitución, promulgada en 1869, la cual estipulaba que la Dieta se convocaría cada cinco años. El zar también firmó un decreto por el cual, en el transcurso de dos décadas, la lengua finlandesa obtendría carácter oficial, posición que ya ostentaba el sueco como *lingua franca* debido a que la élite política de Finlandia seguía siendo de origen sueco. Por todo ello, los finlandeses vieron en Alejandro II a un zar que reivindicó su identidad —muy distinto del que perciben históricamente los polacos— y cuya estatua en la Plaza del Senado en Helsinki sigue en pie hasta la fecha, dedicada al "zar libertador".

Contrario al exitoso caso finlandés, en este tiempo la corona rusa tuvo problemas para integrar a las poblaciones de Crimea y del Cáucaso, territorio anexado en diferentes etapas durante la primera mitad del siglo XIX. Tras la Guerra Ruso-Otomana de 1768-1774 y la firma del Tratado de Küçük Kaynarca, el Kanato de Crimea se convirtió en un territorio vasallo de San Petersburgo. Esto suscitó una resistencia local, religiosa en principio, que favorecía una incorporación al Imperio otomano (musulmán), pero la derrotada Estambul tuvo que abstenerse de intervenir en favor de los tártaros crimeos tras la Convención de Aynalı Kavak en 1779. Catalina II envió a nacionales rusos para poblar la pe-

nínsula y pronto los tártaros crimeos se vieron en desventaja política y crecientemente demográfica. En 1783 la zarina envió al príncipe Grigori Potiomkin a explorar las condiciones de una anexión. En abril de ese año el Kanato fue disuelto e incorporado al Imperio ruso bajo el nombre de "Gubernatura de Táuride". Cientos de miles de tártaros crimeos emigraron hacia la Anatolia en consecuencia. Según Brian Glyn Williams, aún en los años posteriores a la Guerra de Crimea (1853-1856), casi 200 mil tártaros crimeos emigraron al Imperio otomano en el proceso conocido como *Hijra.*

El Cáucaso, istmo montañoso entre los mares Negro y Caspio, fue integrado al Imperio ruso de manera paulatina. Desde principios del siglo XVIII se intentó expandir el dominio ruso hacia el sur, donde la potencia rival era el Imperio persa. El momento álgido de la lucha territorial se dio en las primeras dos décadas del siglo XIX, luego de que Pablo I anexara en 1801 el reino cristiano de Georgia —a petición de su propio rey— para "protegerlo" del expansionismo persa. Entre 1804 y 1813 Rusia y Persia tuvieron un conflicto prolongado, con la participación de decenas de miles de combatientes. Tras una década de inestabilidad las diferencias se resolvieron en el Tratado de Gulistán (1813), que cedió a Rusia el Cáucaso sur, es decir los actuales Azerbaiyán, Georgia y Armenia. En 1826 estalló una nueva guerra contra Persia cuando el sah Fath Alí, presionado por Gran Bretaña, buscó la revancha por los territorios perdidos. Aunque los ejércitos persas se llevaron las victorias iniciales, la ofensiva rusa pudo más y en 1828 se firmó el Tratado de Turkmenchay, que permitió a San Petersburgo reincorporar varios territorios del Cáucaso sur. Una vez que Rusia se apoderó de todo el istmo comenzó un proceso de aculturación, mas no de asimilación —tendencia repetida en otras zonas periféricas— dirigido a la población local. El Cáucaso norte, que hoy es parte de la Federación Rusa, era un territorio mucho más complejo que su contraparte sur. Desde 1816 varios pueblos de esa zona libraron una guerra de guerrillas contra Rusia, especialmente circasianos, chechenos, abjasios y daguestanos, que resistían la ocupación de sus tierras. La captura del imán Shamil en 1859, líder de la resistencia musulmana en el Cáucaso norte durante 25 años, fue un gran triunfo para el zarismo, que obtuvo finalmente el control de Chechenia y Daguestán. La resistencia de los montañeses circasianos del Cáucaso occidental, en Adiguea, se prolongó hasta 1864. En este año

Alejandro II firmó un decreto que puso fin a las hostilidades tras 47 años de escaramuzas constantes en el istmo. De inmediato se decidió reubicar a los montañeses para repoblar la zona con colonos rusos. El Imperio otomano aceptó a cientos de miles de musulmanes provenientes del Cáucaso que se negaban a vivir en un Estado cristiano. El éxodo masivo de éstos entre 1862 y 1866 se ha determinado en casi medio millón de personas, especialmente circasianos, según apunta Charles King.

Éstas fueron las respuestas de la corona rusa a un fenómeno que no era nuevo para el Imperio como la cuestión de las nacionalidades, autonomías y resistencias de sus zonas periféricas, pero que tomaba cauces renovados bajo la influencia de los eventos que ocurrían en el resto de Europa y del mundo, foco de tensión durante el resto del siglo.

VIDA CULTURAL E INTELIGUENTSIA

Un último fenómeno a contracorriente para el régimen zarista comenzó a gestarse en la primera mitad del siglo XIX: la creciente politización de la inteliguentsia. Este fenómeno no se entiende sin el contexto de auge cultural que despuntó en Rusia por aquellos años y que puede incluso trazarse con fecha: la primavera de 1820, cuando Aleksandr Pushkin (1799-1837) publica su poema *Ruslán y Liudmila* a los 20 años. Con estos versos, este joven educado en el liceo más prestigiado del Imperio y amigo de los decembristas sorprendió a la vieja guardia intelectual, de la cual tomó la espontaneidad que le permitía escribir versos ingeniosos sobre cualquier cosa —influencia de la poesía de Gavril Derzhavin (1743-1816)—, pero que combinó con un lenguaje completamente nuevo, alejado del afrancesamiento y de las convenciones del eslavo antiguo, construido con la jerga popular. El máximo aporte de Pushkin, asegura Figes, fue ese lenguaje nacional, el que podía entender tanto el príncipe como el campesino a través de su pluma. Una gran influencia en él, en sus contemporáneos y en las generaciones venideras, sería la *Historia del Estado ruso* (1818-1826) de Nikolái Karamzín (1766-1826), escritor e historiador quien por vez primera, en doce tomos que hoy son libros de texto en las escuelas rusas, recopiló la historia rusa bajo una narrativa nacional e institucional, dando coherencia al pasado y al presente rusos en una sola línea argumentativa. Muchas obras

de Pushkin que tratan temas históricos, como *Borís Godunov* (1831), se basaron en esa nueva "historia oficial" que Karamzín desarrolló y en la reinterpretación romántica de personajes de la historia rusa como el propio Godunov o Iván *Grozny,* a quienes el historiador convirtió en figuras trágicas. De Karamzín, quien además escribió poesía y prosa, Pushkin también tomó un estilo caracterizado por frases cortas y simples, accesibles a todo tipo de público.

Acaso la obra cumbre de Pushkin sea *Yevgueni Oneguin* (1831), novela en verso que retrata la superficialidad de la vida aristocrática y pone la primera piedra de un motivo recurrente en la literatura rusa de los siguientes treinta años: el "hombre superfluo" *(lishni chelovek),* un dandi nacido en el privilegio —como el propio Pushkin—, un héroe byroniano que busca eludir las convenciones de la alta sociedad mediante el cortejo romántico, las aventuras o los duelos. Quizás no haya una mejor síntesis de esta tensión que uno de los versos más famosos de *Yevgueni Oneguin,* que reza así: "Se puede ser un hombre ocupado / Y pensar en la belleza de las uñas. / ¿Para qué luchar inútilmente contra la época? / La costumbre es un déspota entre las personas*".* "[*Byt mozhno diélnim cheloviékom / I dumat o krase nogtiéi. / K chemú besplodno spórit s viékom? / Obychai déspot mezh ludiéi"* .]

Al igual que el protagonista Oneguin reta a su vecino Lenski a un duelo por una mujer, Pushkin retó a un oficial francés que cortejó a su esposa en febrero de 1837, quien lo mató en un duelo en la capital. La misma suerte corrió su más fiel seguidor, Mijaíl Lérmontov (1814-1841), considerado el segundo gran poeta ruso, autor también de la novela *Un héroe de nuestro tiempo* (*Guerói náshego vriémeni;* 1840). En este sublime trabajo atemporal, narrado desde diferentes perspectivas, el superfluo Grigori Pechorin también mata a un amigo en un duelo, lo que le ocurrió a Lérmontov a manos de un "amigo" en un duelo más, en 1841.

A la muerte peculiar y romántica de Pushkin y Lérmontov, que dice mucho sobre la época, la poesía irá cediendo paso a la prosa. El primer gran prosista ruso será Nikolái Gógol (1809-1852), cuya mayor aportación sería la sátira, lo deliberadamente ridículo, el detallismo y la afición por la vida cotidiana del ruso promedio. Gógol, con una mirada realista de la sociedad, era un aficionado de personajes desgraciados y tragicómicos. Alentado por Pushkin, escribió sus mejores obras entre 1835 y 1842: las historias contenidas en *Arabescas* (*Arabieski;* 1835), el cuen-

to *La nariz* (*Nos;* 1836) o el drama *El inspector* (*Revizor;* 1836), retrato de la burocracia corrupta. Dos obras tardías lo consolidaron como el mayor escritor de su tiempo: *El abrigo* (*Shinel;* 1842) —Dostoievski diría que "todos salimos del abrigo de Gógol"— y *Almas muertas* (*Miortvye dushi;* 1842), su novela cumbre, que satiriza el problema de la servidumbre en las acciones lucrativas del protagonista, Pável Chíchikov, imagen fiel de la época de Nicolás I. Al igual que Pushkin y Lérmontov, Gógol murió como uno de sus personajes —de forma tragicómica—: quemó delirante la segunda parte de *Almas muertas,* se encomendó a un místico y falleció en estado de inanición, convencido de ser un pecador sin remedio.

Sobre estas bases se desarrolló la cultura literaria —y teatral y musical— de Rusia en las siguientes décadas, cuyo esplendor llegó hasta el siglo XX. Gracias a ello hubo escritores de la talla de Iván Turguéniev (1818-1883), quien redefinió el realismo gogoliano en sus *Notas de cazador* (*Zapiski ojótnika;* 1852) y retrató el choque aciago entre generaciones, presentando a los jóvenes "nihilistas", en su indispensable novela *Padres e hijos* (*Otsy i dieti;* 1862). Iván Goncharov (1812-1891) llevaría al hombre superfluo de Pushkin al extremo en *Oblómov* (1859), en la que el protagonista, de estirpe noble, cavila todo el día sumido en sus pensamientos —y en sus cobijas—. Es lugar común que a Iliá Ilich Oblómov le toma un largo capítulo salir de la cama, sólo para moverse unos metros más allá, en contraste con el enérgico antagonista Stolz, cuyo origen alemán no es coincidencia. Los autores que ocupan la cima de la prosa rusa fueron, en primer lugar, Fiódor Dostoievski (1821-1881), quien regresó de su exilio siberiano en 1859 completamente transformado en el sentido moral para escribir su breve pero demoledora *Notas del subsuelo* (*Zapiski iz podpolia;* 1864) y un cuento fascinante como *El cocodrilo* (*Krokodil;* 1865), ambas críticas a la inteliguentsia occidentalista y al utilitarismo. El sello de Dostoievski se caracteriza por una búsqueda de la religiosidad y una descripción brillante de personajes en crisis, en los linderos de su humanidad. Más tarde será recordado por novelas que plasman estos sentimientos: *Crimen y castigo* (*Prestuplenie i nakazanie;* 1866), *El idiota* (*Idiot;* 1869), *Los demonios* (*Biésy;* 1872) y *Los hermanos Karamázov* (*Bratiá Karamázovy;* 1880). En segunda instancia, junto a Dostoievski se encuentra Lev Tolstói (1828-1910), quien también juega con la moralidad pero no se zambulle en la psique personal, sino en el sacrificio para con la colectividad y el prójimo. Su experiencia en la

Guerra de Crimea lo llevó a escribir su novela épica *La guerra y la paz* (*Voiná i mir;* 1869). La filosofía tolstoyana de una naturaleza campirana "buena" en contraste con los negativos valores urbanos se asoma ya en *Los cosacos* (*Kazakí;* 1863), pero tiene su punto álgido en *Anna Karénina* (1877), cenit de su creatividad, reconocida como una de las mejores novelas de todos los tiempos. El Tolstói tardío versará sobre temas como el instinto sexual en *La sonata Kreutzer* (*Kreitserova Sonata;* 1889) y *El diablo* (*Diávol;* 1889) o el orientalismo en *Hadji Murad* (1912). Otro gran prosista fue Nikolái Leskov (1831-1895), uno de los más grandes exploradores de la lengua rusa en *Lady Macbeth del distrito de Mtsensk* (*Liedi Makbet mtsénskogo uyezda;* 1865), de temas religiosos como en *Gente de catedral* (*Soborianie;* 1872) o de la tensión entre "lo ruso" y "lo europeo" en su *Relato sobre el bizco Zurdo de Tula y la pulga de acero* (*Skaz o túlskom kosom Lievshe i o stalnói blojié;* 1881).

Lo que Pushkin fue para la literatura rusa, en la música lo representó Mijaíl Glinka (1804-1857), quien fusionó melodías populares campesinas con el romanticismo europeo en su ópera *Una vida por el zar* (*Zhizn za Tsariá;* 1836). No obstante, será con su segunda ópera, *Ruslán y Liudmila* (1842), basada en el poema de Pushkin, que el lenguaje de Glinka alcance su mayor expresividad y abra un camino para las siguientes generaciones musicales. Se trata de una obra de impresionante variedad que cimentó un culto selecto al compositor dentro de Rusia, entre diversas figuras de la vida cultural. No obstante, su recepción entre el público común, afecto a las óperas italianas —que resurgieron con fuerza en Rusia durante la década de 1840—, no fue la que Glinka esperaba. La década de 1850 verá una sima musical en Rusia con poca producción, pero en el decenio siguiente la cosecha de Glinka rendirá frutos. Los hermanos Antón (1829-1894) y Nikolái Rubinstein (1835-1881), quienes gozaban del favor imperial, fundaron instituciones cruciales para el desarrollo de la música nacional. En 1859 crearon la Sociedad Musical Rusa, que daría paso al Conservatorio de San Petersburgo (1862) y al de Moscú (1866); ambos hermanos se convirtieron en sus respectivos directores. Sin restarles importancia como compositores, la mejor obra de los Rubinstein fue institucional, pues desde estos años la música rusa recibirá un impulso brutal.

La fundación de ambos Conservatorios abrió un camino dual en la producción musical rusa. Por un lado, una tendencia utilizará la lectura

romántica refinada en la academia, cuyo máximo exponente será Piotr Ilich Chaikovski (1840-1893), miembro de la primera generación del Conservatorio capitalino. En su catálogo, dice Raúl Zambrano, están todas las formas musicales tradicionales —siete sinfonías, tres conciertos para piano, música de cámara y para solistas, once óperas y los ballets *El lago de los cisnes* (*Lebedínoie ózero;* 1876), *La bella durmiente* (*Spiáshaia krasávitsa;* 1890) y *El cascanueces* (*Shelkúnchik;* 1892)—, con una intensa expresividad y temas indudablemente rusos. Por otro lado, no es coincidencia que la tendencia contraria despunte también en 1862, pero como reacción a la fundación del Conservatorio de San Petersburgo, a la institucionalización de la música académica. El iniciador de esta corriente fue Mili Balákiriev (1837-1910), compositor que formará un grupo al que se incorporarán músicos "amateur" que ejercían otras profesiones: César Cui (1835-1918), militar; Modest Músorgski (1839-1881), un cadete dipsómano; Nikolái Rimski-Kórsakov (1844-1908), marino activo y Aleksandr Borodín (1833-1887), químico. La ambición musical de Balákiriev era exhortar a estos hombres a escribir música fuera de todo canon académico y con un sello "ruso", algo sin duda presente en obras como *Islamey* (1869) para piano de Balákiriev, el poema sinfónico *Sheherezada* (1888) de Rimski-Kórsakov o la ópera *El príncipe Ígor* (*Kniaz Ígor;* 1890) de Borodín —incluyendo las *Danzas polovtsianas,* que representan a los cumanos, enemigos de los *rus,* donde ya se refleja la reinterpretación que Karamzín hizo de la historia antigua de Rusia—. Acaso Músorgski llegó más allá que sus colegas, con un lenguaje vernáculo que abre la puerta al siglo siguiente en las campanas disonantes de su ópera *Borís Godunov* (1873) —basada en la obra de Pushkin—, las piezas variopintas de la serie para piano *Cuadros de exposición* (*Kartinki s vystavki;* 1874) o la lobreguez de sus *Canciones y danzas de la muerte* (*Piesni i pliaski smertí;* 1877).

El despunte cultural en todas las artes fue fundamental para la aparición de un creciente ambiente opositor a la corona, aún bastante acotado durante la primera mitad del siglo XIX, basado en los escritos de individuos altamente educados que circularon en secreto dentro del Imperio o fueron publicados en el resto de Europa en cuanto sus autores se exiliaron. Estas personas buscaban la transformación de la sociedad rusa en grados distintos y muchos no se conformaron con escribir sino que buscaron actuar —siguiendo el modelo decembrista, el *sacri-*

ficio—, pasando de ser meros "intelectuales", miembros de una inteliguentsia más o menos identificable, a ser "populistas", individuos decantados por la acción revolucionaria en nombre de "El Pueblo Ruso". Los últimos actuaron más tarde, una vez que las teorías de la inteliguentsia tuvieron cimientos férreos. No es que no hubiese una clase intelectual anterior a este periodo, ni individuos educados que no escribieran sobre las contradicciones del Imperio, pero es en la época de Nicolás I cuando se gesta el momento cumbre de la discusión sobre el rumbo que debía tomar Rusia en círculos intelectuales urbanos, de la mano de una generación que ya no conoció a los decembristas más que por textos prohibidos o testimonios de veteranos. El conservadurismo del régimen y la censura general serían claves también para perfilar este fenómeno.

El término "inteliguentsia" se acuñó por vez primera no en Rusia, sino en Polonia, derivado del término hegeliano *Intelligenz.* Se utilizó para referirse a personas educadas que podían convertirse en "líderes espirituales" de la sociedad polaca con el fin de reunificar a la nación. Para cuando el término se trasladó al núcleo imperial, había ya un debate importante sobre el lugar de Rusia en la historia mundial gracias a la publicación de las *Cartas filosóficas* (*Filosofícheskie pismá;* 1831) de Piotr Chaadáiev (1794-1856). Chaadáiev será un pensador nuevo, distinto de quienes se formaron en el periodo cataliniano, como Novikov o Radíshev. Al igual que ellos estudió en la Universidad de Moscú, pero lo que lo hace distinto es que será un hijo de 1812, partícipe de las Guerras Napoleónicas. En 1820 renunciará al servicio militar en solidaridad con los futuros decembristas por la represión en el regimiento Semiónovski y saldrá del país en 1823 para perderse la rebelión de sus compañeros, sin regresar hasta 1826. En sus *Cartas,* escritas tras su retorno, Chaadáiev sacudirá el avispero de la vida intelectual de Rusia al argüir que el país no había contribuido en nada al desarrollo científico de Occidente. No sin críticas implícitas al estado de cosas, Chaadáiev creía que Rusia debía reformarse de alguna manera, pero no dejó un instructivo a seguir: "Vivimos completamente en el presente, en sus confines más angostos, sin un pasado o un futuro, en medio de una calma muerta". A pesar de que desconfiaba de los pensadores conservadores y nacionalistas, escribió que Rusia posee una singularidad especial en el sistema de naciones, al cual debe "enseñar una lección", abonando al debate sobre la unicidad de Rusia y su mesianismo. Cabe mencionar

que Chaadáiev fue tratado clínicamente pues las autoridades lo consideraban un desequilibrado al criticar la institución zarista de una forma tan ramplona.

Esta obra dejó gran huella en el debate intelectual de la década de 1830, pero también originó uno nuevo. Chaadáiev abrió dos caminos intelectuales paralelos, tendencias de enorme arrastre y definitorias de la historia de las ideas en Rusia durante los siguientes cien años —y de gran actualidad aún—. Ambos caminos parten de si Rusia debe parecerse o no a Occidente; si debe erigirse en la salvaguarda de sus tradiciones y profundizarlas rechazando la influencia extranjera, o bien voltear al continente e ir a la par con su desarrollo para no ser un país "atrasado" y en desventaja con el resto del "mundo civilizado". La primera tendencia, llamada "eslavófila" (del sustantivo *slavianofilstvo*), llamaba a Rusia a creer en su "misión" de mostrar al mundo que las tradiciones, la religión ortodoxa y la comunidad agraria, todo lo distintivamente *ruso,* era el camino para una vida nacional plena, ideas que tomaron fuerza a partir de 1812. La segunda, en cambio, se bautizó más tarde como "occidentalismo" *(západnichestvo),* pues proponía que Rusia debía hacer todo lo posible política, económica, social e incluso culturalmente para parecerse a Occidente y no "rezagarse". Durante el resto del siglo XIX, en diferentes nombres y grados de intensidad, el debate entre eslavófilos y occidentalistas dominará no sólo la totalidad de las publicaciones rusas, sino que escalará hacia las políticas y el pensamiento de cada gobernante hasta 1917 —e incluso después—. Sobra decir que, mientras los occidentalistas *(západniki)* hicieron de la "occidental" San Petersburgo su propia capital, los eslavófilos surgieron entre los círculos intelectuales de la "rusa" Moscú.

Los eslavófilos basaban sus doctrinas en el pensamiento de Alekséi Jomiakov (1804-1860), uno de los primeros escritores en dar primacía a la comunidad por encima del individuo. La idealización de la *obshina* rural, el *artiel* (cooperativa) de los artesanos y la religión ortodoxa, comunidades donde el todo era más determinante que las partes, era el eje del pensamiento eslavófilo. El derecho consuetudinario y la propiedad común eran elementos "rusos", contrario a la legalidad jurídica y a la propiedad privada occidentales. Los eslavófilos veían en Pedro I al gran interruptor de aquella Rusia volcada hacia dentro, de la unidad entre corona y pueblo que, según creían, había en la Rusia medieval. La figu-

ra eslavófila más importante a mediados del siglo XIX, además de Jomiakov, fue Iván Kiréievski (1806-1856), estudiante de Hegel que sentó las bases de la eslavofilia en su artículo "El siglo diecinueve" (1832). Dostoievski sería el campeón artístico de los eslavófilos, lo mismo que Gógol y en menor grado Tolstói. Por su parte, los occidentalistas o *západniki,* grupo menos unificado —había desde liberales moderados hasta radicales—, pensaban que la historia de Rusia se explicaba por su "atraso" frente al resto del mundo y que precisamente Pedro I se dio cuenta de ello antes que nadie. Para ellos, lograr la industrialización cuanto antes, como en Occidente, era absolutamente deseable para Rusia; el liberalismo político era al menos el primer paso en un sistema que establecería un Estado de derecho en el país, donde no fuese la voluntad de un hombre la única fuente de toda decisión. La cuestión rural debía atenderse, pero siguiendo los modelos de Europa: los siervos debían emanciparse para formar una clase propietaria y evitar que vivieran en la miseria comunal. Con el tiempo, los occidentalistas se tornaron más críticos del estado de cosas que los eslavófilos, quienes tendían a un mayor conservadurismo. No obstante, dice Venturi, los últimos indicaron a su contraparte el campo de acción en el que debía comenzar cualquier "revolución": la *obshina,* la comuna rural. Los nombres más importantes del pensamiento revolucionario ruso a partir de la década de 1840 serían occidentalistas recalcitrantes: Vissarión Belinski (1811-1848), Aleksandr Herzen (1812-1870), Nikolái Ogariov (1813-1877), Mijaíl Bakunin (1814-1876) y Nikolái Chernyshevski (1828-1889), quienes tendieron al socialismo tanto como al exilio —salvo el primero—. Afines a ellos en el ámbito cultural eran Turguéniev y el historiador Timoféi Granovski (1813-1855). Todos estos personajes escribían en el diario *Notas Patrióticas (Otéchestvennye Zapiski),* fundado en 1818, y en *El Contemporáneo (Sovremiénnik),* publicación fundada por Pushkin en 1836, que congregó a las mejores plumas del Imperio durante treinta años. El mito decembrista sería en Herzen y Ogariov la principal motivación para sus críticas, mientras que Bakunin sería ya, haciendo caso a Venturi, "hijo de la época de Nicolás I", que hará de él un socialista radical —quien sólo al final de sus días abrazaría el anarquismo—. Acaso la mayor aportación de Bakunin al radicalismo ruso fue esa necesidad apremiante de pasar de la idea a la acción, tan presente en grupos revolucionarios posteriores en Rusia.

El movimiento revolucionario ruso, dirá Hugh Seton-Watson, partió de la inteliguentsia. La ausencia de un liberalismo fuerte y el tardío inicio del desarrollo industrial explicaban la aparición de una inteliguentsia radicalizada, así como las contradicciones del movimiento revolucionario, su resultado más tangible. La inteliguentsia fue producto de la educación moderna: los rusos cultos —menos de 2% de la población imperial— conocían la cultura y el desarrollo sociopolítico de otros países en Europa, sin dejar de advertir un contraste abismal entre ésta y el relativo atraso de su país, cuya situación, empezando por la servidumbre, los avergonzaba. No resultaría extraño que los futuros pensadores y activistas radicales rusos se originaran entre los estudiantes que procedían de clases medias, hijos de sacerdotes —quienes solían ser los personajes más letrados en la mayoría de las comunidades agrarias— y habitantes de la periferia imperial. Acaso por eso se les llamó *raznochíntsy,* es decir, los que no pertenecían a ningún estrato social. Serían ellos los líderes del movimiento revolucionario ruso en la generación siguiente, quienes en las décadas de 1860 y 1870 ya no se conformarán sólo con escribir sobre los problemas de Rusia, sino que intentarán erradicarlos a su manera.

VII
LA ÉPOCA DE LAS REFORMAS (1855-1881)

LA GUERRA DE CRIMEA

El ascenso de la inteliguentsia no fue el único motivo —ni el principal— para que el sucesor de Nicolás I, su hijo Alejandro II (1855-1881), decretara la emancipación de los siervos en 1861. Este hito en la historia rusa no se entiende sin un evento precedente de grandes consecuencias: la Guerra de Crimea (1853-1856), la mayor derrota de Rusia en el transcurso de un siglo. Se trató de un conflicto causado por la incertidumbre política en Europa tras las revoluciones de 1848, el ascenso del Segundo Imperio francés, las ambiciones navales británicas y el declive del Imperio otomano. Rusia buscaba un paso al Mediterráneo desde sus puertos en el Mar Negro, cuyo control en invierno era vital cuando se congelaban los mares del norte; sin embargo, Inglaterra dominaba el Mediterráneo por intereses comerciales. Napoleón III de Francia, ávido de legitimarse mediante empresas militares, objetó la protección de las minorías cristianas en el Imperio otomano que hasta entonces ostentaba Rusia. Los intereses en conflicto hicieron que Nicolás I declarara la guerra al sultán en junio de 1853 para evitar que una Francia de nuevo en expansión tuviese influencia sobre la decadencia otomana. Las tropas rusas avanzaron sobre los principados de Valaquia y Moldavia —actual Rumanía—, vasallos otomanos de mayoría cristiana, y por el Cáucaso. Hasta la primavera de 1854 el conflicto era una guerra ruso-otomana más, pero en ese momento Francia, Gran Bretaña y el Piamonte entraron en la guerra del lado de Estambul para evitar su derrota, por lo que Rusia tuvo que replegarse dentro de sus fronteras. El combate se trasladó a la península de Crimea, blanco fácil de la invencible armada anglo-francesa. Durante un año el puerto de Sebastópol fue sitiado por la flota aliada y ocupado en septiembre de 1855. En marzo de 1856 Rusia firmó su rendición en el Tratado de París. El Imperio se mostró impenetrable en el Báltico, pero se resintió la caída en las exportaciones por los bloqueos portuarios durante tres años de guerra. Al norte, en el océano Ártico, la península de Kola fue atacada por

navíos ingleses, aunque éstos no consiguieron llegar hasta Arjángelsk. Incluso en el Pacífico, en el puerto de Petropávlovsk, se repelió un ataque naval anglo-francés en 1854.

La de Crimea fue la primera guerra moderna: trincheras, explosivos industriales, ferrocarriles, rifles modernos, telégrafos, reporteros, fotógrafos, medio millón de muertos. Lev Tolstói combatió en ella y dejó un testimonio estremecedor en sus *Relatos de Sebastópol* (1855): "Centenares de cuerpos mutilados entre arroyos de sangre, que dos horas atrás hallábanse aún llenos de esperanzas y de voluntad, ya sublime o ya mezquina, yacían, rígidos los miembros, en el barranco florido y bañado de rocío que separa el baluarte de la trinchera, o sobre el suelo compacto de la capillita de los muertos en Sebastópol; los secos labios de todos aquellos hombres murmuran plegarias, maldiciones o gemidos; se incorporan y se retuercen; abandonados los unos entre los cadáveres de la florida hondonada, los otros en las camillas, las camas y el piso húmedo de la ambulancia". Se trató de la primera gran derrota del Imperio ruso desde Austerlitz en 1804, pero ahora en su propio territorio y con resultados determinantes, pues inauguraría una tendencia recurrente en las últimas seis décadas de vida del Imperio: la urgencia de realizar reformas internas como resultado de derrotas militares. La guerra evidenció el atraso tecnológico ruso respecto de Occidente; los aliados contaban con armamento más sofisticado, como el fusil Minié, de veloz recarga para la época. Aunque el Tratado de París restauró la situación de preguerra, por lo que Rusia no perdió territorio, las consecuencias para ella fueron funestas. El Mar Negro pasó a ser un cuerpo de agua neutral, lo que impedía a la flota rusa navegar en él, y los aliados resolvieron mantener a Rusia dentro de sus fronteras. La urgencia de cambio se exacerbó con la muerte de Nicolás I en marzo de 1855.

Alejandro II inició su reinado con la noticia de la caída de Sebastópol. Si su padre comenzó a gobernar en 1825 a la sombra de la represión a los decembristas, a Alejandro II le correspondió coronarse tras la humillación de la Guerra de Crimea, posición no menos incómoda. Sin embargo, el nuevo emperador encarnaba la completa antítesis de su antecesor y pasaría a la historia como el zar más liberal de la historia rusa —lo que le costaría su propia vida—. Alejandro II tenía una visión sumamente liberal del gobierno influida por su tutor, el poeta y traductor Vasili Zhukovski (1783-1852). Como cesariévich, Aleksandr Niko-

láievich se había colocado a la cabeza del partido reformista en la corte: fue el primer heredero al trono en visitar tanto la Rusia europea como Siberia, donde conoció a varios decembristas veteranos exiliados e intercedió por ellos. Para marzo de 1856, cuando se firmó el Tratado de París, el Imperio se encontraba endeudado y con las arcas vacías, el ejército con la moralidad deshecha, la flota neutralizada. Una enorme cantidad de campesinos volvía de la guerra sin reconocimiento a su esfuerzo, a trabajar sus tierras o las de su señor bajo el yugo de la servidumbre. El nuevo zar era el primero en darse cuenta del estado de cosas. En ese año otorgó el perdón a los decembristas que aún vivían, a los miembros del círculo de Petrashevski y a los veteranos del levantamiento polaco de 1830; además, se abolió la censura y se suspendió la conscripción por tres años. Sin embargo, el Autócrata de Todas las Rusias no se detuvo allí.

LA ABOLICIÓN DE LA SERVIDUMBRE Y LAS REFORMAS SECUNDARIAS

La Guerra de Crimea, cuya conscripción fue de proporciones gigantescas para la época, se resintió sobre todo en el campo. Más de 700 mil soldados fueron reclutados, la mayoría campesinos y siervos, núcleo de los aproximadamente 130 mil muertos por el bando ruso y de los cientos de miles de heridos. La mayor parte ni siquiera murió en combate, sino en la enfermería, debido a la peste. La cercanía de Crimea con la cuenca del Dniéper permitió reclutar un sinnúmero de campesinos de esa región; el zar incluso tuvo que suprimir varias revueltas campesinas y cosacas en el sur terminado el conflicto. Esto contribuyó a un descontento entre los estratos bajos de la Pequeña Rusia hacia el zarismo, pero también a la creciente decepción de los siervos.

Alejandro II entendió que si Rusia quería ser un Estado "moderno", lo principal era abolir la institución más enraizada y a la vez perniciosa de todas: la servidumbre. En marzo de 1856, ante la nobleza moscovita, reconoció: "El orden actual de gobierno sobre las almas vivas no puede seguir igual. Es mejor abolir la servidumbre desde arriba que esperar el día en que se comience a abolir desde abajo". Ya se ha descrito este sistema, pero vale la pena repasarlo en palabras del marqués De Custine: "Resulta difícil hacernos una idea adecuada de la verdadera

posición de esta clase de hombres que no tiene ningún derecho reconocido, y que sin embargo son la nación misma. Privados de todo por las leyes, no son tan degradados en el aspecto moral como son socialmente envilecidos; tienen un espíritu, a veces un orgullo; pero lo que domina su carácter y la conducta de su vida entera es la astucia. Nadie tiene el derecho de reprocharles esta consecuencia tan natural de su situación. Esas personas, siempre en guardia frente a sus dueños, los cuales dan muestras a cada instante de su mala y descarada fe, compensan así la falta de probidad de los señores hacia sus siervos". El historiador Pierre Pascal complementa la descripción: "La gran masa de los siervos prácticamente no tuvo ninguna mejora real antes de 1860, a pesar de algunas leyes, y las arbitrariedades de los señores seguían iguales. En términos prácticos, tal como en el siglo XVIII, el campesino podía dedicar toda su semana a las faenas del amo; inclusive podía ser despojado de la tierra y obligado a aceptar una ración de víveres que lo transformaba en un verdadero esclavo; podía convertirse en esclavo doméstico o bien recibir la semilibertad del *obrok;* podía ser transportado de su pueblo natal hacia otra propiedad en el otro extremo del Imperio, donde todo estaba por construirse, por roturar, bajo un clima mortífero; podía ser vendido como esclavo a un nuevo amo, o como recluta, o ser empeñado en el Monte de Piedad; podía ser enviado a Siberia, o azotado, o inclusive ser torturado; no tenía derecho a desplazarse sin permiso […] A pesar de todo, a medida que la economía monetaria se extendía y que los propietarios querían obtener de sus propiedades ingresos más elevados, las condiciones de explotación se endurecían: en las grandes fincas, los intendentes eran más despiadados que el amo; en las pequeñas, el amo se había hecho más exigente debido a su propia miseria. Así, la servidumbre se resquebrajaba por los cuatro costados. Todos los pensadores sentían que era un obstáculo para el progreso económico y que ponía en peligro el edificio político. Pero a los propietarios les costaba mucho renunciar a una mano de obra gratuita y carecían de capitales para organizar la agricultura sobre bases diferentes; los gobernantes, por su parte, temblaban ante la idea de soltar las riendas a 25 millones de siervos en estado de fermentación perpetua, ávidos de libertad e incapaces, según se pensaba, de conducirse a ellos mismos".

Seton-Watson afirma que, además de la personalidad liberal de Alejandro II y de la humillación en Crimea, la abolición de la servidumbre respondió a dos factores principales. El primero fueron las demandas de

los grandes terratenientes del sur, que ya participaban activamente en el comercio internacional con resultados positivos para la economía imperial y notaban que el trabajo asalariado era mucho más eficiente que el servil. La segunda causa, más inmediata, fue el alto número de revueltas campesinas en el periodo 1855-1860, consecuencia de la conscripción para la Guerra de Crimea, que muestra un crecimiento sostenido no visto en la primera mitad del siglo XIX. El zar preparó la reforma consultando a diferentes niveles de la administración, desde comités provinciales hasta el Consejo de Estado. Al abolirse la censura, se tomaron en cuenta también las propuestas de varios círculos liberales.

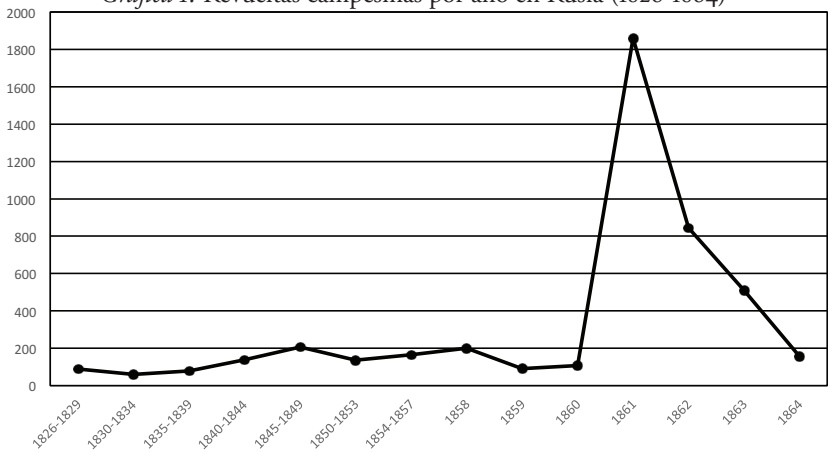
El 3 de marzo de 1861 se publicó el manifiesto que proclamó la emancipación de todos los siervos del Imperio —más de 23 millones de individuos, un tercio de la población total— en un plazo de dos años, sin ninguna indemnización para sus antiguos señores. Los liberados recibirían el lote de tierra que antes trabajaban, pasando a ser *propietarios.* No obstante, allí comenzaban nuevos problemas: sin que nadie les preguntara, los antiguos siervos tendrían que pagar a sus viejos dueños por una tierra que aquéllos consideraban propia. El gobierno ofrecería un adelanto de ese pago (entre 75% y 80%) a los terratenientes, adquiriendo la deuda de los campesinos liberados, quienes ahora debían pagar al Estado hasta cumplir 49 pagos anuales —o sea, comprar su libertad en el transcurso de medio siglo—, tarea de la cual se encargaría la *obshina* en forma colectiva para asegurar la retribución. Esta deuda se conoció como "pagos de redención". La libre movilidad se permitió por primera vez desde 1649 y se proveyó a los campesinos de un pasaporte que les daba personalidad jurídica; sin embargo, al recaer la deuda en toda la *obshina,* resultaba difícil que los antiguos siervos buscasen mejores oportunidades mediante la migración interna. Este hecho irónico, que permitía en teoría la movilidad de los campesinos pero que en realidad los ataba a su parcela, fue inteligentemente diseñado por las autoridades, temerosas de la formación de un proletariado móvil sin tierras que se abocara a la actividad industrial como el de Europa central y que no pagara impuestos al no tener propiedades. Se buscaba, al contrario, crear una pequeña clase terrateniente, conservadora y leal a la corona. A pesar de estas nuevas dificultades, Alejandro II fue conocido como el "zar libertador".

La emancipación trajo ciertas ventajas para la vida campesina. Como afirma David Moon, al profundizar las reformas de Kiseliov de

la década de 1840, se buscó hacer de las *obshiny* verdaderos centros de la vida campesina. Ahora, la comuna agraria contaba con escuelas, iglesias e incluso tribunales agrarios; en 1864 se instituyó el *zemstvo* —muy parecido al *municipio* en México a decir de Jean Meyer— o autogobierno local en las tierras rusas del Imperio, unidad política compuesta por representantes electos de cada *obshina.* En términos económicos, la producción de grano per cápita aumentó considerablemente entre 1860 y 1880, provocando un crecimiento gigantesco de la población campesina, que se triplicó de manera impresionante en medio siglo: mientras que en 1857 había 32 millones de campesinos en Rusia, para 1917 había más de 90 millones. El nivel de vida rural mejoró en términos generales, también, gracias al avance de las comunicaciones representado por los ferrocarriles y a que nuevas generaciones encontraban la forma de migrar a zonas urbanas y enviar remesas a sus comunidades, lo que elevaba el ingreso local. La explotación se redujo considerablemente, excepto en los castigos públicos de los tribunales agrarios, como la pena corporal. La creciente escolaridad y la incipiente erradicación del analfabetismo contribuyeron a propagar nuevas ideas políticas y publicaciones prohibidas entre las nuevas generaciones rurales, cada vez menos dependientes de los adultos, como Maksim Gorki (pseudónimo de Alekséi Peshkov; 1868-1936) ilustra desde las primeras páginas de *La madre* (*Mat;* 1906).

Sin embargo, la liberación también engendró nuevos problemas. El *obrok,* o renta, debía pagarse igual que antes como parte de la deuda. En muchos casos los campesinos recurrían a préstamos adicionales para pagar, endeudándose más en el acto. La reforma también reestructuró el lote de tierra arable a 10 hectáreas por familia, cuando antes podían trabajarse extensiones mayores; esto se hizo para que los terratenientes retuvieran alrededor de dos terceras partes de sus antiguas propiedades como compensación. La estructura de los *zemstva,* en su mayoría conformados por la nobleza local, producía resoluciones favorables a ésta en detrimento de los campesinos. Richard Pipes sostiene que hacia el último cuarto del siglo XIX "la presión combinada de cargas fiscales excesivas, las desventajas socioeconómicas y un crecimiento descontrolado de la población [rural] crearon una situación en la cual era cada vez más difícil que el campesino ruso subsistiera sólo por medios agrícolas". Un punto interesante resultaba particularmente sensible para los antiguos siervos: el hecho de votar (y ser votados) para cargos públicos en el *zemstvo.*

Gráfica 1. Revueltas campesinas por año en Rusia (1826-1864)



Fuente: F. Venturi, *El populismo ruso,* Madrid, Alianza, 1981, pp. 186 y 377-382. T. Emmons, "The peasant and the emancipation", en Wayne S. Vucinich (ed.), *The Peasant in Nineteenth-Century Russia,* Stanford, Stanford University Press, 1968, p. 62.

Múltiples crónicas documentan la desesperación tan aguda que sufrían los campesinos "libres" puesto que no entendían la complejidad del nuevo sistema; lo único que les interesaba era arar su tierra y ampliar su lote.

El desasosiego que produjo la liberación se vio reflejado en el impresionantemente alto número de revueltas campesinas en 1861. Inmediatamente después de que los párrocos de cada *obshina* leyeron al campesinado el manifiesto de liberación se desató una oleada de "desórdenes" campesinos sin precedentes por doquier, no necesariamente violentos pero sí en la forma de una resistencia pasiva. Mientras que para 1860 se registran 108 revueltas campesinas según reportes oficiales, tan sólo la primavera de 1861 —inmediatamente después de la proclamación— registró más de 1 300 revueltas en toda Rusia. En total, en el año de 1861 se registraron 1 889 "desórdenes" (gráfica 1). Proliferaron asimismo manifiestos falsos, pues cundía la idea de que la nobleza y los sacerdotes escondían los originales o los malinterpretaban; que la voluntad del "buen zar" era otorgar a sus súbditos rurales "toda la tierra". Los ánimos sólo se calmaron con la llegada de los "árbitros de paz" *(mírovye posriédniki),* ciudadanos elegidos en las *obshiny* que mediaban entre terratenientes y campesinos. La gráfica 1 muestra el número anual de motines rurales entre 1826 y 1864, con datos de Venturi y Terence Emmons.

Termina en 1864, puesto que fue cuando se comenzó a implementar la reforma en la práctica y cuando el número de desórdenes regresó a cifras normales —para los estándares de las cuatro décadas anteriores—.

En el norte del Imperio, de condiciones más duras para la agricultura debido al clima gélido casi todo el año y a la escasez de tierra cultivable, muchos campesinos perdieron su lote con la liberación debido a la consecuente reducción del tamaño de las parcelas, por lo que sólo les quedaba vender su fuerza de trabajo. Esto explica la aparición de un proletariado cada vez más extenso en la Rusia septentrional, pero también la creciente migración a las ciudades. En el occidente de la actual Ucrania, partes de Polonia y los países bálticos no existían las *obshiny* como en las regiones centrales de Rusia. Aunque también fueron liberados, los antiguos siervos en estas áreas debían trabajar más para pagar su libertad, pues no había una comuna detrás que llenase el vacío productivo. Esto provocó, por supuesto, un mayor descontento campesino en la periferia que en las zonas centrales.

A la gran reforma emancipadora siguieron reformas secundarias. La introducción del *zemstvo* en 1864, unidad de gobierno local, otorgó representación a todo estrato social en cada distrito de las zonas centrales del Imperio. Sin embargo, quien tenía más riqueza gozaba de un mayor derecho electoral, asegurando la primacía del interés nobiliario. La proporción variaba de acuerdo con la región y la demografía. El *zemstvo* estaba compuesto por tres tipos de representantes: la nobleza, la curia urbana —habitantes de ciudades y pueblos— y los delegados de comunidades rurales. En él se tomaban decisiones determinantes para el desarrollo local: la provisión de servicios, el cuidado de carreteras, la supervisión de escuelas o el control penitenciario: casi toda faceta de la vida pública excepto el cobro de impuestos, facultad de la administración imperial. Los *zemstva* sólo se introdujeron en la Rusia europea; Polonia, Finlandia y el Cáucaso quedaron excluidos de esta relativa descentralización. En 1870 se añadió a este sistema otro elemento pero sólo en las ciudades: las dumas, asambleas urbanas que tomaron su nombre de la duma boyarda medieval. Las ciudades más pobladas de la Rusia europea se elevaron al rango de provincias y sus alcaldes obtuvieron las atribuciones de un gobernador; en cada una se instaló una duma con un sistema electoral censitario. Las decisiones de cada duma debían ser aprobadas por el gobernador provincial. El alcalde era elegido por la

duma local y ratificado por el ministro del Interior. La elección de los gobernadores de Moscú y San Petersburgo seguiría recayendo en el zar.

En 1864 se decretó una reforma judicial basada en el modelo francés: se establecieron cortes de distrito, una por provincia, que atendían casos civiles y penales con juicios públicos y jueces bien pagados para paliar la corrupción, nombrados de acuerdo con sus méritos por el ministro de Justicia. El jurado se componía de miembros electos (con propiedades) de los *zemstva* y de las dumas provinciales, que solían ser grandes terratenientes. Se creó también la figura del abogado, inexistente hasta entonces. El "Senado" se reafirmó como corte suprema, con la última palabra para apelar cualquier decisión jurídica. Entre las cortes regionales y el Senado se establecieron diez cortes de justicia independientes. Las cortes rurales establecidas décadas atrás en cada *obshina* se mantuvieron intactas; los "árbitros de paz" solían encabezarlas con bastante éxito. Como en toda institución replicada en el ámbito provincial, la composición de las distintas cortes variaba a lo largo de Rusia. En las cortes de distrito la nobleza llegaba a tener facultades tan extensas como las de los jueces, lo cual acarreó críticas desde los sectores más liberales. La atmósfera en estas últimas, así como los intereses de las partes en conflicto, fueron magistralmente capturados por Dostoievski en el libro XII de *Los hermanos Karamázov* (1880).

La siguiente reforma de Alejandro II fue de carácter militar, que entró en vigor en 1874 gracias al flamante ministro de Guerra, Dmitri Miliutin. Se introdujo una leva obligatoria para todas las clases sociales y ya no sólo para campesinos. Quienes no tuvieran educación —los estratos bajos— debían servir durante seis años, recién reducidos de los 25 años instaurados en tiempos de Catalina II, mientras que aquellos con un grado universitario únicamente servirían seis meses. Se abolió la pena corporal en el ejército y las academias militares proveyeron educación obligatoria para los reclutas. Además, se descentralizó el comando militar, reorganizado en quince distritos, sistema que quitó un gran peso de encima al Ministerio de Defensa. Esta reforma, en general, dio buenos resultados, como se vería tras la victoria rusa en la Guerra Ruso-Otomana de 1877-1878.

Un último proceso de cambio tiende a verse como cosa menor entre las reformas de Alejandro II, pero es en realidad importante como semillero hacia el futuro, pues formará a muchos de los revolucionarios

más destacados de finales de siglo. Se trató de una reforma educativa que tuvo lugar en 1863 y que liberalizó buena parte de la educación superior, bastante asfixiada durante el reinado de Nicolás I. El Estatuto Universitario de ese año restauró la autonomía a las universidades e hizo el bachillerato accesible a toda clase social. No obstante, la elección de autoridades universitarias aún era un proceso engorroso: los rectores debían ser confirmados por el zar y los miembros del claustro por el ministro de Educación, pero se permitió en buena lid la libertad de cátedra. A partir del decenio de 1870 se incorporó a las mujeres, aunque de manera limitada, en la educación superior, no entremezcladas con los hombres pero sí como alumnas en cursos especiales de diversas disciplinas.

EXPANSIONISMOS: SIBERIA, ASIA CENTRAL Y LA ÚLTIMA VICTORIA DEL IMPERIO

Una de las tantas consecuencias del Tratado de París (1856) fue que las tropas rusas no pudieron aventurarse en Europa tras la derrota en Crimea. Esto permitió que en las décadas de 1860 y 1870 el Imperio concentrara su expansión en el continente asiático. Durante un siglo Rusia había vivido en relativa paz con las poblaciones turcomanas de Asia central. En el decenio de 1860, conforme comenzaba un largo proceso de poblamiento de Siberia, se buscó reforzar la frontera meridional, donde Rusia limitaba con Estados islámicos como el Kanato uzbeco de Jiva, el de Kokand y el Emirato de Bujará. Lo que al principio fue una política de fortalecimiento de pasos fronterizos como Omsk y Oremburgo se convirtió en una conquista abierta para 1864, cuando un puñado de tropas rusas incursionó en Shymkent, en el actual Kazajstán meridional. Iban al mando del general Mijaíl Cherniáiev, quien excedió sus órdenes originales —patrullar la frontera—, anécdota que refleja el grado al que el imperialismo y los delirios de grandeza formaban parte de la élite militar del Imperio hacia el propio "Oriente" ruso. El príncipe Aleksandr Gorchakov, ministro de Asuntos Exteriores, justificaría la posterior anexión de esos territorios ante las potencias europeas arguyendo que éstas también atacaron a poblaciones indígenas como la mejor defensiva posible. Gracias a este razonamiento, ningún poder europeo objetó la anexión rusa del territorio que va del Mar Caspio a la

frontera con China y Afganistán —Europa estaba más ocupada con las unificaciones italiana y alemana—. En 1865 se conquistó Taskent (capital del actual Uzbekistán), lo que significó la anexión del Kanato de Kokand. Samarcanda, reducto final del Emirato de Bujará, cayó en 1868 y pasó a ser protectorado ruso. El último territorio en incorporarse fue el actual Turkmenistán, parte del Kanato de Jiva, en 1873. Un soldado que participó en esta última expedición, Vasili Vereshaguin (1842-1904), notable pintor, extremadamente realista, dejó testimonio de estas campañas desde la visión de los vencidos en frescos como *Después del fracaso* (1868) —donde un soldado ruso fuma junto a cadáveres turcomanos—, *La apoteosis de la guerra* (1871) —una montaña de cráneos humanos— o *La presentación de trofeos* (1872) —cabezas enemigas tiradas frente a un kan turcomano—. La incorporación de estas áreas abrió una oportunidad económica enorme en el sector algodonero del Imperio, pues de ellas se extrajo buena parte de la materia prima para la confección de textiles en la Rusia europea. Con la creación del ferrocarril del Caspio en 1879, los costos de transporte se redujeron y las comunicaciones con Asia central mejoraron considerablemente. Estas provincias quedaron organizadas bajo la Gubernatura General del Turquestán, con capital en Taskent.

La consolidación política y estratégica de Siberia y la expansión hacia el océano Pacífico se intensificaron en estos años. En un momento en que Estados Unidos ya incursionaba en el Pacífico norte, China iba en declive y Japón ascendía, el lejano Oriente se convirtió en una zona estratégica para Rusia. La franja de tierra entre el río Amur —donde desde 1689 se trazó la frontera con China—, el río Ussuri y el Mar de Ojotsk tenía importancia estratégica pues se ubicaba frente a las costas japonesas. Cuando Nicolás I nombró gobernador de Siberia oriental a Nikolái Muraviov en 1847, se expandió la influencia rusa sobre las islas Kuriles y la gran isla de Sajalín, al norte de Japón. Tras el ataque anglo-francés al puerto de Petropávlovsk en el Pacífico, durante la Guerra de Crimea, Muraviov justificó la necesidad de un mayor desarrollo y expansión al este. Al estar Beijing en guerra con los enemigos de Rusia —Gran Bretaña y Francia— se logró una buena cooperación con el Imperio chino. Bajo un intenso juego diplomático, China concedió a Rusia 600 mil kilómetros cuadrados de territorio en el Tratado de Aigún (1858) y rediseñó la frontera sino-rusa en los ríos Amur y Us-

suri. Asimismo, la diplomacia rusa sacó ventajas de la derrota china en la Segunda Guerra del Opio (1856-1860): se aprovechó de la firma de la Convención de Beijing (1860) para que el gran vecino oriental de Rusia reconociera la anexión del Turquestán. En estos años se fundaron puestos avanzados que luego serían importantes ciudades del levante ruso: Blagoviéshensk (1856) y Jabárovsk (1858) en la frontera con China, Vladivostok (1860) frente a las costas japonesas y Yuzhno-Sajalinsk (1882) en Sajalín. Este puerto se fundó sólo hasta que Tokio reconoció la isla como parte de Rusia en 1875 al ratificar el Tratado de San Petersburgo, a cambio de lo cual Rusia cedió a Japón la soberanía sobre las islas Kuriles.

La "América Rusa", Alaska, dejó de ser un territorio sostenible para la década de 1860. Su razón de ser entre 1799 y 1867 había consistido prácticamente en mantener a flote la Compañía Ruso-Americana, que organizaba el comercio de pieles a través del Estrecho de Bering y cuyo centro de operaciones era Novoarjángelsk (hoy Sitka, Alaska). La colonia consistía en unos cuantos puestos avanzados a lo largo de la costa sur de Alaska, atacados constantemente por varios clanes de los tlínguit. En muchas ocasiones, durante la primera mitad del siglo XIX, los colonos rusos tuvieron que rentar navíos estadunidenses que navegaban por el Pacífico norte, más accesibles que los provenientes de Rusia. Gracias a ello los aventureros rusos llegaron a fundar en 1812 un fuerte en el actual estado de California, Fort Ross, vendido a John Sutter en 1849. En abril de 1824 se firmó una Convención Ruso-Estadunidense que estableció una línea trazada en el paralelo 54°, 40' norte, por arriba de la cual Rusia tenía el derecho a monopolizar el comercio de pieles en el Pacífico. Al año siguiente, la Convención Anglo-Rusa delimitó la frontera entre la América Rusa y Canadá (posesión británica) trazando una línea recta hasta el Océano Glacial Ártico. Para 1860 la competencia británica y estadunidense en la región, así como la reducción ecológica de especies con pieles de valor, hicieron quebrar a la Compañía Ruso-Americana. En 1867 Alejandro II decidió vender Alaska a Estados Unidos, anticipando una posible guerra por el territorio que Rusia no estaría en condiciones de librar, tema ampliamente investigado por el historiador Nikolái Boljovítinov. Washington compró Alaska con un cheque de 7.2 millones de dólares (119 millones de dólares actuales), poniendo fin a la aventura rusa en América. La mayoría de los colonos volvieron a Rusia y un grupo menor emigró a California.

Amén de la concentración en el oriente, Alejandro II volteó hacia Europa de nuevo en cuanto Alemania inició su proceso de unificación. El contexto europeo era desfavorable para Rusia en las dos décadas posteriores a la firma del Tratado de París. Gorchakov fue crucial para asegurar el apoyo de Prusia durante el levantamiento polaco de 1863 y para hacer de Berlín el mayor aliado de San Petersburgo en el continente en ese tiempo. Cuando Otto von Bismarck comenzó la unificación alemana en 1864, Rusia se mantuvo neutral. Durante la Guerra Franco-Prusiana (1870-1871), Gorchakov aseguró la neutralidad de Austria y Bismarck devolvió el favor más tarde —una vez unificada Alemania y derrotada Francia— al denunciar las cláusulas del Tratado de París que impedían la presencia de la flota rusa en el Mar Negro. Gracias a ello, en la Convención Ruso-Otomana de Londres (marzo de 1871) se desconoció la neutralización del Mar Negro con el aval de Alemania. En 1872 Alejandro II de Rusia, Guillermo I de Alemania y Francisco José de Austria sellaron la *Dreikaiserbund,* o Liga de los Tres Emperadores, menos una alianza militar formal que un acuerdo laxo para garantizar el principio monárquico en los tres imperios y, sobre todo, impedir por cualquier medio una nueva revuelta unificadora como la de 1863 en la dividida Polonia.

Una vez de vuelta en el concierto europeo, Rusia vio en la crisis balcánica de 1875 la oportunidad de extender su influencia entre las poblaciones ortodoxas eslavas de Europa del este (serbios, búlgaros, montenegrinos) gracias a la decadencia otomana. Estambul se declaró en bancarrota en ese año, lo que detonó en Herzegovina una rebelión de nacionalistas serbios contra el dominio turco. La chispa paneslava se expandió a Bulgaria, donde en abril de 1876 la represión otomana fue particularmente dura, perpetrada por fuerzas irregulares circasianas expulsadas del Imperio ruso y que ahora se vengaban de un pueblo eslavo ortodoxo. En Rusia la revuelta búlgara tuvo un apoyo sin precedentes en la opinión pública, que ya pesaba en la toma de decisiones. Se organizaron brigadas de voluntarios rusos que acudieron a Serbia y Bulgaria a luchar del lado de los locales; incluso Mijaíl Cherniáiev, el general ruso que sometió el Turquestán una década atrás, encabezó al ejército serbio. La inteliguentsia se sumó a la causa masivamente: Dostoievski y los eslavófilos promovieron la "misión sagrada" de Rusia de defender a otros pueblos eslavos, mientras que Turguéniev y los occidentalistas

coincidían con aquéllos en liberar a Bulgaria del yugo turco, pero por el "atraso" que éste representaba. Pese a los grandes ánimos, las cosas fueron mal para la causa paneslava y Rusia decidió intervenir de lleno en abril de 1877. Alejandro II dio un discurso en Moscú apelando a la "misión divina" de Rusia y a la "causa del eslavismo". Gorchakov aseguró la neutralidad austriaca en caso de un conflicto ruso-otomano, con lo cual San Petersburgo obtuvo garantías para atacar a Estambul en un contexto radicalmente distinto al de 1853. Las tropas rusas liberaron Bulgaria y Rumanía —la cual cedió la Besarabia sur a Rusia— pese a las derrotas iniciales y llegaron a las puertas de la propia Estambul en enero de 1878. Se trató de la última gran victoria del Imperio ruso.

El 3 de marzo de 1878 se concretó la Paz de San Stefano entre los Imperios ruso y otomano. Además de ceder algunos territorios caucáseos a Rusia como la provincia de Kars, se reconoció la independencia de Serbia, Montenegro, Rumanía y Bulgaria, algo que Rusia anhelaba y que tomó como una gran victoria, pues se trataba de Estados ortodoxos. Sin embargo, Gran Bretaña, principal aliada de Estambul, objetó el gran tamaño de la Bulgaria independiente, temerosa de que fuese un Estado que respondiera a las directrices rusas, así como el paso directo de navíos rusos al Mediterráneo. Bismarck, en un giro diplomático, escuchó las peticiones británicas y propuso una conferencia en Berlín que revisara la Paz de San Stefano. En junio de 1878 el Congreso de Berlín, al que acudieron dignatarios de toda Europa, reconoció la independencia de aquellas naciones excepto la de Bulgaria; se resolvió, en cambio, su partición. De esta forma, el paneslavismo perdió una batalla importante. Una consecuencia más del Congreso de Berlín fue que empezó a gestarse un sentimiento de creciente aversión a Alemania en la administración y la inteliguentsia rusas, pues Bismarck aprobó la partición búlgara cuando antes había sido el mejor aliado de Rusia en el continente.

LOS AÑOS DORADOS DEL POPULISMO RUSO

En la época de Alejandro II surgieron diversos opositores al régimen que decidieron pasar del papel al hecho: perpetrar actos "revolucionarios" e incluso, en algunos casos, recurrir al terrorismo —violencia pública con objetivos estrictamente gubernamentales y no civiles— para

crear un clima de inestabilidad que orillara al gobierno a adoptar reformas políticas y sociales. Una característica de estas organizaciones fue la noción del *sacrificio* decembrista, manifestarse *en nombre de* actores distintos a ellos: el campesinado, los obreros, "el pueblo ruso". De ahí que se les llamara "populistas", traducción literal, aunque engañosa, del término *naródniki* (que viene de *narod,* "pueblo"), una forma de actividad política que poco tenía que ver con los populismos posteriores del siglo XX. A diferencia de los decembristas, estos individuos no provenían de la nobleza ni de las clases altas, sino de las medias, de la clase educada urbana y, en menor grado, de estratos bajos, menos politizados. Además, dice Franco Venturi, tenían una "confianza ilimitada en la capacidad de Rusia para realizar progresos más rápidos, y sobre todo más rectilíneos, que los que el escepticismo imperante en ellos permite a otros países europeos".

Los *naródniki* eran consecuencia de dos fenómenos: primero, la proliferación de los escritos de la inteliguentsia, primordialmente los de occidentalistas como Herzen, Chernyshevski y Bakunin, que circulaban secretamente en las ciudades y que idealizaban la realidad campesina —como hicieron los propios *naródniki*—. Textos como la novela *¿A quién culpar?* (*Kto vinovat?;* 1847) de Herzen, los escritos de Belinski en *Sovremiénnik* y, en especial, *¿Qué hacer?* (*Chto diélat?;* 1863) de Chernyshevski, fueron obras seminales para el pensamiento revolucionario ruso de las décadas de 1860 y 1870. *¿Qué hacer?* expuso más que ningún otro escrito el código de conducta y el *modus operandi* del revolucionario ruso. Chernyshevski sugería en esta novela que los revolucionarios debían ser profesionales, activistas que dedicasen su vida a la causa, quienes al "ayudar a la humanidad" no reparasen en los medios para conseguir el fin. Su obra tendría efecto sobre todos los revolucionarios rusos en adelante —Lenin titulará *¿Qué hacer?* a un panfleto de 1902—. Por su parte, el ensayista Piotr Tkachiov (1844-1886) propuso la táctica revolucionaria luego conocida como "vanguardia del proletariado": la revolución debía ser tarea de un grupo reducido de personas, pequeño y bien organizado, que tomara el poder *en nombre* del proletariado, lo cual dio origen a la singular organización, minúscula, de varios grupos radicales. Un caso extremo lo representó Serguéi Necháiev (1847-1882), autor del *Catequismo de un revolucionario* (*Katejizis revoliutsioniera;* 1869). Necháiev era demasiado radical incluso para alguien como Bakunin, al

grado de que fue a dar a la cárcel por asesinar a un compañero que no era suficientemente revolucionario. El segundo elemento que permitió la aparición de los *naródniki* fue el crecimiento de las clases medias en las ciudades —de ahí que los revolucionarios se decantaran por los occidentalistas y no por los eslavófilos— y, por consecuencia, el aumento de su educación gracias a la reapertura de las universidades con las reformas de Alejandro II. Este fenómeno presentó oportunidades de desarrollo a muchos sectores sociales y a la necesidad, en muchas mentes politizadas, de profundizar o revertir esas reformas, propiciando lo que Pipes llama "la era dorada del pensamiento ruso".

En 1861, año de la emancipación, individuos ligados a Herzen y Chernyshevski crearon una sociedad secreta llamada *Zemliá i Volia* ("Tierra y libertad"), que pretendía incitar a la revolución campesina en Rusia. Al año siguiente, Chernyshevski fue arrestado y la organización disuelta en 1864. A partir de entonces, las estrategias de los *naródniki* fueron tornándose cada vez más radicales ante la imposibilidad de alcanzar su meta final. Tras la liberación de los siervos, los intentos por subvertir el orden consistían en salirse de las universidades e ir al campo —como sugería Bakunin— a "concientizar" a los campesinos y exhortarlos a rebelarse contra el orden antes "feudal" y ahora "burgués" de la *obshina.* Estas prácticas se conocieron como *Jozhdenie v narod* ("Ida hacia el pueblo"), cuyo punto álgido fue el periodo 1872-1874. Desde luego, a la gran mayoría de los campesinos le tenía sin cuidado lo que los universitarios citadinos tenían que decirles, pues de hecho deseaban convertirse en propietarios y enriquecerse; muchos de ellos denunciaron a los jóvenes radicales ante la policía. La decepción de estos primeros "populistas" con la apatía del campesinado ruso propició una división en el movimiento de los *naródniki,* en el cual una minoría propuso "ir hacia el pueblo" pero para aprender de él y no para enseñarle lecciones, a quienes se llamó *dereviénshiki* (de *derevnia,* "aldea"). Personajes como Mark Natanson (1850-1919) y Aleksandr Dmítrievich Mijáilov (1855-1884) decidieron fundar en 1874 una organización basada en estos principios: el Grupo Revolucionario-Populista del Norte, que dos años después adoptó de nuevo un cariz "populista" en el sentido de imbuir al "pueblo" —los campesinos— de una conciencia, y se rebautizó con el nombre de *Zemliá i Volia* como tributo a su predecesora. En esta nueva "Tierra y libertad", ahora mejor organizada, figurarían nombres

importantes del movimiento revolucionario ruso como Pável Axelrod (1850-1928) o Gueorgui Plejánov (1856-1918). El último fue el artífice de la "Manifestación de Kazán" en diciembre de 1876 frente a la iglesia de Nuestra Señora de Kazán en San Petersburgo, la primera manifestación política moderna en Rusia.

Otra parte del movimiento confinó su actuar a las ciudades y recurrió a la violencia política sin dejar de idealizar a la comunidad rural. La justificación era que se debía subvertir el sistema en su totalidad para que "el pueblo", los campesinos, "se dieran cuenta" de la opresiva realidad. A medida que el gobierno arrestaba panfletistas y conspiradores, esta rama de los *naródniki* percibió el grado de escándalo que sus acciones producían. No era difícil adivinar la conmoción que causarían actos verdaderamente altisonantes. Los más radicales pensaban que podrían obligar a Alejandro II a decretar reformas mucho más profundas si aumentaban los asesinatos de personajes políticos. En 1877 tuvo lugar el Juicio de los 50 en Moscú y el Juicio de los 193 en San Petersburgo, que condenaron a decenas de revolucionarios. Esto desanimó tanto como alentó a muchos *naródniki* aún ocultos; incluso varios miembros de *Zemliá i Volia* se decantaron por el terrorismo urbano. En enero de 1878, en represalia por el Juicio de los 193, la socialista Vera Zasúlich disparó al gobernador de San Petersburgo, Fiódor Trépov. En agosto el radical Serguéi Kravchinski asesinó al general Nikolái Mezentsov con una daga en la capital. Los crecientes actos terroristas provocaron que *Zemliá i Volia* se dividiera en dos grupos para 1879: el primero se llamó *Chiórny Peredel* ("Reparto Negro"), liderado por Plejánov, Zasúlich y Axelrod, que rechazó la violencia. Pese a su existencia efímera, dio paso a la primera organización marxista rusa en cuanto sus líderes huyeron a Suiza y abrazaron las teorías de Karl Marx y Friedrich Engels. El segundo grupo, abocado de lleno al terrorismo y con Mijáilov al frente, se llamó *Naródnaia Volia* ("Voluntad Popular"), organización de suma importancia porque lograría lo que ninguna otra: la liquidación física del zar.

Naródnaia Volia buscaba la transformación política de Rusia hacia una sociedad constitucional con sufragio universal, reparto agrario justo y autonomía regional. Difería de *Zemliá i Volia* porque subrayaba la necesidad de una revolución política antes de una revolución social. La gran diferencia entre estos *naródniki* radicalizados y los marxistas era que los primeros consideraban que Rusia podía llegar al socialismo sin

pasar de lleno por una fase capitalista. Aunque había distintas facciones en la organización, sus miembros coincidían en la meta final y en el método para conseguirla: la violencia. Había también líderes sindicales entre sus filas, como los de la primera unión laboral rusa, el Sindicato de Trabajadores Rusos del Norte, fundado en 1878. Además de asesinar a varios gobernadores y otras figuras políticas, *Naródnaia Volia* consideraba que el regicidio obligaría a que el régimen entregase las riendas de la sociedad al pueblo. Tras una explosión en el Palacio de Invierno en febrero de 1880 —uno de varios intentos de asesinar a Alejandro II—, se instituyó una Comisión Suprema con el poder de reprimir actos subversivos y desapareció la Tercera Sección de la Cancillería para convertirse en el Departamento de Policía del Ministerio del Interior.

El domingo 13 de marzo de 1881, luego del rutinario paseo en el que iba a pasar lista en el picadero de Mijáilovski, el zar Alejandro II regresaba en su carruaje a palacio cuando Nikolái Rysakov, miembro de *Naródnaia Volia,* le arrojó un explosivo casero que hizo volar el vehículo. Sorprendentemente, el zar salió ileso. No obstante, otro miembro de la organización, el polaco Ignacy Hryniewiecki, arrojó una segunda bomba al zar que le arrancó las piernas, sacó la mitad de su estómago del cuerpo, desfiguró su rostro y lo hizo sangrar hasta morir una hora después en el Palacio de Invierno, en el mismo salón en el que 20 años atrás había firmado el decreto que emancipaba a los siervos. Los *naródniki* radicales habían conseguido su cometido. Los perpetradores fueron ejecutados, mientras que *Naródnaia Volia* dejó de existir puesto que la mayoría de sus miembros fueron apresados o ejecutados. Irónicamente, con Alejandro II murió la última esperanza de reformar al Imperio ruso en el siglo XIX, pues el acto sólo consiguió reforzar la institución autocrática en la mente de sus sucesores.

VIII
LAS ÚLTIMAS DÉCADAS DE LA AUTOCRACIA (1881-1905)

ALEJANDRO III Y LAS CONTRARREFORMAS

Alejandro III (1881-1894) subió al trono tras el asesinato de su padre, en marzo de 1881. Su tutor fue Konstantín Pobedonóstsev, una de las figuras más conservadoras del Imperio, lo que influyó la visión del joven heredero. Una vez en el poder, Alejandro III marcó distancia de las reformas liberales de su antecesor, las cuales no veía con buenos ojos. El nuevo zar era alto, robusto, con una presencia importante e imponente; creía firmemente en el carácter incuestionable de la institución monárquica. De ahí que, tras el regicidio perpetrado por *Naródnaia Volia,* iniciara su reinado de una forma por demás reaccionaria. El oprobio que sufrió el zarismo con el asesinato de Alejandro II, cuyas entrañas quedaron expuestas ante los transeúntes de la capital imperial, no podía quedar impune en la mente de su hijo. El nuevo emperador se dedicó no tanto a desmantelar las reformas de su padre, sino a imbuirlas de un carácter conservador.

Una de las primeras leyes promulgadas por Alejandro III otorgó poderes casi extraordinarios a la policía, poniendo a varias regiones prácticamente bajo ley marcial. El propósito era facilitar el arresto o exilio de personajes no gratos al régimen, así como cerrar escuelas, negocios o editoriales, todo sin juicios previos. El zar creó una nueva policía secreta: el "Departamento para la Protección de la Seguridad y el Orden Públicos", abreviada en ruso como *Ojrana,* a la que se ha atribuido mayor peso del que tuvo realmente pese a contar con agentes infiltrados en todos los movimientos radicales. La censura en las publicaciones se restauró en 1882 y las universidades perdieron autonomía en 1884: ahora los rectores debían ser designados una vez más por el ministro de Educación. La independencia de las cortes también se redujo al introducir nuevas disposiciones para disminuir las facultades del jurado. Los *zemstva* perdieron autonomía y quedaron supeditados al Ministerio del Interior y a los recién empoderados gobernadores mediante una ley de 1890. En abril de 1885, centenario de la Carta Nobiliaria de

Catalina II, se introdujo un decreto que mantenía los privilegios de la nobleza en la administración pública y en la esfera militar. En 1889 se creó la figura del "capitán agrario" —con más facultades que los "árbitros de paz", a quienes sustituyeron— para mayor control en la *obshina.* A partir de 1892, otra ley restringió aún más el derecho al voto en los *zemstva* a quienes tuvieran ciertas propiedades, lo cual dejaba a la mayoría de los campesinos fuera del proceso y reducía el electorado a un tercio de su membrecía original, repleto de nobles.

Alejandro III se deshizo de los ministros liberales de su antecesor. Pobedonóstsev, el gran conservador, fue designado Óber-Prokuror del Santo Sínodo, es decir líder de la Iglesia ortodoxa. Su primera víctima fue el nuevo ministro del Interior, Nikolái Ignátiev, quien propuso al zar introducir un elemento no necesariamente liberal pero sí eslavófilo en esencia: retomar la institución del *Ziemski Sobor,* los cuerpos consultivos conformados por varios estamentos en la Rusia medieval. Pobedonóstsev convenció al monarca del "peligro" de este "reformismo" e Ignátiev fue rápidamente reemplazado por el conde Dmitri Tolstói, conservador férreo. Su primera tarea fue propagar las Regulaciones Temporales (1882) en cada región para confinar aún más la libertad de prensa. Ahora editoriales, revistas y periódicos debían cuidarse de las amonestaciones, pues si acumulaban más de tres quedarían sujetas a un censor. La influencia de Pobedonóstsev sobre Alejandro III se extendió hasta la enseñanza primaria, que quedó bajo la administración de la Iglesia ortodoxa —y, por ende, del Santo Sínodo, presidido por él—.

Las reformas liberales planteadas por la administración de Alejandro II en sus últimos años se quedaron en el archivero y no verían la luz hasta 1905, bajo un contexto muy distinto. Alejandro III sólo permanecería trece años en el poder, pues murió súbitamente el 1° de noviembre de 1894. Fue sucedido por su primogénito, el cesariévich Nikolái Aleksándrovich Románov, luego Nicolás II, último zar de Rusia hasta su abdicación en febrero de 1917.

LA RUSIFICACIÓN Y LA "CUESTIÓN JUDÍA"

El conservadurismo de Alejandro III se esparció por todo el Imperio, reforzando el proceso que se ha llamado "rusificación", es decir el inten-

to de aculturación —nunca de asimilación, algo en principio imposible— extendido desde el centro hacia las nacionalidades periféricas. La política de rusificación oficial a partir de 1882 no sólo guardaba un componente eslavófilo considerable sino, sobre todo, un antigermanismo bastante feroz, así como un toque de antisemitismo, tendencia ascendente en el Imperio —como en toda Europa—. Esta política fue en todo momento una respuesta pragmática de San Petersburgo a problemas crecientes y no una decisión impuesta verticalmente para que la periferia asimilase por la fuerza la cultura y los valores "rusos". Edward Thaden ha argumentado que la rusificación nunca implicó un componente racista científico, sino la necesidad de imponerse burocráticamente desde el centro sobre áreas inestables.

El antigermanismo creciente en la corte, por ejemplo, fue una reacción a la unificación alemana desde 1871, que la convirtió en el Estado más poderoso de Europa en términos militares, el cual además "traicionó" a Rusia en el Congreso de Berlín de 1878 y, por si fuera poco, colindaba ahora con el Imperio zarista. A ojos del eslavófilo Alejandro III esto hacía de Alemania un peligro latente, en especial en las provincias bálticas del Imperio ruso, que no sólo colindaban con aquélla sino que allí predominaban élites de origen germánico que podían sentirse atraídas a incorporarse al Imperio alemán. Esto se repetía en Lituania, donde había una abrumadora presencia de élites polacas. Un ejemplo de la "rusificación burocrática" de la que habla Thaden fue el visto bueno de San Petersburgo para usar la lengua vernácula en las publicaciones lituanas, bajo el requisito de que se ocupara el alfabeto cirílico —Lituania, al ser provincia católica, utilizaba el alfabeto latino—; de esa manera no se prohibía el idioma pero sí se homogeneizaba su uso. Como este ejemplo demuestra, ser un "buen súbdito", incluso un "buen *ruso*", significaba ser leal al zar independientemente del origen étnico. El Estado ruso en sus diversas formas ha sido siempre una comunidad multinacional y pluricultural, aunque nunca han faltado en la época moderna grupos, reducidos y con poco arrastre, que explotan y politizan consideraciones de superioridad racial eslava o rusa. La rusificación de finales del siglo XIX no implicaba que todo habitante del Imperio debía "ser ruso" étnicamente —algo evidentemente imposible— como las narrativas nacionalistas locales lo reconstruirían en retrospectiva, sino evitar la politización de cualquier nacionalidad, amenaza para la inte-

gridad imperial. La rusificación iniciada en Polonia en 1863 fue una respuesta pragmática a la amenaza que sus continuas rebeliones producían —lo cual, desde luego, no justifica la severa represión—. En una nuez, la rusificación burocrática en el planteamiento de Thaden era sinónimo de crear condiciones más favorables para el funcionamiento del aparato estatal.

En este proceso sobresale la discriminación oficial hacia los rutenos: pequeñorrusos (ucranianos) y rusos blancos (bielorrusos), que tuvo dos etapas. La primera se dio en respuesta a la revuelta polaca de 1863. Seis meses después de su estallido, el entonces ministro del Interior, Piotr Valúiev, redactó una circular *temporal* que prohibía publicar en lengua ucraniana para evitar el "contagio" de la influencia polaca en zonas aledañas. No obstante, como demuestra Faith Hillis, hacia mediados de esa década la prensa ucranianófila —que publicaba en ruso— vivió sus mejores años. La segunda etapa vio una nueva prohibición de publicar en lengua ucraniana a partir del Decreto de Ems, en 1876, lo que se explica por las diferencias políticas entre los círculos ucranianófilos de Kiev, que llevaron a uno de sus miembros a denunciar a sus compañeros por "nacionalismo" ucraniano. Es importante recalcar que las autoridades rusas siempre vieron a estos pueblos (pequeñorrusos y bielorrusos) como parte de la "nación rusa", no en el sentido de étnicamente rusos sino *panrusos,* con un mismo origen —y destino—, por lo que no era concebible entre las élites la existencia separada de una única "nación" ucraniana o bielorrusa. Incluso un intelectual como Mijaíl Dragománov, bandera del movimiento ucranianófilo a fines del siglo XIX, entendía bien esa lógica en su panfleto de 1891 titulado *Pensamientos extraños sobre la cuestión nacional ucraniana:* "La rusificación no es un sistema que surge del espíritu nacional de los grandes rusos o del suelo del Estado ruso de manera específica. Se trata, en gran medida, de una consecuencia de cierta fase en la política estatal de toda Europa. Lo que puede considerarse como un elemento particularmente ruso en el sistema actual de rusificación es cierta brutalidad que se refleja, por ejemplo, en forzar el retorno de los católicos orientales a la Iglesia ortodoxa o en la prohibición de la literatura ucraniana. Pero incluso esta brutalidad se ve como un elemento específicamente ruso sólo en nuestro siglo XIX, pues en los siglos XVII y XVIII las actitudes de Luis XIV [de Francia] hacia los hugonotes o de los ingleses hacia los escoceses de las

Tierras Altas era aún más brutal. Incluso ahora, si comparamos la actitud del gobierno autocrático —es decir arcaico— ruso hacia los católicos orientales y ucranianos con la actitud del gobierno constitucional húngaro hacia los eslovacos, queda como pregunta abierta quién se llevaría la palma en este concurso de brutalidad".

En la década de 1880 la rusificación se volvió una política oficial en las provincias bálticas, cuyas élites eran de origen germánico. La situación social en estos territorios para 1881 era singular: la élite germano-báltica tenía que hacer frente no sólo al "antigermanismo" ruso, sino también a la creciente inteliguentsia nacional estonia y letona. En 1881 había más de 46 mil germanos en Estonia (5.3% de la población local), mientras que para 1897 habitaban más de 120 mil en Letonia (6.2% de la población local). Estas minorías urbanas tenían privilegios garantizados por San Petersburgo, por ejemplo el uso del alemán como *lingua franca.* Contrario a la católica Lituania, en estas regiones predominaba la religión luterana, por lo que había un mejor entendimiento entre estonios y letones con la élite que los gobernaba directamente. Sin embargo, en el marco del distanciamiento con Berlín, Alejandro III ordenó que los gobernadores germanos de Curlandia (Letonia occidental), Livonia (Letonia oriental) y Estonia fuesen reemplazados por rusos y que la lengua administrativa fuese en adelante la rusa. La ciudad de Derpt (versión germánica de Tartu, ciudad estonia), por ejemplo, se convirtió en "Iúriev". En esos años se construyó un sinnúmero de iglesias ortodoxas rusas con gran ahínco en las provincias bálticas, mientras que el proceso para construir iglesias luteranas a partir de 1885 se volvió engorroso: ahora debían pedir un permiso especial al Santo Sínodo para su construcción. Estas y otras acciones iban dirigidas a contrarrestar la influencia (o posible ambición irredentista) que Berlín pudiera tener sobre estas poblaciones, una respuesta pragmática a la unificación alemana. Del mismo modo, se introdujeron instituciones municipales en el Báltico en 1882 para dar representación a estonios y letones frente a los germanos, sospechosos a ojos de San Petersburgo.

En Finlandia, cuya autonomía se había respetado plenamente y donde la élite local era de origen sueco, también hubo un proceso de rusificación. Entre las décadas de 1870 y 1880, conforme el nacionalismo finlandés iba en aumento, se formaron bandos liberales (constitucionalistas) y conservadores (partidarios de hacer peticiones al zar). En

1890 Alejandro III revocó una ley penal exclusiva para Finlandia que contenía supuestamente elementos "separatistas". Será durante el reinado de Nicolás II (1894-1917) cuando se transforme por completo la situación del Gran Ducado. En 1898 este zar designó a Nikolái Bóbrikov como gobernador general de Finlandia y, en 1899 —año en que Jean Sibelius compuso *Finlandia* y que Edvard Isto pintó *Ataque*—, se aprobó el Manifiesto de Febrero, que decretó el ruso como lengua pública y la ortodoxa como religión oficial. Otro decreto de 1901 incorporó al ejército finlandés —creado en 1878— en el ejército imperial, cuando antes los soldados fineses tenían el privilegio de servir voluntariamente. El enorme descontento se tradujo en peticiones a Nicolás II como proponían los conservadores, pero el zar se negó a recibirlos. Muchos jóvenes fineses participaron en una resistencia civil pasiva al servicio militar con un éxito notable, al grado de que se revocó la leva, se sustituyó con un impuesto monetario pagado por el Senado finés y se disolvió el ejército nacional. En 1904, cuando Rusia entró en guerra con Japón, Bóbrikov fue asesinado en Helsinki. En noviembre de 1905 el zar, humillado por la derrota ante Japón y por la resistencia pasiva de los finlandeses, redactó el Manifiesto de Noviembre, exclusivo para Finlandia, que de manera sorprendente establecía el sufragio universal (¡para hombres y mujeres!) en aquel país.

Las políticas restrictivas se trasladaron en este tiempo a otra nacionalidad: la población judía, adquirida por el Imperio ruso con las particiones polacas, que residía en la Zona de Asentamiento desde 1804 entre los mares Báltico y Negro, en la ribera occidental del Dniéper. Los constantes intentos por mantener a esta población confinada en los centros urbanos de la Zona durante el siglo XIX fueron infructíferos, pues los comerciantes judíos participaban en más de una actividad económica en áreas rurales. Por ello es que las autoridades veían en ellos a los causantes de muchas dificultades entre los campesinos. Los judíos controlaban la venta de sal y alcohol dentro de la Zona, e incluso fungían como arrendatarios de los grandes propietarios. Con el Estatuto Judío de 1835 terminó oficialmente su expulsión del campo a las ciudades, asunto que era ya insostenible. Desde fines del siglo XVIII y aún hasta el decenio de 1840, más de 200 mil judíos fueron reubicados del campo a las ciudades de la Zona de Asentamiento. El Estatuto también les prohibió vender vodka y residir en áreas rurales, formalizó su participación

en la leva —lo que fomentó una creciente interacción con otros grupos nacionales— y restringió aún más su movilidad. En 1845 se les prohibió la compraventa de siervos y, para 1853, realizar cualquier práctica mercantil con los campesinos o vender alcohol era motivo de sanciones.

El periodo reformista inaugurado en 1861 redefinió la "Cuestión judía" en el Imperio. Gradualmente, Alejandro II levantó restricciones de movilidad sobre comerciantes judíos del primer gremio (1859), artesanos (1865) y estudiantes universitarios (1879). Esto de poco sirvió para aliviar la situación de la población judía: al no poder residir en áreas rurales, poseer tierras ni tener contacto con el mundo campesino, debían trabajar y hacer sus negocios exclusivamente en centros urbanos. La intensa competencia económica entre ellos obligaba a muchos a actuar en la informalidad e incluso en la ilegalidad, reforzando los prejuicios desde fuera. Los acreedores judíos tenían un firme poder financiero y prestaban grandes cantidades de dinero a la aristocracia y la burguesía, por lo que a veces contaban con apoyo político. Su participación activa en la vida urbana de las provincias occidentales les exigía ser personas sumamente preparadas y educadas. La amplia concentración demográfica de más de cinco millones de judíos —según el censo de 1897— en la Zona de Asentamiento hacía fácil señalarlos en periodos de crisis. La desconfianza de otros grupos nacionales y religiosos hacia ellos creció conforme avanzaron las tendencias políticas y las necesidades económicas. La abrumadora presencia de la población judía en la Zona se reflejó en un memorándum del gobernador general de Kiev, Volinia y Podolia, fechado en 1872, que arrojaba estos datos: "En las tres provincias del Suroeste […] había 721 mil judíos, o 1 por cada 7 cristianos. En las ciudades sumaban más de 32% de los habitantes, en los pueblos 53%, y en asentamientos rurales 14%. Los judíos rentaban 819 propiedades con base en contratos legales y formales y muchos otros con base en acuerdos informales o disfrazados, por lo que podría decirse que una sexta parte de todas las propiedades están en sus manos. Poseían una cuarta parte de las 108 refinerías de azúcar, 500 de 564 destilerías, 119 de 148 fábricas de cerveza, 5 700 de 6 353 molinos, otros 527 establecimientos de manufacturas, 15 mil tiendas y 190 mil mesones, posadas y tabernas. Dominaban el comercio de madera y grano, el negocio de la exportación de estos y otros productos, contratos para suministros del gobierno y mucho más".

La animadversión hacia la población judía en el Imperio ruso, entre autoridades y ciudadanos, data de años y décadas previos al punto álgido de la violencia contra ellos iniciada en el decenio de 1880. Que algunos círculos conservadores los culparan por el asesinato de Alejandro II no sorprendía a nadie, menos si se observa la gran presencia judía en *Naródnaia Volia.* No obstante, a partir de 1881 cambió por completo el significado de ser judío en el Imperio ruso. En ese año dio inicio una serie de pogromos —del ruso *pogrom,* "destrucción violenta"— contra ellos con una intensidad nunca antes vista. Hubo pogromos previamente en Odesa, en 1821 y 1859, donde las élites griegas y judías competían ferozmente y las primeras se amotinaron contra las segundas. Sin embargo, desde el asesinato de Alejandro II y, en los siguientes 40 años, los pogromos antijudíos serán una recurrencia en Rusia en periodos de crisis (1881-1884, 1903-1906, 1918-1921). Muchas autoridades llegaron a tolerarlos aunque no estuviesen implicadas directamente en su orquestación. Los pogromos iniciaron en abril de 1881, un mes después del asesinato del zar. Odesa fue de nuevo zona de linchamientos, pero la violencia se extendió a Yelizavetgrad (hoy Kropyvnytsky), Mariúpol, Anániv, Jersón, Kiev y otras ciudades de la actual Ucrania, así como a Varsovia y Kishiniov (Chisinau, Moldavia). Los pogromos iban desde peleas insignificantes de dos horas a motines de tres días. Generalmente, consistían en el saqueo o quema de residencias y tiendas judías, así como el robo de alcohol de sus tabernas.

La tesis inicial de que el gobierno ruso diseñó los pogromos deliberadamente ha quedado descartada por la historiografía. Michael Aronson explica la violencia de 1881 mediante factores socioeconómicos: lejos de un plan urdido por las autoridades, hay evidencia de que estos actos fueron perpetrados espontánea y voluntariamente por individuos de estratos bajos. Además de la conmoción sociopolítica que implicó el asesinato del zar, la primavera de 1881 coincidió con una recesión económica tanto en la industria urbana como en áreas agrícolas de la ribera occidental del Dniéper —parte de la Zona de Asentamiento—. Muchos jornaleros acudían allí cada primavera para trabajar en el campo; en la de 1881 convergieron con ellos obreros despedidos que iban a probar suerte en el feraz suelo ucraniano. Normalmente viajaban en grupos y formaban cooperativas de asistencia mutua. Sin alimento ni alojamiento, recurrían a saqueos y asaltos mientras encontraban trabajo.

Según Aronson, hubo muchos forasteros implicados en pogromos que deliberadamente cometían delitos para ser alimentados en prisión y no morir de hambre —participar en el pogromo prometía, además, una buena borrachera tras los saqueos—. El alto número de artesanos en los ataques de 1881 se explica porque contaban con la protección de su *artiel* (cooperativa), además de ser un grupo sumamente vulnerable cuando la economía se contrae. El toque antijudío lo añadieron comerciantes de mediano ingreso en desventaja con los mercaderes judíos, que leían panfletos antisemitas en la plaza pública —más de una vez los judíos señalaron a sus competidores no judíos como iniciadores de los pogromos—. Asimismo, los trabajadores de la industria ferrocarrilera fueron vitales para esparcir la información y trasladar a los atacantes. Aronson demuestra que aquéllos participaron activamente —por su vida menesterosa y miserable— en esta ola, y también que se veía a los mismos revoltosos en pogromos distintos, en virtud de su alianza con los ferrocarrileros. El pogromo de Konotop (cerca de Chernígov), el 27 de abril de 1881, se inició muy próximo a una estación de tren.

Donde el gobierno sí tradujo prejuicios en políticas fue en la respuesta oficial a los pogromos. En mayo de 1882, tras un año de violencia antijudía, Alejandro III decretó las "Leyes de Mayo", las cuales estipulaban que, hasta no resolverse su estatus legal, los judíos no podían residir ni ser propietarios fuera de las ciudades de la Zona. Se les prohibió realizar negocios en domingos y fiestas cristianas. Estas leyes estuvieron en vigor por tres décadas, aun en poblados donde los judíos eran mayoría (los *shtetl*). En los años siguientes se redujo el número de judíos en el ejército, en la educación superior y en los *zemstva* de la Zona de Asentamiento. En 1890 se les prohibió votar. Las crecientes tendencias antijudías y los pogromos posteriores obligaron a los perjudicados a tomar al menos dos caminos: emigrar o politizarse. En las tres décadas anteriores a 1914, al menos dos millones de judíos —de una población de 5.2 millones registrados en 1897— abandonaron el Imperio ruso para emigrar a Estados Unidos, Palestina, Sudamérica y Europa. Por otro lado, muchos judíos jóvenes que permanecieron en Rusia tomaron la vía política, revolucionaria o moderada. En 1897 varios gremios de trabajadores judíos crearon el *Bund* ("Liga"), asociación política más tarde incorporada al Partido Socialdemócrata Obrero Ruso, que se caracterizaba por su rechazo al sionismo —promovía el yidis en vez del

hebreo— y un corte socialista más acorde con las realidades socioeconómicas urbanas de la Zona. La alternativa al *Bund* fue "Trabajadores de Sion" *(Poalei Zion),* organización sionista y marxista creada en 1903 que contaba con mayor apoyo económico entre la diáspora internacional.

Nicolás II toleró aún más los pogromos que su padre. En 1903 el antijudaísmo —ya con un discurso antisemita "científico"— retornó con una nueva ola de pogromos que se extendió hasta 1906, más violenta que la anterior. Sin lugar a coincidencias, también surgió tras una recesión económica (1902-1903) que incrementó el desempleo urbano y una creciente inestabilidad agraria. Esta vez, la violencia se vivió en Besarabia y Bielorrusia además de Ucrania. Empezó con el pogromo de Kishiniov en la Pascua de 1903, desatado por publicaciones antisemitas que culpaban sin fundamento a los judíos de la muerte de algunos niños. El diario *Bessarabets,* financiado por el ministro del Interior, Viacheslav Von Plehve —quien irónicamente recibió a Theodor Herzl en Rusia en el mismo año—, incitó a una "cruzada contra la raza odiada". En agosto de 1903 el pogromo de Gómel —donde la mitad de los habitantes eran judíos—, en Bielorrusia, vio surgir autodefensas judías, reprimidas a su vez por las autoridades zaristas en cuanto se radicalizaron. El momento de mayor violencia se dio en el turbulento 1905 bajo un clima general de inestabilidad en todo el Imperio. Tan sólo el pogromo de Odesa en octubre de 1905 cobró alrededor de 800 víctimas y miles de heridos. La negligencia de las autoridades en muchos casos fue evidente; sin embargo, los historiadores han sido muy cuidadosos en no aseverar que esta segunda ola fue orquestada desde el gobierno. John Klier, experto en la materia, insiste de manera bastante convincente y cautelosa en que no hay pruebas fehacientes para sustentar esa teoría.

En agosto de 1903, al iniciar la segunda ola de pogromos, se publicó en Rusia el libro *Los protocolos de los Sabios de Sion* en un diario petersburgués, *Znamia* ("Estandarte"), cuyo editor era ni más ni menos que el director del *Bessarabets,* Pável Krusheván. *Los protocolos…* son las supuestas minutas de una conspiración judía para dominar el planeta, evidentemente falsa. Desde 1906 se ha documentado con recurrencia la falsedad del volumen y el plagio en el que se incurrió para su creación. Rusia tuvo su propio "Affaire Dreyfus" en 1911, cuando el custodio judío de una fábrica en Kiev, Menahem Beilis, fue culpado injustamente de asesinar a un menor. Al igual que Alfred Dreyfus en Francia dos

décadas atrás, Beilis fue apoyado por una pléyade de intelectuales dentro y fuera de Rusia y su caso fue muy sonado. Los investigadores que probaron su inocencia fueron a su vez arrestados, pero en 1913 se absolvió finalmente a Beilis, quien emigró a Palestina. Buena parte del antisemitismo europeo del siglo XX se gestó en el Imperio ruso, en una evolución que pasó de ser antijudía tradicional a ser antisemita y xenófoba por las causas ya enumeradas.

LA ECONOMÍA IMPERIAL DE CARA AL SIGLO XX

Las reformas de Alejandro II buscaron cimentar la restauración del prestigio ruso en la esfera internacional tras la Guerra de Crimea y la modernización económica no podía quedarse atrás. El principal elemento en el intento por destilar modernidad eran los ferrocarriles. No sólo significaban "progreso" y sintonía con el mundo, sino que disminuían costos de transporte y comunicaciones. En 1861 el Imperio ruso tenía 1 626 km de líneas ferroviarias, todas ellas en la Rusia europea. Para 1880 se habían rebasado los 10 mil km y, en el año 1900, los 50 mil km, construidos por compañías privadas bajo supervisión del Ministerio de Comunicaciones. Si bien el tren transiberiano, iniciado en 1891 y culminado en Vladivostok hasta 1916, era el resultado más impresionante del desarrollo económico ruso, las conexiones con ciudades lejanas y puertos en el Caspio, el Ártico y el Pacífico beneficiaron más a la economía imperial, ya que eran vitales para el transporte de cereales, carbón, madera y gasolina, así como para el desarrollo de la industria metalúrgica. El número de trabajadores en el sector ferroviario pasó de 1 189 000 individuos en 1879 a 2 800 000 en 1903. El control estatal sobre la industria ferrocarrilera era tan sólo de 5% en 1881 y ascendió a más de 66% en 1903, cuando la recesión mundial de ese año se resintió en las industrias proveedoras de aquélla, quebrando a muchas compañías. Gracias a la expansión ferroviaria, la cuenca del río Don o *Donbás* (Ucrania oriental) tuvo un auge en sus minas de carbón, al igual que la extracción de mineral de hierro en la cuenca del Dniéper (concretamente en la actual Dniepropetrovsk). Con ello, la industria extractiva del suroeste rebasó el potencial de los Urales. A principios del siglo pasado la inversión extranjera en el *Donbás* era de aproximadamente

100 millones de rublos. Tan sólo la producción de carbón y metal ascendió en la región a más del doble entre 1880 y 1892; para 1900 Rusia era el cuarto productor de metal del planeta. La mejora en las comunicaciones permitió la exportación masiva de grano del corredor del suelo negro desde puertos sureños como Odesa y Jersón. La industria petrolera del Caspio, con Bakú como centro de operaciones, se incrementó catorce veces en la época de Alejandro III y creció de manera impresionante al cambiar el siglo. Rusia fue por unos años el primer productor internacional de petróleo hasta que Estados Unidos la rebasó a principios del siglo XX. La ampliación ferroviaria también benefició la expansión del telégrafo ya que, fuera de las ciudades, se les encontraba en estaciones de tren. Entre 1880 y 1900 aumentó en más del doble el número de estos aparatos. El teléfono apareció en Rusia hasta 1893 en Kiev, pero se comercializó sólo dos décadas después.

Las tasas de crecimiento industrial de Rusia en la década de 1890 fueron las más altas del mundo, aunque pronto serían eclipsadas por las de la industria japonesa. La industrialización se concentró en la Rusia europea; Moscú y San Petersburgo tuvieron un rápido crecimiento en esos años. La capital se convirtió a principios del siglo XX en la cuarta urbe más grande de Europa. El censo de 1897, el único de la Rusia imperial, mostró que habitaban en San Petersburgo poco menos de 1 300 000 personas, mientras que Moscú acababa de superar el millón de habitantes. Las siguientes ciudades más pobladas del Imperio eran Varsovia (626 mil), Odesa (403 800), Łódź (centro textil del Imperio, con 314 mil habitantes) y Riga (282 200). Las ciudades más pobladas de la Rusia central eran Sarátov (137 100), Kazán (130 mil) y Rostov del Don (119 500). El censo también demostró, como observó Sheila Fitzpatrick, que los jóvenes estaban mucho más alfabetizados que los viejos, los hombres más que las mujeres, y que la alfabetización era más alta en las áreas menos fértiles (el norte) de la Rusia europea. El problema general del censo es que fue ligeramente manipulado por las autoridades para incrementar el porcentaje de población étnicamente rusa en el Imperio en detrimento de otras nacionalidades como los polacos. Los fineses, por ejemplo, que sumaban 2 655 900 en el año 1900, fueron excluidos. Los resultados del censo arrojaron los datos presentados en el cuadro 1, que han de verse con cierta sospecha, pero que en general se han considerado más o menos atinados.

Cuadro 1. Nacionalidades del Imperio ruso según el censo de 1897

Nacionalidad (por lengua materna)	*Núm. de habitantes*	*Porcentaje del total (%)*
Grandes rusos (rusos)	55 667 469	44.30
Pequeñorrusos (ucranianos)	22 380 551	17.81
Polacos	7 931 307	6.31
Rusos blancos (bielorrusos)	5 885 547	4.68
Yidis (judíos)	5 063 156	4.02
Kirguís-caisacos (kazajos)	4 084 139	3.25
Alemanes	1 790 489	1.42
Letones	1 435 937	1.14
Lituanos	1 210 510	0.96
Armenios	1 173 096	0.93
Moldavos	1 121 669	0.89
Estonios	1 002 738	0.79
Georgianos	823 968	0.65
Uzbekos	726 534	0.57
Tayikos	350 397	0.27
Turkmenos	281 357	0.22
Kara-kirguises (kirguises)	201 682	0.16
Otros	14 509 475	11.54
Total	125 640 021	100

FUENTE: Nikoláy A. Troinitski (ed.), *Piérvaya Vseóbshaya Piérepis Naseliéniya Rossiiskoi Impieri 1897* g., t. II, Tabla XII, San Petersburgo, 1905. Disponible en: http://demoscope.ru/weekly/ssp/rus_lan_97.php.

El ingreso más alto del gobierno provenía del impuesto y las licencias para la venta de vodka, que durante la época de Nicolás I era, en su mayoría, producido por el Estado. En los cien años que van de 1763 a 1863, la producción de alcohol representó alrededor del 25% del ingreso total del gobierno. A partir de 1863, sin embargo, Alejandro II desmanteló el monopolio estatal para gravar a las destilerías y licorerías de acuerdo con sus ventas pero, a medida que la población campesina crecía desmesuradamente en el último tercio del siglo XIX, el consumo de vodka —cada vez más barato— iba también en aumento, al igual que las muertes relacionadas con él. La venta de vodka se realizaba al por mayor, en cubetas o galones, pues no había en el Imperio una industria vidriera

como para venderse en botellas —las cuales circularon masivamente desde 1885, pero sólo en San Petersburgo y Moscú—. Además, el vodka solía consumirse en tabernas, en forma adulterada y donde no se vendía comida, lo que incrementaba el efecto alcohólico. Sería el ministro de Finanzas de Nicolás II, Serguéi Witte (1849-1915), quien recuperaría el monopolio estatal sobre el vodka en 1894 con la idea de combatir el alcoholismo controlando el consumo. El plan de Witte era ingenioso: vender alcohol sólo en tiendas oficiales, regular calidad y cantidad y financiar clínicas especiales para tratar la adicción. Lo primero resultó más factible que lo último, aunque el contrabando afloró y el consumo no dejó de crecer. Para 1911, 89% del alcohol consumido en Rusia era vodka ruso. Durante la guerra con Japón (1904-1905), el propósito original de Witte se desvió hacia extraer el mayor ingreso posible de la venta de vodka, con lo que el precio y la oferta aumentaron exponencialmente.

El déficit presupuestal impedía que el gobierno financiara la industria pesada, que quedó en manos de la inversión extranjera. En 1880 este sector representaba 97.7 millones de rublos, mientras que en 1905 la inversión ascendía a 1037 millones de rublos. El resultado de este incremento fue notable: en vísperas de la Gran Guerra de 1914, el Imperio ruso era la quinta potencia con mayor producción industrial del planeta, pero aun así se ubicaba a años luz de Gran Bretaña o Alemania. Fue Witte quien se encargó de modernizar la economía rusa en los últimos años del reinado de Alejandro III y los primeros del de Nicolás II. Como director de asuntos ferroviarios del Ministerio de Finanzas, apadrinó la construcción del transiberiano e incluso fue ministro de Transporte en 1892. Influido por las teorías económicas de Friedrich List, Witte fue el artífice de la Ley Aduanera de 1891, que estableció un sistema proteccionista que obligaba a los inversionistas a producir dentro del Imperio para no pagar exacciones en importaciones. Witte tomó la decisión de adoptar el patrón oro en 1897, generando confianza en los inversionistas para garantizar que sus ganancias no decaerían con las fluctuaciones monetarias. Además, fundó academias de especialización: escuelas comerciales, institutos tecnológicos y politécnicos. Para 1903, el Ministerio de Finanzas poseía un balance comercial favorable: las exportaciones se valoraban en mil millones de rublos y las importaciones en 682 millones. Desde 1860 había un Banco del Estado encargado de proteger las reservas de oro del Imperio y prestar dinero a otros

bancos, financiadores del desarrollo local. En 1883 y 1885, respectivamente, se crearon los bancos de tierra campesina y tierra nobiliaria. Sin embargo, no había instituciones rurales que otorgaran créditos a campesinos y pequeños propietarios, quienes pagaban intereses muy altos en los bancos de las ciudades, a cientos de kilómetros de distancia de sus comunidades. En 1895, Witte aprovechó la victoria japonesa sobre China para negociar la creación de un "Banco Sino-Ruso" que financió la recuperación económica del vecino oriental. Esto se formalizó en secreto mediante el Tratado Li-Lobánov de 1896, que además otorgaba la concesión a Rusia para construir el Tren Oriental de China y administrar porciones enteras del noreste chino.

Mientras la industria rusa veía sus mejores épocas, la producción agrícola caía paulatinamente, sin dejar de ser la riqueza oculta de Rusia hasta bien entrado el siglo XX. Tras el acelerado incremento en la producción agrícola y en la población campesina en los treinta años posteriores a la emancipación de los siervos (1861-1891) —y paralelamente a la caída gradual de los precios internacionales del grano en esas décadas—, en 1891 se produjo una hambruna en la cuenca del Volga que se extendió a los Urales y al sur de Ucrania. La causa principal fue el otoño seco de 1890 seguido de un invierno duro que provocó temperaturas cercanas a los –40 ºC. La siembra de centeno, principal alimento del campesinado, cayó en promedio 30%. En regiones centrales como Vorónezh, Kazán y Tambov las siembras cayeron entre 65% y 75%. La exportación de cereales se redujo de más de 6 500 millones de kilogramos en 1890 a poco menos de la mitad en 1892. Con el crecimiento poblacional en el campo había ahora más personas que alimentar, y la situación de 1891 provocó una distribución inadecuada de los recursos. La muerte y descomposición de caballos y otros animales por inanición produjo un brote de cólera que mató a medio millón de campesinos a fines de 1892. Se culpó al gobierno directamente por la crisis, en especial al entonces ministro de Finanzas, Iván Vyshnegradski, quien había aumentado la carga impositiva en bienes de consumo para que los campesinos vendiesen más grano. En cuanto se supo la dimensión del problema, se organizó una campaña humanitaria en noviembre de 1891 a través de los *zemstva,* que gracias a ello adquirieron mayor influencia en los asuntos públicos. Lev Tolstói fue un notable organizador de asistencia a los hambrientos, al igual que Antón Chéjov (1860-1904), médico

y gran escritor de fines del siglo XIX. El episodio dejó ver una notable ineficiencia gubernamental y evidenció la distancia entre los ámbitos urbano y rural, pero también sugirió que la llamada "sociedad civil" podía llegar adonde el Estado no. Tan honda fue la pauperización rural con la hambruna que durante la conscripción de 1899-1901 más de una quinta parte de los jóvenes reclutados fueron declarados no aptos físicamente para el servicio militar.

La migración rural-urbana propició el crecimiento exponencial de las ciudades. No obstante, en 1890 apenas el 12.5% de la población del Imperio ruso habitaba en zonas urbanas —en Gran Bretaña el porcentaje ascendía a 72%, en Alemania a 47%, en Francia a 37.4% y en el Imperio austro-húngaro a 32.5%—. Al tiempo que los campesinos se "proletarizaban", como temía el gobierno, las ciudades se "campesinizaban": de la *obshina* vinieron costumbres nuevas, al tiempo que los antiguos campesinos enviaban remesas a sus aldeas. No era extraña la incorporación de trabajadores en sindicatos clandestinos o en movimientos de corte socialista. Al entrar en el siglo XX, la clase obrera rusa contaba con más de dos millones de trabajadores. Las primeras grandes huelgas obreras en el Imperio datan de principios de la década de 1870, en San Petersburgo, Riga y otros centros industriales. Para la década de 1890, cuando la industrialización alcanzó su cenit, había ya paros generales en la capital, como los de 1896 y 1897. La legislación laboral de 1886 limitó las horas de trabajo de mujeres y niños; la de 1903 permitió que los obreros eligieran representantes en cada fábrica. No obstante, esto no bastaba para contener el creciente descontento de los obreros ni para satisfacer sus demandas, por lo cual muchos de ellos se politizaron. Los intereses de los trabajadores no se veían representados por ningún lado, pues los sindicatos fueron ilegales hasta 1905.

EL MOVIMIENTO REVOLUCIONARIO EN EL CAMBIO DE SIGLO

El movimiento revolucionario evolucionó bastante en los últimos dos decenios del siglo XIX. Si bien durante la década de 1880 quedó muy limitado tras el desmantelamiento de *Naródnaia Volia,* en el decenio siguiente, conforme avanzaba la industrialización, aparecieron agrupa-

ciones importantes, "populistas" —herederos de los *naródniki*— y marxistas. Entre las primeras se encontraba *Naródnoie Pravo* ("Derecho Popular") del veterano Mark Natanson, que pronto se transformó en la Unión Norte de Revolucionarios Socialistas (1896) y ésta, a su vez, se denominó Partido de los Socialistas Revolucionarios (SR) a partir de 1902. Su líder era Víktor Chernov (1873-1952), hijo de un antiguo siervo. Este partido tendría un éxito considerable en la politización obrera y campesina en general, pero sobre todo entre estudiantes universitarios y maestros rurales. En las siguientes décadas, los SR se convertirían por mucho en el partido más popular de Rusia. Reunía todos los preceptos del "populismo" ruso: revolución campesina, sufragio universal, federalización y autonomía provincial —lo que les trajo apoyo en la periferia—. La novedad introducida por Chernov fue incorporar ciertos conceptos marxistas, como la necesidad de pasar por una etapa "burguesa" para llegar al socialismo. Con esto buscaban también apoyo en la clase obrera, sin que el campesinado dejara de ser su principal preocupación. Otra característica de los SR era su rama terrorista, el "Grupo de Combate", que orquestó los asesinatos más espectaculares de la década de 1900: los del ministro del Interior Dmitri Sipiaguin (abril de 1902), de su sucesor Von Plehve (julio de 1904) y del gran duque Serguéi Aleksándrovich (febrero de 1905), tío del zar Nicolás II.

La otra gran rama del movimiento revolucionario fueron los marxistas, organizados desde 1883 cuando Plejánov, Axelrod y Zasúlich fundaron el grupo *Osvobozhdenie Trudá* ("Emancipación del Trabajo") en Ginebra. Aunque también socialistas, se distinguían de los populistas porque priorizaban a la clase obrera como núcleo de la revolución y celebraban la rápida industrialización del país y las políticas de Witte, pues permitirían el esparcimiento del capitalismo, fase previa al socialismo. De algún modo, la industrialización legitimó a los marxistas en el debate intelectual y, a diferencia de los populistas agraristas, aquéllos encontraron un grupo social menos "terco": la clase obrera urbana. La primera organización marxista sólida de Rusia apareció en 1895 —pináculo del desarrollo capitalista ruso—, llamada "Liga de Combate para la Liberación de la Clase Obrera". Ninguno de sus líderes, Vladímir Ilich Uliánov (1870-1924) y Yuli Ósipovich Tsederbaum (1873-1923), tenía 25 años cumplidos. Estos estudiantes universitarios y admiradores de Plejánov pronto adoptaron los seudónimos "Lenin" y "Mártov", res-

pectivamente. El hermano de Uliánov había sido ejecutado en 1887 por orden de Alejandro III, pues participó en una conspiración para asesinarlo. Lenin y Mártov fueron exiliados a Siberia al descubrirse la existencia de la Liga, pero sus colaboradores la refundaron en 1898 con el nombre de Partido Socialdemócrata Obrero Ruso (PSOR) en Minsk, que incorporó al *Bund* de los trabajadores judíos. El debate principal en el seno del PSOR era si agitar a los trabajadores meramente o tomar el poder en su nombre. El órgano oficial del Partido fue el diario *Iskra* ("Chispa") desde 1900, en el que participaron Plejánov y Axelrod. En 1902 Lenin publicó el panfleto *¿Qué hacer?*, donde, emulando a Chernyshevski, estipulaba que el PSOR debía ser la "vanguardia del proletariado": revolucionarios "profesionales" que liderasen la revolución *en nombre* del proletariado bajo una disciplina estricta. En su II Congreso (1903), en Londres, el Partido sufrió divisiones: Lenin propuso sus teorías de la "vanguardia" y el adiestramiento partidista, mientras que Mártov sugería una membrecía más laxa, con guiños al liberalismo político. A pesar de que la moción de Mártov prevaleció, Lenin obtuvo una mayoría en cuanto el *Bund* se separó al no ser tomado en cuenta. La facción de Lenin en el PSOR comenzó entonces a llamarse "bolchevique" (de *bolshinstvó,* "mayoría") y la de Mártov "menchevique" (de *menshinstvó,* "minoría"). Un año más tarde, Lenin rompió con Plejánov, quien se declaró menchevique. Con todo, la división de 1903 no fue tan tajante como se ha dicho. El ejemplo que mejor lo corrobora es el de Lev Davídovich Bronstein (1879-1940), alias "Trotski", un joven de origen judío que apoyó a los mencheviques en un primer momento, para luego declararse (¡hasta 1917!) un bolchevique recalcitrante y ser uno de sus líderes más prominentes. En años siguientes hubo intentos de reunificar el PSOR y de llegar a un acuerdo entre ambas facciones.

El pensamiento revolucionario de Lenin era el de un marxista heterodoxo que a ello yuxtaponía parte del populismo de la generación anterior. Esta tendencia se expresaba en la urgencia bakuninista en hacer la revolución, contraria a la gradualidad que propugnaba el marxismo. Los mencheviques, en cambio, deseaban ver una revolución política, liberal, y luego una socialista, cuando las condiciones socioeconómicas lo permitieran. Esa urgencia leninista en hacer la revolución explicará en buena medida la política rusa después de 1917, pero también el creciente apoyo de los obreros radicalizados a los bolcheviques. Fitzpatrick

asegura que las protestas obreras en los primeros tres lustros del siglo XX eran tan volátiles que de un reclamo económico se pasaba, inexorablemente, a uno político. Esta politización ocurría, en primer lugar, porque el Estado tenía sus narices metidas en toda la industria; en segunda instancia, el origen campesino —inestable, levantisco— de la gran mayoría de los obreros se politizó en las fábricas, donde uno podía participar realmente en la huelga junto a individuos de orígenes semejantes y reclamar directamente al Estado, cuyas oficinas estaban a cruce de calle en muchas ciudades y ya no a cientos de kilómetros de distancia de la *obshina* rural. Esto explicaría también, de acuerdo con Fitzpatrick, por qué los bolcheviques tuvieron mayor arrastre entre la clase obrera étnicamente rusa, cuyos orígenes campesinos tenían esa particularidad, mientras que los mencheviques tuvieron mayor éxito donde esas condiciones no existían, como en el Cáucaso o el Báltico.

La politización que introdujeron estos y otros partidos políticos mediante sus actividades sería de suma importancia en la bola de nieve que se acumuló hasta 1905, cuando estalló la primera revolución rusa, que pondrá contra las cuerdas a la institución zarista y arrastrará a Rusia a las realidades propias del siglo XX.

IX
LA ERA DE LAS PROMESAS (1905-1917)

LA "REVOLUCIÓN" DE 1905

Nicolás II (1894-1917) no hizo muchos cambios tras la muerte de su padre, Alejandro III, pero se atrevió a prescindir de Pobedonóstsev, figura de mucho peso en el reinado de aquél. El nuevo zar carecía del liderazgo de sus antecesores y se dejó influir por muchos círculos cercanos a la corona. Desde su coronación en Moscú, en mayo de 1896, tuvo problemas para acercarse a los estratos bajos: durante la celebración en Jodynka que congregó a una multitud a la que se alimentó de manera gratuita, se produjo una estampida en la que murieron 1389 personas. Por la noche, en vez de guardar luto por los fallecidos, Nicolás II acudió a una fiesta con el embajador de Francia. Éste fue el inicio de un periodo de más de veinte años en el que el zar se vería crecientemente ajeno a las necesidades populares.

En política exterior no tuvo Nicolás II mejor suerte. El zar inició su reinado confirmando la alianza entre Rusia y Francia de 1892, como respuesta a la creación de la Triple Alianza (Alemania, Austria e Italia) diez años antes. Un tratado secreto entre París y San Petersburgo estipulaba asistencia militar mutua en caso de que alguno fuese atacado. El zar intentó dejar su huella en el sistema internacional al diseñar en 1899 la Convención de La Haya, que pretendía limitar la carrera armamentista y resolver pacíficamente las controversias mediante la creación de la Corte Permanente de Arbitraje. Nicolás II ascendió al trono en un momento de cambios en Asia, donde el Imperio chino padecía un declive similar al del otomano y donde Japón era la potencia en ascenso. El expansionismo japonés ponía a Rusia por primera vez en una situación incómoda en dos frentes. En 1895 Tokio venció en la primera Guerra Sino-Japonesa y se anexó la península china de Liaodong, cuya base era Puerto Arturo. El zar convenció a Francia e incluso a Alemania, que tenían intereses en China, de la amenaza japonesa y en conjunto emprendieron la Intervención Tripartita en Liaodong. Tras la retirada japonesa, Rusia ocupó la península en 1898 e instaló una administración

que respondía a sus directrices; además, Beijing concedió a Rusia la construcción del ferrocarril manchuriano que conectaba Puerto Arturo con Harbin y Vladivostok. No conforme, San Petersburgo aumentó la tensión al ganar concesiones de Corea, que Tokio veía como su zona de influencia. Rusia mantuvo tropas en Manchuria tras la Rebelión Bóxer en China en 1900 y tres años después amplió el número de efectivos. Conforme las tensiones crecían, en julio de 1903 el embajador japonés en San Petersburgo informó al zar que Tokio aceptaría los intereses rusos en Manchuria si Rusia reconocía los de Japón sobre Corea. Sin embargo, la dubitación de Nicolás II costó muy caro: ya en agosto de 1903 había cometido el error de despedir a Witte, la voz pacifista del gabinete.

En un asalto sorpresivo, la marina japonesa atacó a la rusa en Puerto Arturo el 8 de febrero de 1904, iniciando la Guerra Ruso-Japonesa (febrero 1904-septiembre 1905). A pesar de contar con una fuerza que doblaba en números al ejército japonés, Rusia perdió todas las campañas militares a lo largo de año y medio, tanto las navales en el Mar Amarillo como las terrestres en suelo manchuriano. En enero de 1905, después de un año de sitio, Puerto Arturo cayó ante el embate japonés. Semanas después las tropas niponas asestaron un golpe mortal a las rusas en Mukden, batalla que ocasionó casi 90 mil bajas entre muertos, heridos, desaparecidos y prisioneros del lado ruso. En mayo la flota japonesa destrozó, en la famosa batalla de Tsushima, a los navíos rusos trasladados desde el Báltico, que ahora combatían en aguas desconocidas. No obstante las derrotas, Nicolás II se negó a rendirse, primero por orgullo y más tarde para buscar negociar alguna concesión. Dentro de Rusia la guerra fue muy costosa e impopular. Varios grupos politizados veían con admiración cómo la monarquía constitucional japonesa, modernizada en sólo tres décadas, superaba a la autocracia ortodoxa. La victoria de Japón no hizo más que exacerbar estas tendencias y Rusia tuvo que frenar de golpe su expansionismo asiático. El 5 de septiembre de 1905 el zar ofreció a Witte encabezar las negociaciones de paz y firmar el Tratado de Portsmouth, que puso fin a las hostilidades. Rusia reconoció a Corea como zona de influencia japonesa, se retiró de Liaodong y Manchuria y cedió a Japón las concesiones mineras y ferrocarrileras en China. La isla de Sajalín se dividió exactamente a la mitad entre Rusia y Japón a sugerencia de Witte, quien hábilmente rescató algunas concesiones para Rusia.

La derrota ante Japón fue el ingrediente faltante en el caldo de cultivo compuesto por todos los elementos ya mencionados: la recesión económica de 1902-1903, nuevas revueltas en el campo, la segunda ola de pogromos, las presiones de las élites liberales y el recrudecimiento del movimiento revolucionario. Ya en vísperas de la guerra se habían formado clubes liberales que presionaban al gobierno desde abajo, como la Unión de Constitucionalistas de los *Zemstva* (1903) y la Unión de Liberación (1904). Incluso en diciembre de 1904, en pleno conflicto con Japón, la Duma de Moscú exigió elecciones legislativas, libertades de prensa y asociación y la conformación de un gobierno responsable ante un parlamento. Desde 1903 brotaron en el Cáucaso huelgas obreras contra las condiciones laborales, extendidas a Ucrania en 1904.

Con la acumulación de estas crisis no tardó en aparecer la gota que derramó el vaso, cortesía de los servicios de inteligencia. A inicios del siglo XX la *Ojrana* ideó una táctica para infiltrar el movimiento obrero que consistía en cooptar a algunos trabajadores para simular marchas a palacio con el fin de hacer peticiones al zar, tras lo cual vendrían respuestas positivas de las autoridades. Entre 1901 y 1903 esta política tuvo cierto éxito —en ese año una de estas procesiones sirvió como pretexto para redactar una nueva legislación laboral—, pero conforme se acumulaban los problemas varios informantes se politizaron y terminaron del lado de los obreros. A fines de 1904 uno de estos agentes, el sacerdote Gueorgui Gapón, empezó a agitar a los trabajadores de San Petersburgo y a sumarlos en un Colectivo de Trabajadores Fabriles —financiado, según Noel Busch, con dinero japonés— que organizó una petición a Nicolás II. Varios de sus miembros habían sido despedidos en diciembre de 1904 de la planta Putílov en la capital por la dura situación económica.

El domingo 22 de enero de 1905, Gapón encabezó una procesión de más de 150 mil obreros al Palacio de Invierno para presentar al zar un manifiesto liberal, que incluía temas de legislación campesina y obrera y la demanda de terminar la guerra con Japón. Mujeres y niños iban en primera fila para evitar una respuesta violenta, pero cuando la multitud rebasó los límites fijados por la caballería, se abrió fuego sobre la masa de gente. Según las estimaciones más recientes, no murieron en ese "Domingo Sangriento" más de 150 personas. No obstante, la ruptura ya no tenía remiendo. En cuestión de horas los trabajadores, por iniciativa

propia, levantaron barricadas en San Petersburgo; una semana más tarde ya había medio millón de obreros en paro general —el más grande en la historia rusa— en las principales ciudades del Imperio, sin otro líder más que su propia indignación. El enojo era total contra aquel zar que —indirectamente, pues no se encontraba en palacio— respondió de manera violenta a una petición pacífica. La ruptura entre los campesinos convertidos en obreros que seguían considerando al zar como "bueno" era irreversible. Para febrero la agitación estudiantil era de tal magnitud que las universidades fueron clausuradas. La revuelta tampoco se hizo esperar en el campo, donde por primera vez se culpó al zar directamente de la situación. El descontento espontáneo iniciado en Kursk se extendió a cientos de provincias: se saquearon fincas, se invadieron terrenos y se repartió la tierra. Se crearon "repúblicas agrarias", se fundó en mayo la Unión Panrusa de Campesinos y miles de ellos ingresaron en las filas del Partido de los Socialistas Revolucionarios (SR), enfocado en la revolución campesina radical. Las protestas masivas fueron capitalizadas por élites liberales, pues la mayoría de los líderes populistas y marxistas se hallaban exiliados.

En la periferia del Imperio se sumó a las protestas obreras y campesinas el componente nacionalista. Allí la "revolución", que coincidía con el momento de mayor rusificación, se leyó como oportunidad para negociar una autonomía real. Desde Finlandia hasta el Cáucaso hubo importantes brotes patrióticos locales, moderados y radicales. Un ejemplo de respuestas moderadas fue la fundación del Primer Congreso Musulmán Panruso en Nizhni Nóvgorod en agosto de 1905, que dio paso a la Unión Musulmana *(Ittifaq),* partido liberal cuyo líder era el tártaro crimeo Ismaíl Gaspirali. Sin embargo, los brotes radicales se llevaron la nota. En las provincias bálticas murieron cientos de víctimas a manos del ejército zarista. Desde noviembre de 1904 estallaron protestas masivas en las ciudades polacas tras el despido de 100 mil trabajadores debido a la recesión. Para 1905 la revuelta en Polonia era total. La Organización de Combate del Partido Socialista Polaco —dirigida por Józef Piłsudski— optó por la lucha armada y el terrorismo urbano. En junio Łódź, centro textil del Imperio, vivió huelgas auténticamente proletarias, duramente reprimidas por las autoridades zaristas en lo que se llamó "Días de Junio". Aunque la revuelta polaca decayó en el otoño de 1905, en los siguientes dos años el zar se vio obligado a mantener a casi

300 mil soldados en Polonia, la mitad de las tropas desplegadas contra Japón. En el Cáucaso la inestabilidad permitió que varios grupos étnicos reanudaran la violencia histórica entre ellos. Los armenios (cristianos), que vivían una situación económica similar a la de los judíos de la Zona de Asentamiento, pues dominaban la vida financiera e intelectual caucásea, y que desde 1890 se habían organizado políticamente mediante la Federación Revolucionaria Armenia *(Dashnaktsutiún),* chocaron con los azeríes (musulmanes) o "tártaros del Caspio", quienes simpatizaban con el Imperio otomano. Ambos grupos nacionales se enfrascaron en un bienio violento desde febrero de 1905. En Bakú la violencia pública dañó la infraestructura petrolera, mientras que en Tiflis hubo pogromos considerables contra los armenios. La violencia se redujo sólo hasta 1907, cuando hordas de cosacos leales a la corona lograron poner orden. El número total de muertos en esos dos años como resultado de las confrontaciones en el Cáucaso se estima entre tres mil y diez mil individuos.

La respuesta del zar a los acontecimientos de 1905 fue ampliándose conforme la revolución adquiría más complejidad y las protestas se radicalizaban. Cuando el gran duque Serguéi Aleksándrovich fue asesinado en Moscú por un miembro de los SR, el 17 de febrero de 1905, el zar accedió a crear un cuerpo consultivo y publicó un edicto que instituyó la Duma Estatal del Imperio Ruso, sin capacidad para legislar. La monarquía prometió respetar los derechos lingüísticos de las minorías, reducir los pagos de redención de los campesinos y fomentar la tolerancia religiosa. Sin embargo, se creó un círculo vicioso en que la protesta se recrudecía al no haber resultados tangibles y viceversa. En mayo, la Unión de Constitucionalistas de los *Zemstva* presionó a la corona con delegados de todas las provincias del Imperio, quienes exigieron una respuesta mayor al descontento. El 19 de agosto Nicolás II publicó el Manifiesto Supremo sobre la Institución de la Duma Estatal, que invitaba a una "participación permanente y activa" en el quehacer legislativo sin mayor función. Conforme avanzaba el año y se conocían las derrotas militares en el frente, se agudizaron lo problemas.

Para octubre el Imperio ardía en sus principales ciudades y en las zonas rurales de Ucrania y la Rusia europea. Las huelgas obreras en los sectores de comunicaciones y transporte paralizaron la economía. Muchas tropas se amotinaron, especialmente en la marina tras la humilla-

ción de Tsushima. Notable fue el amotinamiento en junio del acorazado *Potiomkin* por 11 días, luego de que se diera comida podrida a sus tripulantes. En Sebastópol el comandante naval Piotr Schmidt se sublevó e incitó a la población a exigir derechos políticos, pero los rebeldes fueron ejecutados. Hubo motines similares en Vladivostok y Kronstadt, la isla frente a San Petersburgo. Sin embargo, conforme las tropas llegaban desde Manchuria se restableció cierto orden. En octubre, momento álgido de las protestas, Witte sugirió al zar establecer una asamblea constituyente, pero el monarca, en cambio, ofreció a su pariente, el gran duque Nikoláii Nikoláievich, encabezar una dictadura militar. Éste amenazó con suicidarse si el emperador no aceptaba la propuesta de Witte, anécdota que hizo ceder a Nicolás II. De inmediato, Witte preparó un nuevo manifiesto "Sobre la Mejora del Orden Estatal", conocido coloquialmente como "Manifiesto de Octubre" por su publicación el 17 de octubre de 1905.

El Manifiesto de Octubre recogía las principales inquietudes de los grupos liberales. En este documento el zar declaró que se concederían libertades civiles, de conciencia, expresión, reunión y asociación y que las elecciones para la Duma se extendían a "toda la población". El pintor Iliá Riepin (1844-1930) capturó en su lienzo *La manifestación del 17 de octubre de 1905* el júbilo de los habitantes de la capital al leer el manifiesto en los periódicos, al comentarlo en los cafés y plazas públicas. Era un momento de gran expectativa en que el gobierno ruso legalizó por vez primera partidos políticos y sindicatos, concedió la autonomía universitaria, permitió el retorno de los exiliados y liberó a un considerable número de presos políticos. El Imperio adoptaba ahora instituciones liberales, tan necesarias para algunos y tan perniciosas para otros. A partir de noviembre se fortaleció la figura de presidente del Comité (ahora "Consejo") de ministros, equivalente a primer ministro. El zar ofreció el puesto a Serguéi Witte, acaso la única persona capaz de salvar la institución zarista y poner orden por medio de su prestigio.

Las reacciones populares al Manifiesto de Octubre fueron distintas de las de los grupos liberales. En el campo había mucha indiferencia hacia los acontecimientos políticos de la capital, pues nada garantizaba una mejora de las condiciones socioeconómicas. La respuesta de los trabajadores más politizados en las ciudades fue muy original: a partir de mayo de 1905 establecieron estructuras paralelas de gobierno local y

representación llamadas soviets (*soviéty,* "consejos") en ciudades como Moscú, Ivánovo o San Petersburgo. Los mencheviques, facción minoritaria del Partido Socialdemócrata Obrero Ruso (PSOR), dominaban el Soviet de la capital. Según Trotski, quien era uno de sus líderes, este Soviet contaba al inicio con casi 500 miembros elegidos entre 200 mil trabajadores que representaban a cinco sindicatos y 96 fábricas, pero pronto ascendió a 562 miembros (seis mujeres) representando 147 fábricas, 34 talleres y 16 sindicatos. Los soviets pretendían erigirse en estructuras autónomas de poder revolucionario, pero desaparecieron con la represión gubernamental y no verían la luz de nuevo sino hasta 1917. Como acto final de la Revolución de 1905, en diciembre, por primera vez en la historia rusa, un grupo de revolucionarios vinculados con el PSOR estableció una "República" en Chitá, al sureste de Siberia, pero fueron ejecutados.

La Revolución de 1905 representó la inserción de Rusia en el siglo XX: la inevitable afrenta entre la autocracia pertinaz y la política de masas. Si se juzga por sus resultados tangibles —una constitución y un parlamento—, la revolución corre el riesgo de verse únicamente como punto de llegada de las tendencias liberales arrastradas en Rusia desde el siglo XVIII. Esa posición ignoraría el diálogo de sordos que reflejaban los hechos. Por un lado, a los campesinos —la gran mayoría de la población— les tenía sin cuidado quién (y cómo) gobernara, siempre y cuando ellos no tuvieran deudas y mientras arasen una parcela de dimensiones que consideraran justas. Por otro, 1905 fue el resultado de al menos medio siglo de un espectro político sin puntos medios, donde al zar absolutista se contraponían partidos radicales que buscaban un cambio total dentro y fuera del nuevo parlamento. Lo único en que coincidían socialistas radicales y conservadores monárquicos era un firme antiliberalismo y antiparlamentarismo. Esto se explica por la ausencia de un liberalismo fuerte en Rusia en el siglo XIX —con consecuencias trazables hasta hoy—.

El gran escritor Andréi Biély (pseudónimo de Borís Bugáiev, 1880-1934) dejó testimonio de aquel 1905 en su obra maestra, *Petersburgo* (*Peterburg;* 1913), una pincelada del anacronismo de la década siguiente: "Observando aquella procesión de sombreros hongo, nadie podría adivinar que, en el teatro Kutaiski, el público se hubiera puesto de pie al grito de «¡Ciudadanos!». Ni nadie podría decir que, en Tiflis, un policía

de barrio hubiera descubierto un local donde se fabricaban bombas artesanales. Ni que la biblioteca de Odesa hubiese sido cerrada por orden gubernativa. Ni tampoco que, a la misma hora de ese mismo día, se celebraran mítines multitudinarios en diez universidades de Rusia. Ni que miles de mencheviques convencidos se concentraran en una asamblea en Perm para exigir obstinadamente sus derechos. Ni que precisamente a aquella misma hora, los obreros de una acería de Reval [Tallin] decidieran dejar de ondear sus banderas rojas, rodeados como estaban por un escuadrón de cosacos. […] Observando aquella procesión de bombines, nadie podría decir que en Petersburgo corrieran rumores de que los cajistas de prácticamente todos los talleres tipográficos, después de elegir a sus delegados, estuviesen reunidos en asamblea; que se hubieran proclamado en huelga los astilleros, la fábrica Aleksándrovski y varías factorías más; que en los arrabales de Petersburgo, los soldados licenciados de la guerra japonesa bulleran por sus calles […]; en suma, que, observando aquella procesión de bombines, nadie podría afirmar que aquellos que pasaban por allí fueran realmente sólo ellos; que sólo pasaran caminando así, sencillamente, y no ocultando una especie de intranquilidad interior, sintiendo sus cabezas como cabezas estúpidas que aún no hubieran sellado su hueso parietal, sintiéndolas cercenadas por un sable o, simplemente, descalabradas por una buena estaca de madera; cualquiera que pegara la oreja al suelo podría escuchar un rumor cariñoso: el rumor de un tiroteo continuo de revólver, desde Arjángelsk hasta la Cólquida y de Liepaja a Blagoviéshensk".

LA DÉCADA ANACRÓNICA (1906-1916)

Los manifiestos de agosto y octubre de 1905 fueron una victoria para los grupos liberales. Con la convocatoria a elecciones se formaron varios partidos de corte liberal, entre los que sobresalieron dos. El primero fue la Unión del 17 de Octubre, los "octubristas" *(oktiabrísty),* que representaba a grandes terratenientes e industriales fieles a la monarquía, pero que deseaban un parlamentarismo activo como medio para canalizar sus intereses y obtener apoyo político. Sus líderes eran Aleksandr Guchkov (1862-1936), poderoso empresario, y Mijaíl Rodzianko (1859-1924), de origen noble. El segundo fue el Partido Constitucional De-

mocrático o "kadetes" (por sus siglas en ruso, KD), a la izquierda de los octubristas. Se apoyaba en las clases medias: intelectuales, profesionistas, abogados. Fue el principal heredero de la Unión de Constitucionalistas de los *Zemstva* y tenía en Pável Miliukov (1859-1943) a su líder indiscutible. Más a la izquierda, de corte socialista pero liberales al fin, eran los miembros de la Unión Panrusa de Campesinos, quienes crearon el Grupo Laborista *(Trudovaia Gruppa)* o "trudovique", que tenía más características de bloque parlamentario que de partido político y cuyos miembros eran, en su mayoría, campesinos educados. La derecha extrema estaba representada por la Unión del Pueblo Ruso *(Soyuz Rússkogo Naroda),* formada como reacción al Manifiesto de Octubre, de carácter antirrevolucionario, ultramonárquico, nacionalista ruso y antisemita. Este y otros partidos monárquicos menores tenían su propia organización de combate, las "Centurias Negras" *(Chiórnaia Sotnia),* grupo paramilitar que marchaba contra los manifestantes y que estuvo involucrado en los pogromos antijudíos de 1905-1906.

En diciembre de 1905 se promulgó la ley electoral que dio el derecho al voto a varones con 25 años cumplidos. El sistema de votación era un tanto complejo. Se dividía en cuatro curias (estratos): terratenientes, habitantes de las ciudades, campesinos y trabajadores. Cada curia elegía a cierto número de electores, quienes ejercían el voto final. Había un elector por cada dos mil terratenientes, uno por cada cuatro mil habitantes urbanos, otro por cada 30 mil campesinos y uno por cada 90 mil trabajadores. El derecho al voto dependía de ciertos requisitos: tener propiedades, bienes inmuebles, empleados y papeles en regla, dependiendo de la curia. Acaso los trabajadores gozaban del requisito más sencillo: pertenecer a una fábrica con al menos 50 obreros contratados. Ni mujeres, ni estudiantes, ni militares activos podían votar. En marzo de 1906 se llevaron a cabo las primeras elecciones legislativas de la historia rusa. La campaña dividió a la izquierda radical, tanto a los SR como a los marxistas del PSOR. Muy pocos candidatos, que se adhirieron al bloque trudovique o formaron uno propio, desafiaron la prohibición de sus partidos de participar en elecciones "burguesas". De 500 asientos en la Duma, los kadetes obtuvieron la mayoría con 179, seguidos de los trudoviques con 97. La tercera fracción más amplia, con 18 diputados, la formaban miembros del PSOR (la mayoría mencheviques), mientras que los octubristas recibieron 16 asientos; 63 escaños corres-

pondieron a las minorías no rusas y 105 se asignaron a diputados independientes.

Con esta composición, la primera legislatura estaba lista para inaugurarse el 27 de abril de 1906 en el Palacio de Táuride en San Petersburgo. Sin embargo, ante la abrumadora presencia de la izquierda, el zar buscó debilitar a la institución parlamentaria. El 23 de abril, fiel a su promesa de una constitución, Nicolás II promulgó las Leyes Estatales Fundamentales, que establecían un parlamento bicameral compuesto por la Duma Estatal (Cámara baja) y el Consejo de Estado (Cámara alta de 100 miembros, la mitad elegidos por el zar y la mitad por los *zemstva,* asambleas nobiliarias, la Iglesia y la Academia de Ciencias). Entre sus facultades, el zar tendría no sólo un "poder soberano supremo" que provenía "de Dios", sino también veto absoluto sobre cualquier legislación, iniciativa preferente y la facultad exclusiva de revisar las Leyes Fundamentales. Los ministros eran responsables ante él, el único que podía nombrarlos, incluyendo al primer ministro. Mediante el artículo 87 el emperador podía emitir decretos cuando la Duma no sesionara y decidir cuándo y por cuánto tiempo se convocaría a sesiones ordinarias pese a que los diputados eran elegidos para un periodo de cinco años. Además, el zar podía disolver la Duma a voluntad.

Rusia, después de dos siglos de debates sobre los límites al poder autocrático, tenía su parlamento y su constitución, pese a las múltiples contradicciones inherentes. Las Leyes Fundamentales representaron un duro golpe para los grupos liberales cuando el zar inauguró los trabajos de la Primera Duma. Incluso Witte renunció en mayo de 1906 al ver frustrado su proyecto, no sin antes asegurar un préstamo francés de 2 250 millones de francos para la recuperación tras la guerra con Japón. En su lugar el zar designó al conservador Iván Goremykin, quien a su vez renunció en julio por tensiones con una Duma profundamente liberal. Nicolás II designó entonces como primer ministro al funcionario más eficiente del Imperio, Piotr Stolypin, ministro del Interior desde abril y ex gobernador de Sarátov, provincia que logró mantener en orden durante los eventos de 1905. Stolypin compartió los cargos de presidente del Consejo de Ministros y ministro del Interior, con una inusual concentración de poder. Se trataba de un funcionario joven que la historiografía ha reivindicado como el último gran reformador de la Rusia zarista. Su lustro (1906-1911) al frente del gobierno fue testigo de

las nuevas tensiones y contradicciones del Imperio ruso en su última década. Cuando Stolypin tomó posesión, en julio de 1906, el zar ya había disuelto la Primera Duma, pues los kadetes, que tenían mayoría, habían planteado una reforma electoral profunda (sufragio universal), inquietando al emperador. En protesta, los kadetes se marcharon a Vyborg, ciudad finlandesa donde Miliukov redactó una apelación que llamaba a la resistencia pacífica, pero fueron finalmente arrestados.

De esa forma, Stolypin comenzó su gobierno sin un parlamento activo. En su obsesión con el orden, obtuvo del zar una ley que permitía detener a sospechosos y ejecutarlos sin pasar por los tribunales. El nuevo primer ministro sufrió un atentado en su *dacha* en agosto de 1906, perpetrado por la rama más radical de los SR. Pese a su radicalismo, por cierto, sería curioso que este partido y el PSOR decidieran participar en las elecciones a la Segunda Duma en enero de 1907. Esta vez, los trudoviques salieron victoriosos con 104 escaños, seguidos por los kadetes —quienes se moderaron tras la derrota moral sufrida en Vyborg— con 98. El PSOR fue la sorpresa con 65 asientos, mientras que los SR obtuvieron 37. Por donde se viera, la Duma era de izquierdas, moderadas o radicales, en un contraste muy interesante con la institución zarista. Las derechas, desde los octubristas hasta los ultramonárquicos, sumaban apenas 50 escaños; no obstante, los últimos tenían un líder influyente en Vladímir Purishkévich, cabecilla de la Unión del Pueblo Ruso. La Segunda Duma tampoco vivió mucho tiempo. Por diferencias entre Stolypin y los diputados del PSOR —quienes en su V Congreso (1907) decidieron "tomar las armas" por imposición de los bolcheviques—, el zar disolvió la legislatura en junio de 1907.

Stolypin no era un reaccionario recalcitrante. Tenía la inteligencia suficiente como para entender que hacía falta legislación agraria, laboral, fiscal, educativa y de gobierno local. Todo eso propuso a la Segunda Duma, pero las izquierdas, amén de su participación institucional, no podían conformarse y vetaron sus propuestas. El zar también entendió que no podía desaparecer la Duma de un plumazo, pues era un espacio de legitimidad —acaso le interesaba evidenciar la inestabilidad del trabajo legislativo—. Lo que sí se modificó fue la ley electoral para frenar a las izquierdas: se dio a las clases propietarias 60% de los escaños parlamentarios, 22% a los campesinos, 15% a la curia urbana y sólo 3% al proletariado, y se redujo el porcentaje para los escaños de las minorías

nacionales. Algunos historiadores marcan dramáticamente este momento, junio de 1907, como el "final de la Revolución de 1905"; en realidad el zar simplemente halló resquicios jurídicos para cambiar la ley a voluntad. Más que un réquiem por el liberalismo ruso, habría de leerse como la confirmación de que el absolutismo zarista no encajaba más en una sociedad crecientemente inmersa en el siglo XX.

En octubre de 1907 hubo comicios bajo la nueva ley electoral. Sin sorpresa, los octubristas obtuvieron la mayoría, seguidos de los kadetes. Las izquierdas obtuvieron apenas unos cuantos escaños. Esta vez la mayoría parlamentaria fue elegida por menos del 1% de la población del Imperio. El régimen triunfó y aseguró los intereses nobiliarios y de los propietarios, por lo que Nicolás II dejaría vivir a la Tercera Duma hasta 1912. La cooperación entre gobierno y legislatura sería ahora más sencilla pero no del todo ventajosa para el zar. En temas como el de las minorías nacionales se aprobó una segunda oleada de rusificación en Polonia y las provincias bálticas, además de restar autonomía una vez más a Finlandia; con la nueva ley electoral los diputados étnicamente rusos concentraron diez veces más escaños que todas las demás nacionalidades combinadas. Aunque la legislatura rechazó la propuesta de Stolypin de dar más poder a los *zemstva,* la Tercera Duma logró revisar más de 200 iniciativas y votar más de 500 proyectos, lo cual permitió al primer ministro concretar finalmente algunas reformas. Se concedieron más derechos laborales y oportunidades educativas a todo sector de la población. El presupuesto educativo, específicamente en educación básica, aumentó enormemente: mientras que en 1881 el gasto educativo constituía 2.69% del presupuesto estatal, para 1914 ya representaba el 7.21%.

La principal reforma de Stolypin fue la agraria. El gobierno traspasó más de 3 millones de hectáreas en tierras de la corona a los campesinos para comprarlas, facilitó la obtención de hipotecas en el Banco Agrario, redujo el poder de los capitanes agrarios, levantó las restricciones restantes sobre la movilidad y permitió la compra de tierras en Siberia, lo que atrajo una considerable migración al este en los siguientes años —al menos 3.5 millones de campesinos entre 1897 y 1915, como apunta Borís Mirónov— gracias a beneficios como precios debajo de los del mercado y exenciones fiscales. Siberia comenzó un incipiente despunte como zona productora de grano y la tierra cultivable del Imperio aumentó en 15%. La acción más simbólica de la reforma fue la

cancelación de los pagos de redención que los antiguos siervos proveían anualmente desde 1861. Stolypin desmanteló el sistema de la *obshina* para permitir la tenencia individual de la tierra y dar paso al *jútor,* granja de un sólo propietario —en 1905, tres cuartas partes de los campesinos en la Rusia europea todavía araban la tierra en forma colectiva—. Las relaciones agrarias cobraron un carácter de libre mercado: se buscaba crear una clase propietaria, leal en su voto a la corona. La respuesta fue ambigua: una parte del campesinado aprovechó las nuevas oportunidades y se enriqueció pronto, mientras que otros protestaron la desintegración de la comunidad agraria. La reforma tenía como objetivo primordial evitar revueltas en el campo: de la alarmante cifra de dos mil revueltas por año en el periodo 1907-1909, se consiguió que en 1913 el número se redujera a 647. La nueva clase de campesinos independientes, conocida como *kulak,* obtuvo cuantiosas líneas de crédito para comprar tierras. Para 1912, el 16% había adquirido más de 3.2 hectáreas de tierra en promedio, enriqueciéndose en menos de un lustro. Otra lectura de las reformas de Stolypin fue que se desarticuló en una cuarta parte del territorio imperial el proceso de toma de decisiones colectivo que había prevalecido por siglos en las *obshiny,* lo que provocó no poca inestabilidad en el campo inmediatamente antes y después de la Primera Guerra Mundial.

El 14 de septiembre de 1911, mientras el zar y su camarilla presenciaban la ópera *El cuento del zar Saltán* (*Skazka o Tsarie Saltanie;* 1900) de Rimski-Kórsakov en la Casa de la Ópera de Kiev, Stolypin fue asesinado a tiros frente al emperador por el socialista Dmitri Bogrov —quien según Nicholas Riasanovsky era un agente doble de la *Ojrana*—. Rusia perdía así a su estadista más eficiente y al miembro más brillante del gabinete. Ascendió al puesto Vladímir Kokóvtsov, ministro de Finanzas, antiguo colaborador de Witte. El asesinato de Stolypin sentenció cualquier nueva reforma bajo aquel estado de cosas. El dramático evento, e incluso el pragmatismo de Stolypin, contrastaban con el mundo de fantasía en el que vivía la familia real, cada vez más alejada de la realidad social. Acorde con la época, los Románov profesaban un agudo misticismo religioso, exacerbado en cuanto el cesariévich Alekséi nació con hemofilia en 1904. Dos años después la emperatriz Alexandra, de origen alemán, decidió contratar los servicios "curativos" del místico siberiano Grigori Rasputin. Stolypin, Kokóvtsov, Guchkov y la mayo-

ría de la élite política —incluso zaristas fieles— enfocaban sus escasas críticas al régimen en este campesino analfabeto que gozaba de gran influencia, especialmente sobre la zarina. Kokóvtsov incluso pidió a Nicolás II que exiliara a Rasputin, pero el monarca se negó. Durante diez años, Rasputin sería un factor de tensión entre la familia real y la élite política de Rusia.

El periodo de Kokóvtsov (1911-1914) fue el último momento estable de la vida política y económica del Imperio. Las condiciones en el campo mejoraban para algunos y aumentaban las oportunidades para otros. La legislación laboral de Stolypin apaciguó al movimiento obrero y revolucionario. Las finanzas estaban saneadas, la inversión extranjera aumentó y el comercio vio un momento de auge: 45% de las importaciones venían de Alemania mientras que 55% de las exportaciones se basaban en grano extraído del campo. A pesar de esta relativa paz interna, los problemas continuaron. El ministro de Educación, Lev Kasso, llevó a cabo una renovada restricción universitaria no obstante la autonomía decretada en 1905. En abril de 1912, 270 trabajadores que exigían condiciones laborales justas en una mina siberiana junto al río Lena fueron ejecutados por tropas zaristas tras la protesta de sus familiares. La "Masacre del Lena" detonó de nuevo huelgas masivas en las ciudades en las que participaron un millón de trabajadores entre 1912 y 1914; esta vez el diario bolchevique *Pravda* resultó crucial en la difusión del descontento. En medio de la turbación, el zar convocó a elecciones para la Cuarta Duma en 1912 y las derechas arrasaron en la restringida votación —casi la mitad de los diputados eran nobles—; los partidos nacionalistas y monárquicos formaron una mayoría de 185 escaños. El bloque más disminuido era el trudovique, pero tenía una fuerza considerable en su líder, Aleksandr Kérenski (1881-1970) —originalmente miembro de los SR—, orador brillante designado por la legislatura para investigar la Masacre del Lena. De la noche a la mañana, gracias a sus reportes, Kérenski se convirtió en el diputado más popular de la Duma y en el más intransigente, denunciando al zarismo desde el estrado —sin ninguna represalia—. La dinastía Románov celebró su tricentenario en 1913 con crecientes cotos de poder (los liberales en la Duma, las organizaciones obreras, los *zemstva,* los partidos revolucionarios) que cuestionaban abiertamente al gobierno. Pese a que una amnistía general permitió a varios líderes políticos volver al país, Nicolás II selló su conservaduris-

mo al despedir a Kokóvtsov y traer de vuelta al ineficiente Goremykin como primer ministro en 1914.

En este contexto Rusia llegó a la Primera Guerra Mundial. En julio de 1914, cuando Austria-Hungría declaró la guerra a Serbia tras el asesinato del archiduque Francisco Fernando, San Petersburgo respondió en defensa de su aliado balcánico declarando la guerra a Viena. Europa se enfrascó en un conflicto en el que Rusia, junto con Francia (aliada rusa desde 1894) y Gran Bretaña (aliada rusa desde 1907), conformó la Triple Entente, en contra de la Triple Alianza de Austria-Hungría, Alemania y el Imperio otomano. El primer año de la guerra fue exitoso para Rusia. Mientras hubo victorias, la Gran Guerra trajo un ambiente de cohesión en el Imperio bajo una feroz propaganda antigermánica. El zar se la tomó tan en serio que renombró a la capital "Petrogrado" *(Petrograd),* pues San Petersburgo sonaba "muy alemán". Prácticamente todo partido político apoyó el esfuerzo bélico salvo el PSOR. Los ejércitos zaristas ocuparon la Galicia austriaca en agosto de 1914, pero al año siguiente iniciaron los reveses. En junio de 1915 Austria retomó Galicia y en agosto Alemania capturó Varsovia. Los problemas comenzaron a llegar no sólo desde las trincheras. El ministro de Guerra, Vladímir Sujomlínov, se negó a reformar la estructura castrense en cuanto comenzaron las pérdidas y fue muy cuestionado por la opinión pública; no tardaron en aparecer acusaciones de corrupción en su contra. Tras la pérdida de Galicia, Sujomlínov fue reemplazado por Alekséi Polivánov, quien intentó transformar el sistema de entrenamiento, de comunicación y de abastecimiento en las fuerzas armadas sin éxito. Miles de soldados se quedaron sin armas por el cada vez más magro suministro y quienes sí tenían municiones las racionaron. Vilna cayó en septiembre de 1915 y pronto los alemanes estaban a las afueras de Riga. Rusia había perdido ya a tres millones de hombres y no conseguía victorias. Nicolás II acudió al frente para encabezar personalmente la defensa, lo cual vinculó a la monarquía directamente con la coordinación de la guerra. Esto provocó reacciones en la Duma, donde se formó el "Bloque Progresista" por iniciativa de Miliukov, compuesto por kadetes, trudoviques y las facciones octubristas más liberales. La intención era no sólo hacer frente a las derechas prozaristas sino también usar el desastre bélico como pretexto para imponer condiciones al gobierno.

En 1916 hubo algunas victorias en el frente caucáseo, como la captura del puerto turco de Trebisonda en abril, mientras que en Galicia, dos meses después, las tropas rusas dieron un último aliento en la Ofensiva Brusílov, ataque de enormes reveses para Viena. El Imperio ruso reocupó Lemberg (hoy Lviv, Ucrania) y Kóvel a costa de más de un millón de hombres. La entrada de Rumanía en la guerra del lado de la Entente, en agosto de 1916, hizo que Rusia desviara recursos para auxiliarla al tiempo que contenía a los alemanes en el frente báltico. A fines de 1916 el ejército ruso estaba muy desmoralizado: los desertores se contaban en 34 mil por mes. Para enero de 1917, más de seis millones de hombres —muertos, heridos, desaparecidos— representaban el precio a pagar por casi tres años de guerra. Goremykin fue sustituido en febrero de 1916 por Borís Stürmer, quien era primer ministro, ministro del Interior y de Asuntos Exteriores a la vez. Su decisión de extender la conscripción a las nacionalidades de Asia Central para compensar las pérdidas provocó revueltas como la kirguisa de julio de 1916 *(Urkún),* que obligó a miles de kirguises y kazajos a huir a China, perseguidos en el intento y ejecutados por las autoridades zaristas al resistirse a la conscripción. El Bloque Progresista en la Duma atacó ferozmente a Stürmer en noviembre de 1916. Miliukov pronunció un discurso que circuló en panfletos en el frente, "¿Estupidez o traición?", en el cual pasaba lista a ministros "ineptos", mientras que Kérenski despotricaba contra los "asesinos guiados por Rasputin". El diputado trudovique coincidía así con Purishkévich, líder de la derecha radical, quien llamó a derrocar al místico "germanófilo". La anécdota revela que ya no sólo las izquierdas veían una inestabilidad creciente: para fines de 1916 toda facción política en el Imperio se daba cuenta de que la situación rebasaba al zar. A Stürmer lo sucedió Aleksandr Trépov en noviembre, quien intentó negociar con Rasputin su salida de la política, pero Purishkévich y el príncipe Félix Yusúpov se adelantaron y asesinaron al místico —en otro incidente dramático— el 30 de diciembre de 1916.

En suma, parafraseando a Fitzpatrick sobre la década anacrónica de 1906-1916, ésta puede sintetizarse en que el zar parecía más un caricatura de la autocracia que un defensor de ella, debido a la suma de diversos elementos: la personalidad inestable del monarca y de su esposa, el juego de las sillas de ministros incompetentes, la presencia del analfabeto Rasputin en la corte y el relato tragicómico de su asesinato. Todo

evocaba una década pasada, de cuentos de hadas, y no reflejaba las realidades propias del siglo XX: trenes repletos de tropas, guerras de trincheras, movilizaciones masivas y muertes por miles en el frente, además del debate parlamentario y las presiones de los partidos de izquierdas y de los *zemstva.* Todo esto era percibido por una población rusa educada de manera bastante negativa, en la cual se gestaba una inquietud creciente.

1917

Desde el otoño de 1916 estallaron huelgas contra la guerra y varios motines en Rusia, fenómeno parecido al de 1905. El uso prioritario de la red ferroviaria para el esfuerzo bélico hizo colapsar las comunicaciones y parte del mercado interno. La economía estaba separada del resto de Europa por el conflicto, y no se comerciaba más con Alemania, principal socio importador. En febrero de 1917 iniciaron en Petrogrado manifestaciones callejeras que exigían el abastecimiento de pan en un invierno particularmente crudo. El 19 de febrero la administración capitalina anunció que los principales alimentos se racionarían pronto. El 23 de febrero (8 de marzo en el Calendario Gregoriano), Día Internacional de la Mujer, diversos colectivos de trabajadoras marcharon en la capital. Los varones aprovecharon y se manifestaron por la tarde; al atardecer había más de 100 mil trabajadores en la calle y al día siguiente 150 mil saqueando tiendas y depósitos. El 25 de febrero 200 mil personas pedían la renuncia del zar y la salida de la guerra. Los manifestantes ofrecían el pan requisado a los soldados, quienes dejaban las armas y marchaban a su lado; incluso los soldados defendieron a aquéllos de la policía en varias ocasiones. El día 26 el zar, desde su centro de mando en Moguiliov, ordenó terminar la agitación y varios regimientos dispararon contra los marchantes. No obstante, para el 27 la capital era ya un campamento masivo de revolucionarios. Muchos ministros zaristas fueron arrestados por ellos y encerrados, simbólicamente, en la Fortaleza de San Pedro y San Pablo. Y sin embargo, como ocurrió en 1905, ningún partido político dirigió a las masas de gente que de manera espontánea tomaba y saqueaba edificios de gobierno. La simbología imperial —águilas bicéfalas, estatuas, imágenes del emperador— fue destruida, los presos liberados, las estaciones de policía incendiadas, las de ferro-

carril tomadas y los depósitos de armas saqueados; todo de manera espontánea, como subraya el historiador ruso Borís Kolonitski. Las mujeres y niños en la turba impidieron a muchos soldados leales disparar, aunque a pesar de ello tan sólo en esa semana murieron más de 1500 personas. Fueron los días más violentos que había visto Petrogrado desde la revuelta decembrista casi un siglo atrás.

Ante el vacío de poder en la capital surgieron dos polos de autoridad. El primero fue la Duma, erigida en cuerpo gobernante mediante un "Comité Temporal" —que agrupaba a los miembros del Bloque Progresista—, liderado por el octubrista Rodzianko. Los partidos liberales buscaron capitalizar la protesta; deseaban que el zar abdicara en favor de su hermano, el gran duque Mijaíl Románov. Sin embargo, no notaron que la situación los rebasaba —Miliukov fue abucheado al proponer una monarquía constitucional a las masas—. El segundo polo de poder fue el renacido Soviet de Petrogrado, que congregó desde el 27 de febrero a representantes de soldados y obreros, con una abrumadora mayoría de mencheviques y SR. El menchevique georgiano Nikoloz Chjeídze fue elegido como su presidente. En los siguientes días, el Soviet obtuvo el control de la ciudad y de la revolución, gracias a que miles de soldados se afiliaron a él. De inmediato el Soviet aprobó la "Orden No. 1": que todo soldado acatara las órdenes del Comité Temporal siempre y cuando no contradijeran las del Soviet. De ese modo inició el periodo de lo que Lenin llamó "poder dual" *(dvoevlastie):* el Soviet tenía el poder real pero carecía de autoridad formal, mientras que el Comité Temporal poseía la autoridad formal pero sin ejercer poder real. Para ganar legitimidad, el Comité Temporal envió a Guchkov y otros diputados a Pskov para encontrarse con Nicolás II en su tren y sugerirle que abdicara. El entonces emperador más poderoso de Europa aceptó con una asombrosa calma y abdicó en favor de su hermano Mijaíl, pero éste era tan liberal que declinó el trono mientras no se lo ofreciera una asamblea constituyente. La marcha de los acontecimientos impidió que esto sucediera. La dinastía Románov, con más de tres siglos en el poder, cayó de una forma relativamente pacífica, poniendo fin a más de un milenio de monarquía en las tierras rusas.

El Comité Temporal se erigió en "Gobierno Provisional" el 3 de marzo de 1917. Se eligió como primer ministro a Gueorgui Lvov, viejo kadete, la figura más conciliadora del nuevo gabinete, conformado por

los principales líderes de la Duma bajo la promesa de convocar una asamblea constituyente. Su composición era pluripartidista: había octubristas (Guchkov en Guerra), kadetes (Miliukov en Asuntos Exteriores) e incluso socialistas como Kérenski (Justicia), cuyo agudo cálculo político lo llevó a afiliarse una vez más a los SR al darse cuenta de que era el partido más popular del país. Kérenski era, además, el único miembro del Gobierno Provisional que también pertenecía al Soviet de Petrogrado —del que era vicepresidente—, lo que le daba una gran ventaja política sobre sus colegas. El 22 de marzo, Estados Unidos fue el primer país en reconocer al Gobierno Provisional, seguido de Gran Bretaña, Francia e Italia —aliados militares de Rusia—. Esto no era tanto un guiño hacia el liberalismo ruso como una conveniencia geopolítica, pues el Gobierno Provisional deseaba, contrario al clamor popular, continuar la guerra y llevar a Rusia a la victoria. El problema era que el Soviet controlaba a los soldados y que, como llegó a decir Guchkov, el gobierno sobrevivía tan sólo porque el Soviet se lo permitía. Miliukov garantizó a los aliados una nueva ofensiva desde el este contra Alemania y Austria, pero la respuesta en las calles de Petrogrado fue negativa. Miliukov y Guchkov tuvieron que renunciar en abril por las protestas antibélicas y el primer ministro Lvov negoció un gobierno de coalición con representantes del Soviet. De ese modo se incorporó al gabinete el líder de los SR, Víktor Chernov (Agricultura), y dos mencheviques, mientras que Kérenski pasó a Guerra.

Los bolcheviques decidieron no pertenecer al Gobierno Provisional por su composición "burguesa". Esta facción del POSDR ganó influencia en el Soviet en cuanto Lenin volvió del exilio en abril con ayuda financiera de Alemania, interesada en apoyar el pacifismo de éste y la salida de Rusia de la guerra para estabilizar el frente oriental. En sus *Tesis de abril,* pronunciadas en el Soviet y publicadas en *Pravda* —que imprimía casi 100 mil copias diarias con financiamiento alemán—, Lenin llamó a los soviets de todo el país a derrocar al Gobierno Provisional "burgués" e "imperialista", a detener la guerra y crear una república "de trabajadores, agricultores y campesinos". Fue en ese momento cuando figuras como Trotski, hasta entonces menchevique, se pasaron al bando de Lenin. Los bolcheviques ascendieron en el Soviet de Petrogrado y en la calle gracias a su discurso pacifista, mientras que los mencheviques y SR, incorporados ya al gobierno belicista, perdieron influencia popular.

Los llamados directos de Lenin a las masas seducían a los sectores populares (urbanos) más que sus planes políticos: "¡Todo el poder para los soviets!" implicaba un gobierno revolucionario de obreros, campesinos y soldados, mientras que "¡Paz, pan y tierra!" sugería una solución inmediata de los problemas heredados del zarismo y del esfuerzo bélico que el gobierno en turno no conseguía resolver. El recrudecimiento del desabasto y el avance de las tropas alemanas hacia la capital otorgaron aún más apoyo a los bolcheviques en el verano de 1917. En febrero contaban con 24 mil afiliados y a fines de abril con más de 100 mil, pero todavía en junio, cuando se reunió el Primer Congreso Panruso de Soviets, contaban con apenas 105 de los más de mil delegados.

En julio, Kérenski diseñó una nueva ofensiva militar que ganó terreno a Austria en Galicia, pero los alemanes avanzaron en el frente báltico y muchas tropas rusas se rehusaron a aceptar órdenes. La Ofensiva Kérenski resultó un fracaso que debilitó aún más al Gobierno Provisional y comprobó que la moral entre los soldados era irrecuperable. El día en que colapsó la ofensiva (3 de julio) estallaron manifestaciones masivas en la capital; tal era la influencia bolchevique que medio millón de inconformes marchaban con pancartas que rezaban "¡Todo el poder para los soviets!" El Gobierno Provisional —con el aval de SR y mencheviques— disolvió las protestas por la fuerza dejando casi mil muertos y ordenó el arresto de Lenin, quien huyó a Finlandia. La represión divorció a muchos sectores populares del gobierno en el que habían puesto alguna esperanza y de los partidos socialistas que lo conformaban. Los "Días de Julio" dejaron ver que el gabinete no planeaba renunciar a la guerra ni cuestionar la forma en que se manejaba. Muchos revolucionarios se sintieron "traicionados" por el Gobierno Provisional, pero los bolcheviques también perdieron peso. La crisis produjo cambios en el gabinete. Los kadetes salieron de la coalición y Lvov renunció como primer ministro, cargo que ocupó Kérenski desde el 21 de julio en un nuevo gobierno compuesto en su mayoría por socialistas moderados.

Aleksandr Kérenski era el líder indiscutible de la que se llamó Revolución de Febrero. Pronto iniciaría —espontáneamente— un culto popular a su personalidad, que él aprovechó distribuyendo retratos suyos a las masas. Kérenski se convirtió en el sustituto del zar como receptor de peticiones populares. Sus acalorados discursos ante el Soviet contrastaban con su moderación al frente del gobierno. Para Figes y

Kolonitski, el culto a Kérenski se convirtió en el factor más importante de la vida política rusa en el verano de 1917. Un soldado llegó a escribir: "Vivo en las trincheras, pero olvido mis problemas y soy feliz porque un dirigente tan glorioso y amado como el ministro Kérenski está a la cabeza de nuestro revolucionario ejército del pueblo". El problema era que todo esto lo convertía en el único responsable de la situación y el único a quien culpar. Aunque sobrevivió a la presión de las izquierdas en los Días de Julio, en agosto el gobierno, ya encabezado por Kérenski, enfrentaría un nuevo intento de derrocamiento ahora desde las derechas. El primer ministro designó al popular general Lavr Kornílov como comandante en jefe del ejército, quien presionaba para restablecer el orden en la capital y la disciplina en el frente. A fines de agosto, en cuanto Riga cayó en manos alemanas, Kornílov movilizó sus tropas hacia Petrogrado contra el Gobierno Provisional, pero el Soviet y los bolcheviques, alertas a la intentona golpista, se organizaron mediante el control de ferrocarriles, comunicaciones y prensa para confundir y limitar el avance de los sublevados. Kornílov fue arrestado, el Gobierno Provisional perdió más apoyo y la opción bolchevique recuperó prestigio. Kérenski había ordenado repartir armas al Soviet para resistir la "contrarrevolución" de Kornílov, muchas de las cuales quedaron en manos bolcheviques. Para septiembre el partido de Lenin ya había conseguido la mayoría de delegados en la sección obrera del Soviet y Trotski fue elegido como líder del mismo; los bolcheviques obtuvieron, también, la mayoría en los soviets de ciudades importantes como Minsk, Kiev, Sarátov, Samara y Taskent.

El Gobierno Provisional, aunque demasiado limitado, concretó no pocas cosas en sus ocho meses de duración: convirtió a Rusia en el Estado más progresista de Europa, cuando antes había sido el más conservador. Separó a la Iglesia del Estado al poner las escuelas religiosas bajo control estatal. La libertad de expresión y prensa fue, con algunas salvedades, realmente ilimitada, y se abolió la pena de muerte —uno de los puntos a los que Kornílov se oponía—. Se otorgó autogobierno a Finlandia, Estonia y Ucrania, las cuales establecieron administraciones locales que reconocieron la autoridad del Gobierno Provisional ruso a cambio de mantener su autonomía. El 14 de septiembre, tras el golpe fallido de Kornílov, Kérenski creó un directorio de cinco miembros que convirtió a Rusia en una "República", suprimió oficialmente la Duma

para preparar la anhelada asamblea constituyente y formó una nueva coalición con una notable presencia de mencheviques y tecnócratas apartidistas. No obstante, ya era tarde. Los logros del Gobierno Provisional fueron obnubilados por el vacío de poder evidenciado por Kornílov y el constante avance alemán hacia Petrogrado sin oposición. La popularidad de Kérenski menguaba y la de Lenin iba en ascenso. Era cuestión de tiempo para que algún actor bien organizado tomara el poder en sus manos y el único preparado logísticamente para ello era el partido bolchevique.

El 10 de octubre de 1917 Lenin sometió a votación del Comité Central del partido bolchevique un levantamiento armado inmediato, aprobado por mayoría. El día 23 el bolchevique Jaan Anvelt dirigió una asonada exitosa en Tallin. El 25 de octubre (7 de noviembre en el Calendario Gregoriano) los bolcheviques, dirigidos por Lenin y Trotski, tomaron el Palacio de Invierno en Petrogrado, donde sesionaba el Gobierno Provisional. La historiografía más reciente revela que esta "Revolución de Octubre" fue mucho menos heroica de lo que se reconstruiría después; los sublevados ocuparon los principales edificios de gobierno en la capital prácticamente sin resistencia. Kérenski huyó a Pskov, desde donde intentó retomar Petrogrado en los siguientes días, pero fracasó y tuvo que exiliarse. El levantamiento bolchevique se programó, sin ser coincidencia, para el día en que se inauguró el Segundo Congreso Panruso de Soviets, donde contaban ya con 60% de los delegados. En cuanto la mayoría de los representantes del Partido de los Socialistas Revolucionarios y de la delegación menchevique se retiraron del Congreso en protesta, se aprobó la transferencia de poder del Gobierno Provisional a los soviets. De esta manera se formó el Consejo de Comisarios del Pueblo *(Soviet Naródnyj Kommissárov* o *Sovnarkom),* nuevo gobierno con Lenin a la cabeza como "presidente" *(predsedátel).* Lenin formó un gabinete repleto de bolcheviques: Trotski obtuvo el Comisariado de Asuntos Exteriores, mientras que un bolchevique georgiano, Iósif Dzhugashvili ("Stalin"; 1878-1953), se convirtió en Comisario para Asuntos de las Nacionalidades; Anatoli Lunacharski fue designado en Educación y Alekséi Rykov en Asuntos Internos. Se trató del primer gobierno en el mundo que otorgó a una mujer un puesto ministerial: Aleksandra Kollontái, ministra de Bienestar Social. Una semana después, los bolcheviques ya controlaban Samara, Ekaterimburgo, Rostov,

Nizhni Nóvgorod, Minsk, Kazán y Moscú, pero no lograron hacer su revolución en ciudades vitales como Kiev. Sin duda, la línea dura vertical del partido de Lenin permitió disciplinar a soldados y demás sublevados a la hora de tomar los edificios de las administraciones regionales.

El *Sovnarkom* emitió dos decretos el día de su inauguración: el Decreto de Paz, o sea el cese de hostilidades contra la Triple Alianza —con lo que Rusia salió finalmente de la Primera Guerra Mundial—, y el Decreto sobre la Tierra, que abolió la propiedad privada en el campo sin compensación y nacionalizó la tierra para redistribuirla entre los campesinos. Los bolcheviques no estaban solos en su reorientación muy particular de la revolución rusa: una facción radical de los socialistas revolucionarios, los "SR de izquierda", reconoció al *Sovnarkom* y se incorporó a él en noviembre, obteniendo puestos ministeriales en Agricultura y Justicia, lo cual legitimó el golpe bolchevique. Los SR de izquierda veían con buenos ojos el Decreto sobre la Tierra —que a fin de cuentas Lenin tomó de ellos— y apoyaron al nuevo gobierno con sus influencias en el campo. Una mirada a los decretos que siguieron revela la naturaleza ideológica del partido bolchevique. El *Sovnarkom* instituyó una jornada laboral de ocho horas y el "control obrero" de las fábricas, se declaró la educación pública y gratuita, se "abolieron" las clases sociales y la inequidad entre nacionalidades, se nacionalizó la propiedad eclesiástica y se formó el Soviet Supremo de Economía Popular, que dirigiría una economía planificada que regulara toda la industria. Se nacionalizaron todos los bancos y sindicatos. Se instauró el matrimonio civil y la igualdad jurídica entre hombres y mujeres. Desde el 1° de enero de 1918 el Comisariado de Educación transformó la ortografía rusa: quitó letras "arcaicas" del alfabeto y simplificó la escritura. En febrero de 1918 se adoptó el Calendario Gregoriano, simbolizando la entrada de Rusia en la "modernidad". Se instituyó una Comisión de Emergencia *(Chrezvycháinaia Komíssiya* o *Cheká),* unidad policiaca encargada de reprimir cualquier acto considerado "contrarrevolucionario". Los bolcheviques sabían que para obtener mayor legitimidad debían atenerse, aunque de manera incómoda, a la promesa de convocar a una asamblea constituyente. El 12 de noviembre de 1917 más de 41 millones de personas votaron en todo el país libremente para elegir a sus constituyentes. Aunque los bolcheviques tenían el poder *de facto,* en los comicios los SR obtuvieron un triunfo aplastante de 41% sobre el

partido de Lenin, que apenas consiguió 23.5%; kadetes y mencheviques obtuvieron menos del 5% de la votación. El ejercicio electoral reveló que los bolcheviques eran más fuertes en las áreas urbanas de la Rusia europea (donde ya gobernaban) pero que en el campo, en Siberia y en la periferia, donde su influencia era escasa, tenían muy poco apoyo.

1917 terminó como había iniciado: sumido en la incertidumbre. La inquietud en todas las regiones del antiguo Imperio ruso en cuanto se constituyó el Gobierno Provisional en febrero era casi igual a la que los bolcheviques trajeron en octubre, exacerbada en cuanto perdieron las elecciones a la asamblea constituyente. Lo que los comicios mostraron era que Rusia, once meses antes el Imperio más conservador del mundo, decidió abocarse a la izquierda del espectro político, y una bastante radical, pero también que el país era abrumadoramente rural —de ahí el triunfo de los SR—. A fines de 1917 el gobierno de Lenin tenía todo menos la seguridad de que contaba con apoyo en la mayoría de las regiones del país, sin lo cual los bolcheviques no podrían extender su revolución al resto del mundo. Para empezar, debían quitarse del camino lo que veían como trabas principales: la Constituyente y otros partidos políticos. El 5 de enero de 1918 la Asamblea Constituyente electa inició sesiones en el Palacio de Táuride y se eligió a Chernov, líder de los SR, como su presidente. Los diputados bolcheviques tenían una abrumadora mayoría en su contra. Cuando la Asamblea rechazó la autoridad del *Sovnarkom* y propuso una "república democrática federal", los diputados bolcheviques y los "SR de izquierda" salieron del edificio en protesta. Al día siguiente, Lenin decretó la clausura de la Asamblea y convocó a un Tercer Congreso Panruso de Soviets, en el que los bolcheviques sí contaban con la mayoría de los delegados. Este Congreso decidió renombrar al país como República Soviética Federativa Socialista Rusa (RSFSR), adoptar el federalismo y sentar las bases de una constitución bajo los términos bolcheviques, promulgada en julio de 1918. Lenin eliminó así la primera traba para el uso de poder irrestricto, con lo que cimentó las bases y el *modus operandi* del primer Estado socialista de la historia.

X
LOS AÑOS DE LAS CIFRAS DESCOMUNALES (1918-1945)

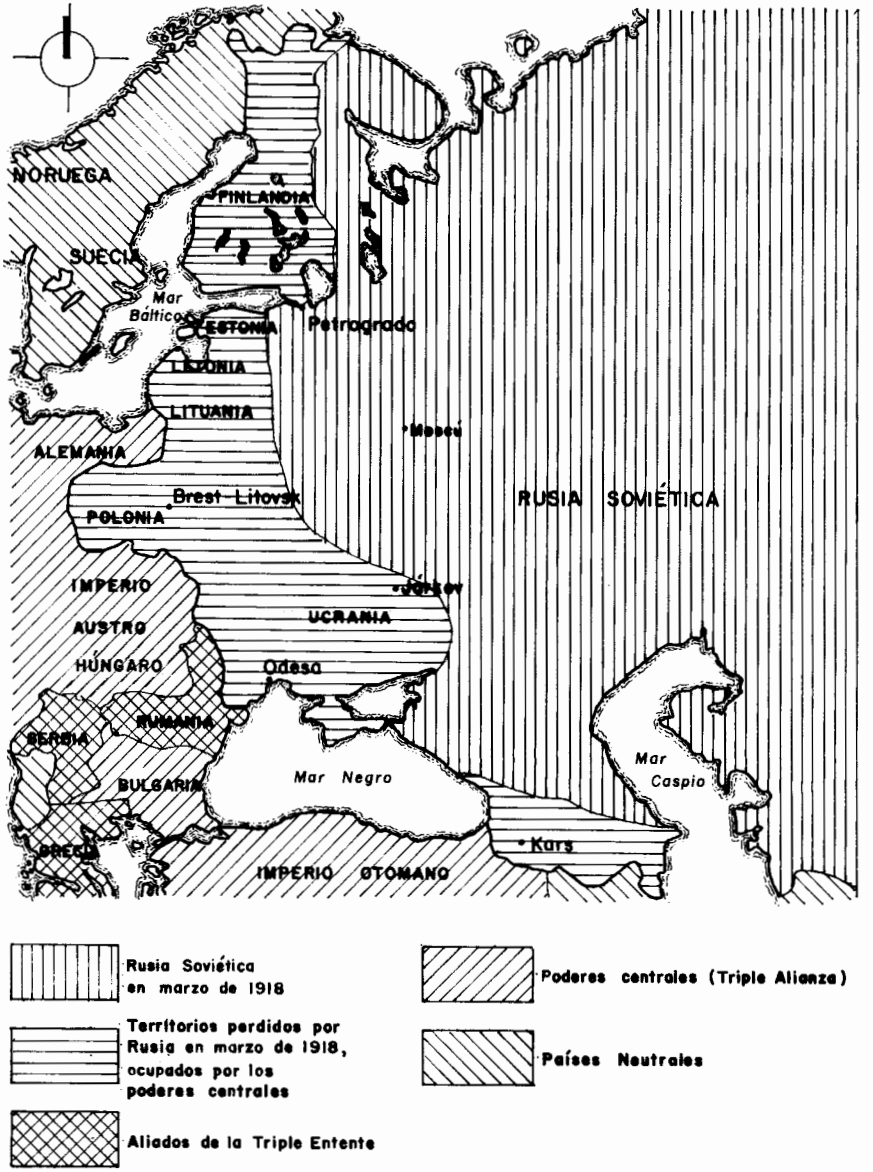
LA GUERRA CIVIL

Para propagar su revolución los bolcheviques debían controlar primero todo el país, pues su hegemonía a principios de 1918 se limitaba a las zonas urbanas de la Rusia europea. Los últimos días de 1917 pusieron a prueba a Lenin en ese sentido, pues tuvo que otorgar la independencia a Finlandia —reconocida el 4 de enero de 1918— como una carga menos ante el montón de problemas que se acumulaban. La frontera se dejó como estaba, a escasos kilómetros de Petrogrado. Pese a que Finlandia ya era independiente, la situación de incertidumbre en Rusia se trasladó hacia allí. En enero de 1918 el ala radical del Partido Socialdemócrata finés produjo una sublevación en el sur urbano para instalar un gobierno socialista, primera réplica del bolchevismo fuera de Rusia. Finlandia se polarizó provocando una guerra civil de enero a mayo de 1918, entre "rojos" (comunistas), asistidos por los bolcheviques con escaso armamento, y "blancos" (anticomunistas), comandados por Carl Mannerheim, viejo general zarista finés. Los blancos vencieron tanto por el genio militar de Mannerheim como por el batallón que Alemania —aún con posibilidades de ganar la Gran Guerra en ese momento— envió en su ayuda. El 5 de marzo de 1918 un destacamento de tropas alemanas desembarcó cerca de Helsinki para apoyar a los blancos fineses. La reacción del *Sovnarkom* fue decretar ese mismo día el traslado de la capital rusa de Petrogrado, que estaba demasiado cerca de la frontera finesa, a Moscú.

El 3 de marzo de 1918 Trotski firmó por Rusia el Tratado de Brest-Litovsk con los poderes centrales, retirando así al país de la guerra mundial a costa de grandes cantidades de territorio. Lenin se opuso al inicio a otorgar concesiones territoriales, pero Alemania presionó ocupando Ucrania en febrero durante la Operación Faustschlag —sin oposición por el colapso del ejército ruso— y amplió el frente hasta llegar a 130 kilómetros de Petrogrado. Obligados por las circunstancias, los bolcheviques firmaron la paz bajo los términos alemanes, el precio a pagar

para pacificar Rusia y continuar la revolución. En el tratado, Rusia cedió sus pretensiones sobre Estonia, Letonia, Lituania, Finlandia y las nacientes repúblicas de Ucrania y Bielorrusia a los poderes centrales. Polonia, ocupada desde 1915, ni siquiera se mencionó en el escrito, mientras que Moldavia optó por incorporarse al Reino de Rumanía. Rusia también devolvió al Imperio otomano la provincia de Kars en la costa del Mar Negro. Desde 1915 Alemania había administrado los territorios que ocupaba en la periferia occidental del Imperio ruso, impulsando elementos nacionalistas locales (anti-rusos) en cada región. En Ucrania se constituyó una república en marzo de 1917 encabezada por el historiador Myjailo Hrushevski, que reconoció la autoridad del Gobierno Provisional ruso a cambio de autonomía; sin embargo, tras la Revolución de Octubre, Ucrania declaró su independencia. Los bolcheviques tomaron Kiev en febrero de 1918 pero pronto retrocedieron ante las condiciones de Brest-Litovsk. En ese momento, Alemania se convirtió en "protectora" de la soberanía ucraniana —pero sobre todo en absorbente de grano y de carbón en el *Donbás*—. El 29 de abril de 1918, día en que el parlamento ucraniano *(Rada)* adoptó una nueva constitución, Alemania instaló un gobierno títere en Kiev encabezado por Pável Skoropadski, antiguo oficial zarista que se declaró "atamán" del Estado ucraniano. Ucrania pronto se recuperó y estabilizó gracias a la ayuda alemana; sin embargo, conforme Berlín se acercaba a la derrota en la guerra a fines de 1918, el apoyo a Skoropadski disminuyó y el ejército nacionalista ucraniano de Symón Petliura retomó Kiev en diciembre —el escritor Mijaíl Bulgákov (1891-1940) vivió estos sucesos y dejó testimonio en *La guardia blanca* (*Biélaya Gvardia;* 1926)—. Petliura reestableció la República ucraniana bajo un directorio en febrero de 1919. Como si del siglo XII se tratase, Kiev cambiaría de manos catorce veces en cinco años (1917-1921). En Bielorrusia el nacionalismo, históricamente débil, no llegó a formar más que una efímera "República Popular Bielorrusa" en marzo de 1918 con apoyo alemán.

Sin estos territorios, para marzo de 1918 Rusia era un país debilitado, con problemas más graves que las pérdidas territoriales. No sólo los "SR de izquierda" habían salido del gobierno en protesta por los términos de Brest-Litovsk, minando la legitimidad de los bolcheviques, sino que, a fines de 1917, varios exoficiales del ejército zarista comenzaron a reclutar en Novocherkassk, al sur de la Rusia europea, un "Ejército



Mapa 9. Territorio cedido por Rusia en el Tratado de Brest-Litovsk (marzo de 1918)

Voluntario" liderado por los generales Lavr Kornílov —el mismo que intentó derrocar al Gobierno Provisional en agosto de 1917— y Mijaíl Alekséiev —viejo comandante en jefe del ejército zarista—, con el fin de "liberar" a Rusia de los bolcheviques. Estos generales "blancos" no sólo no podían aceptar las políticas comunistas, sino tampoco la humillación de ceder territorio (y menos a Alemania) a cambio de paz. No obstante, ni Kornílov, ni Alekséiev, ni el resto de comandantes blancos —Antón Denikin, jefe del estado mayor de Kornílov; Piotr Wrángel, oficial noble de élite; o el almirante Aleksandr Kolchak, quien comandará los ejércitos blancos en Siberia— eran monárquicos. Habían sido fieles al zarismo y ascendido en él, pero la mayoría había aceptado con resignación la Revolución de Febrero y combatido en nombre del Gobierno Provisional. Su objetivo común, acaso el único, era acabar con los bolcheviques y restaurar la Asamblea Constituyente, por lo que fueron apoyados por kadetes, mencheviques y SR en un primer momento. El amplio movimiento blanco era una reacción de sectores muy diversos con la meta común de derrocar al poder "rojo" o bolchevique. Otro problema derivado de Brest-Litovsk era que los Aliados (Estados Unidos, Inglaterra, Francia, Japón) se negaban a reconocer al gobierno de Lenin debido a su pacifismo y deseaban que Rusia regresara a la guerra para distraer a Alemania y Austria desde el este. Por tal motivo, los Aliados decidieron intervenir por separado en Rusia y apoyar a los blancos aunque de manera limitada, con tropas o dinero. Esto permitió a los bolcheviques, a su vez, explotar un sentimiento patriótico basado en expulsar a los "imperialistas" y sus secuaces blancos de Rusia. En respuesta Trotski, Comisario de Guerra a partir de marzo de 1918, creó el Ejército Rojo reclutando a los "mejores elementos entre la clase obrera", lo cual fue bien recibido, pues garantizaba a los reclutas un grado mínimo de subsistencia en un país con una economía despedazada.

La Guerra Civil rusa comenzó en el sur, en Rostov del Don. El 10 de diciembre de 1917 el soviet local tomó la ciudad para los bolcheviques y cinco días después el Ejército Voluntario se la arrebató. Al controlar las cuencas del Don y del Kubán, los blancos se hicieron con recursos mediante su propia política fiscal, con donaciones de la burguesía y de la clase adinerada exiliada en el sur, además del posterior financiamiento de las potencias aliadas. El primer embate bolchevique en febrero de 1918 replegó a los blancos del Don hacia el Cáucaso norte, donde

se vieron obligados a forjar alianzas con las poblaciones locales, los cosacos. En un inicio los cosacos del Don y del Kubán apoyarán a los blancos pues éstos les prometerán autonomía, pero al morir Kornílov en abril y Alekséiev en septiembre de 1918, la relación se tensaría, pues los nuevos líderes blancos hablarán —conforme se politice más la causa— de una "Gran Rusia" gloriosa e indivisible, sin lugar a autonomías. Los rojos no eran mejores en ese sentido aunque prometieran el federalismo, y los cosacos lo sabían, pero representaban la única alternativa en cuanto los blancos se tornaron violentos y se impusieron por la fuerza a la reticente población local para subsistir.

Irónicamente, a los blancos antigermánicos les convenía el avance alemán pues debilitaba a los bolcheviques, a pesar de que para ambos bandos no podía concebirse a Rusia sin la Pequeña Rusia (Ucrania) ni la Rusia Blanca (Bielorrusia). Aunque también les incomodaba la independencia finesa, los blancos esperaban que Mannerheim cruzara la frontera y tomara Petrogrado, pero Finlandia se dedicó a reconstruirse tras su guerra civil. El cambio de capital a Moscú también convenía al Ejército Voluntario pues quedaba más cerca del sur: la obsesión de Denikin, principal líder blanco a la muerte de Kornílov, era llegar a Moscú por la vía más rápida. Wrángel se destacaría como el general blanco más capaz al tomar Stávropol en noviembre; más tarde, en junio de 1919, capturaría Tsaritsyn (Volgogrado) con la ayuda de tanques británicos, aunque no conseguiría establecer un puente con Kolchak en Siberia. Pronto surgieron otros ejércitos blancos como el de Yevgueni Miller en Arjángelsk —apoyado por una escuadra británica en el Mar Blanco— y el de Nikolái Iudénich en Estonia —asistido desde el Báltico por otra escuadra inglesa y por nacionalistas estonios—. Iudénich estuvo a pocas de tomar Petrogrado en octubre de 1919, pero Trotski organizó una resistencia notable y replegó a los blancos de allí en el invierno.

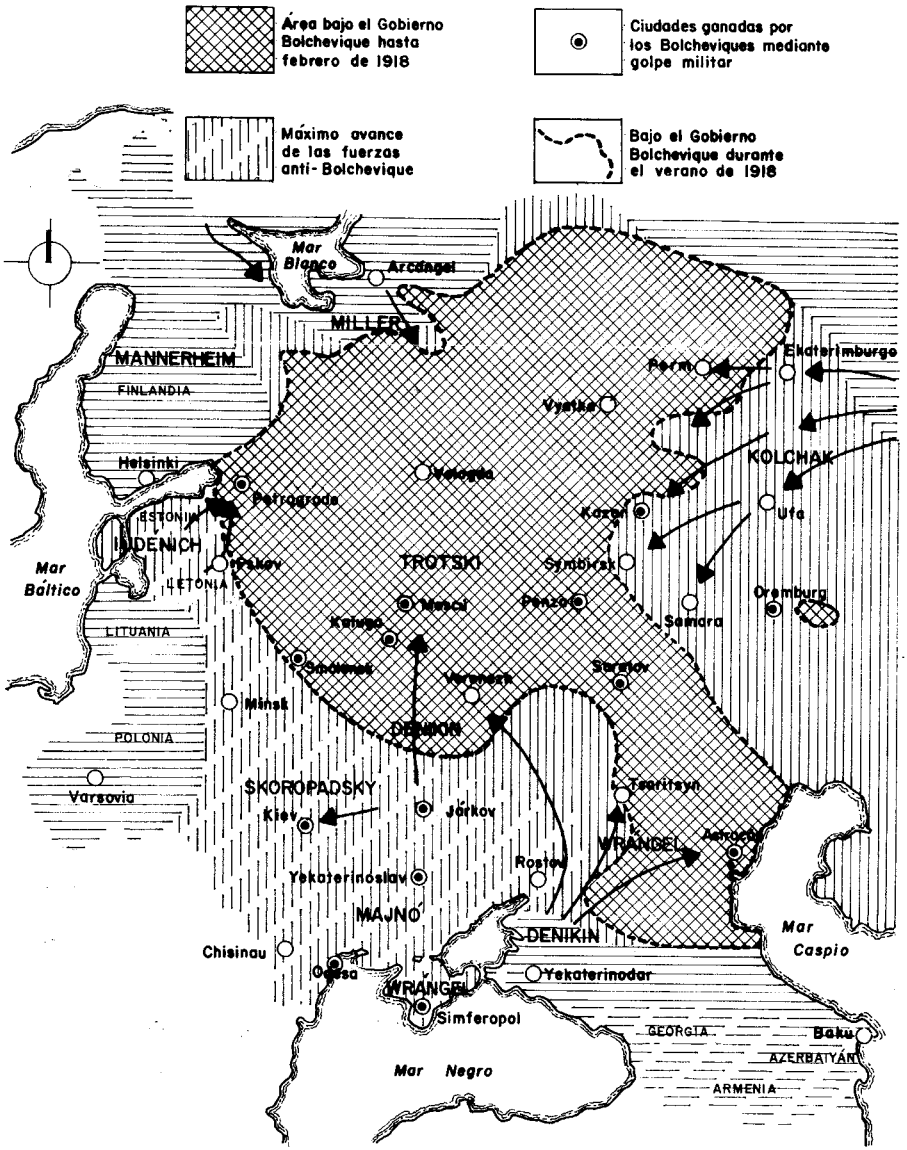
En Siberia y los Urales la Guerra Civil se vivió de forma no menos intensa. En Omsk se formó a principios de 1918 un "Gobierno Provisional" compuesto por kadetes y más tarde, en Samara, un "Comité para la Salvación de la Asamblea Constituyente" *(Komuch),* repleto de socialistas revolucionarios a quienes se oponían sectores conservadores que veían en los SR un mal idéntico a los bolcheviques, lo que habla de la poca unidad entre los blancos. A decir de Richard Luckett, en Siberia —donde hubo 19 gobiernos "de toda Rusia" durante la Guerra Civil—

el apoyo a los bolcheviques era escaso debido al individualismo y a la "mentalidad fronteriza" de la población, pues era un coto de la propiedad privada que se benefició con las reformas de Stolypin. Además de esto hubo dos factores adicionales que fueron fundamentales en el frente siberiano: primero, la preponderancia del almirante Kolchak, quien unificó a diversos grupos blancos en Omsk bajo una dictadura como "Líder Supremo de Todas las Rusias" y removió a los SR de su gabinete con ayuda británica. A partir de entonces, los SR se sublevarían contra blancos y rojos por igual, recurriendo a sus viejas tácticas terroristas. Kolchak obtuvo enormes recursos cuando en agosto de 1918 se descubrieron las reservas de oro imperiales (650 millones de rublos) en la toma de Kazán, pese a que la ciudad fue retomada en septiembre por los bolcheviques. El segundo factor clave en Siberia fue la Legión Checoslovaca, una fuerza de 40 mil checoslovacos conformada en su mayoría por voluntarios alistados en el ejército ruso durante la Gran Guerra para liberar a su país del dominio austriaco, quienes ahora buscaban volver a sus tierras. Sin embargo, con la imposición austro-alemana en el este de Europa tras la paz de Brest-Litovsk, les era imposible regresar; debían viajar a Vladivostok y dar la vuelta al globo por el Pacífico. Lenin les permitió usar el tren transiberiano, pero en mayo de 1918 Trotski ordenó arrestar a varios de ellos por una riña en Cheliábinsk. La Legión entera se amotinó, tomó el control del transiberiano, ocupó Perm en diciembre y terminó incorporándose al ejército de Kolchak. La sublevación checoslovaca produjo dos consecuencias: primero, que el presidente estadunidense Woodrow Wilson enviara una fuerza a Siberia para asegurar el paso de la Legión hasta el Pacífico —lo cual produjo una nueva intervención extanjera susceptible de politizarse en favor de los rojos—; en segundo lugar, con este refuerzo los blancos emprendieron una ofensiva en los Urales que propició la ejecución, en julio de 1918, de Nicolás II y su familia a manos bolcheviques en Ekaterimburgo, pues se temía que fueran liberados y convertidos en símbolo de la resistencia blanca.

El Armisticio del 11 de noviembre de 1918 que puso fin a la Primera Guerra Mundial cambió el curso de la Guerra Civil en Rusia. La derrota alemana permitió anular el Tratado de Brest-Litovsk y recuperar los territorios perdidos en el oeste, hacia donde el Ejército Rojo inició su avance en nombre de la revolución proletaria. La consecuente caída de

Skoropadski en diciembre creó un vacío de poder en Ucrania, donde se reavivó la guerra civil entre los nacionalistas de Petliura, los bolcheviques atrincherados en Járkov y los blancos en la cuenca del Don. En las regiones centrales y meridionales de Ucrania surgió otro actor que fue dolor de cabeza para todos, el Ejército Revolucionario Insurreccional de Ucrania o "Ejército Negro", fuerza campesina liderada por el anarquista Néstor Majnó, que llegó a tener casi 100 mil hombres. Los bolcheviques retomaron Minsk en enero de 1919, pero no pudieron penetrar en los países bálticos, donde la alianza de milicias nacionalistas locales y voluntarios alemanes frenó al Ejército Rojo, inaugurando la vida independiente de Estonia, Letonia y Lituania. Con el Armisticio la intervención aliada en Rusia perdió su razón de ser. Ya no había una situación de guerra mundial como para justificar la presencia de tropas inglesas, estadunidenses y japonesas en territorio ruso. No obstante, Francia desembarcó un destacamento senegalés en Odesa en diciembre de 1918 para "restablecer el orden" y apoyar a los blancos, pero se retiró en abril de 1919. Otra consecuencia del Armisticio fue que la retirada de las tropas alemanas permitió a los bolcheviques comprarles armas a muy bajo precio.

Dentro de Rusia los combates entre rojos y blancos se prolongaron hasta 1921. En el sur, Denikin y Wrángel se abrieron paso hacia Moscú en el verano de 1919 con la captura de Tsaritsyn, Járkov, Kiev, Kursk y Oriol, que los acercó a sólo 400 kilómetros al sur de la capital, pero a partir de octubre el Ejército Rojo los replegó al trasladar fuerzas desde Siberia. A inicios de 1920 el Ejército Voluntario perdió el sur y tuvo que huir por mar de Novorossiisk hacia Crimea para reagruparse. Wrángel tomó el lugar de Denikin como comandante en jefe tras este fiasco y reorganizó la resistencia en la península, pero una tregua entre las fuerzas bolcheviques de Mijaíl Frunze y los campesinos de Majnó expulsó a los blancos de Crimea en noviembre de 1920; inmediatamente después, los rojos aniquilaron a los "majnovitas". En Siberia, luego de repeler una ofensiva blanca en la primera mitad de 1919 en los Urales, las fuerzas rojas de Frunze y de Mijaíl Tujachevski avanzaron al este. Tomaron Cheliábinsk en julio de 1919 y el ejército de Kolchak ya no pudo reponerse. En noviembre el "Líder Supremo de Todas las Rusias" tuvo que huir de Omsk a Irkutsk. Su gobierno cayó cuando los SR se sublevaron y facilitaron la captura y ejecución de Kolchak en Irkutsk en



Mapa 10. Máximo avance de las tropas blancas en la Guerra Civil (verano de 1918)

febrero de 1920. Al anexar la República del Lejano Oriente, un Estado pro-bolchevique con capital en Chitá fundado en abril de ese año, Rusia se reunificó bajo la bandera bolchevique.

Diversos factores explican la victoria del bando rojo en la Guerra Civil. En primer lugar, los blancos estaban muy divididos, política y geográficamente, mientras que los rojos dominaban un territorio compacto con líneas de comunicación directas y mayor cohesión política debido a la férrea disciplina en el partido de Lenin. En segundo lugar, los bolcheviques controlaban no sólo la desarrollada base administrativa, telegráfica, telefónica y ferroviaria de la Rusia europea, sino también la industrial y militar, en especial las fábricas de municiones de Tula y Petrogrado, mientras que los blancos, aunque contaban con apoyo internacional, veían sus suministros de armas disminuidos en muchas ocasiones debido a los cuellos de botella que los detenían en los puertos y por la amplia corrupción portuaria y aduanera, con lo que los cargamentos terminaban en manos de los rojos. La política económica del gobierno de Lenin fue también más efectiva. Se estableció la táctica llamada Comunismo de Guerra *(Voiénny Kommunizm):* centralización económica, nacionalización de la industria y requisición obligatoria de grano entre los campesinos para mantener las tropas a flote y a los obreros produciendo municiones, lo que desacreditó a los bolcheviques en muchas zonas rurales pero les permitió un gran control de la producción de guerra. Como paréntesis, pese a que el programa agrario bolchevique gozó de buena aceptación en el campo ruso en un inicio, y de que mantuvieron el rublo tal cual lo había utilizado el Gobierno Provisional, la introducción de la requisición forzada propició el surgimiento de guerrillas campesinas ("Ejércitos Verdes") opuestas a esta política, entre las cuales los SR aún tenían bastante influencia. La rebelión más aparatosa se dio en Tambov en agosto de 1920, liderada por un miembro de los SR, Aleksandr Antónov, al mando de más de 50 mil irregulares; para el verano siguiente había sido aniquilada ferozmente por los rojos. Los blancos también sufrieron ataques de los "verdes" cuando los primeros buscaron hacerse de tierras por la fuerza: los campesinos rechazaron las monedas que Denikin, Kolchak y otros imprimían en las zonas que gobernaban y se negaron en repetidas ocasiones a venderles sus cereales. Un descontento adicional entre los campesinos fue que los blancos beneficiaban a la clase terrateniente, pero también que, entre

los blancos —sobre todo entre los mandos medios—, había demasiados simpatizantes de restaurar el zarismo; esto provocó una desconfianza campesina que en ocasiones se traducía en asistir a los bolcheviques, con el fin de defender de algún modo "la Revolución". El terror político fue otro factor que jugó a favor del gobierno de Lenin. La *Cheká,* el comité policiaco encabezado por Félix Dzerzhinski, dedicado a la represión de los elementos "contrarrevolucionarios", fue fundamental para mantener orden en los bastiones bolcheviques e imponerlo en los territorios que el Ejército Rojo iba "liberando". El modelo bolchevique de gobierno comenzará allí, en esas circunstancias de guerra interna: movilizar a la población contra los enemigos de clase, requisar grano en nombre del progreso industrial, recurrir a la represión ante la mínima sospecha de disenso. Esta experiencia será fundamental para entender la militarización de la política y la sociedad que dominará en el modelo soviético. Los blancos fueron menos disciplinados en este sentido, pero no menos violentos. Durante la Guerra Civil se dieron los pogromos antijudíos más sangrientos de la historia rusa, sobre todo en Ucrania, donde tanto los blancos como los nacionalistas ucranianos los persiguieron en masa ante la creencia del apoyo judío a los bolcheviques —un famoso cartel de propaganda blanca mostraba a Trotski, de origen judío, caricaturizado como un demonio azotando a Rusia—; asimismo, la población judía también fue la principal víctima de la búsqueda de chivos expiatorios tras las crisis sociales y económicas desatadas a partir de las matanzas de la guerra europea y la civil. Las víctimas mortales de esta ola de pogromos, como lo sugiere Figes, oscila al menos entre 60 mil y 150 mil según reportes de organizaciones judías en Rusia, sin que se pueda precisar a la fecha el número exacto.

Una vez afianzados en el poder, los bolcheviques buscaron expandir sus dominios. En marzo de 1919 se creó la Internacional Comunista *(Komintern)* en Moscú, que adoptó ese nombre para distanciarse de los partidos y las Internacionales "socialistas" que habían apoyado la Gran Guerra. Esta organización pretendía congregar a todos los partidos comunistas del mundo, convirtiendo a Rusia en el núcleo del movimiento comunista mundial. En ese año surgieron "Repúblicas Soviéticas" en Hungría, Eslovaquia y Baviera. Aunque de breve duración, demostraron la impronta bolchevique en la Europa de posguerra. En cuanto los Aliados en Versalles reconocieron la Segunda República polaca, lidera-

da por Józef Piłsudski —aquel joven que organizó actos terroristas contra autoridades zaristas tres lustros atrás—, éste buscó expandir su territorio para incorporar partes de las actuales Lituania y Ucrania y recuperar así las fronteras polacas previas a la partición de 1772. Era cuestión de tiempo para que los ejércitos soviéticos y polacos se encontraran. Entre febrero de 1919 y marzo de 1921 la Guerra Polaco-Soviética vio combatir a cientos de miles de hombres en los territorios desocupados por Alemania, conflicto retratado en las magníficas historias recopiladas en *Caballería Roja* (*Konarmia;* 1926) de Isaak Bábel (1894-1940). Piłsudski pudo tomar Kiev —con ayuda de Petliura— e incluso Minsk pero, conforme el Ejército Rojo ganaba terreno a los blancos, llegaban más hombres al frente occidental. Las tropas soviéticas avanzaron hasta Varsovia, donde los polacos las derrotaron en agosto de 1920. Siete meses después la paz se firmó en Riga y se estableció la frontera ruso-polaca, intacta hasta 1939. Moscú también delimitó la frontera con Estonia y Finlandia en los Tratados de Tartu (1920) y firmó el Tratado de Rapallo con Alemania (abril de 1922) en el que ambos, como poderes aislados del concierto de naciones, renunciaron a cualquier reclamación territorial y financiera, base de una buena relación y cooperación durante los siguientes diez años. Terminada la guerra con Polonia, Rusia recuperó de nueva cuenta partes considerables de Ucrania y Bielorrusia y las convirtió en Repúblicas Soviéticas Socialistas (RSS), con un estatus federal a la par de la RSFSR.

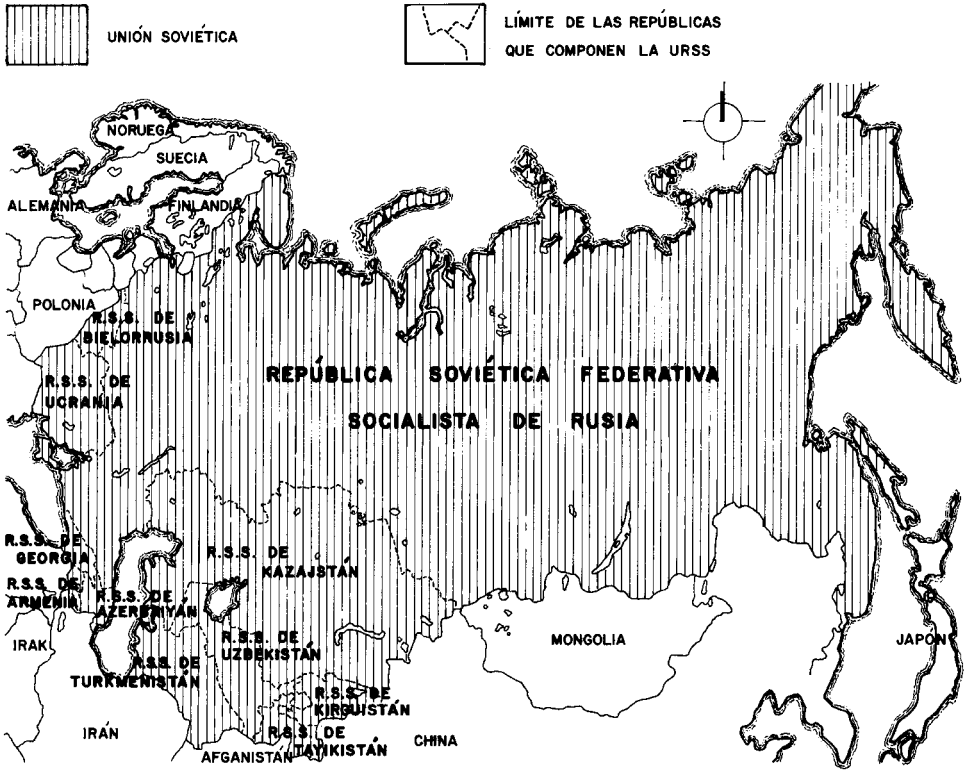
El avance del Ejército Rojo al oeste se replicó en otros frentes. Las viejas colonias rusas en el Cáucaso habían formado una República Transcaucásica antibolchevique de breve duración, que en 1918 se fragmentó en tres repúblicas distintas: Armenia, Georgia —donde los mencheviques formaron gobierno— y Azerbaiyán —primera república secular del mundo islámico—. Las tres fueron derrotadas por el Ejército Rojo en 1920 e incorporadas a Rusia con ayuda de cuadros bolcheviques locales bajo una sola República Soviética Transcaucásica, hasta que volvieron a ser separadas en 1936. Misma suerte corrieron los extensos territorios de Asia Central, donde no fue el nacionalismo sino el "panturquismo" lo que produjo el movimiento *Basmachi* —milicias islamistas turcomanas anti-rusas—, derrotado por el Ejército Rojo no sin dificultades. Allí se estableció la República Soviética Socialista Autónoma del Turquestán, dividida más tarde (desde 1924) en varias repúblicas

autónomas según arreglos étnicos. De esa manera se reunificaron los antiguos dominios del Imperio ruso bajo la égida bolchevique —salvo Finlandia, los países bálticos, Moldavia y Polonia—. El Ejército Rojo llegó incluso hasta Mongolia tras perseguir a las fuerzas blancas del infame barón Román von Ungern-Sternberg. Luego de ejecutarlo en septiembre de 1921, los bolcheviques ayudaron al Partido Popular de Mongolia a obtener el poder, haciendo de ese país un adlátere de Moscú hasta 1990.

Ocho años continuos de guerra (1914-1922) devastaron a Rusia. Las estimaciones de los historiadores, sintetiza Donald Raleigh, calculan el número de muertos tan sólo en la Guerra Civil entre siete y ocho millones de personas. Por si fuera poco, entre 1921 y 1923 un viejo fantasma rural, la hambruna, asoló la cuenca del Volga tras una nueva sequía y mató a cinco millones más. La hambruna fue tan terrible que Lenin permitió al director de la *American Relief Administration,* Herbert Hoover —más tarde presidente de Estados Unidos—, enviar asistencia humanitaria que alimentó a millones de individuos. Si a esto se suman las bajas rusas durante la Primera Guerra Mundial (casi tres millones de muertos y desaparecidos, sin contar heridos), en total en la década 1914-1924 murieron más de 14 millones de habitantes del antiguo Imperio ruso. Para rematar, casi dos millones más emigraron tras la Revolución de Octubre y la Guerra Civil, la mayoría pertenecientes a la antigua nobleza, la burguesía y la inteliguentsia, con lo que Rusia perdió a muchas de sus mentes más lúcidas —como el escritor Vladímir Nabókov (1899-1977), hijo de un kadete, o el compositor Serguéi Rajmáninov (1873-1943), entre muchos otros—.

LA NEP Y EL CURIOSO DECENIO DE 1920

El 30 de diciembre de 1922 la República Soviética Federativa Socialista de Rusia (RSFSR) y las RSS ucraniana, bielorrusa y transcaucásica firmaron el tratado que creó la Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (URSS). Con ese nombre se conocería hasta 1991 al subcontinente euroasiático desde el Báltico hasta el Pacífico. Es importante entender que, legalmente, el nuevo Estado era una unión "voluntaria" de repúblicas autónomas con el derecho a salir de ella. Cada una controlaba su pro-



Mapa 11. La Unión Soviética con las fronteras externas de 1922-1939

pio sistema judicial, educativo y de salud. Los bolcheviques diseñaron las fronteras internas de acuerdo con la presencia de los diversos grupos nacionales y se impulsó la institucionalización de la etnicidad —casi 10 mil distritos habitados por minorías étnicas se consideraron "autónomos"—. La Constitución de enero de 1924, que reemplazó a la de 1918, dio base legal a estos principios. Estipulaba que los soviets eran la unidad representativa básica del sistema y que el Congreso de Soviets de la Unión sería la máxima autoridad legislativa convocada al menos dos veces al año, conformada por representantes electos urbanos (uno por 25 mil) y rurales (uno por 125 mil). Su presidente sería el jefe de Estado de la URSS —Mijaíl Kalinin ocupó este puesto entre 1919 y 1946—. Con la institucionalización de la revolución, la *Cheká* pasó a ser la Agencia Política del Estado (OGPU), máximo aparato de seguridad. La originalidad del nuevo sistema político sería que, si bien el *Sovnarkom* detentaría el poder ejecutivo, se decretó que el partido bolchevique, ahora Partido Comunista de la Unión Soviética (PCUS), sería "guía" ideológica de la revolución como "vanguardia del proletariado", por lo que ocuparía el papel político más relevante del Estado. Ni el presidente del *Sovnarkom* —cuyo puesto equivalía al de un primer ministro— ni el del Congreso de Soviets —jefe de Estado— tendrían tanto poder como el secretario general del Comité Central del PCUS, a cuyas directrices aquéllos quedarían sujetos. Asimismo, se constituyó un "Buró Político" *(Politburó)* presidido por el secretario general, grupo selecto de políticos allegados a él, que sería el órgano con mayores facultades en la toma de decisiones, y un *Orgburó,* de función similar entre los cuadros y ascensos partidistas.

Para 1921 Rusia estaba devastada tras ocho años de guerra continua, aislada en la esfera internacional, con la hambruna en ciernes y una revolución radicalizada a partir del estado de guerra civil. La mayoría de los mencheviques, SR y miembros de otros partidos que permanecían en territorio soviético fueron expulsados o ejecutados como elementos "contrarrevolucionarios". La prioridad militar durante la Guerra Civil había destrozado la economía una vez más. El partido que tomó el poder con el lema "pan y paz" en octubre de 1917 ahora tenía dificultades para abastecer alimento en muchas zonas. Ante la situación crítica de 1921, algunas voces en el PCUS aconsejaron un relajamiento temporal para reconstruir el país. Lenin aceptó sólo al caer en la cuenta de que la

revolución proletaria había fracasado en Europa y en cuanto notó que el descontento en Rusia se extendía ya hacia sectores fieles al bolchevismo. En febrero de 1921 hubo varias huelgas obreras en Petrogrado, mientras que los marineros de la isla de Kronstadt, uno de los grupos más leales al leninismo, emitieron peticiones democráticas (socialistas en esencia) rechazadas por las autoridades, tras lo cual se amotinaron a principios de marzo. En diez días, una unidad militar encabezada por Trotski y Tujachevski retomó Kronstadt y ejecutó a los rebeldes. La oposición de mencheviques y SR era una cosa, pero la sublevación del propio proletariado era algo inesperado para los bolcheviques. Esta crisis marcó el inicio de un periodo de relajamiento oficial con concesiones a diversos sectores.

En el X Congreso del PCUS (marzo de 1921) el "comunismo de guerra" fue reemplazado por la Nueva Política Económica (NEP), que consistía en la sustitución de la requisición forzosa de grano por un impuesto fijo de 10% sobre los agricultores, a quienes se permitió vender su excedente como quisieran —es decir, a precios de mercado—. Aunque la industria permaneció nacionalizada, los directores de empresas tenían ahora libertad gerencial para buscar la "eficiencia" económica; se permitió, además, el comercio y la propiedad privada en pequeña escala. Para coordinar la interacción entre los sectores público y privado se creó el Comité de Planeación Estatal *(Gosplán),* principal órgano de planificación económica en la Unión Soviética, así como un Banco Central. Gracias a la NEP la agricultura tuvo un repunte considerable: para 1924 los precios se recuperaron y la producción agrícola regresó a los niveles de preguerra; entre 1922 y 1925 ésta creció en 64%. A pesar del énfasis bolchevique en la industria, para 1925 sólo se había reactivado el 75% de la producción industrial de diez años atrás. La Guerra Civil destruyó mucha infraestructura y la que seguía en pie era obsoleta. El problema era que no había capital para invertir en el proyecto industrial socialista. La prioridad de la NEP —reconstruir al país— no permitía cargar la mano al campo en beneficio de las manufacturas y la industria pesada. Trotski y sus aliados, Grigori Zinóviev (líder del *Komintern*) y Lev Kámenev (vicepresidente del *Sovnarkom*), propugnaban la industrialización a cualquier costo, pero Lenin defendió la NEP apoyándose en bolcheviques prominentes como el jefe de gobierno Rykov, el brillante Nikolái Bujarin y Mijaíl Tomski, líder de la Unión de Sin-

dicatos. Esta facción también contó con el apoyo de Iósif Dzhugashvili, "Stalin", designado secretario general del PCUS en abril de 1922 por iniciativa de Lenin —es decir, elegido como voz cantante de la política soviética—. Stalin era el único político que al mismo tiempo tenía un asiento en el Politburó, en el Orgburó, en el Comité Central y en la Secretaría General del Partido, con lo cual obtuvo una influencia descomunal sobre los asuntos ideológicos, políticos y administrativos del gobierno soviético, desde donde ubicó a sus aliados en puestos clave. Stalin era un político sagaz que demostraba una capacidad sorprendente para anticipar todos los escenarios posibles. Sus movimientos políticos entre 1922 y 1924 para aislar a Trotski y sus aliados iban encaminados a la sucesión.

Lenin murió enfermo el 21 de enero de 1924. Sus múltiples padecimientos fueron acelerados por una bala alojada en su cuello, producto de un atentado de los SR en agosto de 1918. Stalin había incrementado su influencia desde que Lenin se retiró por incapacidad en diciembre de 1922 y capitalizó su muerte deificando al líder de la Revolución de Octubre. El Politburó decidió preservar su cuerpo embalsamado, renombrar Petrogrado como "Leningrado" y construirle un mausoleo en medio de la Plaza Roja de Moscú. Esta divinización del fallecido líder catapultó a Stalin, secretario general del PCUS, como su principal heredero, aunque hay evidencia de que Lenin se oponía a ello. Stalin de inmediato renovó los cuadros partidistas mediante una campaña masiva para traer más obreros a las filas del Partido que triplicó la militancia, ahora leal a él. Para mostrarse como leninista fiel, defendió la NEP y rechazó la industrialización masiva que Trotski y sus aliados promovían. Precisamente porque era el único bolchevique con el prestigio suficiente para arrebatar el poder a Stalin, Trotski fue aislado cada vez más por el secretario general. En 1925 fue sustituido como Comisario de Guerra por Frunze, aunque éste murió en octubre y Stalin dio el puesto a su aliado Kliment Voroshílov. Al año siguiente Trotski fue expulsado del Politburó y acusado junto con Zinóviev y Kámenev de "faccionalismo", algo prohibido en el Partido. Otro ejemplo del uso de Lenin para justificar políticas propias fue la introducción del "socialismo en un solo país", doctrina que enfatizaba la capacidad de la Unión Soviética para construir el socialismo por sus propios medios. Esta política tenía como objetivo desprestigiar a Trotski, quien enarbolaba la al-

ternativa de la "revolución permanente", que puede sintetizarse en la idea de que, en un ambiente internacional capitalista y hostil, la Rusia comunista no podría salir adelante por sí misma.

Quizá no haya en la historia de Rusia una década más contrastante que la de 1920. Comenzó en plena Guerra Civil, cobrando millones de vidas, patrón que siguió con la hambruna de 1921-1923. Vio los años más violentos y las atrocidades más terribles cometidas hasta entonces en nombre del pueblo ruso y de ideales que para no pocos eran utópicos. Y, al mismo tiempo, son años fascinantes en los que la dimensión cultural de la Revolución despunta y produce una creatividad que sólo tiene paralelo con el despertar cultural ruso en el siglo XIX. Las libertades de expresión y de prensa florecieron durante la NEP. La Revolución hizo que los artistas emigrados fuesen olvidados pronto e impulsó a una nueva generación en todas las artes. Son los años del nuevo cine de Serguéi Eisenstein (1898-1948); el teatro de Vsiévolod Meyerhold (1874-1940); la sátira de Mijaíl Zoshenko (1894-1958). Es la época de la pintura de Vasili Kandinski (1866-1944) y Mark Shagal (1887-1985) —quienes luego abandonarían Rusia—, la de Kazimir Maliévich (1878-1935) y Lázar Lisitski (1890-1941). La música nueva de Ígor Stravinski (1882-1971) —quien vivía fuera de Rusia desde 1910— y de Serguéi Prokófiev (1891-1953) —quien regresó a la URSS en 1936—. La literatura de Iuri Olesha (1899-1960), Mijaíl Bulgákov (1891-1940), Yevgueni Zamiatin (1884-1937) e Isaak Bábel (1894-1940) y la poesía de Vladímir Maiakovski (1893-1930), Serguéi Yesenin (1895-1925), Ósip Mándelstam (1891-1938) y Marina Tsvetáieva (1892-1941). La vanguardia dominaba por doquier, heredera de aquella que predominó en los primeros años del siglo XX en el arte ruso, pero ahora acelerada con la Revolución. Parafraseando a Alan Wood, la vida cultural de la NEP puede sintetizarse en que el arte y la literatura estaban a la vanguardia de los movimientos europeos contemporáneos; el futurismo, el simbolismo, el imaginismo, el constructivismo, el formalismo, el realismo y la sátira eran cuestionados por los exponentes de una cultura conscientemente "proletaria" *(Proletkult)*. Todos los artistas mencionados contribuyeron a hacer de la década de 1920 una de las más dinámicas y palpitantes en la historia de la cultura rusa. Wood insiste en que se buscaba que todo esto fuese accesible a las masas. Hubo campañas en todos los rincones del país para erradicar el analfabetismo, al igual que experimentos educativos pro-

gresistas, el establecimiento de facultades obreras *(rabfaks)* en las universidades, la invención de un nuevo alfabeto para grupos étnicos sin lenguaje escrito y una reforma del alfabeto cirílico que simplificaba la ortografía.

A ello cabe agregar otros elementos que constituyen el alcance social de la Revolución. La Rusia soviética en sus primeros años se colocó a la vanguardia en muchos temas hoy considerados "progresistas". Fue el primer país en garantizar la seguridad social y médica para toda la población y en legalizar el aborto gratuito en clínicas estatales (1920). Se facilitaron los trámites de divorcio y de reconocimiento de hijos ilegítimos a diferencia de la época zarista. Se equiparó a hombres y mujeres en muchas profesiones y salarios. En 1919 se creó el Departamento de Asuntos Femeninos en el PCUS, que encabezó Aleksandra Kollontái. Se despenalizó tanto el adulterio como las relaciones homosexuales "privadas, adultas y consensuadas" en la RSFSR —aunque fueron prohibidas más tarde, en 1933—. Se instituyó la educación pública, gratuita y universal, con hincapié en la educación superior preferencial para obreros, campesinos y sus familias. La proporción de mujeres en la educación superior aumentó de 31% en 1926 a 43% en 1937. Se diseñaron campañas masivas de alfabetización. El censo de 1926, que registró una población de más de 147 millones de personas —de las cuales casi 26 millones y medio vivían en áreas urbanas—, arrojó como dato una alfabetización de 65.4% en hombres y 36.7% en mujeres. El censo también ayudó a las autoridades a delimitar las nacionalidades de la URSS y crear nuevos territorios como la RSS de Tayikistán (1929), entre otras repúblicas autónomas como Kazajstán o Turkmenistán, elevadas a Repúblicas constituyentes de la URSS.

Para mediados de la década, la NEP había traído resultados positivos —especialmente en el campo— en detrimento de la ortodoxia ideológica bolchevique. Sin embargo, el enriquecimiento de especuladores urbanos y de los kulaks (campesinos ricos) hizo que muchas voces en el PCUS declararan que se debía poner fin al "neocapitalismo", que la revolución obrera no había costado tantas vidas para ello. Una vez aislados Trotski, Zinóviev y Kámenev, no pasó mucho tiempo antes de que Stalin decidiera revertir la NEP, aunque en realidad el Partido se iba moviendo en esa dirección desde 1927. Como dice William Husband, Stalin no creó ni controlaba ese sentimiento, pero sabía cómo explotar-

lo. El pretexto fue que la producción agrícola a fines de 1927 quedó 20% debajo de lo esperado. Los precios bajos a los que el Estado compraba el grano permitían a los granjeros utilizar sus excedentes para alimentar al ganado, revenderlo a precios más altos o emplearlo en la producción ilegal de alcohol. Tras una gira por Siberia a principios de 1928 en la que Stalin se percató de estas prácticas, decidió denunciar ante el Comité Central del PCUS a los kulaks por mantener al Estado como "rehén". Éste era el motivo perfecto para desmantelar la NEP —bajo la cual acumular excedente era legal— en favor de una política económica que finalmente beneficiara al sector industrial. Ante el relativo aislamiento internacional y sin posibilidad de que el Estado accediera a los excedentes, la industria soviética, que aún se encontraba en los mismos niveles de 1913, se estaba rezagando puesto que no había inversión en este rubro, vital para construir lo que los bolcheviques entendían como una sociedad industrial moderna, verdaderamente socialista. A partir de 1928-1929, por motivos internos y externos, la política económica en la URSS daría un giro total.

LOS COMPLICADOS AÑOS TREINTA

Con el abandono de la NEP en favor de la industrialización masiva inició una nueva etapa en la historia soviética. La justificación ideológica fue una "guerra de clases" desatada con el Juicio de Shájty (primavera de 1928), un litigio contra ingenieros del *Donbás* acusados de "sabotear la economía soviética". Desde luego, la acusación era falsa, pero la lógica es relevante por el grado de publicidad en la prensa: una forma de "evidenciar" elementos contrarrevolucionarios para legitimar nuevas políticas. Quienes apoyaban la NEP (Bujarin, Rykov, Tomski) fueron crecientemente aislados y acusados de "faccionalismo" en 1929. En ese año Trotski fue expulsado de la URSS, precisamente porque se puso en práctica el modelo que él propugnaba. Otra manera de justificar la industrialización, en la cual coinciden varios historiadores, fue el miedo a una guerra, obsesión de la prensa soviética en 1926 y 1927. En mayo de 1926 Piłsudski dio un golpe de Estado en Polonia y estableció un gobierno autoritario, lo cual prendió alarmas en la frontera occidental de la URSS por el recuerdo de la expansión polaca en 1919. En 1927 hubo

más focos rojos: en abril el gobierno de China comenzó la persecución de comunistas chinos y la embajada soviética en Beijing fue saqueada, un mes más tarde Gran Bretaña rompió relaciones con la URSS, en junio el embajador soviético en Varsovia fue asesinado y en septiembre Francia retiró a su embajador de Moscú.

La industrialización acelerada pretendía beneficiar al sector industrial y a la clase obrera, base de la sociedad socialista, pero también, de manera muy clara, preparar al país en caso de una nueva guerra. El modelo económico a seguir era simple: beneficiar al sector industrial en detrimento del rural, o sea financiar la industrialización con las exportaciones del grano requisado por el Estado, a cambio de la importación de maquinaria. El énfasis en la industria pesada significó distraer recursos en detrimento de la industria ligera (bienes de consumo), lo que afectó sin duda las condiciones de vida en toda la URSS. Ésta sería la base del Primer Plan Quinquenal (1928-1932), enfocado en la inversión masiva en industria pesada: metalurgia (hierro y acero), minería, generación eléctrica, construcción de maquinaria e industria de guerra. Las metas del Plan eran inalcanzables y, sin embargo, se logró una hazaña extraordinaria en sólo cinco años. Se crearon nuevas ciudades dedicadas únicamente a la producción industrial, como Magnitogorsk en los Urales, así como la gigantesca presa hidroeléctrica de Zaporiyia en el Dniéper o el canal que conecta el lago Onega con el Mar Blanco. Los resultados eran impresionantes al término del quinquenio: la producción de carbón aumentó de 10 a 73 millones de toneladas por año en el periodo, el mineral de hierro de uno a 5.5 millones de toneladas y el acero de dos a nueve millones. En total, la producción industrial aumentó de 18 300 millones a 43 300 millones de rublos. Incluso la producción de bienes de consumo, que no era prioridad, aumentó de 12 300 millones a 20 200 millones de rublos. El Plan Quinquenal, que coincidió con un momento en que el resto del mundo se encontraba en una severa crisis económica desde 1929, fue fuente de inspiración para cientos de países periféricos en su desarrollo y modernización. El Segundo Plan Quinquenal (1933-1937) también se enfocó en la industria pesada y mejoró notablemente la infraestructura ferroviaria y urbana. El metro de Moscú —para muchos el más bello del mundo— completó su primera fase en 1935. En ese año se inauguró un movimiento propagandístico masivo, el estajanovismo, que premiaba a los trabaja-

dores que excedieran sus cuotas. Se basaba en el ejemplo de Alekséi Stajánov, un minero del *Donbás* que supuestamente trabajó 14 veces lo que le correspondía. Los Planes aceleraron también la urbanización del país: el censo de 1937 registró que la población urbana se había duplicado de 26 millones en 1926 a 52 millones de individuos, para obtener un total de 162 millones de habitantes en la URSS. Las poblaciones de Moscú y Leningrado también aumentaron al doble en la década. La primera pasó de más de dos millones de habitantes en 1926 a 4.1 millones para 1939, mientras que la segunda de 1.5 millones a poco menos de tres millones en los mismos años.

Estos resultados imponentes tenían su lado oscuro. La construcción del canal del Mar Blanco se logró sólo con mano de obra gratuita de presidiarios de las colonias penales, elementos "contrarrevolucionarios" que debían "corregir" sus crímenes mediante el trabajo forzado, un patrón repetido en otras obras de ingeniería. Alrededor de 12 mil presos murieron por las condiciones de trabajo en la construcción del canal, mientras que el mismo número obtuvo su libertad al "corregirse". El ámbito rural fue el gran perdedor del nuevo modelo debido a la "deskulakización" y la colectivización entre los campesinos para obtener todo el grano posible y destinarlo a las exportaciones. Los comités partidistas locales, la OGPU, algunas unidades militares y obreros voluntarios obligaban a los kulaks y campesinos de ingreso medio a entregar sus excedentes de grano al Estado por la fuerza. Se desmanteló la propiedad privada en el campo y se crearon granjas colectivas *(kollektívnoie joziaistvo; koljoz)* y estatales *(soviétskoie joziaistvo; sovjoz).* En las últimas se pagaba un salario fijo al campesino por arar la tierra, mientras que en las primeras los miembros de la cooperativa poseían la tierra en partes iguales —lo que evocaba la *obshina* zarista— y se dividían las (escasas) ganancias en dinero o especie. El descontento campesino no tardó en aparecer: muchos mataron a sus animales y quemaron sus cosechas adrede; quienes se rebelaron fueron arrestados. Según David Shearer, en el bienio 1930-1931 casi 1.8 millones de campesinos fueron enviados a colonias penales o a granjas en otras partes de la URSS por oponerse a colectivizar sus tierras. En 1933 se pausó la colectivización masiva, pues ya el 60% del campesinado se había incorporado a los *koljozy* y el resto lo hizo conforme el régimen volvía a relajar sus políticas, tolerando exenciones fiscales y la posesión individual de ganado. Incluso en di-

ciembre de 1934 se rehabilitó a varios kulaks y se permitió que sus hijos accedieran al sistema educativo. Gracias a estas medidas, dice Shearer, 83% del campesinado ya se había unido a los *koljozy* para 1935. La colectivización se resintió particularmente en el Volga, el Cáucaso norte y Ucrania —irónicamente, la región más fértil de la URSS—, donde en 1932 la combinación de malas cosechas, la política de requisición y las altas cuotas estatales produjo una nueva hambruna en el campo. Tan sólo en Ucrania, en 1932 y 1933 murieron por el hambre alrededor de 2.9 millones de personas según Lewis Siegelbaum, sumados a casi dos millones de personas más en el resto de la URSS, como afirma Shearer. Tanto Siegelbaum como Shearer, autoridades en la materia, sustentan que no hay ninguna prueba de que la hambruna haya sido diseñada deliberadamente para asesinar a la población étnicamente ucraniana como se ha llegado a aseverar —la muerte por inanición se extendió desde luego a nacionales rusos, tártaros, judíos y al resto de la población multiétnica de la región—, aunque sin duda se han registrado negligencias en general por parte de las autoridades soviéticas.

El giro hacia la industrialización acelerada se dio en un momento de cambios internacionales que Stalin aprovechó hábilmente. Si el "miedo a la guerra" en 1927 propició el giro en favor de los Planes Quinquenales, en el periodo 1930-1933 ese temor ya tendrá un sustento más sólido que moldeará la política soviética a partir de 1934. La crisis de 1929 provocó una depresión económica mundial y el ascenso de la política extremista en Europa, en especial del fascismo anticomunista. De pronto, en la elección alemana de 1930, el Partido Nazi se convirtió en una alternativa real de gobierno, con un programa revanchista para Alemania. En un discurso de febrero de 1931, en vez de conformarse con la posición ascendente de la URSS en comparación con el capitalismo en crisis, Stalin llamó a redoblar esfuerzos a partir de la situación internacional: "¿Queremos que nuestra patria socialista sea derrotada y pierda su independencia? […] Una de las características de la vieja Rusia fueron las derrotas que sufrió por culpa de su atraso. Fue derrotada por mongoles. Fue derrotada por beyes turcos. Fue derrotada por gobernantes feudales suecos. Fue derrotada por nobles polacos y lituanos. Fue derrotada por capitalistas británicos y franceses. Fue derrotada por barones japoneses […] Nos encontramos en un retroceso de 50 a 100 años con respecto a los países más avanzados. Debemos superar

esa distancia en diez años. O lo hacemos, o seremos aplastados por ellos".

Por si fuera poco, en septiembre de 1931 Japón invadió Manchuria, prendiendo focos rojos en la frontera oriental de la URSS. Para evitar una guerra en dos frentes, Moscú firmó pactos de no agresión con Lituania en 1931 y con Polonia, Finlandia y Estonia en 1932. En enero de 1933 Adolf Hitler, líder del Partido Nazi, se convirtió en canciller alemán. El fascismo se había alzado en Europa como alternativa al comunismo y parecía una opción más seductora en la resolución de problemas cotidianos que la presentada por la Unión Soviética. Además, el temor a Finlandia por su proximidad a Leningrado, heredado de la Guerra Civil, cobró auge cuando el fascismo se dejó sentir en ese país desde 1929 con el Movimiento de Lapua, que en febrero de 1932 dio un golpe de Estado fallido en Mäntsälä como protesta a la firma del Pacto de No Agresión fino-soviético.

Es muy clara la transformación de la política soviética con la cambiante situación internacional en la década de 1930, que abrió dos caminos paralelos. Uno fue, como argumenta Arch Getty, de distensión, con el fin de tomar distancia de Alemania y sumar alianzas de cara a una guerra que parecía inminente: la liberación de miles de prisioneros de las colonias penales en 1933, la readmisión al PCUS de Kámenev y Zinóviev en 1934, el anuncio de una nueva Constitución con mayores garantías individuales aprobada en 1936 —con varios artículos incluidos a partir de propuestas netamente populares, vieja costumbre rusa— y la política de "Frentes Populares" esbozada por el *Komintern,* que ordenaba a los partidos comunistas europeos unirse a coaliciones antifascistas, pueden leerse en este sentido. Sin embargo, es interesante que la reacción soviética al nazismo y al rearme de Alemania puede analizarse por lo contrario, pues se impulsó una campaña vigorosa que consistió en la represión de aquellos cuadros cuya lealtad al régimen hubiese estado en duda en algún punto desde 1917. El motivo, como afirmaron Isaac Deutscher u Oleg Jlevniuk, fue evitar una "quinta columna" ante una posible guerra —no hay que olvidar que Lenin hizo su revolución en 1917 desde dentro con ayuda de Alemania—. Por ello, en julio de 1934 la agencia de seguridad (OGPU) fue elevada a rango ministerial y rebautizada como Comisariado Popular de Asuntos Internos (NVKD). El asesinato en diciembre de 1934 del jefe de partido en Leningrado, Serguéi

Kírov —por el cual se llegó a culpar a Stalin, afirmación sin sustento a decir de Getty pero que aún sigue siendo un caso abierto—, desató una oleada represiva contra figuras prominentes del Partido Comunista, bien retratada en la novela *El caso Tuláyev* (*L'affaire Toulaev,* 1947) del comunista ruso exiliado Víctor Serge (1890-1947). Kámenev y Zinóviev fueron arrestados de nuevo, culpados falsamente de complicidad en la muerte de Kírov y finalmente ejecutados —bajo la acusación de "terrorismo trotskista-zinovievista"— tras un juicio público en agosto de 1936.

Ése fue el inicio de las llamadas "Grandes Purgas" o "Gran Terror" de 1937 y 1938. Si bien hubo purgas partidistas —la expulsión de sus miembros con diferentes sanciones— anteriormente, en la segunda mitad de los treinta la represión en el PCUS cobrará un cariz no visto en dos décadas. El 30 de julio de 1937 el Politburó aprobó la Orden 447, que instó al NVKD a utilizar la "represión" (literalmente, *repressirovania*) contra 259 450 individuos cuya lealtad había sido cuestionada en los últimos veinte años, de los cuales 72 950 serían ejecutados y el resto enviados a campos y colonias de trabajo. La orden autorizaba a los jefes partidistas regionales pedir a Moscú "cuotas adicionales" para la represión, con lo que varios de ellos resarcieron viejas deudas y las purgas cobraron aún más víctimas que las planeadas originalmente. La razón de esta ola represiva, insiste Jlevniuk, fue evitar una quinta columna en caso de una guerra: de ahí que se arrestara y deportara también a poblaciones fronterizas como alemanes (56 787, a decir de Irina Mújina) y coreanos (172 mil, según Shearer) a Asia Central. Seis meses después de desatar esta caza de brujas, en enero de 1938, el Politburó aprobó una segunda oleada represiva contra 57 200 individuos "antisoviéticos", de los que 48 mil fueron ejecutados. Se hicieron varios juicios públicos contra bolcheviques prominentes, como Bujarin, Rykov o Karl Rádek, ejecutados entre 1938 y 1940 junto con un buen número de artistas como Isaak Bábel, Vsiévolod Meyerhold y Borís Pilniak. El propio Trotski fue asesinado el 20 de agosto de 1940 por un agente soviético español en la Ciudad de México. Ni siquiera los dos comisarios que encabezaron el NVKD entre 1934 y 1938, Guénrij Iágoda y Nikolái Yezhov, pudieron escapar de la represión que ellos mismos contribuyeron a desatar y fueron ejecutados. En total, afirma Getty, entre julio de 1937 y noviembre de 1938 alrededor de 767 mil personas fueron arrestadas, de las cuales 386 mil, poco más de la mitad, fueron ejecutadas. Las

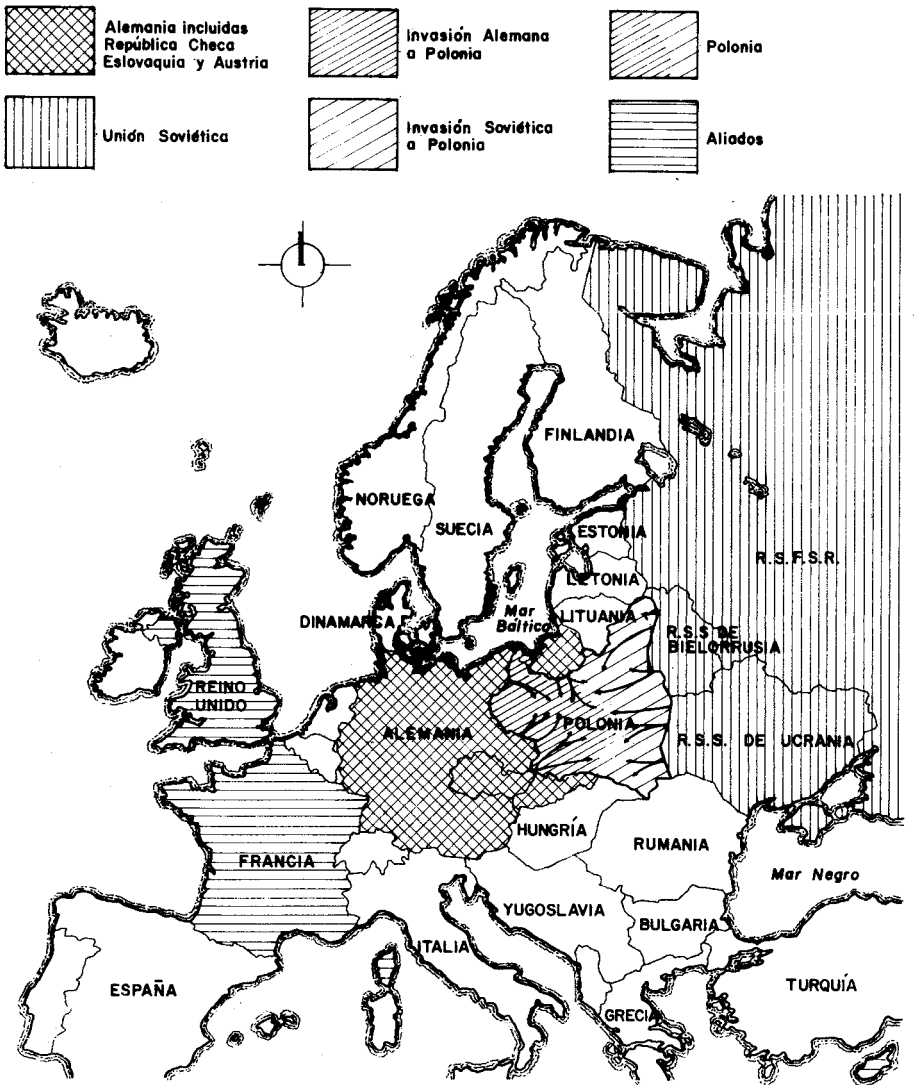
purgas se detuvieron de soslayo en el otoño de 1938, pero la represión continuaría en menor escala hasta 1953, año de la muerte de Stalin.

Es necesario hacer un paréntesis para tratar el tema de los campos de trabajo en la URSS. Este sistema, supeditado al NVKD, estaba esparcido por toda la Unión bajo la Administración Central de Campos y Colonias de Trabajo y Corrección (abreviado en ruso bajo el acrónimo *Gulag*), famoso por el recuento personal de Aleksandr Solzhenitsyn (1918-2008) en sus obras *Un día en la vida de Iván Denísovich* (1962) y *El archipiélago Gulag* (1973). En el *Gulag* había no sólo prisioneros políticos sino también criminales comunes, pero sobre todo kulaks —o lo que el régimen quería entender por kulaks—, cuyo trabajo gratuito permitía al Estado reducir costos, una parte no menor de la economía planificada, como han demostrado los trabajos de Oksana Klimkova. El número total de presos, muertos y rehabilitados fue una de las grandes preguntas de la historiografía rusa y soviética durante décadas. Sin embargo, gracias a la obra de Arch Getty, Gábor Rittersporn y Víktor Zemskov, quienes han estudiado archivos soviéticos desclasificados, se sabe que entre 1934 y 1953 la población de los campos de trabajo variaba año con año. En 1934 la población documentada del *Gulag* era de 510 307 presos, mientras que los números más altos registran 1 500 524 prisioneros en 1941 y 1 727 970 en 1953, año de la muerte de Stalin, tras lo cual el sistema se desmanteló. En cuanto al número de muertos por las condiciones de trabajo en el *Gulag,* el mismo estudio documenta 1 053 829 fallecimientos en total en esos 19 años. Es importante reiterar que estas cifras han sido corroboradas con base en trabajo archivístico y que su veracidad actualmente en el debate historiográfico no está en disputa. Importa, también, porque da al traste con la "guerra de cifras" en la historiografía soviética entre quienes, con base en cálculos desmesurados —fue el caso de Robert Conquest, Steven Rosefielde o del propio Solzhenitsyn—, declaraban una mortalidad hiperbólica (varios millones de presos y de muertos), hoy desmentida. El número de prisioneros que eran liberados del *Gulag* año con año, de hecho, excedía por mucho el de prisioneros fallecidos. Esta desmitificación académica del sistema represivo no debe pasar por una exoneración de Stalin: el líder soviético firmó de su puño y letra varios miles de sentencias que ordenaban la ejecución o tortura de un sinnúmero de individuos y, aunque se ha demostrado que muchos de

los excesos escaparon a su control personal —sobre todo con el "cheque en blanco" otorgado a los jefes partidistas regionales—, fue indudablemente el principal artífice de la represión masiva desde los treinta hasta su muerte en 1953.

LA GRAN GUERRA PATRIÓTICA

La década de 1930 terminó para la URSS como había empezado: con la escalada de la tensión internacional. En julio de 1936 estalló la Guerra Civil en España y el liderazgo soviético se vio obligado a asistir al bando republicano ante el apoyo de los poderes fascistas (Alemania e Italia) a las tropas nacionalistas de Francisco Franco. Sin embargo, también había interés en minar la influencia del trotskismo y del comunismo independiente en España, en especial en el Partido Obrero de Unificación Marxista (POUM) de Andreu Nin, asesinado en junio de 1937, según Anthony Beevor, por agentes del NVKD. La URSS entregó cientos de aviones, algunos tanques y más de mil piezas de artillería al bando republicano, pero buena parte del equipo era de mala calidad. En realidad Moscú se preocupaba más por su inmediatez geográfica: evitar una guerra en dos frentes ante la amenaza expansionista de Japón, que en julio de 1937 invadió China, y de Alemania, que en marzo de 1938 se anexó Austria, en octubre ocupó los Sudetes en Checoslovaquia tras el Acuerdo de Múnich y para marzo de 1939 ya se había anexado Bohemia y Moravia. En mayo de 1939 hubo escaramuzas entre el Ejército Rojo y fuerzas japonesas en Mongolia, donde casi estalló una guerra. Al observar con temor cómo ambas potencias crecían a escasos kilómetros de sus fronteras, Stalin buscó firmar la paz con Tokio y Berlín; de no hacerlo, nada les impediría invadir suelo soviético. El primer movimiento para acercarse a Alemania con el fin de ganar tiempo fue sustituir en mayo de 1939 al Comisario de Asuntos Exteriores, Maksim Litvínov, quien sugería una alianza con Francia e Inglaterra —y que además era judío, lo que obstruía cualquier acuerdo con Hitler—, por el estalinista Viacheslav Mólotov. El acercamiento entre Berlín y Moscú a mediados de 1939, iniciado por Hitler —quien también deseaba evitar una guerra en dos frentes—, llevó a la firma, el 23 de agosto de ese año, del Tratado de No Agresión entre Alemania y la URSS o "Pacto Mólotov-Ribben-



Mapa 12. División de Polonia entre Alemania y la URSS (septiembre de 1939)

trop". Este acuerdo contenía cláusulas secretas en las que ambas partes se dividirían Polonia a la mitad, mientras que los países bálticos, Finlandia y Moldavia pasarían a ser "esfera de influencia soviética" —es decir: Alemania no se opondría a que la URSS los invadiera—. Amparada por el acuerdo, Alemania invadió Polonia occidental el 1º de septiembre de 1939, ganándose una declaración de guerra de Francia e Inglaterra que desató la Segunda Guerra Mundial. Mientras tanto, Moscú negoció un cese al fuego con Japón tras la escaramuza en Mongolia el 16 de septiembre, lo que le permitió volver a concentrarse en Europa y preparar la invasión soviética de Polonia oriental al día siguiente, con el pretexto de proteger a la población rutena (ucraniana y bielorrusa) que habitaba en aquel país. Tras la anexión, en abril de 1940, el NVKD ejecutó en secreto a 21 768 oficiales, militares e intelectuales polacos en el bosque de Katyń. Aunque la URSS también invadió Polonia, los gobiernos de París y Londres fueron cautos en no declararle la guerra pues Moscú se proclamó neutral en el conflicto europeo. Stalin supo explotar esa cautela e incorporó Polonia oriental a las RSS de Ucrania y Bielorrusia sin que las potencias protestaran.

El siguiente objetivo soviético fue Finlandia, que se negó a aceptar bases militares en su territorio. El motivo real para iniciar la invasión fue, no obstante, el temor de la cercanía de la frontera finlandesa con Leningrado. El pacto firmado con Berlín hizo posible ampliar esa frontera ocupando territorio finés sin oposición alemana. Moscú inició una invasión el 30 de noviembre de 1939, confiando en una pronta victoria sin imaginar cuán notable sería la resistencia finesa comandada, una vez más, por Mannerheim. La "Guerra de Invierno" (diciembre de 1939-marzo de 1940) fue una humillación para la URSS: su ejército —que había sufrido una purga considerable en 1937—, tres veces más grande y poseedor de miles de tanques contra (literalmente) 32 tanques finlandeses, apenas pudo avanzar en el istmo de Carelia sin poder traspasar la "Línea Mannerheim". Para marzo de 1940 había más de 100 mil soldados soviéticos muertos y casi 200 mil heridos (por apenas 25 mil muertos del lado finlandés), pérdidas muy costosas en un momento en que la guerra europea podía extenderse a la URSS. Stalin tuvo que firmar la paz con Helsinki a sólo tres meses de iniciar la invasión. En el Tratado de Moscú (marzo de 1940), Finlandia se vio obligada a ceder 11% de su territorio incluyendo Viipuri (Vyborg), las islas del golfo y la

salida al Mar de Barents en el norte, con lo que la URSS consiguió finalmente ampliar la frontera un poco más allá de Leningrado. La siguiente aventura fue la anexión de Estonia, Letonia y Lituania en junio de 1940 que, a diferencia de Finlandia, sí aceptaron bases militares soviéticas, aunque esto no evitó que fueran ocupadas en unas semanas. Los gobiernos nacionales fueron reemplazados por RSS con gobiernos comunistas. Decenas de miles de habitantes "peligrosos" de las tres repúblicas serían deportados a Siberia y Asia Central en tres periodos distintos (1940-1941, 1945-1946, 1949-1953) para sumar un total de 203 590 personas en total —sin contar a 16 mil germano-bálticos en 1940—, como apuntan los datos actualizados que muestra Jeremy Smith. Los entonces presidentes de Letonia, Kārlis Ulmanis, y de Estonia, Konstantin Päts, murieron recluidos en la URSS. Las ansias imperialistas soviéticas se completaron con la invasión de Moldavia luego de presionar militarmente al gobierno rumano el 28 de junio de 1940, convirtiéndola en una república soviética más. En la década 1941-1951, afirma Charles King, 16 mil familias moldavas fueron deportadas fuera de su país.

Con estas anexiones, en julio de 1940 la URSS había recuperado casi toda la extensión del Imperio ruso y colindaba una vez más con Alemania. En abril de 1941, la frontera oriental se estabilizó con la firma de un Pacto de Neutralidad entre Moscú y Tokio para evitar confrontaciones. Sin embargo, en cuanto Hitler amplió al máximo el frente occidental con la caída de Francia, Países Bajos, Bélgica, Dinamarca y Noruega en 1940, y en cuanto la invasión alemana a Gran Bretaña se vio truncada a principios de 1941 por la resistencia inglesa, Berlín desconoció el Tratado de No Agresión con la Unión Soviética y la atacó por sorpresa el 22 de junio de 1941 en la Operación Barbarroja, arrastrándola a la Segunda Guerra Mundial, conocida en Rusia como "Gran Guerra Patriótica". Desde el primer día los alemanes avanzaron casi 100 kilómetros y en las siguientes semanas su penetración fue aún más veloz. Los territorios recién incorporados a la URSS (Polonia oriental y los países bálticos) fueron ocupados por Alemania en 1941. Finlandia entró en la contienda en la forma de una alianza de facto con Berlín, recuperando (y ampliando) su territorio al este; sus fronteras llegaron a encerrar el lago Onega y a toda Carelia. Para diciembre de 1941 los alemanes ocupaban Kiev, Odesa, Nóvgorod, Crimea, Járkov y Oriol, mientras que Leningrado había sido sitiada. El objetivo de Hitler en

Ucrania y Bielorrusia era exterminar a la amplia población judía para repoblar el territorio con colonos alemanes. Las tropas nazis incluso fueron apoyadas por grupos nacionalistas anti-soviéticos y antisemitas como la Organización de Nacionalistas Ucranianos (OUN) de Stepán Bandera y el Ejército Insurgente Ucraniano (UPA), incorporado en un inicio al batallón nazi *Nachtigall,* que asesinó a más de 4 mil judíos en Lviv en junio de 1941. El UPA, más tarde traicionado por Hitler, masacró a entre 80 mil y 100 mil polacos en Volinia en 1943 y 1944 según aclara Tadeusz Piotrowski; tan sólo el 11 y 12 de julio de 1943 fueron asesinados 12 mil polacos a manos ucranianas. En Bielorrusia, donde vivían miles de judíos, hubo una resistencia importante de partisanos comunistas judíos en los densos bosques del país; fue, sin duda, la república soviética que más sufrió la invasión nazi al perder más de una cuarta parte de su población (más de 2.3 millones de personas a decir de Christian Gerlach).

No obstante las pérdidas del Ejército Rojo en los primeros meses de la contienda, las tropas recobraron la moral en cuanto Stalin dio el comando al general Gueorgui Zhúkov, quien organizó una defensiva impenetrable en los alrededores de Moscú con ayuda de un invierno muy crudo (mínimas de –45 °C) a fines de 1941, deteniendo el avance nazi a sólo 8 km de la capital. A partir de entonces, Zhúkov organizó una contraofensiva, ganando algo de terreno al oeste. Al fracasar en Moscú, Hitler inició la Operación *Braunschweig* en el verano de 1942, que consistía en avanzar por el sur hasta el Volga y apoderarse del petróleo del Caspio. En agosto las tropas alemanas entraron en Stalingrado (hoy Volgogrado), principal coto industrial del Volga, dando inicio a la batalla más larga y sanguinaria de la historia universal. Luego de cinco meses cruentos y largos, retratados de manera magistral en *Vida y destino* (*Zhizn i sudbá;* 1959) de Vasili Grossman —para algunos la mejor novela rusa del siglo XX—, el general alemán Friedrich Paulus capituló en febrero de 1943. En Stalingrado el total de pérdidas para ambos bandos, entre muertos, heridos y capturados, fue de casi dos millones de personas. Asimismo, en enero de 1943 las fuerzas soviéticas lograron romper el sitio de Leningrado mediante un corredor muy angosto. La ciudad estuvo bloqueada por los nazis durante 872 días, desde septiembre de 1941 hasta enero de 1944, aislada y sin acceso a provisiones. Los resultados fueron aterradores: un millón y medio de personas muertas por inanición, otro millón y medio de evacuados y reportes de canibalismo.

Las pérdidas humanas en el sitio de Leningrado superaron las de la batalla de Stalingrado y los posteriores bombazos nucleares estadunidenses sobre Hiroshima y Nagasaki juntos. El compositor Dmitri Shostakóvich (1906-1975), evacuado de la ciudad sitiada, le dedicó su recién completada *Sinfonía Nº. 7 en do mayor,* op. 60 (1941).

La costosa victoria soviética en Stalingrado cambió el curso no sólo del frente oriental, sino de toda la Segunda Guerra Mundial. El Ejército Rojo consiguió una serie de ofensivas exitosas apenas liberó la ciudad: los alemanes fueron expulsados del Cáucaso en la primavera de 1943 y la última ofensiva alemana en Kursk se revirtió en agosto de ese año. A partir de entonces el Ejército Rojo ya no retrocedería: el territorio soviético anexado en 1939-1940 fue liberado y las tropas alemanas y colaboracionistas finalmente expulsadas de la URSS durante la masiva Operación *Bagratión* (junio-agosto de 1944), ofensiva monumental que vio combatir a más de dos millones de soldados soviéticos. En noviembre de 1943, Stalin, el presidente estadunidense Franklin Roosevelt y el primer ministro británico Winston Churchill participaron en la Conferencia de Teherán, donde inició el diseño del mundo de posguerra. Fue un triunfo diplomático para Stalin, quien convenció a los Aliados de apoyar a los partisanos comunistas yugoslavos liderados por Josip Broz Tito. En febrero de 1945 los tres se reunieron en Yalta, Crimea, donde se planteó con mayor seriedad el nuevo sistema europeo y mundial. El acuerdo fue que Alemania sería dividida y desmilitarizada, la anexión soviética de Polonia oriental sería reconocida por los Aliados y el Estado polaco redibujado hacia el oeste para reducir el tamaño de Alemania y traer "justicia histórica" a Polonia. Además, la URSS no sólo obtendría tres asientos en la Asamblea General de la Organización de las Naciones Unidas (para la RSFSR y las RSS de Ucrania y Bielorrusia), sino que se convertiría en uno de los cinco miembros permanentes de su Consejo de Seguridad. Stalin también se comprometió a declarar la guerra a Japón en cuanto Alemania cayera.

En el verano de 1944 el Ejército Rojo expulsó a todas las tropas enemigas de territorio soviético y se recuperaron las fronteras de 1940. Comenzó así la persecución de los alemanes hasta Berlín, mientras por el oeste tropas francesas, inglesas y estadunidenses recuperaban terreno. El Ejército Rojo invadió uno a uno a los aliados de Alemania en el este de Europa: Rumanía (agosto de 1944), Bulgaria (septiembre de

Mapa 13. Territorios incorporados y reincorporados a la URSS tras la gran guerra patriótica (1945)

1944), Hungría (febrero de 1945), Eslovaquia (abril de 1945) y la actual República Checa (mayo de 1945). Belgrado fue liberada por soldados soviéticos y yugoslavos en octubre de 1944 y Viena por el Ejército Rojo en abril de 1945. En el frente finlandés la URSS avanzó en el verano de 1944, obligando a Helsinki a negociar una paz separada en septiembre. Finlandia cambió de bando, volvió a ceder a la URSS el territorio transferido en marzo de 1940 y legalizó al Partido Comunista finlandés. Los países bálticos fueron reanexados en septiembre de 1944 y Polonia ocupada por completo en la primera mitad de 1945. El Ejército Rojo liberó el campo de concentración y exterminación nazi de Auschwitz-Birkenau al sur de ese país en enero de 1945. A mediados de abril las tropas soviéticas entraron en Berlín, orillando a Hitler al suicidio el día 30. El 2 de mayo la ciudad se rindió a los soviéticos. En julio y agosto de 1945 se celebró la Conferencia de Potsdam entre Stalin, Churchill (luego sucedido por Clement Attlee) y Harry Truman, que confirmó los acuerdos de Yalta, decretó la cesión de territorio alemán a Polonia y reconoció al gobierno que la URSS instaló en Varsovia. Moscú declaró la guerra a Japón el 9 de agosto de 1945, pero Tokio se rindió pronto tras los bombazos nucleares estadunidenses en Hiroshima y Nagasaki. No obstante, la URSS liquidó al ejército japonés en Manchuria y lo acorraló hasta Corea, ocupando la mitad norte de la península, además de anexarse la mitad sur de Sajalín luego de expulsar de allí a los japoneses.

La experiencia soviética en la Segunda Guerra Mundial fue muy distinta de la inglesa o norteamericana. La URSS fue por mucho el país más azotado por el conflicto y el de mayores pérdidas humanas, militares y civiles. Mark Harrison calculó que entre 23.9 y 25.8 millones de soviéticos murieron por la guerra entre 1941 y 1945. De éstos, las bajas registradas en el Ejército Rojo fueron 8.7 millones, por lo que restan al menos 17 o 18 millones de civiles muertos. William Fuller añade que otros 25 millones de ciudadanos soviéticos se quedaron sin hogar al quedar destruidos 1 700 centros urbanos, 70 mil aldeas, 30 mil fábricas y 65 mil km de líneas ferroviarias. La industrialización masiva de los años treinta había conseguido el objetivo modernizador: no sólo la mitad de todos los soldados del bando aliado eran soviéticos, sino también uno de cada cuatro aviones, una de cada tres piezas de artillería, dos quintas partes de todos los rifles y tanques, la mitad de las ametralladoras

ras y dos terceras partes de todos los morteros. Estos números explican la importancia de la Gran Guerra Patriótica para la URSS y varios de sus Estados sucesores (Rusia, Bielorrusia, Kazajstán), donde hoy por hoy el 9 de mayo, Día de la Victoria, es la mayor fiesta nacional.

Se nombró a este capítulo "Los años de las cifras descomunales" pues parecería que puede resumirse todo en números impresionantemente altos: las muertes, el desarrollo industrial, las guerras, los presos. Nunca antes en la historia de Rusia hubo tal masificación de diferentes procesos humanos. Se trata del periodo más violento, revolucionario (literalmente) y de mayor inflexión en la historia del subcontinente eurasiático. Esta numerización es quizás el mejor indicador de la inserción de Rusia en el siglo XX, más que ningún otro factor.

Al regresar a Leningrado tras romperse el sitio en 1944, la poetisa Anna Ajmátova (1889-1966) escribió los siguientes versos, que podrían tomarse por el resultado no solamente de esa guerra, sino de toda la época comprendida en este capítulo:

Esta época cruel me ha desviado
como a un río fuera de su curso.
Desviada de las riberas familiares,
mi cambiante vida fluyó
a un canal hermano.
Cuántos espectáculos me perdí:
el telón alzándose sin mí
y cayendo también. Cuántos amigos
que nunca tuve oportunidad de conocer.
Aquí, en la única ciudad que puedo llamar mía,
donde caminaría dormida sin perderme,
cuántos cielos extranjeros pude soñar
que no rendirían testimonio a través de mis lágrimas.
¡Y cuántos versos fui incapaz de escribir!
Sus coros secretos me acechan
muy de cerca. Un día, acaso,
me estrangularán.

Sé los comienzos y también los finales,
la vida después de la muerte y alguna otra cosa
que mejor será no recordar.
Cierta mujer
ha usurpado mi sitio
y usa mi verdadero nombre,
dejándome sólo un apodo
con el que he hecho lo mejor que he podido.
La tumba a la que vaya no será mía.
Pero si pudiera salir de mí misma,
y contemplar a la persona que soy,
sabría, por fin, qué es la envidia.

XI
CRIOGENIAS Y ESCALDADURAS
(1945-1991)

EL ESTALINISMO TARDÍO Y EL INICIO DE LA GUERRA FRÍA

La prioridad al terminar la Gran Guerra Patriótica era la reconstrucción del país. Los soldados debían regresar a trabajar en fábricas y granjas para incentivar la recuperación económica. De 11 millones de efectivos en el Ejército Rojo en 1945, para 1948 había poco menos de tres millones. Entre 1945 y 1950, tres millones de mujeres se incorporaron a la fuerza laboral. Como ya era costumbre tras cada esfuerzo bélico, la hambruna regresó al campo debido a una amplia sequía y al déficit en las granjas de capital humano y de caballos llevados al frente, pero también como consecuencia de la requisición forzosa reinstituida en 1946. En el trienio 1946-1948, según calcula Michael Ellman, entre 1 y 1.5 millones de personas murieron por la hambruna o causas asociadas con ella. Los años de posguerra fueron de por sí difíciles para el campesinado: su ingreso promedio en 1949 era apenas el 50% del ingreso de 1928, y hacia 1952 había aumentado apenas a 60% de ese total. Nueve millones de campesinos prefirieron emigrar a las ciudades entre 1946 y 1953. En cambio, la recuperación de la industria fue notable. El Cuarto Plan Quinquenal (1946-1950) excedió la producción industrial de diez años atrás en más de 40% y se cumplieron muchas metas. Las fábricas y minas destruidas con la guerra se reconstruyeron y modernizaron —una forma de reparación de guerra a la URSS fue la transferencia de maquinaria desde Alemania—. Las minas de carbón del *Donbás* redoblaron esfuerzos y para 1953 la producción total de ese bien era de 320 millones de toneladas, más del doble que en 1940, mientras que la de acero ascendió a 38.1 millones de toneladas, veinte millones más que en 1941. La extracción de gas natural fue otra industria en ascenso, de 3 300 000 m^3 a 6 900 000 m^3 en el mismo periodo. Los precios del pan y otros productos básicos fueron reducidos para beneficio de las ciudades, en detrimento de los agricultores y con las consecuencias ya vistas para ellos. El trabajo gratuito que realizaban los prisioneros de campos y colonias penales —cuya población ascendió sin precedentes entre 1946 y 1953—

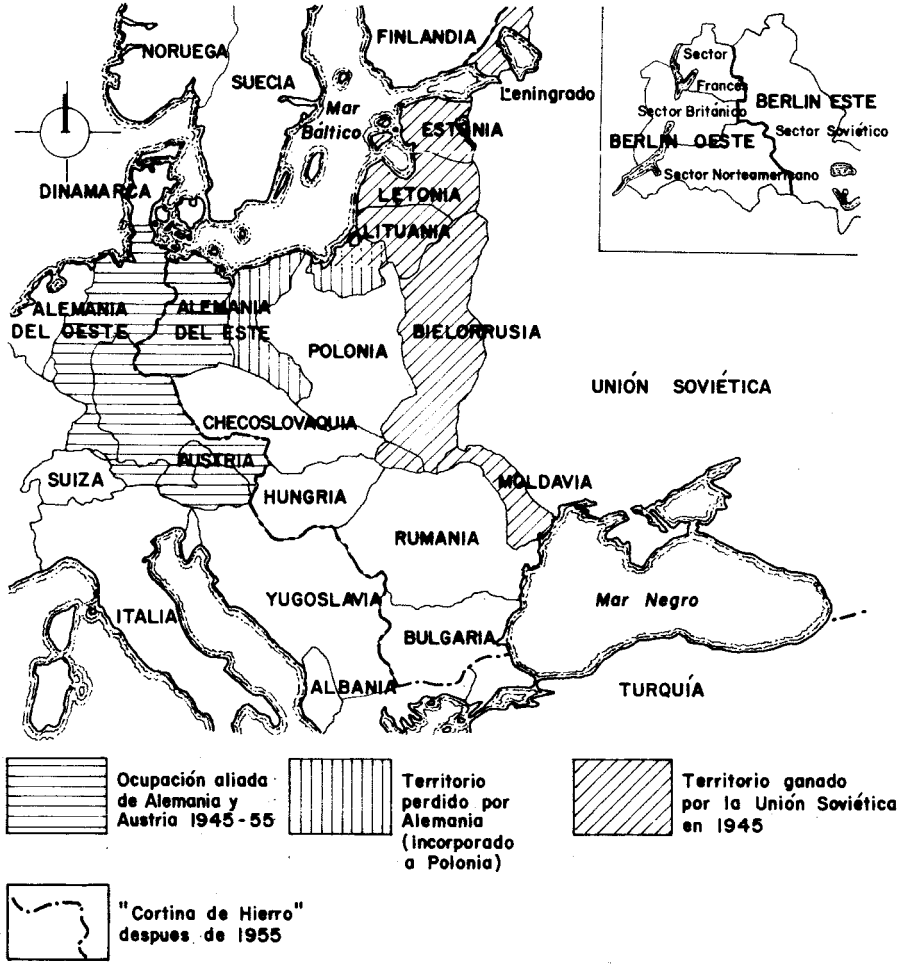
fue crucial para la recuperación y modernización de la infraestructura en la posguerra inmediata.

Desde el Primer Plan Quinquenal en 1928 y hasta 1987, la economía soviética tuvo una dinámica propia que importa desmenuzar. El "modelo socialista" tenía como columna vertebral la organización de la producción en términos marxistas —como las autoridades los interpretaban—. Katherine Verdery arguye que la imagen "totalitaria" de estos regímenes en Occidente no permitía ver que, de hecho, eran sistemas relativamente débiles, sin el apoyo total en la sociedad que sus líderes presumían, pero tampoco nulo, como se creía en Occidente. El socialismo se encontraba muy seguido con resistencias locales, "formas ocultas de sabotaje" en cada nivel del sistema, orillando al liderazgo a ser pragmático y negociar constantemente. Los Planes Quinquenales eran prueba de ello: uno de los motivos que impedían alcanzar las metas del *Gosplán,* que aumentaban cada lustro, era que los insumos no siempre llegaban a tiempo ni completos a las fábricas. Sus directores lo aprendieron pronto: debían negociar con los distribuidores y con la burocracia planificadora para obtener más insumos de los realmente necesarios, no sólo con el fin de producir más, acumular excedente y usarlo en el siguiente Plan, sino también para emplearlo como método de intercambio con otras empresas según las ventajas comparativas. Esto producía una escasez de bienes de consumo, pues a diferencia de los sistemas capitalistas al productor socialista no le interesaba vender todo lo que pudiera, sino dejar bien parada a su empresa (estatal) frente a la autoridad —directores y burocracia inflaban las estadísticas de la producción constantemente— y procurar la entrega de insumos para llegar al siguiente lustro. Asimismo, esta lógica orillaba al ciudadano común a ahorrar su dinero pues no había muchos bienes en qué gastar y el Estado cubría la seguridad social, la asistencia médica, toda la educación y la mayor parte de la renta. Así, el sistema producía informalidad —no necesariamente ilegalidad, severamente penada—, una economía "sumergida" que creaba una cadena de favores interpersonales con nombre propio, *blat,* práctica muy extensa en la URSS y otros Estados socialistas, tolerada por las autoridades para oxigenar el sistema y llegar adonde el Estado no podía. Otra característica de la economía soviética era lo que János Kornai llamó *soft budget constraint,* es decir, la imposibilidad de cerrar muchas fábricas y demás lugares de trabajo por el

costo político que acarrearía —o sea que no dejaban de recibir subsidios pese a su ineficiencia—: por un lado, no podía justificarse el desempleo en términos ideológicos y, por otro, había poblados enteros que dependían económicamente de complejos productivos. Yegor Gaidar puso el ejemplo de una fábrica siberiana en la década de 1970 que producía tanques a granel, la cual no podría cerrar aunque los tanques nunca se utilizaran porque mantenía económicamente a toda una villa. Esto es lo que se entiende por "economía de almacenamiento" *(storage economy)* masivo cuando se habla de la economía soviética.

Dicha lógica económica, pero también el sistema político soviético, se replicó en los Estados socialistas de Europa del este creados a partir de la liberación del Ejército Rojo. La situación internacional dio un giro tras la Conferencia de Potsdam en agosto de 1945. A pesar de la creación de la Organización de las Naciones Unidas (ONU) en ese año, surgió una gran tensión en cuanto a la forma de gobierno que adoptaría Alemania —ocupada por soviéticos, estadunidenses, franceses y británicos—. El Ejército Rojo, además, ocupaba Polonia, Checoslovaquia, Bulgaria, Rumanía, Hungría y parte de Austria. Berlín y Viena fueron divididas en cuatro zonas de ocupación. Moscú apoyó a los partisanos yugoslavos de Tito y a los albanos de Enver Hoxha, que establecieron Estados socialistas en enero de 1946, aliados con la URSS. No obstante, Tito rompió con la línea estalinista en 1948 y construyó su propio modelo socialista como país neutral. Fuera de estos casos, Truman y Churchill exhortaron a Stalin a organizar elecciones en cada país ocupado por la URSS para determinar su futuro. El enorme apoyo soviético a partidos comunistas locales llevó a éstos al poder tras las elecciones medianamente libres de 1945 en Bulgaria, las de 1946 en Rumanía y las de 1947 en Polonia, alineándolos con Moscú. En Checoslovaquia el Partido Comunista, aunque ganó libremente las elecciones de 1946, perpetró un golpe de Estado en febrero de 1948, mientras que en Hungría se negoció un frente multipartidista guiado por el Partido de los Trabajadores que fundó una República Popular socialista en agosto de 1949. Al terminar ese año la URSS había configurado un bloque de países afines a ella en Europa oriental, que replicaban su modelo económico y político y seguían en buena lid sus directivas. Asimismo, Moscú acordó con los Aliados que se abstendría de intervenir en Grecia como concesión a Occidente —por lo que Stalin no apoyó al bando comunista durante la Guerra Civil griega (1946-1949)—.

La imposición soviética sobre Europa oriental era algo esperado, incluso negociado con los Aliados al terminar la guerra. No obstante, la ocupación de Alemania, aunque también fue un caso negociado, generó tensiones por su división. Como se dispuso en Yalta, Moscú administró Alemania oriental a su modo desde 1945: colectivización campesina y nacionalización de la industria. El problema entre los ocupantes creció entre 1945 y 1947 no tanto por la división de Berlín, sino por dos factores externos: primero, la exigencia soviética a Turquía para obtener un paso al Mediterráneo —algo que Rusia pedía desde un siglo atrás— y, segundo, la Guerra Civil griega —donde Tito sí intervino a favor de los comunistas griegos—. Ante estas "afrentas" comunistas y, a sugerencia del diplomático George Kennan, quien quiso ver en la política exterior soviética un "dogma marxista" pese a que era completamente pragmática y a que Moscú no excedió jamás lo acordado en Yalta y Potsdam, el presidente estadunidense decidió en marzo de 1947 enarbolar la "Doctrina Truman": contener el "expansionismo soviético" asistiendo a Atenas y Ankara para armarse. Esta decisión repercutió en Alemania, donde la cooperación entre la URSS y sus antiguos aliados —Estados Unidos, Gran Bretaña, Francia— se vio afectada. En marzo de 1948 esos tres países acordaron crear en consecuencia la República Federal Alemana (RFA) en el oeste, incluyendo Berlín occidental, que se encontraba físicamente fuera de la RFA. Un mes más tarde, Washington inició un Programa de Recuperación Europea ("Plan Marshall") que dio a Europa occidental 13 mil millones de dólares para reactivar su economía. A decir de Angela Stent, Moscú se oponía a estas medidas porque promoverían una Alemania fuerte mientras que Stalin deseaba mantenerla débil —como se había acordado en Yalta y Potsdam—. La URSS se vio obligada a introducir el marco alemán en la zona que ocupaba para evitar una devaluación y bloqueó en abril de 1948 el acceso a Berlín occidental en represalia, un fracaso debido a que los aliados abastecieron la ciudad desde el aire. En respuesta al bloqueo, en abril de 1949 Estados Unidos apadrinó el Tratado del Atlántico Norte que creó la organización homónima (OTAN), una alianza militar entre Washington y diversos países de Europa occidental. La URSS terminó el bloqueo berlinés en mayo de 1949. Tras este fracaso, con una Alemania revitalizada en el oeste y una alianza militar recién fundada para "contener" a la Unión



Mapa 14. La URSS y Europa del este en 1949

Soviética, Moscú tuvo que responder fortaleciendo su zona de ocupación. En octubre de 1949 se creó la República Democrática Alemana (RDA) con capital en Berlín oriental, al inicio no reconocida en Occidente pues el Canciller de la RFA, Konrad Adenauer, declaró que su gobierno rompería relaciones con cualquier Estado que reconociera a aquélla. Asimismo, como respuesta al Plan Marshall, en enero de 1949 la URSS fundó el Consejo de Ayuda Mutua Económica (Comecon),

una alianza de cooperación económica entre Moscú y los países comunistas de Europa del Este.

La tensión aumentó en cuanto la Unión Soviética adquirió un nuevo estatus en el sistema internacional el 29 de agosto de 1949 con el ensayo exitoso de su propia bomba atómica, basada en el programa nuclear de los científicos Andréi Sájarov e Ígor Kurchátov. En ese momento la URSS pasó de ser un poder regional a una superpotencia militar con una enorme capacidad destructiva. De ese modo comenzó la Guerra Fría, término empleado para describir un mundo de dos polos (Moscú y Washington) donde cada uno tenía una preponderancia militar tan grande que el enfrentamiento entre ambos quedaba descartado, pero también era imposible una paz total. A esto se añadió otro elemento el 1º de octubre de 1949, cuando Mao Tsé-tung fundó la República Popular China, Estado comunista de gran dimensión aliado con la URSS. En ese contexto la primera prueba de la Guerra Fría se dio en la península coreana, dividida entre soviéticos al norte y estadunidenses al sur luego de ser liberada de manos japonesas. En junio de 1950, seguro de su posición y estimulado por la victoria comunista en China, el líder de Corea del Norte, Kim Il-sung, decidió invadir el sur. Pyongyang tenía el apoyo militar chino y el aval de Stalin, pero éste aclaró que la URSS no enviaría tropas para no enfrentarse con Estados Unidos, decisión sumida ya en una lógica de Guerra Fría —evitar la confrontación directa—. En la feroz Guerra de Corea (1950-1953), Moscú se limitó a ofrecer asistencia técnica y militar al bando comunista. China y Corea del Norte replicaron el modelo soviético y se convirtieron en los máximos aliados asiáticos —con Mongolia, que ya lo era desde 1921— de Moscú en esos años.

Ésa era la situación internacional al momento de la muerte de Stalin en marzo de 1953. Desde el fin de la Gran Guerra Patriótica hubo reacomodos administrativos, como la transformación de "Comisariados" a "Ministerios" y la escisión del NVKD en dos dependencias separadas (Ministerio de Seguridad Estatal y Ministerio de Asuntos Internos), pero también reacomodos políticos en el primer círculo del líder de cara a la sucesión. Al morir en agosto de 1948 su sucesor aparente, Andréi Zhdánov, líder partidista en Leningrado que impulsó en ese año una campaña de censura contra la inteliguentsia por su "formalismo" y actitudes "burguesas", Stalin ascendió a Gueorgui Má-

lenkov al puesto de secretario del Comité Central del PCUS. Málenkov había escalado acusando al popular general Zhúkov de tener ambiciones políticas y organizó una purga contra los seguidores de Zhdánov —en especial contra el exdirector de *Gosplán,* Nikolái Voznesenski, quien infló cifras en las estadísticas oficiales— mediante métodos de intriga que emulaban los de Stalin. En esta minipurga, el "Caso Leningrado" (1950), fueron ejecutadas algunas autoridades de la ciudad y otras tantas aprisionadas. Otro sucesor aparente de Stalin era un colaborador cercano suyo, Lavrenti Beria, excomisario del NVKD. El secretario general se había distanciado políticamente en sus últimos años de su antiguo círculo: Mólotov (a quien sustituyó en 1949 en Asuntos Exteriores por Andréi Vyshinski), Voroshílov (comisario de Guerra hasta 1940) y Anastas Mikoyán (excomisario de Comercio), figuras que ya no eran parte de la administración pero sí del Politburó. Además de inclinarse en sus últimos años por la nueva generación de Málenkov y Beria, Stalin trajo en 1949, para hacerse cargo de Moscú, al secretario del Partido Comunista Ucraniano, Nikita Jrushiov, quien tenía fama de moderado y eficiente. En el XIX Congreso del Partido (octubre de 1952), el primero en trece años, Stalin dio su último discurso, en el que aprobó la ampliación del Politburó a un "Presídium" de decenas de integrantes, permitiendo a una nueva generación ingresar en el escalafón más alto. Si bien el Presídium estaba integrado por todos los miembros del Politburó, Jlevniuk subraya que el Presídium se reunía periódicamente *sin* Stalin. Gracias a ello Málenkov, Beria, Mólotov, Mikoyán y Jrushiov, además de Nikolái Bulganin (excomisario de Guerra) y Lázar Kaganóvich (excomisario de Transporte), conformaron un liderazgo colectivo de cara a la sucesión. El último aspaviento de Stalin fue el "Caso de los Médicos" en enero de 1953, un *affaire* fabricado para inculpar a varios doctores de origen judío por negligencia en la muerte de Zhdánov y para denunciar la "conspiración" de una "organización judeo-sionista" que planeaba asesinar a varios líderes soviéticos. Estos tonos antisemitas contrastaban con el hecho de que la Unión Soviética fuese el primer país en reconocer al Estado israelí *de jure* en mayo de 1948 y, de hecho, el primero en crear un territorio autónomo para la población judía: la Provincia Autonomía Judía en 1934 —hoy parte de la Federación Rusa—, que los locales llaman Birobidzhán.

EL DESHIELO DE JRUSHIOV Y LAS CRISIS INTERNACIONALES

Stalin murió el 5 de marzo de 1953 de una hemorragia cerebral a los 74 años. Como ocurrió con Lenin en 1924, hubo un funeral público en la Plaza Roja, se preservó químicamente el cuerpo del líder y se exhibió junto al de Lenin en su Mausoleo. Una idea del sentimiento de pérdida que vivieron en un principio muchos ciudadanos soviéticos con la muerte de Stalin lo padeció la familia del compositor Serguéi Prokófiev, quien murió 50 minutos antes que el líder soviético. La aglomeración masiva para ver el cuerpo de Stalin en el centro de Moscú —en la que murieron alrededor de 1 500 personas literalmente aplastadas, más que en la coronación de Nicolás II en Jodynka (1896)—, era tan prominente que la familia Prokófiev tuvo que esperar cuatro días para sacar el cadáver del compositor de su apartamento, a unas cuadras de la Plaza Roja. Prokófiev recibió un funeral discreto en la Unión de Compositores con flores de papel —toda la producción floral de Moscú reposaba al lado de Stalin— en una escena tétrica, pero adornada con el violín de David Óistraj y el piano de Samuil Feinberg. De las 116 páginas del periódico *Pravda* al día siguiente, sólo en la 116 se cubrió la muerte de Prokófiev. Ése era el significado de Stalin en 1953: lo era todo. Incluso Jrushiov, quien luego "denunciaría" a Stalin, escribió en sus memorias que derramó lágrimas sinceras en su funeral.

Al morir Stalin no había un sucesor claro. Como hizo aquél cuando falleció Lenin, varios líderes exaltaron al muerto para beneficio propio. El Politburó mantuvo una imagen de unidad desde un inicio; acaso el único proyecto común de sus miembros era relajar el sistema político y represivo una vez muerto el dictador. Como no quedaba muy claro qué hacer, el nuevo gobierno quedó en manos de la élite estalinista experimentada: Mólotov regresó a Asuntos Exteriores, Mikoyán a Comercio y Voroshílov se convirtió en jefe de Estado. Málenkov fue nombrado secretario general interino del PCUS y jefe del gobierno, mientras que Beria, ahora ministro del Interior, controlaba los aparatos de seguridad. Parecía que Jrushiov había perdido terreno en esta reorganización, pero de hecho era el único con un pie en el Presídium y otro en el Secretariado —como Stalin en 1924—, por lo que promovió funcionarios leales a él y elevó la posición del Partido frente a la del go-

bierno. Jrushiov inició su ascenso al convencer a sus camaradas del peligro que representaba Beria, cuya posición era fuerte y su ambición conocida. Beria buscó legitimarse adoptando una posición tolerante al exonerar a los doctores judíos recién aprehendidos; incluso firmó una amnistía el 27 de marzo de 1953 para prisioneros con una condena menor a cinco años, liberando a alrededor de un millón de presos del *Gulag* y de las colonias penales de un plumazo. El apoyo del mariscal Zhúkov a Jrushiov fue crucial para virar contra Beria, criticado por sus camaradas por su "liberalismo" mediante una acusación hiperbólica y más tarde arrestado por Zhúkov el 26 de junio. Beria fue ejecutado en diciembre de 1953. Jrushiov, al más puro estilo estalinista, dio su primer paso hacia la cúspide.

Con la designación de subordinados leales a él, la posesión de documentos que incriminaban a Málenkov por el Caso Leningrado y un carisma enérgico que éste no tenía, Nikita Jrushiov (1894-1971) se convirtió en el nuevo líder de la URSS, elegido por el Comité Central como "primer secretario" del PCUS en septiembre de 1953. Las diferencias entre Jrushiov y Málenkov también eran de carácter económico, pues el primer secretario favorecía la industrialización pero con un relajamiento considerable en la agricultura, mientras que el segundo buscaba aumentar la inversión en bienes de consumo. Siguiendo la línea estalinista, Jrushiov obligó a Málenkov en febrero de 1955 a admitir sus "errores" ante el Soviet Supremo —órgano que sustituyó al Congreso de Soviets en 1936— y a renunciar a la jefatura de gobierno en favor de Bulganin. Zhúkov, principal punto de apoyo de Jrushiov, fue designado ministro de Defensa. Una vez con el control del Partido y del gobierno, el primer secretario desató una campaña contra la represión estalinista. Desde marzo de 1954 se degradó al poderoso Ministerio de Seguridad Estatal (MGB) a "Comité de Seguridad Estatal" (KGB), supeditado al Consejo de Ministros, y se revisaron decenas de miles de casos de prisioneros en los campos y colonias penales. Gracias a ello, entre 1954 y 1955 más de 350 mil personas fueron liberadas según Nikolái Barsukov —además de los liberados por Beria en 1953—. El número de presos siguió decayendo hasta 1960, cuando casi todo el *Gulag* fue desmantelado para ahorrar recursos en un momento álgido de Guerra Fría y carrera armamentista en el que, como afirma Miriam Dobson, dicho sistema se había convertido más en un peso económico que un beneficio.

Jrushiov preparó un discurso para denunciar la represión de los años treinta. Barsukov sugiere que, al denunciar enérgicamente los "excesos" de Stalin en el XX Congreso del PCUS, el 25 de febrero de 1956, Jrushiov no hizo más que adelantarse a sus camaradas. John Keep coincide en que quien expusiera información que era "dinamita política" obtendría mucha legitimidad. Al mismo tiempo, Jrushiov daba un golpe contundente a la élite política implicada en la represión —Mólotov, Voroshílov, Kaganóvich—, sus mayores rivales en el Presídium. Al adjudicar a Stalin y su "culto a la personalidad" la represión en conjunto, estos actores quedaron eximidos, pero comprometidos a cambio de permanecer leales a Jrushiov. El secretario dio un discurso *secreto,* para los cuadros partidistas, sin pensar en publicarlo. No obstante, la versión estenográfica fue distribuida a todos los miembros del PCUS y alguno de ellos, buscando debilitar a Jrushiov desde fuera, lo filtró al día siguiente a la prensa occidental. El discurso era muy selectivo de la represión: se enfocaba más en el "Terror" de los treinta y, en menor grado, en deportaciones masivas y otros episodios. Muchos casos se dejaron fuera, pues no convenía minar tanto la autoridad del Partido sobre la sociedad. Para decirlo con Keep, Jrushiov sustituyó mitos viejos con nuevos, a fin de legitimar el monopolio del partido en el poder —y su propio liderazgo—. Mientras que en Occidente la denuncia de Jrushiov a Stalin en el XX Congreso se leyó como una ruptura con el pasado de proporciones descomunales, dentro de la URSS aquéllo no era nada nuevo: fue una de tantas ocasiones en las que el gobernante en turno denunciaba a su antecesor para beneficio personal. Jrushiov no tiene mucha originalidad si se repasa la "descatalinización" de Pablo I o la historia política rusa de los siglos XVIII y XIX. Aunque la denuncia fue radical en sus formas y resultados, el proceso de "desestalinización" había iniciado desde antes —con el propio Beria, quien de hecho llegó más lejos—.

La filtración del discurso tuvo repercusiones importantes. En la RSS de Georgia, 60 mil estudiantes marcharon en favor de la memoria de Stalin en marzo de 1956 y fueron reprimidos; varias decenas murieron. Como apuntó en su momento Ronald Suny, este evento conllevó la paradoja de hasta dónde debía ir la reforma de un sistema tan enraizado en la sociedad. La vieja élite consideró que Jrushiov se había excedido no sólo por el discurso de denuncia sino también en sus ambiciones. El líder defendía la reducción de impuestos en el campo y la ampliación

de áreas de cultivo a tierras vírgenes, en contraste con Málenkov, quien buscaba hacer más productivas las tierras ya cultivables. Jrushiov incluso llegó a declarar en 1961 que la Unión Soviética alcanzaría el comunismo pleno en un periodo de veinte años. Cuando la vieja guardia —a excepción de Mikoyán, fiel a Jrushiov— comenzó a conspirar contra el secretario mientras visitaba Finlandia en junio de 1957, el mariscal Zhúkov y los aparatos de seguridad, base de poder de Jrushiov, se anticiparon a un golpe. Al volver éste, los conspiradores (conocidos como "Grupo Anti-Partido") se "arrepintieron" públicamente y fueron despedidos: Mólotov fue designado embajador en Mongolia, Málenkov se convirtió en director de una planta eléctrica en Kazajstán y Kaganóvich en supervisor de una cementera en los Urales. Ciertamente algo había cambiado: no habían sido ejecutados. Jrushiov logró así obtener un poder sin oposición. Desde marzo de 1958, además de ser el número uno del Partido, se autonombró jefe del gobierno para asegurar su primacía. La "desestalinización", o "deshielo" (*óttepel* en ruso), le había otorgado dividendos.

El deshielo tuvo consecuencias fuera de la URSS. El contexto en el que se contagió esta política a Europa del este coincidió con uno de expansión en la OTAN. En 1952 Grecia y Turquía fueron incorporadas a la alianza, pero la adhesión más significativa fue la de Alemania occidental el 9 de mayo de 1955. Esto significó que los acuerdos de Yalta quedaron en el olvido, pues implicaba un rearme alemán que obligó al Kremlin a responder. El 14 de mayo Moscú creó su propio sistema de defensa colectiva, el Pacto de Varsovia, que incorporaba a la URSS, Polonia, Alemania oriental, Checoslovaquia, Hungría, Rumanía, Bulgaria y Albania. No obstante la tensión, Moscú y Washington fueron capaces de cooperar en otros frentes. En Austria, por ejemplo, se logró en mayo de 1955 un acuerdo entre los ocupantes (Estados Unidos, la URSS, Inglaterra, Francia) para que el país recuperara su soberanía a cambio de permanecer neutral. El hecho dejó ver que la diplomacia podía traer resultados satisfactorios a cada parte, pero la neutralidad austriaca fue también un incentivo para que otros Estados obtuvieran ese estatus. Esto ocurrió precisamente en Polonia y Hungría en 1956, donde vino la primera prueba de fuego para el Pacto de Varsovia. El antecedente directo fueron las protestas masivas contra el aumento de cuotas laborales en junio de 1953 en la RDA, reprimidas con ayuda de tropas soviéticas. En

1956, en Polonia y Hungría los dirigentes estalinistas fueron reemplazados por personajes moderados bajo presión de Jrushiov. La industrialización masiva y la colectivización forzada desde 1945 en ambos países —más las reparaciones de guerra en el caso húngaro— habían asfixiado sus economías. En junio de 1956 miles de trabajadores de una fábrica en Poznań, Polonia, protestaron a favor de mejores salarios y condiciones, pero se encontraron con la represión de las autoridades y hubo varios muertos. Edward Ochab, dirigente polaco aliado de Jrushiov, renunció en octubre a favor del moderado Władysław Gomułka, quien negoció con Moscú una no intervención a cambio de poner orden en Polonia sin desmantelar el socialismo. La sagacidad política de Gomułka dio a Polonia una autonomía considerable hasta su renuncia en 1970. En Hungría, uno de los Estados más pobres del Comecon, varios comunistas moderados liderados por el muy popular exprimer ministro Imre Nagy pensaron que podrían imponer condiciones a Moscú como los polacos y ser un país neutral como Austria. En octubre de 1956, Budapest ya tenía protestas incontrolables y el 24 de octubre Nagy fue reinstalado en el poder por clamor popular. Confiado en su posición, anunció que se disolvería la policía del régimen, así como la evacuación de tropas soviéticas, la legalización de todos los partidos políticos, la salida de Hungría del Pacto de Varsovia y la adopción de la "neutralidad", algo inaceptable para Moscú ahora que Alemania occidental era parte de la OTAN. Tres días después, Jrushiov decretó la invasión de Hungría y se instaló al moderado János Kádár en el poder. Las batallas callejeras cobraron la vida de alrededor de tres mil húngaros y Nagy fue ejecutado en 1958.

La cruda respuesta a los acontecimientos en Hungría contrastó con los logros soviéticos de los siguientes años, en especial el lanzamiento del primer satélite artificial de la historia *(Sputnik-1)* el 4 de octubre de 1957, resultado de décadas de trabajo científico en la URSS. En un contexto de Guerra Fría, el evento tuvo repercusiones políticas internacionales —como la creación de la NASA (1958) y de los programas espaciales estadunidenses—, pues parecía que los soviéticos habían adquirido la supremacía tecnológica y científica mundial. Un mes más tarde se lanzó el *Sputnik-2,* ya con un ser vivo, la perrita Laika. La Unión Soviética fue el primer país en alunizar un módulo que tomó las primeras fotografías del lado oscuro de la Luna en 1959 y en enviar a un ser humano,

Iuri Gagarin, al espacio en el *Vostok-1* el 12 de abril de 1961, así como a la primera mujer cosmonauta, Valentina Tereshkova, el 16 de junio de 1963, a bordo del *Vostok-6.* Todos estos eventos fueron utilizados políticamente por Jrushiov de manera astuta e incrementaron el prestigio soviético en el mundo; a su vez, exacerbaron la carrera armamentista entre Washington y Moscú y la convirtieron en una carrera espacial. Los estadunidenses sabían que los misiles intercontinentales que lanzaron a los *Sputniki* podían también contener bombas nucleares, y no era claro cuántos tenía la URSS en su poder. La CIA estadunidense lanzó por ello misiones de reconocimiento sobre espacio aéreo soviético. En mayo de 1960 un avión U-2 estadunidense fue derribado por la URSS y su piloto capturado, lo que produjo una humillación internacional para Washington.

Al iniciar la década de 1960, la Guerra Fría escaló a una tensión sin precedentes. El prestigio soviético ganado en el espacio sufrió reveses en tierra firme por tres motivos. El primero fue el deterioro de las relaciones con China como resultado del deshielo, criticado por Mao Tsétung como "revisionismo". Mao llamó a adoptar una posición beligerante contra el capitalismo, pues veía en Jrushiov a un líder que hacía concesiones a Occidente. En el XXII Congreso del PCUS (octubre de 1961), que profundizó la desestalinización al remover el cuerpo de Stalin del Mausoleo de Lenin, los delegados chinos se opusieron abiertamente a la línea de Jrushiov. Mao denunció al líder soviético y las relaciones entre Moscú y Beijing llegaron a un punto muy bajo. La diatriba aumentó en cuanto Albania defendió la posición china y criticó a Jrushiov, pues Enver Hoxha también mantenía una línea estalinista en su país. Un signo del rompimiento sino-soviético sería que la URSS respaldaría en 1962 a India en su pequeña guerra con China. En 1969 Moscú y Beijing casi se van a la guerra por escaramuzas fronterizas.

El segundo revés se dio en Berlín. Desde 1945 miles de alemanes orientales jóvenes cruzaron a la RFA en busca de mejores oportunidades que las ofrecidas por el régimen comunista de la RDA —el cual subsistía con créditos soviéticos—; para 1961 más de 3 millones de emigrados habían cruzado sobre todo por Berlín, pues se permitía el libre tránsito entre cada sector de la ciudad. La RDA empleó diferentes métodos sin éxito para evitar la emigración de profesionistas y obreros manuales. Gracias a las investigaciones de Vladislav Zubok, se sabe que

Jrushiov buscó en todo momento resolver esta cuestión con Occidente por la vía diplomática, sin duda con inconsistencias y ultimatums, pero el empecinamiento de Adenauer en no reconocer la RDA y la política armamentista del presidente estadunidense John F. Kennedy complicaron la tarea. La meta ulterior de Moscú era evitar que Estados Unidos cediera un arma nuclear a la RFA. Hastiado del juego diplomático y en un momento en que la tasa de emigración a Berlín occidental alcanzó un punto álgido en la primavera de 1961, Jrushiov propuso al líder de la RDA, Walter Ulbricht, construir un muro con ayuda de tropas soviéticas en medio de la ciudad, acción que sería muy condenable pero que a su juicio evitaría una guerra por Alemania. La osada maniobra de Jrushiov tuvo un acierto en ese sentido, pues la construcción del Muro de Berlín en agosto de 1961 obligó a Kennedy a sentarse a la mesa de nueva cuenta y contribuyó a minar la tensión internacional.

Sin embargo, en octubre de 1962 llegaría la peor de las crisis: la de los misiles cubanos, cenit de la Guerra Fría. Tras la Revolución cubana de 1959 el presidente estadunidense Dwight Eisenhower embargó a la isla en respuesta a las nacionalizaciones del gobierno de Fidel Castro, y su sucesor, Kennedy, apoyó la invasión fallida de exiliados cubanos en abril de 1961 a Playa Girón. Aunque los contactos con la URSS precedieron este último evento —Mikoyán llegó a La Habana en febrero de 1960 ofreciendo cuantiosas líneas de crédito y la compra de azúcar cubana—, no fue sino hasta diciembre de 1961 que Castro se declaró "marxista-leninista" para recibir ayuda de Moscú. Como respuesta al despliegue de misiles estadunidenses PGM-19 en Italia y Turquía, Castro y Jrushiov acordaron establecer misiles balísticos de mediano alcance en Cuba, descubiertos el 14 de octubre de 1962 por la CIA. Luego de trece días de completa tensión, Jrushiov negoció con Kennedy el retiro de los misiles si éste hacía lo mismo en Italia y Turquía y se abstenía de intervenir en Cuba. Aunque minó la tensión, en el mediano plazo esta decisión precipitó la caída de Jrushiov.

El 14 de octubre de 1964, el Presídium votó de manera unánime la remoción de Jrushiov. Lo que el "Grupo Anti-Partido" estalinista no logró en 1957, lo consiguió en 1964 una nueva generación de líderes promovidos por Jrushiov y encabezados por el presidente del Soviet Supremo, Leonid Brézhnev. Jrushiov fue acusado por Mijaíl Súslov —principal ideólogo y la figura más conservadora del PCUS— de "au-

mentar la tensión internacional", "faltar al respeto a sus camaradas", "minar el bienestar de la clase obrera" y de no resolver los problemas agrícolas. La evaluación de Súslov no era del todo desatinada. La personalización de la campaña agrícola de Jrushiov durante el "Plan Septenal" (1959-1965) entregó resultados desastrosos por su obsesión con plantar maíz en toda la URSS (incluso en Siberia) para sobrepasar la producción estadunidense. En 1963 la Unión Soviética, por primera vez en la historia del territorio, pasó de ser exportador a importador de grano, en parte por el tabú de no aumentar los precios internos con el fin de evitar costos sociales. El intento de aumentar en 1962 los precios de carne y mantequilla para compensar la brecha entre el enorme costo de la inversión agrícola y sus magros beneficios tuvo consecuencias funestas en Novocherkassk, situada en la cuenca del Don, donde el 2 de junio varios obreros fueron ejecutados al protestar por el aumento, que coincidió con una reducción en su salario.

A pesar de estas dificultades, Jrushiov puso fin a la requisición forzada en 1958, descentralizó la administración rural, incrementó los salarios del campo y aumentó y homogeneizó los precios de ciertos productos, beneficiando a los campesinos —en 1959 los precios agrícolas se triplicaron con respecto a 1952 y el del grano aumentó siete veces—. Además, se permitió a las granjas colectivas vender su excedente pues esto "no amenazaba" la economía socialista. En otros rubros, Jrushiov oxigenó al Partido y lo hizo menos dependiente de un solo hombre al casi doblar su tamaño, de 6.8 millones de miembros en 1952 a 11.8 millones en 1965. El 20% de estos cuadros eran mujeres y poco más de la mitad eran obreros y campesinos. Además, reemplazó a la mayoría de los secretarios regionales para febrero de 1956 e incrementó las atribuciones de los soviets en detrimento de los líderes regionales, empoderando a miles de "voluntarios" que atendían los problemas del *mikroraión* ("microrregión"), nivel más bajo de discusión y toma de decisiones públicas. Todos estos pasos aumentaron y consolidaron una burocracia titánica en la URSS, al tiempo que el sistema legal se fortalecía, aunque las decisiones judiciales se seguían tomando con base en criterios más políticos que jurídicos. La escena cultural también vio un repunte como resultado del deshielo y produjo una "época de bronce" en la cultura ruso-soviética con la rehabilitación de la poesía de Ajmátova, la de Yevgueni Yevtushenko (1932-2017) y la música de Shostakóvich, aunque en

la oscuridad quedaron otras figuras que no gozaban de favor oficial —no obstante su cenit creativo— como los escritores Borís Pasternak (1890-1960) y Vasili Grossman (1905-1964). Finalmente, Jrushiov se retiró a su *dacha* sin ninguna represalia en su contra —acaso el mayor reflejo de su legado—.

VEINTE AÑOS DE CONTRASTES: LA ÉPOCA DE BRÉZHNEV

Leonid Brézhnev (1906-1982) pertenecía a la primera generación que no vivió la Revolución de 1917, una que era ya producto del sistema soviético. Brézhnev era un ingeniero del corazón industrial de Ucrania y posteriormente fue primer secretario en Moldavia y Kazajstán. Como producto del orden estalinista, al igual que sus colegas Alekséi Kosygin —jefe de gobierno (1964-1980)— y Nikolái Podgorny —jefe de Estado (1965-1977)—, quienes poseían carreras técnicas, el nuevo líder y su círculo eran mucho más pragmáticos que Jrushiov. Fieles a su educación técnica, separaron los cargos de jefe de gabinete y líder partidista y se enfatizó el liderazgo colectivo para evitar rabietas verticales como las de Jrushiov. Brézhnev era a fin de cuentas un burócrata sin el mínimo carisma que consultaba con sus colegas decisiones importantes. Ésa era la imagen que quería darse dentro y fuera de la URSS: una administración tecnocrática, realista, pragmática, jerárquica y prudente que, a diferencia de lo dicho por Jrushiov en 1961, sabían que el comunismo no llegaría "dentro de veinte años". Lo más interesante de esta época es que Brézhnev y compañía serían recordados en Occidente como un puñado de ancianos con medallas colgando, la imagen viva del llamado "estancamiento", mientras que en la Rusia actual este momento se recuerda como una "época de oro" en las encuestas de opinión: los últimos años de estabilidad en la URSS. Esta enorme contradicción es la base de lo que Stephen Hanson llamó, refiriéndose a los años de Brézhnev (1964-1982), una sociedad "crecientemente oximorónica en la práctica".

Desde 1964 se impulsó, para no variar, lo que bien podría llamarse una *desjrushiovización.* Como en la era de Stalin, el Presídium se renombró "Politburó" y se recuperó el nombre de "secretario general". Contrario al futuro comunista romántico que ofrecía Jrushiov, Brézhnev loaba el pasado estalinista y los logros obtenidos desde 1917. Se condenaron las

campañas agrarias de Jrushiov y se reintrodujo la censura en la escena cultural. Si bien la represión a gran escala no fue reinstituida, el nuevo gobierno reforzó a la KGB para operaciones específicas. La descentralización económica de Jrushiov por medio de los *sovnarjozy,* consejos económicos regionales, retornó bajo el control del gobierno central. El gabinete de Kosygin dio en 1965 el primer paso hacia una reforma estructural que asegurara la eficiencia económica: se aumentó la inversión en industria ligera y manufacturas y se dio mayor libertad gerencial a las empresas estatales, con el fin de que se enfocaran menos en cumplir las cuotas de cada Plan al pie de la letra y más en consolidar sus ganancias mediante economías de escala. Además, la reforma de Kosygin dio base legal al intercambio entre factorías que antes se hacía en la informalidad.

Estas ideas frescas, tecnocráticas y pragmáticas, tuvieron no sólo una mejor recepción en Europa oriental que en la URSS, sino también una intensificación de tal grado que Moscú decidiría detener los cambios en 1968. En enero de ese año el Partido Comunista Checoslovaco (KSČ) trajo al poder al reformista Alexander Dubček, quien tenía la misión de sintonizarse con las reformas de Kosygin. Dubček desató una serie de liberalizaciones bajo el mote de "socialismo con rostro humano", un esfuerzo por hacer de Checoslovaquia un país de economía mixta, pero en su concepción esto era imposible si no se liberalizaba la vida política, como Nagy en Hungría años atrás. Sin embargo, a diferencia de éste, Dubček prometió a la URSS no salir del Pacto de Varsovia ni del Comecon, pensando que eso bastaría para no alarmar a Moscú. Brézhnev se reunió con Dubček en julio y retiró las tropas soviéticas estacionadas en Checoslovaquia a cambio de que el último reculara en algunos puntos de su programa. El 3 de agosto Brézhnev reunió a los líderes de la RDA, Hungría, Polonia, Bulgaria y Checoslovaquia en Bratislava, donde firmaron una declaración de fidelidad al marxismo-leninismo y el rechazo a "elementos antisocialistas". No obstante, como señaló Tony Judt, el velo reformista se "contagió" a naciones vecinas, incluso a Ucrania —su líder, Petró Shélest, se quejó con Brézhnev al respecto—, y se temía también un brote "burgués" en las RSS bálticas. No sólo eso: la prensa checoslovaca llegó a publicar a disidentes soviéticos. Los rivales de Dubček, temerosos de que el ala reformista tomara el control del KSČ en su siguiente congreso, enviaron una carta a Brézhnev para que "interviniera" —la cual se creía inexistente hasta hace al-

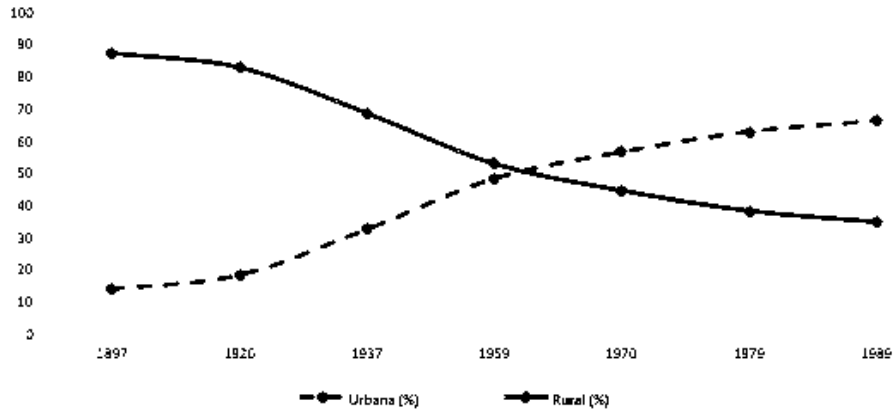
gunos años—. Consciente de que Estados Unidos estaba concentrado por completo en Vietnam, Brézhnev ordenó invadir Checoslovaquia. El 20 de agosto de 1968 ingresaron allí tropas soviéticas, búlgaras, húngaras y polacas para reafirmar los principios enunciados en Bratislava (la "Doctrina Brézhnev"): que una "afrenta" al socialismo en un miembro del Pacto de Varsovia era una afrenta a todos. El presidente rumano Nicolae Ceauşescu condenó la invasión, al igual que Albania, la cual salió del Pacto de Varsovia en protesta. Dubček tuvo que echarse para atrás y permaneció en su puesto hasta abril de 1969, cuando fue sustituido por Gustáv Husák.

Los eventos en Checoslovaquia en agosto de 1968 nublaron todo viso de reforma económica en la URSS. El más claro ejemplo de este conservadurismo burocrático fue la política brezhnevista de "estabilidad de cuadros", es decir la permanencia (eterna) de los miembros del Partido Comunista en sus puestos, contrario a los planes de rotación burocrática de Jrushiov. Para decirlo con William Clark, Brézhnev pretendía así "despolitizar" a los cuadros partidistas para fomentar su especialización y la tecnocracia en el Partido, pero sobre todo para evitar diferencias políticas —en lo cual tuvo bastante éxito—. La estabilidad de cuadros tuvo dos consecuencias obvias: detuvo prácticamente las promociones políticas por casi dos décadas, produciendo resentimiento entre cuadros jóvenes, y avejentó (literalmente) al Partido. El promedio de edad entre los miembros del Comité Central subió de 56 en 1966 a 63 en 1982 y en el Politburó de 55 a 68 en el mismo periodo. Brézhnev reemplazó, no obstante, a casi la mitad de la élite partidista entre 1966 y 1971, como también a varios líderes regionales. En Ucrania, Shélest fue sustituido en 1972 por Volodymyr Sherbytsky. En Georgia, en el mismo año, Eduard Shevardnadze reemplazó a Vasil Mzhavanadze como secretario general tras un sonado caso de corrupción. Del mismo modo, Heidar Alíyev se convirtió en líder de la RSS de Azerbaiyán desde 1969 al denunciar la corrupción de su predecesor, Veli Ajúndov. Fue en esta época cuando más se escuchó sobre escándalos de corrupción, nepotismo y abuso de poder, desde la "mafia" azerí controlada por Alíyev hasta los privilegios del yerno y la hija de Brézhnev, pasando por la alteración masiva de cifras en la producción de algodón en la RSS de Uzbekistán a cargo de su líder, Sharof Rashídov.

Esta informalidad no se daba sólo en las altas esferas del gobierno: era una creciente característica de la sociedad soviética en general. La

llamada "segunda economía" —*blat* (intercambio de favores), contrabando, especulación, actividades privadas en pequeña escala—, según Keep, representaba entre un 10% y 20% del PIB soviético para 1985. De acuerdo con Marshall Goldman, entre 30% y 40% del ingreso individual promedio para 1983 se basaba en estas prácticas. Había distintos mercados que rayaban en la informalidad —y la ilegalidad—: el intercambio de excedentes entre fábricas, el robo de gasolina para su reventa o la destilación casera de vodka *(samogón).* Lo interesante es que el liderazgo soviético, que tenía una noción de cuándo y cómo ocurrían estos hechos, los toleraba cada vez más. La razón era, en principio, presupuestaria: el ingreso adicional de muchos individuos permitía mantener los salarios (públicos) en un nivel bajo. Un proceso paralelo, observado por T. Harry Rigby, era que muchos ciudadanos se dieron cuenta —sobre todo a partir de 1953— de que podían "salirse con la suya" al expresar opiniones personales y un comportamiento privado distinto del público, siguiendo las formas rituales de elogio pero sin creerlas literalmente, como lo ha estudiado a fondo Alekséi Yurchak. La gente común sabía qué hacer para leer publicaciones censuradas *(samizdat),* escuchar acetatos de Deep Purple o Grand Funk Railroad (música prohibida por "burguesa"), o incluso sintonizar la radio occidental, entre otras actividades "subversivas", sin recibir prácticamente reprimendas de las autoridades. Uno de los detonantes de este fenómeno, dice Rigby, fue la construcción masiva de complejos departamentales iniciada por Jrushiov, que trajo más privacidad a millones de ciudadanos al mudarse de un departamento comunal —la *kommunalka,* que alojaba a varias familias para reducir costos— a uno propio. Tan sólo entre 1956 y 1959 migraron a las ciudades 13 millones de personas, por lo que el eje rector del Plan Septenal (1959-1965) de Jrushiov fue construir 15 millones de apartamentos nuevos. Estos bloques departamentales transformaron el paisaje urbano y se convirtieron en la imagen de la urbanización soviética: conjuntos descoloridos, uniformes, idénticos —el filme *Ironía del destino* (*Ironia sudby, ili s liógkim párom!;* 1976), de Eldar Riazánov, satiriza cómo una sola llave podía abrir apartamentos en diferentes ciudades pues todos eran "iguales"—, pero muy baratos: la renta representaba apenas de 3 a 5% del presupuesto hogareño. Sólo a mediados de los años sesenta la Unión Soviética contaba ya con una mayoría de población urbana según cifras oficiales. En 1956 ésta apenas repre-

Gráfica 2. Porcentajes de población urbana y rural en el subcontinente eurasiático (1897-1989)



FUENTE: Censo Poblacional del Imperio Ruso (1897); Censos de Toda la Unión (1926, 1937, 1959, 1970, 1979, 1989), en "Chisliennost naselenia", Federálnaia Sluzhba Gosudárstvennoi Statístiki (Servicio Federal de Estadística Estatal); www.gks.ru.

sentaba el 45% de la población total, pero para 1970 el porcentaje de habitantes urbanos ya ascendía a 56%. En 1985, dos terceras partes de la población soviética residían en las ciudades, es decir 180 millones de individuos (de más de 270 millones en total). La gráfica 2 muestra la evolución de los porcentajes de población rural y urbana en el subcontinente eurasiático en el siglo XX, partiendo del censo imperial de 1897 hasta el censo soviético de 1989. Los datos son oficiales.

A pesar de negociar cotidianamente con el sistema, o de darle la vuelta, el pesimismo se coló en la vida de los ciudadanos soviéticos hacia la década de 1970. Aunque se trató de un fenómeno mundial, repercutió con mayor hincapié en la generación soviética que nació durante la Gran Guerra Patriótica, ya sin la confianza en el futuro de la precedente. Dicha generación fue protagonista de un crecimiento económico desacelerado a partir de 1975, una notable abreviación de la productividad por trabajador (en 1966-1970 ésta creció 3.4% en promedio anual, pero en 1976-1979 la tasa fue de 1.3%), la caída en la esperanza de vida promedio (de 69.3 años en 1970 a 67.7 en 1980) y el aumento exponencial del alcoholismo, cuyo consumo generalizado creció 50% entre 1965 y 1979 —en 1972 el 62% de los robos en la URSS estuvo

"vinculado al consumo de alcohol"—. Sin duda el pragmatismo tecnocrático que Brézhnev y su camarilla imprimieron en la sociedad, reflejo del estancamiento de ascensos a raíz de la "estabilidad de cuadros", tuvo mucho que ver. Al mismo tiempo el ciudadano soviético percibía, como dijo Alexander Dallin en su ensayo sobre las causas del colapso de la URSS, un sistema falible e incierto desde 1953: la glorificación de Stalin vino seguida de su condena; la promesa de Jrushiov de llegar al comunismo terminó en su expulsión del poder. Cada cambio debilitaba la robustez del sistema. Más de uno se habrá preguntado cómo cambiaría la historia al morir Brézhnev. En esta época también afloraron los *disidentes,* figuras públicas que se oponían al régimen abiertamente. Autores como Iosif Brodski (1940-1996) o Solzhenitsyn —ambos premiados con el Nobel de Literatura, al igual que Pasternak— fueron expulsados de la URSS en 1972 y 1974, respectivamente. Los geniales bailarines Rúdolf Nuréiev y Mijaíl Baryshnikov desertaron en 1961 y 1974, respectivamente. Otros, como el científico Andréi Sájarov (1921-1989), defendieron a colegas perseguidos y abogaron por un relajamiento del sistema desde dentro. Al respecto, en 1975 la URSS firmó los Acuerdos de Helsinki con Estados Unidos y casi todos los países de Europa, que entre otras cosas estipulaban la inviolabilidad de las fronteras europeas —un punto sumamente ambicionado por la URSS para tener un antecedente legal que evitara intervenciones occidentales— a cambio del "respeto a los derechos humanos". No obstante, los Acuerdos no eran vinculantes y, aunque se estableció el Grupo Moscú-Helsinki para la observancia del tema, en la práctica tuvo poco eco.

Otra explicación del pesimismo generalizado en la sociedad soviética era la situación económica. Si bien la economía nunca dejó de crecer en los años sesenta, setenta y ochenta, ocurrió a tasas que se reducían año con año. Las inversiones masivas del Estado soviético en todos los rubros obtenían cada vez menos los retornos esperados por las autoridades —salvo la industria militar—. En la segunda mitad de la década de 1960 la tasa de crecimiento del PIB fue de casi 5% en promedio anual y, en el lustro 1970-1975, de 3.1%. Sin embargo, hacia la segunda mitad de los setenta decayó a menos de 1.9%. La tasa bruta de crecimiento en la producción industrial se redujo de 50% en promedio entre 1965 y 1970 a 24% para 1980. Tanto la industria pesada como la ligera se desaceleraron debido a la productividad decreciente por traba-

jador, pero también por el desgaste de muchas fábricas viejas y el alto costo de importar maquinaria nueva. No obstante, los bienes de consumo tuvieron su "época de oro" en los sesenta y setenta. La producción de automóviles, por ejemplo, se quintuplicó. En 1970, 61% de los hogares urbanos y 32% de los rurales tenía una televisión; entre los primeros, 43% tenía un refrigerador en 1970, número que ascendió a 100% para 1986, mientras que en el ámbito rural los porcentajes eran 13% y 78%, respectivamente. El porcentaje del presupuesto familiar invertido en bienes de consumo durables se incrementó en los mismos años de 5.7% a 7.8%, en parte gracias al ahorro privado, que aumentó 19.9% en 1966-1970 y 14.3% en el lustro siguiente. La agricultura era otro peso abrumador para las finanzas del Estado, cuyo crecimiento productivo pasó de 3.9% anual en la segunda mitad de los sesenta a 1.2% en la década de 1970, a pesar de las medidas del gobierno encaminadas, desde 1964, a robustecer la producción agrícola como parte de las reformas de Kosygin: permitir parcelas privadas —que proveían más de la cuarta parte de los productos lácteos y cárnicos—, dar mayor libertad a los directores de granjas estatales y colectivas, condonar deudas a los *koljozy,* reducir la carga fiscal al campesinado y entregar, desde 1975, pasaportes internos a los campesinos.

Es necesario insistir en que la Unión Soviética no estaba en crisis en este momento —fue la segunda economía más grande del mundo hasta 1990—. Sin embargo, a fines de los setenta los signos a futuro no eran muy alentadores. La explicación de Gaidar para la supervivencia de la economía soviética en estas décadas era que Moscú pudo paliar todo viso de crisis económica hasta finales de los ochenta gracias a la venta de oro —con un precio internacional elevado tras derogarse la convertibilidad del dólar a este metal en 1971—, pero sobre todo al petróleo, cuyo precio aumentó de manera descomunal con el embargo de la OPEP en octubre de 1973. La extracción de petróleo en la URSS, disparada con el descubrimiento de depósitos en Siberia a principios de los sesenta, pasó de 242.9 millones de toneladas en 1965 a 603 millones en 1980. La producción de gas natural creció de 128 mil a 435 mil millones de metros cúbicos en esos quince años. La exportación de recursos energéticos era uno de los principales ingresos del gobierno soviético, empleados para importar alimentos y compensar así la baja productividad del campo, pero también para comprar maquinaria y bienes de consumo e intensificar la

carrera armamentista con Estados Unidos. Pese al nuevo incremento de precios del petróleo en 1979, la URSS tenía problemas serios en su balanza de pagos a inicios de los ochenta. En 1981 Moscú informó a los países del Comecon que reduciría en 10% los envíos anuales de petróleo para incrementar la exportación a países miembros de la OCDE, ya que éstos sí pagaban a tiempo y en efectivo. En ese momento la URSS ya era un deudor en mercados financieros internacionales y, en cuanto los precios del petróleo se redujeron desde 1981 y más tarde se desplomaron hacia 1986, la situación se complicó bastante. El gas natural, no obstante, continuó produciéndose a niveles crecientes; en 1985 representaba más de una tercera parte del balance de combustible soviético.

La década de 1980 inició con nuevos reveses para la URSS. En primer lugar, Brézhnev decidió invadir Afganistán en diciembre de 1979 para apoyar a la rama dura del Partido Popular Democrático afgano —partido comunista que había tomado el poder en Kabul un año atrás— contra la facción menos afín a Moscú. Una vez en Afganistán, el verdadero enemigo de los soviéticos fueron los insurgentes islamistas *(muyahidín),* más tarde patrocinados por Estados Unidos. El Ejército Rojo permaneció diez años en Afganistán con más de 115 mil hombres sin poder imponerse a las guerrillas islamistas. Murieron poco menos de 15 mil soldados soviéticos y hubo más de 53 mil heridos; los que volvieron sufrirían bastante para reintegrarse a la sociedad. Una primera consecuencia de esta aventura fue el boicot de 65 países a los Juegos Olímpicos de Moscú en el verano de 1980. Otra fue que la URSS gastó en Afganistán 7 500 millones de rublos tan sólo entre 1984 y 1987. No obstante, no era un porcentaje cuantioso si se compara con el monto de ayuda soviética al "Tercer Mundo" (Cuba, Etiopía, Siria, Angola, Mozambique, entre otros), que ascendió a 78 mil millones de rublos en el periodo 1982-1986. Afganistán fue menos un problema económico que uno de prestigio: diez años en los que se perdieron vidas y recursos sin lograr más que minar la reputación de la URSS y la moral de los combatientes. El segundo revés, en agosto de 1980, fue el surgimiento del sindicato polaco *Solidaridad,* que comenzó una huelga en los astilleros de Gdańsk en contra de un aumento de precios y de varios despidos que hicieron renunciar al gobierno en turno. En octubre de 1981 Wojciech Jaruzelski se convirtió en líder de Polonia e impuso una ley marcial en diciembre, levantada en 1983 por presión popular. *Solidaridad,* liderada

por el electricista Lech Wałęsa, desprestigió al comunismo internacional por ser una resistencia liberal de obreros hacia un régimen "proletario". Esto coincidió con la elección en el Reino Unido de Margaret Thatcher (1979) y de Ronald Reagan en Estados Unidos (1980), quienes trajeron un renovado discurso anticomunista y neoliberal que reactivó la tensión de Guerra Fría en la primera mitad de la década de 1980.

Ésa era la situación de la URSS a la muerte de Brézhnev en noviembre de 1982. El Comité Central eligió como secretario general a Iuri Andrópov (1982-1984), líder de la KGB desde 1967. Aunque esta institución era símbolo del conservadurismo en el PCUS, Andrópov pertenecía a su ala reformista —fue ascendido por Jrushiov—: conocía y hablaba abiertamente sobre la situación socioeconómica y tenía reservas sobre la aventura afgana. En su corto periodo, Andrópov reemplazó a casi todo el gabinete y a varias decenas de líderes locales, colocando en su lugar a cuadros más propensos al reformismo. La mayor prueba de ello fue ubicar a su protegido, Mijaíl Gorbachov, como la segunda figura más visible del gobierno. Andrópov murió 15 meses después de ser elegido secretario general, en febrero de 1984. Contrario a sus deseos, no fue sucedido por Gorbachov sino por Konstantín Chernenko, viejo aliado de Brézhnev. Chernenko, para entonces un hombre enfermo de 73 años, permaneció en el poder aún menos tiempo que Andrópov y murió el 10 de marzo de 1985. Acaso su única impronta fue boicotear, en represalia a lo ocurrido cuatro años antes, los Juegos Olímpicos de Los Ángeles en 1984. En poco más de un año habían muerto dos líderes soviéticos por causas naturales, cosa que finalmente el Comité Central del PCUS tomaría en cuenta en la elección del siguiente líder.

EL CANTO DEL CISNE: GORBACHOV Y SUS REFORMAS

Mijaíl Gorbachov (1931-) fue elegido secretario general del Partido Comunista de la Unión Soviética por su Comité Central al día siguiente de la muerte de Chernenko. La razón fue tanto su prestigio como su "juventud" (54 años). Gorbachov fue uno de los secretarios regionales más jóvenes en su natal Stávropol (Cáucaso norte); en 1978 ya era el encargado de agricultura del Comité Central. Agradaba por igual a con-

servadores como Súslov y a reformistas como Andrópov. Gorbachov pertenecía a una generación de mayor apego a los problemas cotidianos. Al tomar el poder inició reformas para terminar lo que él mismo denominó "situación de pre-crisis" y, más tarde, "era de estancamiento", en referencia a las dos décadas anteriores. Sin embargo, para decirlo con Archie Brown, pronto se vería que el problema se trataba menos de una crisis que obligara a lanzar una reforma radical, que de una reforma radical cuyo lanzamiento llevó a una crisis.

El primer acto de Gorbachov fue jubilar a la vieja guardia y traer cuadros nuevos al Politburó como Yegor Ligachiov y Nikolái Ryzhkov, jefe del gobierno. El líder georgiano Eduard Shevardnadze se convirtió en ministro de Asuntos Exteriores de la URSS en sustitución de Andréi Gromyko. Asimismo, en diciembre de 1985 Gorbachov trajo al secretario de la región de Sverdlovsk, Borís Yeltsin, para hacerse cargo de Moscú —con lo que pasó al Politburó—. En 1986, 40% de los miembros del Comité Central fueron reemplazados por figuras nuevas; al año siguiente, la mayoría de los ministros y de los secretarios regionales habían sido sustituidos. Ningún líder soviético había hecho tantos reemplazos al iniciar su gobierno. Los primeros dos años de Gorbachov vieron reformas moderadas e improvisadas. Una de ellas fue la "Aceleración" *(Uskorenie),* que pretendía dinamizar la economía con medidas más vistosas en el discurso que en la realidad pese al incremento en la inversión de capital. La *Uskorenie* creó lo que Hosking llamó un "leviatán burocrático", el Comité Estatal Agro-Industrial, que fusionó cinco ministerios pero se desmanteló en 1989 por su evidente ineficiencia. Otra novedad, la *Gospriyomka* (Agencia de Aceptación de la Producción), designó a inspectores ajenos a las fábricas para revisar la calidad de los productos, lo que llevó a tensiones entre trabajadores y directivos. También se emprendió una campaña contra el alcoholismo desde mayo de 1985 que redujo la producción de alcohol y los puntos de venta. Se trató de un acierto social, pues disminuyó el consumo de 14.6 a 9.7 litros anuales per cápita para 1988 y contribuyó al aumento de la esperanza de vida, pero fue un error económico y político que privó al Estado de 28 mil millones de rublos, por lo que para 1988 tuvo que ser matizada. El desplome de los precios del petróleo en 1985-1986 —que hizo caer las exportaciones por un monto de cinco mil millones de dólares en ese bienio— limitó la importación de bienes de consumo y

también redujo el presupuesto estatal. En suma, en sus primeros dos años Gorbachov llevó a cabo políticas improvisadas que exploraban el terreno indicado por Kosygin dos décadas atrás, sin ideas de largo plazo ni cambios sustanciales.

Los magros resultados de la *Uskorenie* desilusionaron a Gorbachov al grado de diseñar una reforma más concreta. A mediados de 1987 se anunció una "Reestructuración" *(Perestroika)* de la economía, que consistió fundamentalmente en dos leyes: la Ley de Empresas Estatales de julio de 1987, que daba a los directores de cada compañía autonomía plena para fijar precios (de acuerdo con oferta y demanda), salarios y metas de producción, y la Ley de Cooperativas aprobada en mayo de 1988, que legalizó la actividad económica privada al dar a las cooperativas socialistas el derecho a concretar transacciones con otras firmas soviéticas y extranjeras, retirando al Ministerio de Comercio el monopolio sobre las actividades comerciales. Ambas leyes se justificaron en términos leninistas, con el ejemplo de la NEP. No obstante, como afirman Michael McFaul o Alec Nove, la *Perestroika* permaneció, al igual que la *Uskorenie,* como un concepto vago que, en ocasiones, exacerbó los problemas que pretendía erradicar: los gerentes ahora tenían un incentivo para esconder parte de la producción o desviarla para beneficio personal. Había otras cuestiones sin resolver. Para 1989 la URSS ya tenía déficits en su balanza comercial y en la de pagos y era urgente obtener la liquidez perdida con la caída de las exportaciones de petróleo, sobre todo para seguir financiando las importaciones de grano y alimentos en vista de la parálisis en el campo. Lo anterior dejaba dos salidas: aumentar los precios (bajísimos) de alimentos básicos, con el costo social que conllevaría, o reducir el (gigantesco) gasto militar, que traería tensiones con las fuerzas armadas. Gorbachov se decantó por lo último. Desde 1987 inició el repliegue de tropas de Afganistán, pero sólo en 1989 se anunció un recorte presupuestal en Defensa de 14.2% y en producción de armas de 19.2%.

Otro gasto considerable (18 mil millones de rublos) se usó para solventar los daños del accidente en la planta nuclear de Chernóbyl al norte de Ucrania, el 26 de abril de 1986. Esta catástrofe, producida por negligencia pura, expulsó material radioactivo a la atmósfera afectando a millones de personas en Ucrania y Bielorrusia. Las autoridades locales intentaron minimizar el problema, pero la prensa soviética e interna-

cional desenmascaró la realidad. La prensa no sufrió represalias porque Gorbachov había anunciado la relajación del control sobre los medios de comunicación; ahora, gracias a los sucesos de Chernóbyl, esta política, *Glásnost* ("Transparencia"), recibió un mayor empuje desde arriba. La *Glásnost* consistía, básicamente, en relajar la censura sobre la prensa y la información oficial, pero más tarde rodó como bola de nieve para permitir en un grado sin precedentes la libertad de expresión. Gorbachov insistió en que la *Glásnost* debía oxigenar la vida pública y fortalecer el socialismo. A partir de ese momento, cambió radicalmente la vida cotidiana en la Unión Soviética. Se informó por primera vez sobre problemas comunes como la drogadicción, el crimen o la mortalidad infantil. Se publicaron todas las obras prohibidas: a Pasternak, Grossman y a los escritores ejecutados por el régimen, pero también a los emigrados, como Brodski o Nabókov. Se publicaron textos de Trotski, de los mencheviques y de los SR. Nuevos libros, películas y obras de teatro retrataron de manera más realista la Revolución, la Guerra Civil o el *Gulag.* Los grupos de rock y las estrellas pop ya conocidas en la clandestinidad aparecían ahora en televisión y sonaban en la radio oficial. Gorbachov añadió falibilidad a la percepción ciudadana del gobierno al admitir que Chernóbyl no había sido el único accidente nuclear en la historia soviética y evidenció el daño irreparable al ecosistema en Cheliábinsk —donde el desperdicio nuclear se tiraba en los ríos— o en el Mar de Aral —desecado para decenas de proyectos de irrigación—. En 1990 Gorbachov reveló que el gobierno soviético había masacrado a oficiales polacos en Katyń en 1940. Además, el líder rehabilitó oficialmente a viejos bolcheviques como Bujarin, liberó a todos los presos políticos y mejoró la relación con las Iglesias. En suma, parafraseando a John Keep, no se exagera al decir que, como resultado de la *Glásnost,* la manera de pensar y de actuar de los individuos se transformó: se rompían tabúes y se cuestionaban dogmas aparentemente impregnables en cuestión de meses. Tan abrupto era el ritmo de cambio que lo que parecía inusual en un mes podía ser ordinario al siguiente.

Los conservadores no tardaron en expresar su oposición a Gorbachov. Seis meses después de aprobar la Ley de Cooperativas, el Consejo de Ministros restringió muchas de sus actividades. La razón eran las cuotas (sobornos y favores políticos) que no pocos miembros del PCUS extraían de su apoyo a ciertas empresas e industrias, práctica alterada

con la nueva autonomía gerencial, la cual amenazaba directamente los privilegios y la base política de muchos funcionarios. El sentimiento de los comunistas conservadores tuvo su máxima exposición en marzo de 1988, cuando la química Nina Andréieva publicó un panfleto anti-*Perestroika* titulado *No puedo abandonar mis principios* en defensa del marxismo-leninismo, con gran eco en el bando conservador. Inició así una polarización política entre un bando reformista y uno intransigente —en el mejor sentido de la palabra—, donde Gorbachov pasó a ocupar, inexorablemente, una posición de centro. Ante este embate, el secretario general divisó un nuevo plan para contrarrestar la influencia de los comunistas conservadores y profundizar la *Perestroika* con nuevas medidas: la *Demokratizátsiya* ("Democratización"). Gorbachov necesitaba un contrapeso para el conservadurismo y pensaba que sólo podía hacerlo fortaleciendo las instituciones del gobierno frente al Partido, dominado por los conservadores. Sin embargo, para convertir a aquéllas en el centro de la *Perestroika,* de la *Glásnost* y de reformas posteriores, primero era necesario legitimarlas. Gorbachov concluyó, como asevera McFaul, que sólo mediante una reforma política radical podría llevar a cabo su programa económico, pero para ello necesitaba "emancipar" al Estado del Partido.

La "Democratización" inició en junio de 1988 durante la XIX Conferencia del PCUS, que revitalizó a los soviets como órganos legislativos locales autónomos e instauró un Congreso de Diputados del Pueblo, institución legislativa de 2 250 diputados, de los cuales 2/3 se elegirían libremente y el resto estaría reservado para organizaciones supeditadas al Partido. Este Congreso elegiría, a su vez, a 542 diputados para conformar el Soviet Supremo, parlamento bicameral de cinco años. La nueva ley electoral permitía la participación de más de un candidato por distrito, principal diferencia con elecciones soviéticas previas. Los comicios del 26 de marzo de 1989 tuvieron un sorprendente porcentaje de votación (89.8%). Los conservadores perdieron en las ciudades y en las Repúblicas de mayor componente nacionalista. En Moscú, Yeltsin ganó una diputación con el 89.4% del voto. Este personaje se volvió un dolor de cabeza para Gorbachov, pues como líder de la capital se cultivó una imagen popular al viajar en transporte público y preocuparse por la "gente común". Desde esa base de poder, Yeltsin denunció al secretario por no llevar las reformas a fondo y éste tuvo que ponerle trabas —des-

pedirlo en noviembre de 1987 y expulsarlo del Politburó en febrero de 1988—, lo cual sólo disparó su popularidad. Yeltsin criticó a Gorbachov por ser a un mismo tiempo secretario general del PCUS, jefe de Estado (desde octubre de 1988) y ahora presidente del Congreso. Esta crítica, televisada en las sesiones legislativas gracias a la *Glásnost,* fue una buena imagen —literalmente— de cómo Gorbachov comenzaba a quedarse solo en el centro y a ser irrelevante en la creciente polarización política entre regresión conservadora y reforma radical.

La URSS también se quedó sola en el escenario internacional en cuanto Gorbachov disminuyó la tensión prevaleciente en la primera mitad de los ochenta. Sus acercamientos con Reagan y Thatcher —con la esperanza de obtener créditos para la URSS—, la recuperada relación con la China reformista de Deng Xiaoping y el llamado a los países del Comecon a replicar la *Perestroika* fueron cruciales en ese sentido. La relación con Reagan llevó a Washington y Moscú a firmar en diciembre de 1987 el Tratado de Fuerzas Nucleares de Mediano Alcance, que eliminó todo el arsenal de este tipo. En 1989 Gorbachov sorprendió al declarar que los países del Pacto de Varsovia eran "libres" de elegir su propio destino, algo que años atrás parecía imposible. Como resultado, los regímenes comunistas cayeron uno a uno en Europa oriental en 1989 de diversas formas: salida electoral pactada entre sociedad civil y gobierno (Polonia en abril y Hungría en septiembre); elección de un líder reformista bajo presión social (RDA en octubre y Bulgaria en noviembre); renuncia de un gobierno por manifestaciones multitudinarias (Checoslovaquia en noviembre); o la ejecución del líder por un tribunal militar (Rumanía en diciembre). Tras la caída del Muro de Berlín en noviembre de 1989, el evento más significativo del repliegue soviético fue la reunificación alemana en octubre de 1990, que transformó el balance europeo de las cuatro décadas precedentes y a la que Gorbachov no se opuso. Parecía pensar que, manteniéndose al margen de este reacomodo, obtendría una carta de negociación con Washington y con el gobierno alemán a cambio de obtener créditos. En mayo de 1990, Gorbachov negoció con el presidente George Bush una Alemania unificada e incorporada a la OTAN, a cambio de que ésta no se ampliara a Europa del Este. No dejaba de ser ingenuo pedir que la OTAN no se extendiera al mismo tiempo que no se hacía nada por evitar la desaparición del Pacto de Varsovia, base de un mapa geopolítico

europeo asimétrico a partir de 1990 —con consecuencias evidentes hoy en día—.

Los eventos de 1989 repercutieron en la URSS, donde iniciaron protestas crecientemente nacionalistas. Los movimientos más prominentes se dieron en Estonia, Letonia y Lituania, otrora Estados independientes, pero también en Georgia y Armenia. En las RSS eslavas (Bielorrusia, Rusia, Ucrania) la cuestión era más complicada. Bielorrusia no tenía un nacionalismo fuerte y al sur era difícil saber dónde empezaba Ucrania y dónde terminaba Rusia, culturalmente hablando. Los bolcheviques habían cedido territorio ruso a Ucrania desde 1919; incluso en 1954 se transfirió Crimea —de mayoría étnica rusa— de la RSFSR a Ucrania por cuestiones administrativas. Aunque el nacionalismo ruso era muy débil entonces, no pocos se preguntaron por qué la RSFSR carecía de las instituciones que el resto de las RSS sí gozaba: un Partido Comunista *ruso,* una Academia de Ciencias *rusa,* un Ministerio del Exterior propio o un asiento en la Asamblea General de la ONU como Ucrania y Bielorrusia. El naciente nacionalismo ruso se exacerbó con la realidad demográfica, pues las nacionalidades no eslavas, sobre todo las de Asia Central, eran las poblaciones de mayor crecimiento demográfico en la URSS, como lo estudió Hélène Carrère d'Encausse.

El uso político del nacionalismo terminó por destruir a la Unión Soviética, algo que Gorbachov claramente subestimó. Desde diciembre de 1986 sustituyó al líder de Kazajstán, un nacional kazajo, por un ruso. La respuesta fueron protestas donde murieron varios locales. Sólo hasta 1989 Gorbachov designó a Nursultán Nazarbáiev, de etnia kazaja, como líder nacional. En febrero de 1988, las autoridades de Nagorno-Karabaj, un enclave de mayoría armenia en la RSS de Azerbaiyán, solicitaron incorporarse a la RSS de Armenia, lo que tuvo buena recepción en Yereván. Las protestas contrarias en Bakú dieron pie a un conflicto social interétnico que derivó en una guerra abierta. Gorbachov respaldó al liderazgo azerí pues era el más leal a Moscú, pero en cuanto intentó reconciliar a las partes ya era muy tarde. La Guerra de Nagorno-Karabaj (1988-1994) mató a decenas de miles y desplazó a más de un millón de personas en esos años. En Georgia, en abril de 1989, las tropas soviéticas reprimieron manifestaciones nacionalistas en las que murieron decenas de personas en una estampida, mientras que otros fueron abiertamente masacrados por el Ejército Rojo. En las RSS bálticas hubo

demandas populares soberanistas desde 1986 con una cohesión notable, exacerbadas en 1989 con la caída del comunismo en Europa oriental. Todo esto tenía como trasfondo una economía en picada, en la que 1989 fue el último año de crecimiento económico y donde empezaron a escasear muchos productos en las tiendas debido a las políticas oficiales. En julio de 1989 varios mineros en el *Kuzbás,* en Siberia, se manifestaron exigiendo salarios más altos. La huelga tuvo eco en el *Donbás* y otras áreas mineras, paralizando la industria.

Pese a todo, Gorbachov insistió en profundizar la *Demokratizátsiya.* En febrero de 1990 se reformó el Artículo 6 de la Constitución soviética para quitar al Partido Comunista el monopolio del poder. En marzo se inauguró la "Presidencia" de la URSS y Gorbachov fue elegido presidente por el Soviet Supremo. De inmediato se realizaron elecciones legislativas regionales en todo el país y en todos los niveles. En Estonia, Letonia, Lituania, Georgia y Moldavia la oposición nacionalista ganó los Congresos locales, aunque en la última se formó un enclave pro soviético en la región minúscula y multiétnica de Trasnistria. En Armenia, Azerbaiyán, Bielorrusia, Ucrania y Rusia el resultado fue más balanceado. En las RSS de Asia Central, que dependían abrumadoramente de los subsidios de Moscú y donde no había nacionalismos fuertes, vencieron los comunistas. En la RSFSR, Yeltsin ganó su segunda elección al hilo y fue elegido presidente de la legislatura, convirtiéndose en líder *de facto* de Rusia. Muchas legislaturas republicanas restauraron lábaros anteriores a su incorporación a la URSS y estipularon que ahora las leyes de cada república tenían primacía sobre las de la Unión. Entre noviembre de 1988 y octubre de 1990 las quince Repúblicas de la URSS se declararon "soberanas", lo cual no implicaba independencia. Varias de ellas deseaban permanecer en la URSS pues dependían económicamente del centro y su nacionalismo era muy débil —como Bielorrusia o Kazajstán—. En cambio, las RSS bálticas y caucáseas, al igual que Moldavia, se movieron hacia la independencia total. El 11 de marzo de 1990 el Soviet lituano declaró "restaurada" la independencia de Lituania. Gorbachov envió tanques a Vilna y buscó retenerla mediante la disminución del abastecimiento de petróleo y gas. Siguieron Estonia, Letonia y Armenia en ese año. En el Soviet Supremo de la RSFSR se formaron diferentes bandos políticos: reformistas moderados, demócratas radicales que deseaban un sistema multipartidista y de libre mer-

cado —agrupados bajo "Unión Democrática", coalición de varios grupos que fungían como base política de Yeltsin—, nacionalistas rusos y comunistas conservadores. Los últimos crearon el "Partido Comunista de la RSFSR" en junio de 1990, es decir un partido comunista *ruso,* con la esperanza de que fuese un coto de resistencia conservadora —aunque con un toque discordante de nacionalismo ruso— a los reformistas. En el otoño de 1990, ante la crisis institucional, Gorbachov tuvo que purgar su gobierno y trajo de vuelta a varios conservadores, pero ya era muy tarde. Además, la "guerra legal" entre el centro y las repúblicas independentistas imposibilitó muchas tareas al gobierno de la Unión.

A inicios de 1991 el país parecía al borde del colapso político y económico. Las tropas estacionadas en Lituania provocaron la muerte de varios civiles, lo cual se replicó días después en Letonia. Yeltsin, presidente del Congreso ruso, ofreció su apoyo a la independencia de los países bálticos, enviando señales mixtas desde Moscú. Los mineros del *Kuzbás* pidieron al gobierno *ruso,* y no al *soviético,* resolver su situación. La negociación exitosa de Yeltsin con los mineros fue el ejemplo más claro de que Gorbachov, presidente de la URSS, era ya una figura casi sin poder ni margen de maniobra. A pesar de ello, Gorbachov logró negociar aún con la mayoría de las repúblicas un referéndum para preservar la Unión Soviética y evitar más declaraciones de independencia, bajo un nuevo tratado federal. En el plebiscito, realizado el 17 de marzo de 1991, la opción de mantener la URSS ganó abrumadoramente en todas las repúblicas participantes. Las RSS bálticas, Moldavia, Armenia y Georgia boicotearon el ejercicio. Gorbachov obtuvo así su última victoria, pues 77.8% de los consultados —con una concurrencia del 80%— votó a favor de preservar la Unión Soviética. El referéndum permitió a Gorbachov negociar un nuevo Tratado de la Unión, cuya firma tendría lugar el 20 de agosto de 1991.

En junio de ese año Yeltsin ganó las elecciones presidenciales en la RSFSR con 58.6% del voto, apoyado por un nuevo partido, Rusia Democrática, que se fijó como meta desmantelar el socialismo. El contraste con Gorbachov no podía ser mayor: Yeltsin había ganado tres elecciones populares en tres años y el presidente de la URSS sólo una, votada exclusivamente entre diputados. Como trasfondo, la economía soviética volvía a irse en picada con un 9% de caída en la producción y un aumento de 236% en los precios al mayoreo. Hacia mediados de

1991 el clima político prevaleciente era preservar la Unión Soviética como Estado federal bajo el nuevo sistema político e introducir mecanismos de mercado para fomentar el crecimiento económico, lo que Gorbachov y Yeltsin negociaron en el "Programa de los 500 Días". Según McFaul, aún a principios de agosto las negociaciones habían sido exitosas y parecía que la URSS sobreviviría reformada pese a la escisión *de facto* de algunos componentes.

Sin embargo, el 18 de agosto de 1991 ocurrió un suceso que precipitó su implosión. Adelantándose a la firma del nuevo Tratado de la Unión, los comunistas conservadores, liderados por el vicepresidente de la URSS, los ministros de Defensa y del Interior y el líder de la KGB, intentaron perpetrar un golpe de Estado. Gorbachov fue arrestado en Crimea y se anunció la creación de un "Comité de Emergencia". El vicepresidente Guennadi Ianáiev se declaró en televisión "presidente interino" y anunció que Gorbachov renunciaba por enfermedad. Si bien es extraño que no hubiesen actuado antes, el golpe no prosperó gracias a Yeltsin, quien arribó al edificio del Soviet Supremo y organizó una resistencia civil mediante una imagen icónica al subirse en un tanque, exigiendo la restitución de Gorbachov. Miles de personas acudieron al lugar para levantar barricadas en apoyo a Yeltsin. Muchos mandos militares permanecieron fieles a éste y para el 21 de agosto ya habían desmantelado el golpe. Gorbachov fue restituido en su puesto y los golpistas arrestados.

El episodio provocó precisamente lo que sus perpetradores querían evitar: la debacle del país, pues el centro era ahora más vulnerable que nunca. Estonia y Letonia refrendaron su independencia durante el golpe y en las siguientes semanas cada república, comenzando por Ucrania el 24 de agosto, se declaró independiente de la URSS. La mayoría celebró elecciones presidenciales. El 29 de agosto, Yeltsin prohibió las actividades del Partido Comunista de la Unión Soviética y del Partido Comunista de la RSFSR en territorio ruso. Con un Gorbachov debilitado —ya que, por supuesto, el Tratado de la Unión no se firmó nunca—, Yeltsin tomó la iniciativa de dar el golpe final a la URSS congregando en secreto al recién electo presidente de Ucrania, Leonid Kravchuk, y al líder del parlamento bielorruso, Stanislav Shushkiévich. El 8 de diciembre los tres se reunieron en Belavezha, Bielorrusia, para firmar un acuerdo que decretó la disolución de la Unión Soviética. Esas tres Repúblicas

habían firmado el Tratado que creó la URSS en 1922, el cual estipulaba el derecho de cada una a salirse voluntariamente. De ese modo, las quince repúblicas que constituían la URSS se volvieron independientes. El 25 de diciembre de 1991, rebasado por su propia iniciativa, Gorbachov renunció y la RSFSR se rebautizó como "Federación Rusa", absorbiendo la mayoría de las instituciones de gobierno de la URSS. La bandera roja con la hoz y el martillo fue removida del Kremlin y en su lugar se elevó la bandera rusa tricolor (blanco, azul y rojo). La Unión Soviética, el segundo Estado más poderoso del mundo apenas unos años atrás, había dejado de existir.

XII
LA FEDERACIÓN RUSA (1992-2016)

BORÍS YELTSIN Y LA TURBULENTA DÉCADA DE 1990

Mientras la población rusa celebraba el año nuevo la madrugada del 1º de enero de 1992, el presidente Borís Yeltsin decretó la liberalización inmediata de precios, reforma diseñada por su ministro de Finanzas, Yegor Gaidar. Los resultados, "eficientes" para los economistas liberales, fueron realmente desastrosos en términos sociales. La hiperinflación, fenómeno desconocido hasta entonces, se convirtió en un problema cotidiano, especialmente cuando el Banco Central imprimió papel moneda masivamente para financiar la deuda pública. La liberalización radical afectó a quienes recibían un salario fijo —la gran mayoría de la población—, pues sus ahorros se devaluaron de la noche a la mañana. Gaidar, a quien Yeltsin nombró primer ministro en junio, llevó a cabo una estabilización macroeconómica que redujo abruptamente el gasto social e incrementó la tasa impositiva. La segunda etapa de esta reforma consistió en la privatización masiva de compañías estatales por medio del decreto presidencial del 2 de abril de 1992. El principal problema de la privatización, diseñada por el viceprimer ministro Anatoli Chubáis, fue la compra de activos a un precio mucho menor que su valor inicial, lo que permitió a los directores de varias empresas estatales convertirse en grandes empresarios privados a un costo ínfimo. En octubre, Chubáis aprobó una distribución de cupones con un valor nominal de 10 mil rublos entre toda la población rusa para comprar acciones de pequeñas y medianas empresas, pero también se permitió a la gente venderlos, cosa que muchos hicieron a cambio (y a falta) de efectivo. No faltaron quienes compraron cupones a bajo precio, obteniendo el control de muchas empresas. Esto llevó a un raudal de pirámides financieras que enriquecieron exponencialmente a los compradores, quienes a mediados de la década ya eran los hombres más ricos del país, conocidos como "oligarcas", con amplia influencia sobre el gobierno. Para junio de 1994, el 70% de las grandes y medianas empresas de Rusia y el 90% de las pequeñas habían sido privatizadas.

Esta "terapia de choque" (liberalización inmediata de la economía estatizada) introducida por Gaidar fue sumamente impopular desde las primeras semanas de 1992. A fines de ese año el PIB había caído en 14.5%, la hiperinflación había llegado a 2000% y el déficit presupuestario equivalía al 20% del PIB. La producción económica entre 1992 y 1993 descendió a un nivel menor al de Estados Unidos durante la Gran Depresión y, sin embargo, el Fondo Monetario Internacional (FMI) y economistas occidentales llamaban a Rusia un "caso de éxito". Como afirma McFaul, para Yeltsin y sus aliados de Rusia Democrática la reforma económica era una elección pasional, no racional. En febrero de 1992, el 52% de los rusos opinaba que era preferible una economía de mercado y 27% prefería una economía planificada; no obstante, para marzo de 1993 los números se revirtieron a 33% y 35%, respectivamente. En el Soviet Supremo, muchos antiguos colaboradores de Yeltsin —como Ruslán Jasbulátov, presidente de la legislatura— propusieron desde abril de 1992 un relajamiento de las reformas económicas e incluso la renacionalización de varias empresas. Conforme la situación se complicaba, los nacionalistas y comunistas rechazaron el mercado por completo en un bloque político liderado por el propio vicepresidente, Aleksandr Rutskói. La unidad política que Yeltsin consiguió en 1991 se estaba fragmentando para 1992 ante los alarmantes resultados económicos. La presión parlamentaria obligó al presidente a despedir a Gaidar en diciembre de 1992 y sustituirlo con una figura moderada propuesta por el Soviet, Víktor Chernomyrdin. Si bien Yeltsin gobernaba mediante los poderes de decreto que le otorgó el parlamento en noviembre de 1991, a mediados de 1992 varios diputados se cuestionaban si el presidencialismo había sido el camino correcto para el sistema político ruso y si el Soviet no debía tener una mayor injerencia en asuntos económicos. Las confrontaciones abiertas contra Yeltsin no tardaron en aparecer. En diciembre de 1992, cuando Chernomyrdin se convirtió en primer ministro, el campo político se polarizó como un año atrás, pero ahora entre presidencialistas y parlamentaristas, entre una reforma económica radical y una gradual.

A principios de 1993 Yeltsin, cuestionado por la legislatura y buena parte de la opinión pública, decidió organizar un "plebiscito de confianza", rechazado por la Corte Constitucional. El Soviet insistió en que la facultad de enmendar la Constitución era inherente al poder legisla-

tivo y buscó la manera de convertir a Rusia en un sistema parlamentario para reducir el poder de Yeltsin. Cuando el presidente barajó la posibilidad de introducir un estado de emergencia para llevar a cabo sus reformas ante la resistencia de los poderes judicial y legislativo, el Soviet buscó abiertamente impugnar al presidente, pero no se obtuvieron los dos tercios de la votación requerida. Finalmente, luego de que la Corte declarase anticonstitucional el estado de emergencia, Yeltsin se dignó a negociar directamente con el Soviet una salida a la crisis política. El presidente propuso a los legisladores introducir las preguntas que quisieran en el plebiscito. El 25 de abril de 1993 se llevó a cabo el referéndum con la participación de 64% del electorado. 59.9% de los votantes dijo "tener confianza" en Yeltsin y 54% expresó su apoyo a las reformas económicas. No obstante, 51% de los votantes manifestó la necesidad de celebrar elecciones presidenciales anticipadas y 69% votó en favor de una nueva elección parlamentaria.

Aunque su apoyo había disminuido, Yeltsin ganó claramente su plebiscito. Su renovada legitimidad le permitió redactar una carta magna que reemplazó a la Constitución de la RSFSR, vigente desde 1978. Mientras el Soviet redactaba su propio borrador, Yeltsin convocó a una conferencia constitucional sin invitar a los legisladores, quienes protestaron pues sabían que el resultado sería una carta magna presidencialista. También la calle comenzó a protestar contra Yeltsin. El 1º de mayo de 1993, grupos comunistas radicales mostraron músculo con más de 300 mil trabajadores que se manifestaron contra las reformas neoliberales y la disolución de la Unión Soviética. Entre julio y septiembre las tensiones entre ejecutivo y legislativo crecieron conforme cada uno encontraba lagunas jurídicas para justificar sus acciones, produciendo una crisis institucional. En la región de Mordovia, el soviet local revocó el mandato del ejecutivo por ser partidario de Yeltsin, mientras que en Cheliábinsk llegó a haber dos gobernadores al mismo tiempo, uno designado por el presidente y otro por el Soviet Supremo. El 1º de septiembre de 1993 Yeltsin despidió al vicepresidente Rutskói por oponerse a las reformas, pero el Soviet no aceptó su renuncia. Más tarde, el 18 de septiembre, Yeltsin trajo de vuelta a Gaidar al gabinete, algo inaceptable para el radicalizado poder legislativo.

Ante esta serie de trabas, habiendo agotado todo recurso más o menos legal, Yeltsin declaró el 21 de septiembre de 1993 la suspensión

del Soviet Supremo, anunció elecciones parlamentarias para diciembre, un plebiscito constitucional y la creación inmediata de un nuevo cuerpo parlamentario llamado Consejo de la Federación, una Cámara alta con representación nacional. La Corte y el Soviet rechazaron esta afrenta y en una sesión nocturna la legislatura impugnó a Yeltsin y nombró a Rutskói "presidente en funciones". El 1º de octubre la diatriba se transformó en dramatismo. Apoyados por la oposición de calle, entre la que figuraban decenas de miles de ciudadanos que veían sus ingresos caer desde 1989 mientras los precios seguían en aumento, Rutskói y Jasbulátov ordenaron a "las masas" tomar edificios de gobierno junto con grupos paramilitares improvisados. Yeltsin introdujo un estado de emergencia en Moscú y cortó las comunicaciones a los diputados atrincherados en la sede parlamentaria. Éstos fracasaron en tomar la torre de televisión de Ostánkino y edificios de gobierno, y no se ganaron a los mandos militares, que permanecieron fieles al presidente. El 4 de octubre de 1993, Yeltsin ordenó un asalto sobre la "Casa Blanca", sede del Congreso. Varios tanques dispararon directamente al edificio, momento en el cual Rutskói, Jasbulátov y sus aliados se rindieron y el Soviet quedó (casi literalmente) disuelto. Yeltsin terminó así con todo obstáculo para imponer su voluntad, mientras que Moscú vivía sus días más violentos desde la Guerra Civil. En aquella jornada murieron alrededor de 150 personas.

Tras resolver la crisis política por la fuerza, Yeltsin cumplió su promesa. En diciembre de 1993 hubo elecciones legislativas para ambas cámaras: el Consejo de la Federación (Cámara alta), con 178 asientos para candidatos independientes, y la recién rebautizada Duma Estatal (Cámara baja), que sustituyó al Soviet Supremo con 450 asientos, la mitad elegidos por el método de representación proporcional y la otra por distritos de mayoría. La Duma electa resultó un parlamento transitorio de dos años, tras lo cual se elegiría cada cuatro. El resultado fue sorpresivo para todos: reveló que el proceso de organización política iniciado en 1990 había madurado bastante y que Rusia contaba ya con perfiles partidistas bien definidos. El Partido Liberal Democrático de Rusia (LDPR) —que, dice el viejo chiste, no es ni liberal ni democrático— ganó el voto plurinominal con 22.9% del total. Se trata, hasta la fecha, de un partido ultrapatriótico, ultraestatista y con fuertes inclinaciones hacia el nacionalismo ruso que gira en torno a Vladímir Zhiri-

novski, figura polémica, "populista", que prometió resolver enérgicamente la crisis económica apelando a los problemas del ciudadano común. Un bloque pro Yeltsin liderado por Gaidar, "La elección de Rusia" *(Vybor Rossií),* que recogió la estructura de Rusia Democrática, logró el segundo lugar con 15.5% y fue el partido con mayor número de asientos en la Duma (96) gracias al voto uninominal, pero no alcanzó ni por asomo mayoría absoluta. En tercer puesto figuraban los comunistas con 12.4%, quienes rebautizaron el Partido Comunista de la RSFSR creado en 1990 como "Partido Comunista de la Federación Rusa" (PCFR), cuyo líder es Guennadi Ziugánov. Aunque llamaba a renacionalizar todo y a restaurar la URSS, el PCFR tiene hasta hoy un componente más nacionalista que comunista. Los comunistas radicales boicotearon la elección, pues participar significaba legitimar a Yeltsin, e incluso criticaron al "desviado" PCFR. El resto de los asientos se repartió entre varios partidos políticos de diferentes ideologías, produciendo un parlamento enormemente plural.

En el plebiscito constitucional, celebrado el mismo día, 58.4% de los electores avaló la Constitución presidencialista de Yeltsin. Se estableció una presidencia fuerte con las facultades de disolver la Duma, designar al primer ministro —sujeto a aprobación de la Duma— y al gabinete, reservarse el derecho de veto legislativo, organizar plebiscitos, introducir estados de emergencia y expedir "decretos y órdenes" de carácter obligatorio. Los miembros del Consejo de la Federación en adelante serían los propios gobernadores y presidentes de las Dumas regionales *ex officio.* El presidente se elegiría cada cuatro años y tendría posibilidad de una reelección consecutiva. Esta nueva Constitución puso punto final al periodo "transitorio" entre la elección de Yeltsin en 1991, la disolución de la Unión Soviética y la crisis política de 1993. El presidente impuso las reglas del juego conforme él y sus aliados lo consideraron pertinente, sentando las bases de un presidencialismo fuerte en la Federación Rusa.

Cuando parecía que la economía se estabilizaba con la reducción de precios a principios de 1994 y con el programa moderado de Chernomyrdin —que subsidió una vez más al sector agrícola e incrementó el gasto en defensa—, la inflación volvió a despegar en octubre de ese año y el rublo se devaluó 27% frente al dólar en un solo día. Las cosas comenzaron a ir mal para Yeltsin. El presidente despidió al director del

Banco Central e introdujo políticas fiscales y monetarias más restrictivas. A fines de 1994 las estadísticas socioeconómicas eran alarmantes. El PIB ruso se había contraído de manera impresionante en 50% desde 1989. La expectativa de vida masculina cayó de 64 años en 1990 a 57 en 1994, la caída más estrepitosa en el hemisferio norte para ese indicador en periodos de paz. El alcoholismo fue crucial en este punto, pues su consumo aumentó 60% con respecto a la década anterior. El crimen con violencia, relativamente restringido durante la época soviética, era ahora cosa común: entre 1991 y 1996 la tasa de criminalidad aumentó en más de 40% y la de homicidios en 80% entre 1991 y 2000. A principios de 1994 había en promedio 84 asesinatos al día en Rusia, la mayoría realizados por contrato puesto que el mercado de la protección aumentó exponencialmente, tal y como demostró Vadim Volkov. La *anomia* de la que hablaba Émile Durkheim, es decir la resistencia violenta a la degradación de valores colectivos, tenía en la Rusia de la década de 1990 su mejor ejemplo.

Para colmo, en diciembre de 1994 el fantasma de una nueva guerra surgió en el Cáucaso debido al incompleto diseño federalista del país. Desde 1992 el presidente negoció un Tratado de la Federación con todas las regiones de Rusia. Si bien entre 1991 y 1996 sólo se permitieron elecciones para gobernador/presidente en aquellas regiones/repúblicas donde Yeltsin calculó que sus aliados podían ganar, y se mantuvo a viejos "hombres fuertes" en sus puestos a cambio de aceptar el statu quo, el Tratado consiguió una estabilidad horizontal entre 87 de las 89 regiones de Rusia. Las dos repúblicas no signatarias fueron aquellas con un componente nacionalista y religioso (musulmán) más arraigado: Tartaristán y Chechenia. A principios de 1994, Yeltsin llegó a un acuerdo con el presidente de Tartaristán, Mintimer Shaimíev, para que firmara el Tratado a cambio de dar autonomía a la región. Sin embargo, el estatus de Chechenia no se había resuelto desde que en 1991 una milicia comandada por el general nacionalista Dzhojar Dudáiev declarara su independencia. En la Constitución de 1993, Rusia se asumía como Estado federal pero a diferencia de la URSS no permitía a sus componentes escindirse voluntariamente. Yeltsin optó por una solución militar al conflicto en cuanto se vio que las negociaciones con Dudáiev no llevarían a ningún lado. Moscú bombardeó Chechenia desde el aire a partir del 1º de diciembre de 1994 y días después las tropas rusas entraron en

combate. La campaña fue impopular en Rusia desde un inicio. Muchos generales se negaron a participar en un ataque "contra su propia población", y la baja moral en el ejército dio paso a la confusión tras los primeros fracasos. En marzo de 1995 las tropas rusas entraron en Grozni, capital chechena, luego de una batalla que dejó 35 mil personas —la mayoría civiles— sin vida. El control de las montañas y del campo chechenos permaneció en manos de las guerrillas locales. En julio, éstas secuestraron a 1500 personas en un hospital en Budiónnovsk donde murieron 140 rehenes, por lo que Moscú negoció una salida al conflicto. Aunque las tropas rusas asesinaron al presidente Dudáiev, un número minúsculo de chechenos retomó Grozni en marzo de 1996 en un ataque sorpresa, propinando un fuerte golpe a Yeltsin en año electoral.

Con el desplome del rublo y del PIB, y con la guerra en Chechenia como trasfondo, en diciembre de 1995 hubo elecciones legislativas en Rusia. Esta vez no fue difícil para el Partido Comunista obtener la victoria bajo una plataforma nostálgica, apelando a un antiguo régimen en el que no había "tanto desorden", cuando sueldos y precios eran estables. Obtuvieron 22.3% del voto plurinominal y 157 de 450 asientos en la Duma, convirtiéndose en la fracción más numerosa. Le siguió el LDPR de Zhirinovski (11.1%) y un nuevo partido pro Yeltsin, "Nuestro hogar, Rusia" (*Nash Dom - Rossiya,* con 10.1%). En cuarto lugar se posicionó un partido liberal, *Yábloko* (6.8%), del reformista liberal Grigori Yavlinski. A pesar de que Yeltsin se negó a crear un partido de poder como base política, una Duma contraria al presidente no afectaba mucho las facultades del ejecutivo —así se planeó el diseño constitucional—. El verdadero problema era la elección presidencial que tendría lugar en junio de 1996, pues Yeltsin quería reelegirse pero su aprobación cayó estrepitosamente a 8% a inicios de ese año, mientras que Ziugánov, candidato comunista, tenía la mayor intención de voto. Sin embargo, el apoyo económico de los oligarcas a la campaña de Yeltsin, así como la "guerra sucia" contra los comunistas en los medios controlados por aquéllos, revirtieron las tendencias de cara a la elección. Además, Yeltsin signó un alto al fuego en Chechenia una semana antes de los comicios, firmó decretos que prometían el pago de adeudos salariales en toda Rusia y golpeó a los comunistas donde más les dolía: subsidiando masivamente industrias clave —con dinero de los oligarcas— poco antes de la elección. En la primera vuelta Yeltsin obtuvo 35.8% del voto contra 32.5% de

Ziugánov, mientras que en segunda vuelta el presidente se reeligió con 54.4% contra 40.7% de su contrincante, quien aceptó el resultado.

Al iniciar su segundo periodo (1996-2000) Yeltsin parecía recuperar terreno. En primer lugar, la guerra en Chechenia culminó con los Acuerdos de Jasaviurt, firmados el 30 de agosto de 1996. Estipulaban que las fuerzas federales se retirarían, posponiendo nuevas negociaciones hasta 2001; mientras tanto, la República permanecería autónoma. En dos años de guerra, más de medio millón de personas fueron desplazadas de Chechenia; alrededor de 80 mil murieron. El nuevo presidente checheno, Aslán Masjádov, firmó un tratado de paz con Yeltsin en 1997 para obtener subsidios de Moscú y financiar la reconstrucción. Por otra parte, la economía por fin daba signos de alivio a fines de 1996. Se logró una estabilidad macroeconómica que compensó la interminable caída en los precios del petróleo desde una década atrás. El desempleo iba en picada y la inflación cayó de 130% en 1995 a 11% en 1997. Este año vio el primer momento de crecimiento económico en el país desde 1991 —aunque fuera de 0.8%—. La balanza de pagos obtuvo finalmente un superávit. El panorama era tan optimista que Rusia fue invitada por el presidente estadunidense William Clinton a incorporarse al G7, luego llamado G8. Desde luego había problemas, especialmente en la producción, aún en declive aunque a tasas cada vez menores, y en la bajísima tasa de recaudación fiscal. Los salarios reales representaban en 1997 la mitad de los de 1991; sólo 40% de los trabajadores recibía su sueldo completo y a tiempo. Casi la tercera parte de la población rusa se encontraba por debajo de la línea de pobreza —menos de 32 dólares al mes— en octubre de 1996. Todavía en la primera mitad de 1998 los resultados económicos eran alentadores, pero en marzo de ese año el presidente, sorpresivamente, despidió a todo el gabinete, incluyendo a Chernomyrdin, acaso por temor a que se convirtiera en candidato nato a la presidencia en 2000 con base en el prometedor panorama económico. Como Yeltsin ya no podría reelegirse, tenía que dejar a un candidato más afín a su programa político. El presidente nombró al ministro de Energía, Serguéi Kiriyenko, de 35 años, como primer ministro.

Cuando todo parecía mejorar, una nueva crisis financiera azotó a Rusia en 1998, cosa que ya no sorprendía a nadie. A pesar de que en julio Kiriyenko consiguió un paquete financiero del FMI por 22 600 millones de dólares, la conjunción de factores como la tasa fija del rublo

(6 dólares = 1 rublo), la corrida especulativa en su contra como consecuencia de la crisis asiática y la débil recaudación fiscal quebraron a los mercados en Rusia. El 17 de agosto de 1998, una vez más, se anunció una devaluación del rublo, una moratoria para pagar a los acreedores internacionales y la cancelación del pago a corto plazo de bonos del tesoro equivalentes a 40 mil millones de rublos. Kiriyenko fue despedido y Yeltsin intentó traer de vuelta a Chernomyrdin, pero la Duma, controlada por los comunistas y sus aliados, no lo aprobó. Ante la dificultad económica, Yeltsin se vio obligado a nombrar de nueva cuenta a un primer ministro propuesto por el parlamento. El elegido fue Yevgueni Primakov, viejo político cercano a Gorbachov que era ministro de Asuntos Exteriores desde 1996. Por primera vez los comunistas aprobaron a un jefe de gobierno, e incluso algunos obtuvieron puestos en el gabinete, con lo que se restableció la estabilidad política. Primakov también invitó al gabinete a miembros del LDPR y Yábloko. Amparado en esta legitimidad, el nuevo primer ministro llevó a cabo una "guerra fiscal" contra los oligarcas y los intereses de las grandes empresas. Se redujo el déficit fiscal y se pasó una nueva ley de impuestos, que entre abril y mayo de 1999 incrementó la recaudación en 40%. La devaluación del rublo obligó a impulsar una sustitución de importaciones en pequeña escala, bastante exitosa si se mide con la sorprendente tasa de crecimiento del PIB en 1999, que fue de 6.4%. El aumento exponencial en los precios internacionales del petróleo a partir de ese año fue de gran ayuda para la economía rusa. Primakov apadrinó el resurgimiento de Rusia en la esfera internacional al condenar enérgicamente la intervención de la OTAN en Kósovo en la primavera de 1999, defendiendo así la integridad de Serbia, aliado ruso —algo que Yeltsin también criticó en 1995 durante el bombardeo de la OTAN sobre las posiciones serbias en Bosnia-Herzegovina—, y generando tensiones de nuevo con Occidente tras ocho años de buena relación.

Pese a los logros notables de Primakov, Yeltsin lo despidió en mayo de 1999. La razón, ahora más justificada, era la creciente popularidad de un jefe de gobierno con el que el presidente no simpatizaba. A un año de la elección presidencial de 2000, Primakov se perfilaba como la figura más popular en Rusia a sus 70 años. La respuesta de la Duma a su despido fue, otra vez, buscar la revocación de mandato del presidente, pero la iniciativa volvió a fallar, pues no consiguió dos terceras partes

del voto legislativo necesarias. Yeltsin sustituyó a Primakov con Serguéi Stepashin, aprobado por la Duma pues ejercería el cargo de forma interina. Aunque por fin la economía daba claros signos de recuperación sostenida, a mediados de 1999 el panorama político no era prometedor para Yeltsin. El presidente necesitaba un heredero que comulgara con su proyecto político, que garantizara estabilidad política y la seguridad de que él no sería procesado jurídicamente, pero sobre todo a alguien que detuviera a Primakov en las encuestas. Yeltsin no sólo no podía reelegirse sino que su salud se había deteriorado debido a su consabido alcoholismo. En 1996 fue operado del corazón y durante su segundo periodo casi no apareció en público. Sin embargo, como viejo zorro de la política, Borís Yeltsin dio un último golpe con la elección de su sucesor. El 9 de agosto de 1999, el presidente designó como primer ministro al director del Servicio de Seguridad Federal (FSB, institución que recogió la mayor parte de la estructura de la KGB), un funcionario desconocido pero que era el más eficiente del gabinete: Vladímir Putin. El mismo día, Yeltsin ungió públicamente a Putin como su "sucesor" y éste aceptó contender en la elección presidencial de julio de 2000. La oposición en la Duma lo aprobó sin dificultad, acaso como forma de garantizar la estabilidad hasta las elecciones parlamentarias de diciembre y porque se pensó que caería pronto al igual que sus antecesores en el cargo.

La designación de Putin coincidió con la radicalización de guerrillas chechenas que, bajo el nombre de "Brigada Internacional Islámica", invadieron Daguestán en agosto de 1999, república vecina de Chechenia. Este grupo fue acusado más tarde —aunque las pruebas son endebles—, en septiembre, de perpetrar actos terroristas en Moscú y otras ciudades, donde una serie de explosiones en varios complejos departamentales mató a más de 300 personas para gran sorpresa de la sociedad. El ataque era algo sin precedentes, una amenaza real: el siguiente departamento en volar podría ser el de cualquiera. Putin se comprometió a perseguir a los terroristas por toda Rusia hasta hacerlos pagar incluso "hundiendo sus cabezas en el inodoro". Esta retórica de hombre fuerte —más propia de Zhirinovski— avivó una sed de justicia en la sociedad rusa. Entre septiembre y noviembre de 1999, la aprobación de Putin se disparó de 53% a 78%. De inmediato, Yeltsin decidió resolver el problema con una nueva intervención en Chechenia encabezada por Putin. El 1º de octubre se desplegaron tropas en la República caucásea en un es-

cenario similar al de cinco años antes. Luego de una campaña aérea y un feroz asedio —bien descrito por Zajar Prilepin en su novela *Patologías* (*Patologuii;* 2005)—, Grozni cayó en manos rusas en febrero de 2000, pero la resistencia en las montañas se prolongaría hasta el año 2009. En la segunda aventura rusa en Chechenia murieron más de 24 mil militares y el doble de civiles.

Se regresó así al panorama de diciembre de 1995: guerra en el Cáucaso, recuperación económica incompleta y elección presidencial en ciernes. Dichos temas protagonizaron los comicios legislativos de diciembre de 1999, en los que el Partido Comunista volvió a vencer con 24.2% del voto y 113 escaños. Yeltsin organizó de nuevo un bloque oficialista, Unidad *(Yedinstvo),* que obtuvo el segundo lugar (23.3%) gracias a su apoyo manifiesto a Putin y al esfuerzo bélico. Contrario a bloques oficialistas previos, Unidad era una respuesta del gobierno a la popularidad de Primakov y de su partido de centro-izquierda, Patria *(Otéchestvo),* una coalición de gobernadores fundada por el exprimer ministro y el alcalde de Moscú, Yuri Luzhkov, que fue el tercer partido más votado con 13.3% del voto plurinominal. En ese sentido, Unidad consiguió su objetivo de frenar a Primakov de cara a la elección presidencial. Al empezar los trabajos legislativos, Unidad y los comunistas se repartieron las comisiones parlamentarias en una acción deliberada para desalentar a Patria. Según Thomas Remington, el nombramiento del comunista Guennadi Selezniov como presidente de la Duma se elucubró para evitar que Primakov obtuviera el puesto —pero también para dividir al PCFR internamente—.

En este contexto, en un mensaje televisado el 31 de diciembre de 1999, Borís Yeltsin renunció sorpresivamente como presidente de Rusia, meses antes de que terminara formalmente su mandato. De acuerdo con la Constitución, debía sustituirlo el primer ministro, por lo que Putin fue nombrado presidente interino. Su primera acción en el cargo fue emitir un decreto que protegía a Yeltsin y a su familia de cualquier tipo de prosecución. La renuncia tomó a la oposición por sorpresa, pues implicaba que en tres meses debían celebrarse nuevas elecciones presidenciales, es decir en marzo (y no en julio) de 2000. El 26 de marzo de ese año, Putin ganó la elección presidencial en primera vuelta con 53.4% del voto, contra 29.5% del comunista Ziugánov, su más cercano competidor. Primakov decidió no participar.

LA ERA DE PUTIN

Vladímir Putin tomó posesión como presidente de la Federación Rusa el 7 de mayo de 2000. Llegó al poder en un momento en que la economía ya tenía bases sólidas de crecimiento sostenido, aunque faltaba conocer la relación del nuevo presidente con los oligarcas e implementar nuevas reformas que institucionalizaran el crecimiento económico. Putin, ex agente de la KGB que hizo carrera en la administración de su natal San Petersburgo en los noventa, ubicó a varios de sus colaboradores de entonces en puestos clave, formando un equipo leal a él personalmente: Alekséi Kudrin, ministro de Finanzas; Dmitri Medvédev, director general de Gazprom —principal compañía paraestatal de extracción de gas natural en Rusia y en el mundo—; Alekséi Miller, viceministro de Energía y subdirector de Gazprom, e Igor Sechin, más tarde director general de Rosneft —principal empresa paraestatal rusa en extracción de petróleo desde 2004—. Sin embargo, en otros rubros el presidente priorizó a elementos tecnócratas e incluso nombró a un economista liberal, Mijaíl Kasiánov, como primer ministro. El primer objetivo de Putin fue una recentralización administrativa para hacer del gobierno el núcleo del desarrollo del país. Un ejemplo pertinente fue la reorganización federal: sin trastocar a las entidades federativas, Rusia se dividió geográficamente en siete distritos donde el presidente tendría un "enviado" personal responsable ante él, con quien los gobernadores debían negociar subsidios y la redistribución presupuestaria directamente. En algunos casos se unieron distritos y regiones en busca de mayor eficiencia, política replicada en la administración federal al combinar varias agencias gubernamentales bajo un solo mando.

Esta unión de diversas dependencias en grandes bloques burocráticos tuvo ecos en el ámbito legislativo. Al contrario que Yeltsin, Putin entendió la necesidad de crear una base de poder permanente que apoyara al ejecutivo y sus reformas en la Duma —era importante evitar en el futuro episodios como la aparición de Patria y restar margen de maniobra a los comunistas—. Los asesores del Kremlin buscaron la manera de disolver el conflicto electoral sin dejar de celebrar elecciones. El problema era que Unidad, partido en el gobierno, contaba apenas con 73 de 450 escaños parlamentarios, mientras que los comunistas tenían 113 y Patria sumaba 67. Sin embargo, en cuanto Putin dio visos de una

política más moderada que su antecesor, basada en las capacidades del Estado para resolver conflictos, hubo un buen entendimiento con los comunistas pero, sobre todo, con Patria. La restauración del himno soviético en diciembre de 2000, aprobada casi de forma unánime por un parlamento plural y por la sociedad rusa en lo general, representó un guiño al pasado soviético no como forma de dominación absoluta —algo imposible en el nuevo régimen—, sino como una institucionalización vaga de la popular nostalgia comunista a la que más de un partido político apelaba. Esta disolución ideológica en un terreno neutral, pragmático y difuso, permitió que los líderes de Patria aceptaran fusionar su partido con Unidad para dar paso a un "mega-partido": Rusia Unida *(Yedínaia Rossiya),* cuyo objetivo primordial era evitar una nueva coalición que pusiera en jaque los intereses del Kremlin. Rusia Unida se convirtió desde diciembre de 2001 en el partido de la integración pragmática: Moscú demandó a varios gobernadores de oposición que se incorporaran al partido a cambio de múltiples concesiones. En la década de 2000 se integraron a él grandes empresarios y hombres clave en la estructura económica del país, asociaciones de veteranos, sindicatos e incluso otros partidos importantes como el Partido Agrario en 2008, creando así un sistema que la ciencia política llama "corporativista" y crecientemente "autoritario".

Desde luego, a partir de 2002 Rusia Unida obtuvo una mayoría relativa en la Duma y un gran apoyo legislativo conforme persuadía a otros partidos de votar en su favor. Era la primera vez que el ejecutivo obtenía mayoría parlamentaria, con lo que los difíciles años de Yeltsin parecían quedar atrás. Bajo este contexto, Putin logró con pocos obstáculos negociar una importante reforma fiscal que redujo los impuestos y modificó la recaudación de un gravamen progresivo a uno fijo. El resultado fue que más ciudadanos y más empresas empezaron a pagar sus impuestos y la tasa de recaudación aumentó considerablemente. Asimismo, otras reformas como la laboral (dar mayores prerrogativas a administradores), judicial (incentivos para aumentar la responsabilidad y el poder de los jueces), administrativa (reducir el número de agencias gubernamentales), agraria (permitir la compraventa de tierras por primera vez desde la década de 1920) y del sistema de pensiones (pagos en efectivo y no en especie), establecieron un marco institucional para incrementar la eficiencia del Estado e incentivar la proliferación de pe-

queñas y medianas empresas en detrimento de grandes compañías. Gracias a las reformas y al incremento sostenido en el precio internacional del petróleo, la Federación Rusa creció en promedio a una sorprendente tasa de 7% anual en el periodo 2000-2008 y la aprobación de Putin, aun entre encuestas independientes, nunca cayó por debajo de 60%. Bajo su administración se confirmó una economía de mercado en Rusia, no sin un componente de Estado de bienestar considerable. Los servicios de salud y toda la educación básica, media superior y la mayoría de la superior están, a la fecha, garantizados por el Estado ruso como servicios gratuitos a su población, lo que ha permitido a varios analistas hablar de un nuevo "pacto social" entre Estado y sociedad.

Putin llevó más allá la guerra fiscal contra los oligarcas iniciada por Primakov en 1998. Desde sus primeros meses, en su afán por convertir al gobierno en el actor que fijara los términos de toda negociación, el presidente advirtió a los oligarcas que permanecieran ajenos a la política. Apartados del poder y enemistados con Putin, este grupo de billonarios empezó a financiar a la oposición. La primera advertencia del gobierno hacia ellos fue el corto arresto de Vladímir Gusinski, dueño del conglomerado mediático MediaMost, quien prefirió huir del país al igual que Borís Berezovski, dueño del Canal 1 de televisión rusa. Quien no corrió con suerte fue Mijaíl Jodorkovski, dueño de la compañía petrolera más grande del país, Yukos. Jodorkovski, quien financiaba directamente a la oposición, fue arrestado en octubre de 2003 por evasión fiscal. Los activos de Yukos fueron congelados por el gobierno ruso y en 2007 transferidos a compañías paraestatales, entre las que Rosneft fue la más beneficiada y donde Putin instaló a Ígor Sechin, uno de sus más cercanos colaboradores. Esta "guerra" contra los oligarcas fue una espada de doble filo para Putin: por un lado, obtuvo gran legitimidad pública en virtud de la imagen negativa que tenía este influyente grupo; por otro, le permitía sustituirlos con personajes leales a él, lo que dio al gobierno acceso directo a los medios, a importantes empresas y a activos redistribuidos entre otras agencias gubernamentales.

En el ámbito internacional, el 11 de septiembre de 2001 fue una fecha conveniente para Rusia, pues se recuperó la relación con Washington. Putin ancló el discurso antiterrorista del gobierno ruso con el de George W. Bush y apoyó la intervención estadunidense en Afganistán en 2001, pues a Moscú le interesaba erradicar el apoyo talibán a los

rebeldes chechenos y restringir el tráfico de opiáceos de Afganistán a Rusia —el cual a la fecha aún genera un grave problema de salud pública—. Rusia incluso cerró sus bases militares en Cuba y Vietnam, toleró las estadunidenses en Kirguistán y Uzbekistán y permitió el paso de aeronaves de Estados Unidos sobre territorio ruso con destino a Afganistán, donde Moscú apoyó con operaciones de inteligencia. Paralelamente, en 2001 se creó la Organización de Cooperación de Shanghái, que fomenta la cooperación entre Rusia, China y los países de Asia Central para llenar el vacío de seguridad en la región tras la caída de la URSS, el cual se hizo notar durante la guerra civil en Tayikistán (1992-1997) entre una vieja *nomenklatura* comunista y grupos islámicos apoyados por el régimen talibán afgano. En 2002, Putin impulsó la creación del Consejo Rusia-OTAN para tratar asuntos de seguridad común en Europa. Sin embargo, la "luna de miel" entre Moscú y Washington terminó tras la invasión estadunidense a Irak en 2003, que trajo una fuerte crítica de Putin a Bush, de buena recepción en Francia y Alemania. Con estos países, Rusia emitió una declaración conjunta para resolver el conflicto por la vía diplomática, acción consistente con el recién modificado discurso de la política exterior rusa: formar coaliciones diplomáticas contra el "unilateralismo" norteamericano. Desde su inauguración, Putin buscó restaurar la primacía del Estado ruso sobre lo que consideraba su esfera de influencia natural, el espacio postsoviético. La sensible división política en las antiguas repúblicas soviéticas, entre bandos que favorecían una mayor relación con Rusia y los que preferían dar prioridad a Estados Unidos y la Unión Europea, dominó a partir de 2003 la relación de Moscú con su entorno. En ese año Eduard Shevardnadze fue obligado a dimitir como presidente de Georgia por una revuelta popular que favoreció a Mijaíl Saakashvili, figura prooccidental. Lo mismo ocurrió en Ucrania en 2004, cuando otra revuelta consiguió un recuento de votos tras una elección fraudulenta que al final favoreció a Víktor Yúshenko, candidato nacionalista y prooccidental. Sin embargo, lo que realmente desató una reacción considerable de Rusia fue la ampliación de la OTAN hacia Europa del Este, que en 2004 incorporó a los tres países bálticos a la alianza atlántica. Rusia no sólo colindaba ya con una OTAN que había garantizado a Moscú en 1990 que no habría ninguna ampliación hacia el este, sino que perdió influencia en países que fueron parte de la URSS y donde

habita un enorme porcentaje de ciudadanos rusos. Hoy en día hay casi 25 millones de rusos desperdigados en 14 exrepúblicas soviéticas; los mayores porcentajes de población rusa fuera de Rusia se hallan en Letonia (25.8% de la población local) y Estonia (25.1%), seguidas de Kazajstán (21.5%).

Las elecciones parlamentarias de diciembre de 2003 solidificaron el dominio político de Rusia Unida al obtener 37.6% del voto plurinominal y 22.3% del voto uninominal. Los comunistas quedaron en segundo puesto con un lejano 12.6%. La victoria se debió a la popularidad de Putin y a que Rusia Unida se apropió del contenido social de los comunistas, transformándolo en política pública, pero también a que el Kremlin diseñó un partido de izquierda desde el poder, Ródina ("Nación"), que restó votos al PCFR y consiguió el cuarto lugar con 9%. Rusia Unida negoció con bloques legislativos pequeños —eventualmente incorporados al partido— para obtener una mayoría que votó a favor de todas las iniciativas presidenciales y que se consolidó en casi todos los parlamentos regionales. El golpe contra la oposición fue tan grande que, en la elección presidencial de marzo de 2004, tanto el comunista Ziugánov como el controvertido Zhirinovski decidieron ceder sus candidaturas a personajes desconocidos, mientras que Putin se reeligió con casi 50 millones de votos (71.9% del total).

A partir de entonces comienza a configurarse un régimen autoritario en Rusia, no por los números impresionantes obtenidos por el partido oficial, sino por las prácticas y el armazón del nuevo sistema político. La creación de un partido hegemónico, Rusia Unida, sin una ideología definida, permitió ejercer el poder mediante límites formales pero con una gran dosis de ambigüedad, en un contexto de pluralismo limitado. La relación con la oposición se reconfiguró hacia una lógica en la cual el régimen se legitima por el hecho de que hay una oposición y ésta se beneficia de los arreglos con aquél para sobrevivir políticamente. El LDPR de Zhirinovski y Ródina fueron, junto con Rusia Unida, los partidos que más apoyaron a Putin en su segundo periodo. La creación de Ródina para dividir el voto comunista dice mucho sobre la reconfiguración del sistema político hacia un autoritarismo típico tal como lo define la ciencia política. La consolidación de esta nueva configuración de poder vendría en 2004, cuando Putin reemplazó al gabinete con personajes leales a él, pero la reforma que coronó esta nueva dinámica

fue la supresión de elecciones para gobernador/presidente en todas las entidades federativas tras la masacre de Beslán en septiembre. Beslán, en Osetia del Norte, vivió un episodio de terror cuando un grupo de radicales islámicos que exigían una Chechenia independiente secuestró a más de mil personas —la mayoría niños— en una escuela el 1º de septiembre de 2004. Luego de tres días de negociaciones ríspidas, fuerzas especiales ingresaron en la escuela y 385 personas murieron en la peor crisis del gobierno de Putin. Si bien en 2002 otro grupo radical checheno había secuestrado a 850 rehenes en un teatro en Moscú, aquella operación se vio como un éxito, pues los atacantes fueron ultimados y las bajas civiles fueron menores a lo esperado. Beslán, en cambio, expuso las consecuencias de la intervención en Chechenia y obligó al gobierno a responder de alguna manera. Aunque criticada, la respuesta consistió en suprimir elecciones para gobernador en todas las entidades federativas del país en favor de un sistema donde el presidente designaba a cada uno so confirmación de las Dumas regionales. Por supuesto, la mayoría de los gobernadores designados pertenecían al partido oficial, pero es importante señalar que también se escogió a gobernadores de oposición, algo necesario para dar una apariencia de pluralismo en Rusia.

Al finalizar su segundo periodo en 2008, la popularidad de Putin llegó a un punto álgido (86%). Mucho tuvo que ver la recuperación económica sostenida de Rusia durante esos ocho años, basada en los recursos naturales, en particular los energéticos (gas natural, petróleo, aluminio, uranio, carbón). En 2007 la economía rusa había logrado una "estabilidad macroeconómica impresionante" en palabras del Banco Mundial. La población en situación de pobreza se redujo de 30% en 2000 a 14% en 2008, cuando el barril de petróleo superaba los 145 dólares. No obstante, la recesión internacional de 2008 detuvo el crecimiento sostenido y el PIB cayó casi 8% en 2009, pero el gobierno y el Banco Central pudieron revertir la situación con prontitud. En 2010 Rusia creció 4.5% y, en 2011, 4.3%, pero aún faltaba diversificar la economía lejos de la dependencia energética. Para 2012, 70% de las exportaciones rusas y 52% de los ingresos del país provenían de los sectores petrolero y gasero, que ocupan en conjunto casi 20% del PIB. En 2011, luego de años de oposición por su fuerte proteccionismo, Rusia fue admitida en la Organización Mundial del Comercio.

La popularidad de Putin se reflejó en las elecciones legislativas de 2007, en las que Rusia Unida obtuvo mayoría absoluta con 64.3% de los sufragios contra apenas 11.5% de los comunistas. Ródina se fusionó con otros partidos para crear Rusia Justa *(Spraviedlívaia Rossiya),* un nuevo partido "socialista" creado por el régimen para dividir el voto comunista, pero apenas obtuvo 7.7%. La reforma electoral de 2005 aumentó la barrera porcentual para acceder a la Duma de 5% a 7% y transformó el sistema de votación en uno enteramente de representación proporcional. Rusia Unida obtuvo 315 de 450 asientos en la Duma, y lo que hasta la elección previa había sido un parlamento plural se convirtió en uno de sólo cuatro partidos, de los cuales dos (LDPR y Rusia Justa) apoyaban a Rusia Unida en casi toda iniciativa. A pesar de la estabilidad económica y política, el presidente ya no podía reelegirse en la elección de marzo de 2008. Sin embargo, para mantener su visibilidad política y el discurso de la estabilidad, Putin barajó la posibilidad de ser primer ministro al expirar su término, apoyar la candidatura presidencial de Dmitri Medvédev —director de Gazprom— y encabezar la lista partidista de Rusia Unida. Todo ocurrió al pie de la letra y Medvédev obtuvo un cómodo 71.2% del voto frente a 18% de Ziugánov.

La presidencia de Medvédev (2008-2012) no difirió mucho de la de Putin, a quien el primero designó como primer ministro en mayo de 2008, aprobado por tres de cuatro partidos en la Duma —excepto los comunistas—. Sin embargo, sí hubo cambios notables durante ese cuatrienio. La Duma aprobó iniciativas presidenciales que incrementaron el periodo presidencial de cuatro a seis años a partir de 2012 y que redujeron de nuevo la barrera para acceder al parlamento a 5%. Medvédev orientó la administración pública hacia un mayor número de civiles del grupo San Petersburgo en posiciones clave e hizo cambios importantes tanto en el gabinete como en los liderazgos regionales. En 2010 despidió al alcalde de Moscú, Yuri Luzhkov —con casi 20 años en el cargo—; lo mismo ocurrió con Shaimíev en Tartaristán y en otras regiones, dando paso a una segunda generación de líderes regionales.

Dos eventos sobresalieron en el cuatrienio de Medvédev. El primero fue la guerra con Georgia en 2008, desatada en cuanto el presidente Saakashvili usó la fuerza para traer bajo el control de Tiflis a la república prorrusa de Osetia del Sur atacando su capital, Tsjinvali. Con ello, Saakashvili rompió el cerco que una fuerza internacional de paz mante-

nía en la región desde 1992 y Rusia respondió invadiendo Georgia en tan sólo cinco días. El componente multiétnico de Osetia del Sur y de Abjasia, repúblicas pertenecientes a Georgia, hizo que voltearan a Moscú como garante del trasnacionalismo frente a las políticas centralizadoras de Tiflis. Las tropas georgianas fueron expulsadas de ambas repúblicas por el ejército ruso y Medvédev reconoció su independencia con el fin de mantener tropas allí y evitar una eventual incorporación de Georgia a la OTAN —los Estados con disputas territoriales no pueden ser miembros de la alianza—. Se trató, también, de una respuesta rusa (en defensa de Serbia) a la declaración de independencia de Kósovo en febrero de ese año, reconocida por Occidente. El segundo evento sobresaliente fue una serie de protestas contra el gobierno iniciadas el 4 de diciembre de 2011, tras la elección legislativa de ese día. La protesta, que en el invierno reunió a casi 100 mil individuos en Moscú —fuera de allí hubo una respuesta escasa—, se basó en un supuesto fraude a favor del partido oficial. No deja de resultar curioso el alegato pues, de hecho, Rusia Unida perdió muchos votos en comparación con 2007 y sólo una minoría del electorado (49.3%) votó por este partido. La oposición, en tanto, se recuperó considerablemente: los comunistas obtuvieron 19.1%, Rusia Justa 13.2% y el LDPR 11.6%. Esta caída estrepitosa en el apoyo a Rusia Unida se debió a la desaceleración económica, pero también a la sonada corrupción en el partido oficial. La representación proporcional dio a Rusia Unida apenas una mayoría parlamentaria, aunque perdió las dos terceras partes para iniciar cambios constitucionales. En febrero de 2012 la Comisión Central Electoral anunció que sólo 11.5% de los reportes de irregularidades habían sido confirmados. La protesta adquirió un nuevo cariz en vísperas de la elección presidencial en ese mes, cuando Putin, quien anunció su candidatura después de iniciadas las manifestaciones, obtuvo el triunfo con 63.6% del voto contra 17.2% de Ziugánov. El presidente Medvédev respondió al clamor popular restaurando todas las elecciones para gobernador y dando mayores facilidades a nuevos partidos políticos para registrarse. En 2014 la Duma reintrodujo los distritos de mayoría para la mitad de los asientos legislativos.

En mayo de 2012 Vladímir Putin regresó a la presidencia —ahora por un periodo de seis años— y Medvédev fue designado primer ministro. Durante la primera mitad de este sexenio la economía se ha ido

estancando cada vez más —en 2013 el crecimiento fue de 1.3%, en 2014 de 0.6% y en 2015 el PIB se contrajo 3.7% —, en un amplio contraste con la década anterior. Sin embargo, la aprobación de Putin, basada en una revitalizada política exterior, no menguó aun en encuestas independientes. Rusia ha buscado ser un actor más prominente en la esfera internacional desde 2000; no obstante, a partir de 2012 y, como reacción a la política exterior estadunidense pragmática de Barack Obama, Putin ha podido forjar una presencia rusa más sólida en el mundo. Moscú y Beijing, por ejemplo, se abstuvieron de votar en 2014 a favor de la Resolución 1973 del Consejo de Seguridad de la ONU, base de la intervención de la OTAN en Libia, duramente criticada por Putin. El líder ruso se opuso rotundamente a una intervención occidental en Siria, que es el principal aliado de Rusia en Oriente Medio pues cuenta con una base naval militar en el puerto de Tartus. En la Guerra Civil siria, desde 2011, Moscú ha adoptado una estrategia en la que, mientras provee armas legalmente al gobierno de Bashar al-Assad —Siria compró armas a Rusia por más de 1 500 millones de dólares entre 2000 y 2010—, se presenta como mediador en el conflicto. El 30 de septiembre de 2015 Moscú inició una serie de bombardeos sobre Siria a petición de Damasco para replegar a las fuerzas del Estado Islámico y vapulear a grupos rebeldes sirios. Rusia se ha presentado como un actor indispensable para resolver este y otros conflictos. También ha habido acercamientos con el gobierno iraquí tras la intervención estadunidense y, sobre todo, con el de Abdel Fattah el-Sisi en Egipto desde 2014, a quien Moscú ofreció una colaboración estrecha en cuanto Washington retiró su asistencia militar a El Cairo. A fines de 2013, Rusia era el único Estado en el Consejo de Seguridad de la ONU que también era miembro del G8, el G20, la Organización para la Seguridad y Cooperación en Europa y la asociación de economías emergentes BRICS. El 1° de enero de 2015 entró en vigor la Unión Económica Eurasiática, que integra un mercado único y elimina las restricciones de acceso entre Rusia, Bielorrusia, Kazajstán, Kirguistán y Armenia —y prevé la entrada de Tayikistán en un futuro cercano—, todas ellas exrepúblicas soviéticas con las que Rusia tiene una buena relación desde 1991. La elección de Donald Trump a la presidencia de Estados Unidos en noviembre de 2016, con un discurso a favor de restaurar la relación con Rusia, sugiere un buen entendimiento entre Washington y Moscú en los siguientes años, con

lo que Rusia podría obtener aún mayor margen de maniobra en muchos frentes de la situación internacional actual.

En septiembre de 2016, las elecciones parlamentarias devolvieron a Rusia Unida una mayoría en distritos plurinominales (54.1%) y en la Duma, mientras que los comunistas volvieron a rezagarse con el 12.3% del voto, sin dejar de ser la principal oposición al gobierno.

NOTA SOBRE EL CONFLICTO EN UCRANIA (2013-2016)

El 22 de febrero de 2014 la Rada (parlamento) de Ucrania revocó el mandato del presidente Víktor Yanukóvych —electo democráticamente en 2010— luego de una situación insostenible: tres meses de protestas crecientemente violentas en la plaza central de Kiev y decenas de personas muertas. La conmoción se originó en cuanto Yanukóvych rechazó, en noviembre de 2013, el Acuerdo de Asociación entre Ucrania y la Unión Europea (UE), para más tarde decantarse por un acuerdo más laxo con Rusia, en el que Moscú ofrecía 15 mil millones de dólares —cantidad significativamente mayor a la que ofrecía el FMI a Ucrania— para rescatar las finanzas ucranianas y otorgar descuentos en el precio del gas suministrado por Rusia. Las protestas en Kiev fueron organizadas por una élite política nacionalista con amplia presencia en el noroeste del país, zona donde domina la lengua ucraniana y que depende de la economía primaria por ser abrumadoramente rural, en especial de la agricultura. Dicha élite es contraria a Yanukóvych, quien representaba los intereses del sudeste industrial, donde se habla ruso y donde habitan considerables minorías rusas. La élite nacionalista del noroeste vio amenazado su interés básico —político y económico— con la decisión de Yanukóvych: acercarse a la membrecía de Ucrania en la UE con el fin de obtener enormes subsidios agrarios mediante la Política Agrícola Común europea, dinero que el Estado ucraniano no garantiza a estas regiones debido a problemas financieros y de corrupción desde hace décadas pese a que la agricultura es el único rubro que depende 100% del subsidio de Kiev. El gobierno que sustituyó a Yanukóvych, formado a fines de febrero de 2014 por los partidos nacionalistas del noroeste, se basaba en un discurso nacionalista antirruso

muy áspero, que incluso barajó la posibilidad de incorporar a Ucrania no sólo en la UE —desde luego, el nuevo gobierno retomó y firmó el Acuerdo de Asociación con Bruselas en marzo de 2014— sino también en la OTAN, vulnerando el principal interés de Moscú en materia de seguridad desde 1949.

Como medida preventiva para evitar esa posibilidad, Putin ordenó la anexión de la República de Crimea y de la ciudad de Sebastópol a la Federación Rusa el 18 de marzo de 2014. La explicación más sonada sobre este acto fue la fijación de un "nacionalismo ruso" basado obsesivamente en criterios étnicos —lo cual no responde a por qué se dio en 2014 y no antes; por qué fue sólo Crimea y no el *Donbás,* u otras regiones en otras exrepúblicas soviéticas donde también habita población rusa—. En realidad, la explicación pragmática resulta más coherente. Al igual que en la guerra con Georgia (2008), Moscú tomó una medida disuasiva para evitar una posible incorporación de Ucrania a la OTAN al infringir su integridad territorial. En este sentido, la irresponsabilidad de la OTAN desde la Cumbre de Bucarest (2008) al vulnerar el equilibrio de poder en Europa, cuando invitó a Georgia y Ucrania a unirse en un futuro, tiene un peso enorme en el resultado que se ve hoy. Crimea es una república con mayoría de población rusa (más del 58%) que fue más o menos autónoma dentro de la Ucrania unitaria desde 1991. En cuanto los nacionalistas tomaron el poder en Kiev en febrero de 2014, las minorías rusas (y muchas otras) del país tuvieron dudas sobre la garantía del uso y reconocimiento de la lengua rusa en Crimea y en otras regiones de Ucrania, pues la Rada derogó, apenas derrocado Yanukóvych, la Ley de Idiomas aprobada en 2012, que garantizaba el reconocimiento oficial de lenguas minoritarias en un país donde el ucraniano —hablado por apenas la mitad de la población— es la única lengua oficial. El gobierno crimeo de inmediato organizó un referéndum, como había hecho anteriormente en 1991 y 1994, para preguntar a la población si deseaba separarse de Ucrania y unirse a Rusia, en el que supuestamente más del 90% de los ciudadanos respondió de manera afirmativa.

Desde 1997 Kiev y Moscú firmaron un tratado bilateral en el que se permitía a Rusia el uso de la flota del Mar Negro, con sede en Sebastópol, a cambio de un descuento en los precios del gas natural proveniente de Rusia. En el tratado se estipulaba que Moscú podía mantener hasta 25 mil tropas en Crimea y que podía disponer del 80% de la flota.

En 2010, el tratado se renovó hasta el año 2042. Es importante señalar —pues nadie lo ha hecho— que, durante la anexión de Crimea en marzo de 2014, las fuerzas rusas presentes en la península, sumadas a las que llegaron después, nunca sobrepasaron los 25 mil efectivos. La acción es sin duda cuestionable en términos de legalidad internacional, pero el resquicio jurídico permite entender que la presencia de esas tropas era perfectamente legal. El ejército ucraniano, incapaz de hacer frente a las fuerzas rusas, se replegó y dejó Crimea bajo control ruso *de facto.* De ese modo la anexión se volvió un *fait accompli,* y uno muy útil para el nuevo gobierno en Kiev como bandera del nacionalismo antirruso. La anexión de Crimea, por tanto, convino enormemente a las élites políticas en el poder tanto en Moscú como en Kiev. La República de Crimea y Sebastópol se unieron a la Federación Rusa como dos entidades federativas distintas el 18 de marzo de 2014, convirtiéndose en el 84º y 85º sujetos federales de Rusia. La anexión obtuvo respuestas muy negativas en Occidente: el G8 suspendió la membrecía de Rusia y Estados Unidos introdujo sanciones a varias figuras políticas rusas desde ese mes, lo que llevó las relaciones entre Moscú y Washington a una nueva sima histórica.

En el este de Ucrania, el descontento de las minorías rusas que habitan las provincias orientales de Donetsk (38.2% de la población) y Luhansk (39%) con los eventos en Kiev, descontento que no se restringe a ellas sino también a otros grupos étnicos rusoparlantes en general (lo cual incluye a muchos ucranianos de la región), sumado a la derogación de la Ley de Idiomas y la retórica nacionalista del nuevo gobierno central, llevó a protestas locales de muy poco arrastre en marzo y abril de 2014. A pesar de que la abrumadora mayoría de la población local no apoyaba a los manifestantes prorrusos, como mostraban las encuestas de esos meses, el gobierno nacionalista —concretamente, el primer ministro Arseni Yatseniuk y el presidente interino Oleksandr Turchynov— respondió a la insustancial toma de edificios, que llevó a cabo un puñado de individuos, enviando al ejército, bajo una acción por demás desproporcionada, en vez de negociar una salida pacífica y pragmática. Desde luego, esto sólo provocó una respuesta violenta entre los inconformes locales y la opción separatista comenzó a ganar terreno en las encuestas. Hasta el día en que este libro terminó de escribirse había una guerra inconclusa en el *Donbás* entre, por un lado, el ejército ucraniano

y batallones nacionalistas —algunos de componente ideológico demasiado controvertido— y, por otro, milicias locales prorrusas que han declarado la independencia de las "Repúblicas Populares" de Donetsk y Luhansk. La Guerra del *Donbás* ha desplazado a la fecha a más de 2.8 millones de personas hacia dentro y fuera de Ucrania según cifras de la ONU (agosto de 2016), de las cuales 1 714 388 tienen el estatus de "desplazados internos" y más de 1.1 millones han pedido asilo en Rusia, generando un problema migratorio para Moscú. El grado de participación militar de Rusia y su apoyo a los rebeldes, como afirma Richard Sakwa, no es fácil de discernir ni se conoce a plenitud. Hay muchos voluntarios que, como antes en la historia rusa —durante la liberación de los Estados ortodoxos balcánicos en 1877 o en las guerras yugoslavas de la década de 1990, cuando miles de voluntarios rusos lucharon a favor de Serbia—, han acudido a la región para apoyar a los rebeldes prorrusos. Los autores menos pasionales aducen que los habitantes del *Donbás* tienen de por sí un motivo económico evidente para levantarse contra un gobierno que ha llevado a Ucrania a la antesala de la Unión Europea: la industria del este del país se iría a la quiebra si Ucrania ingresa en la UE, pues muchas fábricas tienen magros estándares de sanidad y calidad que las hacen muy poco competitivas en un contexto económico sin subsidios. Pese a estas consideraciones más o menos legítimas, los sublevados locales fueron llamados "terroristas" por el gobierno de Turchynov, con lo que su causa fue automáticamente nulificada, en favor de una solución militar desproporcionada iniciada por Kiev. Donetsk y Luhansk no representan para Rusia lo mismo que Crimea: no hay un pasado que los identifique como territorio vital para la identidad rusa, no tienen una mayoría de población rusa —aunque sí rusófona—, no tienen el estatus jurídico "autónomo" que tenía Crimea, ni mucho menos un antecedente legal que permita la presencia de tropas rusas allí. Todos estos factores obligan a Moscú a responder de otra manera en estas regiones, tan pragmática como mesurada —sin anexiones, para empezar, aunque muchos analistas insistían en que era "inevitable"—, en especial luego del derrumbamiento de un avión comercial de Malaysia Airlines el 17 de julio de 2014 con armamento que al parecer fue proporcionado por Rusia a los rebeldes.

La de Ucrania es la peor crisis geopolítica de Europa desde el fin de la Guerra Fría y la segunda más aparatosa en términos humanitarios

—sólo después de las guerras yugoslavas de los noventa—. La evolución de la geopolítica europea desde aquel momento es sumamente propicia para lo que se ve hoy en Ucrania. La OTAN ha tirado por la borda la noción del equilibrio de poder europeo sin consideración hacia Rusia, que naturalmente desconfía de aquélla pues la alianza atlántica se originó por las fantasías de contener a Moscú cuando ésta no excedió lo pactado en Yalta y Potsdam. Arkady Moshes ha señalado que las demandas de Rusia no son de ninguna manera algo excesivo ni exorbitante desde el punto de vista de la *Realpolitik.* Por su parte, Sakwa ha hecho hincapié en los intereses de los sublevados para fomentar un diálogo que acabe con la guerra en el *Donbás* al decir que la incapacidad fundamental de Kiev y sus aliados occidentales para entender que la guerra no es una simple una "invasión" rusa, sino una revuelta genuina contra un modelo de Estado en particular —que ha sido impopular desde hace mucho en el sureste de Ucrania, y que la revolución ucraniana liberal y nacionalista de 2014 sólo intensificó— y significa que no pudieron reconocer la subjetividad política de la rebelión como una fuerza con la que debía haber un diálogo. En cambio, dice Sakwa, etiquetar a los insurgentes como "terroristas" no solamente significó que su identidad política estaba negada de entrada, sino también que su propia humanidad quedó descartada, permitiendo la imposición de crueldades de las que no se habla en la región. Nadie tomó en cuenta en Kiev los intereses del sureste, fundamentalmente la igualdad de la lengua rusa y alguna forma de estatus constitucional para la autonomía del *Donbás.* John Mearsheimer, más resuelto, ha aducido que el conflicto revela cómo Estados Unidos no ha podido dejar la Guerra Fría atrás, lo que se refleja en su apoyo a una OTAN que posee ansias expansionistas inefables —aunque algunos argumentan que sirven al propósito de expandir la industria y la economía de guerra estadunidenses—, mientras que Henry Kissinger ha declarado que Washington debe entender por qué Ucrania no es cualquier país para Rusia, y que no buscar un equilibrio de poder incorporando los intereses más básicos de Moscú es sinónimo de una irresponsabilidad peligrosa e inestable.

Acaso el problema básico en Ucrania pasa por la imagen que Occidente tiene de Rusia: un país no solamente "misterioso" y "atrasado", como se le ha visto siempre, sino también un país que no es más que un *estorbo.* Los prejuicios y los delirios de grandeza han podido más que la

diplomacia de cabeza fría. El romanticismo liberal que vio en el Euromaidán una protesta en la que "el Pueblo Ucraniano" se levantó un buen día al notar que su gobierno era "corrupto" solamente tiene sentido en un discurso que ve en los valores liberales el fin de la historia. El Euromaidán fue, en primer lugar, una revuelta organizada por los partidos políticos del noroeste de acuerdo con los intereses de las élites regionales que los financian y representan. Esto resulta más evidente en cuanto se observan encuestas levantadas durante la protesta, las cuales revelaron que la mayoría de los manifestantes (55%) provenía del oeste ucraniano (rural, antirruso, nacionalista, ucranioparlante), en contraste con la desperdigada presencia de manifestantes del centro, este y sur del país. Los jóvenes manifestantes que creen en un mejor futuro para su país fueron presa de un juego político interno y uno geopolítico externo. La simbología de la extrema derecha nacionalista en la protesta, el rápido ascenso político tras el Euromaidán de personajes apologéticos de la violencia y que lideran sus propios grupos paramilitares como Andriy Parubiy —quien hoy es, increíblemente, presidente de la Rada—, y la presencia de partidos que han propuesto y aprobado leyes que exoneran a los combatientes del UPA, quienes asesinaron a civiles polacos durante la Segunda Guerra Mundial por decenas de miles (véase el capítulo X), deja un sinsabor muy cuestionable como herencia del Euromaidán, pese a que el electorado ucraniano, sumamente dinámico y cambiante desde 1991, se decante por opciones moderadas como el actual presidente Petró Poroshenko.

Ignorar las diferencias históricas, sociales, económicas, políticas y culturales de Ucrania, y preferir la versión maniquea de una Rusia maligna que tiene una obsesión por controlar a un país mártir, del que se habla como si fuera una unidad homogénea, es perder de vista la realidad. Todo Estado, toda región dentro de un mismo Estado, tienen intereses propios. Demonizar personajes y martirizar al "Pueblo" distrae de lo realmente relevante. Quizás esta *Historia mínima* ha servido para entender un poco más el presente de Rusia y su esfera inmediata, para contribuir a la comprensión de estas dinámicas más a fondo y desmitificar lo que nos hemos construido como "sentido común" sobre Rusia a través de los años.

NOTA BIBLIOGRÁFICA

La idea de este ensayo bibliográfico es ofrecer una orientación mínima de material disponible para que el lector complete las referencias que escapan a las posibilidades de una historia mínima. En el caso de Rusia, las referencias cobran mayor importancia en la historiografía sobre el siglo xx. Cabe entender que los últimos cien años ofrecen el mayor problema para la historiografía rusa. En este breve comentario bibliográfico no haré una excepción a esta convención: las obras de periodos anteriores serán simplemente mencionadas al final de este apartado como recomendación por el bien de la brevedad. Me detendré en la historiografía rusa del siglo xx con el acento puesto sobre el estalinismo, para desmenuzar los aspectos más controvertidos durante los últimos cien años. Se citan obras en inglés, francés y —donde haya versiones castellanas— en español, pensando en un público más familiarizado con estas lenguas, junto con las posibles traducciones del ruso de obras seminales en la historiografía escritas originalmente en ese idioma. No se enlistarán al final, en la lista de recomendaciones, aquellas obras que ya se citaron en los párrafos a continuación.

La Revolución rusa se ha explicado desde interpretaciones muy distintas. Desde la crónica entusiasta *in situ* del periodista John Reed publicada en 1919, *Diez días que estremecieron al mundo* (México, Grijalbo, 1982), hasta el amplio y detallado volumen del historiador británico Orlando Figes, *A People's Tragedy: the Russian Revolution, 1891-1924* (Londres, Jonathan Cape, 1996). Aún resulta imposible encontrar un punto medio, desapasionado y abstraído que explique la Revolución sin apegos a favor o en contra. Entre los clásicos se encuentran Alexander Rabinowitch, *The Bolsheviks Come to Power: the Revolution of 1917 in Petrograd* (Nueva York, Norton, 1976); John L. H. Keep, *The Russian Revolution: a Study in Mass Mobilization* (mismo año y editorial que el anterior) y Marc Ferro, *La Revolución de 1917: la caída del zarismo y los orígenes de Octubre* (Barcelona, Laia, 1975). Borís Kolonitski ofreció una

interpretación indispensable de la Revolución de Febrero, su simbología y el lenguaje cotidiano, a la que contribuyó Figes, en *Interpretar la Revolución rusa: el lenguaje y los símbolos de 1917* (Valencia, Universitat de València, 2001). Mark D. Steinberg, en *Voices of Revolution, 1917. Documents* (New Haven, Yale University Press, 2001), dejó ver lo que fue la Revolución para la gente común en vez de concentrarse en sus dirigentes y sus ideas. Sheila Fitzpatrick, exponente de la escuela revisionista en la historiografía soviética, escribió *La Revolución rusa* (Buenos Aires, Siglo XXI, 2005) en 1982 como reacción a la idea politizada de que los bolcheviques no tenían ningún apoyo en aquel momento, pero también en defensa de la idea de que Stalin era la continuación lógica del leninismo y no una desviación como otros sugerían. El siguiente periodo, la Guerra Civil, produjo interpretaciones interesantes sobre por qué los rojos ganaron a los blancos, cuyos puntos álgidos fueron Richard Luckett, *The White Generals: an Account of the White Movement and the Russian Civil War* (Londres, Longman, 1971) y, sobre todo, W. Bruce Lincoln con su monumental *Red Victory: a History of the Russian Civil War, 1918-1921* (Nueva York, Simon & Schuster, 1989). Una recomendación más actualizada, fácil de leer y basada en fuentes primarias es *The Russian Civil War* (Nueva York, Pegasus, 2007) del historiador Evan Mawdsley.

El periodo posrevolucionario es el que ha generado mayor cantidad de diferencias entre los historiadores. Los emigrados rusos tuvieron mucho que ver en ello al incorporarse a la academia occidental. *The Great Retreat: the Growth and Decline of Communism in Russia* (Nueva York, Dutton, 1946), de Nicholas Timasheff, explicaba cómo la URSS se había desviado del camino revolucionario para comportarse como una potencia internacional similar a cualquier otra. Otros emigrados, como George Vernadsky y Mijaíl Karpóvich, contribuyeron con su inacción a crear una imagen "negativa" de la historia soviética: declararon que la historia rusa terminó en octubre de 1917 y que, por ende, no era "necesario" estudiar nada después de esa fecha. Ambos se especializaron en la Rusia medieval e imperial. No sólo los emigrados compartían una visión negativa del poder soviético. En la década de 1950, Merle Fainsod, estadunidense y uno de los pocos historiadores que viajaron a la URSS en los treinta, publicó dos libros importantes bajo el sello de Harvard: uno fue *How Russia is Ruled* (1953), piedra fundacional de lo

que se ha llamado la "escuela totalitaria" de la historiografía soviética, sintetizada en la idea de una dictadura partidista omnipotente que controla absolutamente todo de una forma orwelliana. Esto sintonizaba con el contexto de Guerra Fría, que alcanzaba ya sus momentos álgidos. La otra obra cumbre de Fainsod es *Smolensk under Soviet Rule* (1958), que reconstruye la administración local en esa provincia mediante archivos recuperados por autoridades militares estadunidenses de manos nazis. En este trabajo Fainsod se dio cuenta de que la realidad soviética era mucho más compleja que la simple idea de un pueblo oprimido por una dictadura omnipotente. Valga la obviedad: la necesidad de acceder a archivos, pilar de toda historiografía seria, comenzó a verse como una necesidad por encima de las interpretaciones de escritorio. El problema es que no era fácil, de hecho era casi imposible, sumergirse en fuentes primarias soviéticas.

La escuela totalitaria afloró durante los siguientes veinte años a pesar de la cautela de Fainsod y del deshielo de Jrushiov, que dejó ver que la dictadura personalizada no era sinónimo del régimen soviético. Lo que siguió fueron intentos por ajustar la realidad a la teoría en vez de hacer lo contrario. Ronald Suny ha descrito la forma en que politólogos como Zbigniew Brzezinski o historiadores como Adam Ulam tuvieron que ajustar su discurso tras la desestalinización de 1956. Ambos sustituyeron pasajes escritos previamente que veían el terror como "la característica más definitoria del totalitarismo" (como dijo Brzezinski en 1955) a decir que quizás no era así; que, de hecho, el terror "interfería con los objetivos del totalitarismo" (frase de 1962). Robert C. Tucker decidió enfocarse en la "personalidad" de dictadores como Stalin para explicar el modelo soviético en *The Soviet Political Mind: Stalinism and Post-Stalin Change* (Nueva York, Norton, 1962). A pesar de estos ajustes mentales, la escuela totalitaria poseía un *a priori* político indeleble: el poder soviético era no sólo omnipresente y despótico sino también un estorbo para las aspiraciones "reales" y "democráticas" del pueblo ruso. Con la Guerra Fría en sus años más gélidos y el éxito de esta literatura en Occidente —especialmente en Estados Unidos—, se produjo la aparición de un patrón incuestionable de lógica muy simple, el cual imaginaba e idealizaba la realidad soviética al no poder introducirse en ella. Los cálculos inexactos y exagerados sobre las represiones del "Terror" estalinista podían justificarse porque los archivos eran inaccesibles. El historiador

británico Robert Conquest aprovechó como nadie este clima de ignorancia plena. Conquest trabajó para el Departamento de Información e Investigación (IRD) del Ministerio de Asuntos Exteriores británico y publicó obras basadas en material de esa institución secreta gracias a un editor subsidiado por la CIA, Frederick Praeger. La obra más influyente de Conquest, con la que varios historiadores siguen casados en un matrimonio tan incuestionable como inexplicable —pues muchos puntos ya han sido desmentidos mediante trabajo archivístico—, es *The Great Terror: Stalin's Purges of the Thirties* (1968), basada en recuentos de emigrados, información oficial y censos. La causa del terror, según el autor, fueron "motivos personales de Stalin", sin ahondar en el tema. Con base en sus fuentes, Conquest calculó que la población de los campos y colonias penales, así como el número de personas arrestadas en 1937 y 1938, era más de cuatro veces mayor (más de 12 millones de personas en el primer caso, según Conquest, y 8 millones en el segundo) que los números confirmados tras la desclasificación de archivos soviéticos. En 1993 John Arch Getty, Gábor Rittersporn y Víktor Zemskov publicaron el artículo "Victims of the Soviet Penal System in the Pre-War Years: a First Approach on the Basis of Archival Evidence" en el *American Historical Review* (vol. 98, núm. 4), trabajo pionero por el uso de archivos sobre la represión estalinista. Esta investigación notable mostró que la guerra de cifras, así como el trabajo de Conquest y de otros como Dmitri Volkogónov, habían sido desmentidos. Conquest también calculó, de manera igualmente errónea y exagerada, el número de víctimas de la hambruna de 1932 y 1933 en *The Harvest of Sorrow: Soviet Collectivisation and the Terror-Famine* (Oxford, Oxford University Press, 1986), en el que definió la hambruna como un acto de genocidio deliberado cometido contra "el pueblo ucraniano" que asesinó al menos a 15 millones de personas. Sin embargo, Robert W. Davies, Mark Tauger y Stephen G. Wheatcroft descubrieron en "Stalin, Grain Stocks and the Famine of 1932-1933" (*Slavic Review,* vol. 54, núm. 3, 1995), también mediante archivos desclasificados, que el número real era 5.7 millones de víctimas mortales por la hambruna, no sólo en Ucrania sino también en las cuencas del Don y del Volga, y que no fue un acto deliberadamente cometido contra la población ucraniana sino, como en 1921 y 1946, el resultado de una política de requisición de grano mal diseñada por las autoridades. La hambruna no distingue entre genes: afectó no sólo a la

población étnicamente ucraniana, sino a toda la población multinacional de la región (ucranianos, rusos, tártaros, judíos, etc.). Hoy en día, historiadores como Oleg Jlevniuk, acaso la mayor autoridad sobre la represión estalinista gracias a trabajos como *The History of the Gulag. From Collectivization to the Great Terror* (New Haven, Yale University Press, 2004), no dudan de las cifras actualizadas. Jlevniuk introdujo, bajo una argumentación convincente pero con una hipótesis que a fin de cuentas es imposible de comprobar —pues no hay forma de viajar en el tiempo y preguntar a Stalin sus porqués—, la noción de que el origen de las purgas no fue la "paranoia" del dictador o "motivos personales" inexplicables, como aducía Conquest, sino la necesidad de evitar una "quinta columna" en una eventual nueva guerra europea y mundial que desestabilizara al poder soviético desde dentro en colaboración con otros Estados.

Paralelamente a la escuela totalitaria se desarrolló otra, menos clasificable, pero que exponía ya algunas alternativas al estudio de la historia soviética. En *Why Lenin? Why Stalin?: a Reappraisal of the Russian Revolution, 1900-1930* (Nueva York, Lippincott, 1964), Theodore von Laue ofreció una interpretación retomada después por varios historiadores que veía en la Revolución un impulso modernizador de una élite consciente del "atraso" ruso y no meramente un golpe de Estado de un puñado de bandidos. Moshe Lewin, quien vivió en la URSS, escribiría *La paysannerie du pouvoir soviétique* (París, Mouton, 1966) como primer gran estudio empírico de la colectivización, *Le dernier combat de Lénine* (París, Minuit, 1967) sobre un Lenin falible y políticamente inestable y *The Making of the Soviet System: Essays in the Social History of Interwar Russia* (Nueva York, Pantheon, 1985) como mirada a los procesos sociales que constriñeron la política soviética. Stephen F. Cohen sería otro exponente importante de las tendencias "alternativas" en *Bukharin and the Bolshevik Revolution: a Political Biography, 1888-1938* (Oxford, Oxford University Press, 1980). Cohen sugería que Nikolái Bujarin y su corriente, la "oposición de derecha", representaba una alternativa al estalinismo crudo: una nueva utopía en la que el terror y los excesos pudieron haberse evitado para volver a fomentar el desarrollo de la NEP.

Conforme la Guerra Fría cedía hacia la distensión en los setenta, una nueva generación de historiadores publicó trabajos que reacciona-

ron a la escuela totalitaria, por lo que su obra se aglutinó bajo el término de "escuela revisionista". Estipulaban, entre otras cosas, que el sistema soviético tenía apoyo debajo, en el orden social, entre no pocos miembros de la clase proletaria, y se fijaron en lógicas alternas para construir sus argumentos, como las oportunidades que ofrecía la movilidad social en el partido. Una de los máximos exponentes de esta tendencia fue Fitzpatrick, cuyos trabajos sobre la movilidad social (*Education and Social Mobility in the Soviet Union, 1921-1932,* Cambridge, Cambridge University Press, 1979) o la "revolución cultural" de Stalin (*The Cultural Front. Power and Culture in Revolutionary Russia,* Ithaca, Cornell University Press, 1992) permiten comprender más a fondo, "desde abajo", las dinámicas del gobierno estalinista y su relación con la sociedad que pretendía construir. El otro gran revisionista fue J. Arch Getty, para quien la represión soviética fue una reacción desde arriba contra el burocratismo, como expone en *Origins of the Great Purges: the Soviet Communist Party reconsidered, 1933-1938* (Cambridge, Cambridge University Press, 1985) y, más tarde —una vez abiertos los archivos—, con Oleg Naumov, en *La lógica del terror: Stalin y la autodestrucción de los bolcheviques* (Barcelona, Crítica, 2001). Gábor Rittersporn, en *Stalinist Simplifications and Soviet Complications: Social Tensions and Political Conflicts in the USSR, 1933-1953* (Chur, Harwood, 1991), demostró que las purgas capitalizaron un sentimiento generalizado de antipatía hacia la burocracia por las magras condiciones sociales. La escuela revisionista se volvió tan de moda en los ochenta, especialmente con el ascenso de Gorbachov, quien presentaba un socialismo "suave", que los historiadores conservadores como Martin Malia y Richard Pipes se obstinaron en los lugares comunes de la escuela totalitaria, reivindicados a su vez por el ascenso de Reagan en Estados Unidos. El primero escribió en 1994, a pesar de la ya para entonces amplia apertura de archivos, *The Soviet Tragedy: a History of Socialism in Russia, 1917-1991* (Nueva York, Free Press), que insistía en el disparate de que la URSS era un Estado cuyo principal instrumento era el terror al ser imposible alcanzar el socialismo. Pipes, más valioso como historiador de la Rusia prerrevolucionaria, escribió todavía en sus memorias en 2003 que varios siglos bajo un "clima" tan severo como su gobierno explicaban la tenacidad de la sociedad rusa. Sin embargo, Pipes no dijo por qué en países como Dinamarca o Suecia, con el mismo "clima severo" y varios gobiernos

igual de rígidos que los rusos durante varios siglos, no produjeron esos resultados.

En cuanto la Unión Soviética se desintegró, surgió una pléyade de textos escritos con base en trabajo archivístico, algunos ya mencionados. Aunque historiadores conservadores como Malia o Pipes se empecinaron en su visión, los nuevos hallazgos dejaron ver una complejidad sin precedentes. Ni el poder era omnipotente en ningún momento, ni los trabajadores apoyaban al gobierno con tanto fervor como sugería la escuela revisionista. Stephen Kotkin rechazó ambas posiciones y se dedicó a examinar la construcción del socialismo en una ciudad nueva, Magnitogorsk, en *Magnetic Mountain: Stalinism as Civilization* (Berkeley, University of California Press, 1995). Kotkin ubicó la originalidad del proyecto soviético en la construcción de una sociedad que no tenía que creer en los fundamentos ideológicos para emplear el "lenguaje bolchevique" y los recursos que el partido ponía a su disposición para beneficio propio. Esto quedaría más claro con el trabajo de Alexei Yurchak en *Everything Was Forever, Until It Was No More. The Last Soviet Generation* (Princeton, Princeton University Press, 2006), donde se retrata a la última generación soviética, en los setenta y ochenta, en términos similares: uno no debía creer fervientemente en el socialismo para contribuir a la construcción cotidiana del Estado soviético. Oleg Jarjordin se fijó en las prácticas cotidianas que acentuaban la aparente contradicción entre el esfuerzo individual y la pertenencia a una colectividad como lo estipulaba el régimen en *The Collective and the Individual in Russia. A Study of Practices* (Berkeley, University of California Press, 1999). Incluso hubo quienes, en el contexto nacionalista de la década de 1990, vieron en la Unión Soviética y en su diseño institucional un engendrador de naciones y nacionalismos. Fue el caso de Ronald G. Suny en *The Revenge of the Past: Nationalism, Revolution, and the Collapse of the Soviet Union* (Stanford, Stanford University Press, 1993) y de Terry Martin en *The Affirmative Action Empire: Nations and Nationalisms in the Soviet Union, 1923-1939* (Ithaca, Cornell University Press, 2001).

La época más controvertida de la historia soviética es demasiado compleja como para sintetizarse en algunas cuantas ideas o reducirse a apenas uno de sus elementos como "la represión" o "el dogma". La historiografía reciente ha desmenuzado ya muchos aspectos de la reali-

dad cotidiana en la Unión Soviética y los ha comenzado a presentar de una manera (poco) más abstraída y desinteresada que en los momentos álgidos de la Guerra Fría. No obstante, el regreso de Rusia como gran poder en el escenario internacional y el conflicto polarizador en Ucrania han vuelto a poner en el centro de la atención una reinterpretación del pasado soviético poco cautelosa y cada vez menos objetiva, no sólo en el sentido político sino también en el académico, en Rusia y en Occidente. Stephen Cohen, por ejemplo, ha tenido problemas y atraído críticas apasionadas entre sus pares estadunidenses al intentar incorporar la perspectiva del Kremlin al análisis sobre el conflicto ucraniano en artículos recientes. Desgraciadamente, el estudio de Rusia, de su historia y su realidad, no está exento aún de pasiones características de otros tiempos.

RECOMENDACIONES BIBLIOGRÁFICAS

DESDE EL *RUS* HASTA EL SIGLO XVII

Henri Pirenne, *Historia de Europa. Desde las invasiones hasta el siglo XVI,* versión española de Juan José Domenchina, México, Fondo de Cultura Económica, 1942.

Marija Gimbutas, *The Prehistory of Eastern Europe. Part I. Mesolithic, Neolithic and Copper Age Cultures in Russia and the Baltic Area,* Cambridge, Peabody Museum (Harvard University: American School of Prehistoric Research Bulletin, núm. 20), 1956.

George Vernadsky, *The Origins of Russia,* New Haven, Yale University Press, 1959.

Hans-Joachim Torke, *Die staatsbedingte Gesellschaft im Moskauer Reich. Zar und Zemlja in der altrussischen Herrschaftsverfassung, 1613-1689,* Leiden, E. J. Brill, 1974.

Richard Hellie, *Slavery in Russia, 1450-1725,* Chicago, Chicago University Press, 1982.

John L. I. Fennell, *The Crisis of Medieval Russia, 1200-1304,* Nueva York, Longman, 1983.

Charles J. Halperin, *Russia and the Golden Horde. The Mongol Impact on medieval Russian history,* Bloomington, Indiana University Press, 1985.

F. Donald Logan, *Los vikingos en la historia,* trad. de Clara Huarte, México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios), 1985.

Michael Rywkin (ed.), *Russian Colonial Expansion to 1917,* Londres, Mansell, 1988.

Paul Bushkovitch, *Religion and Society in Russia: the Sixteenth and Seventeenth Centuries,* Oxford, Oxford University Press, 1992.

Yaroslav N. Shchapov, *State and Church in Early Russia, 10th-13th centuries,* New Rochelle, A. D. Caratzas, 1993.

Daniel H. Kaiser y Gary Marker (comps.), *Reinterpreting Russian History. Readings, 860-1860's,* Oxford, Oxford University Press, 1994.

Janet Martin, *Medieval Russia, 980-1584,* Cambridge, Cambridge University Press, 1995 (ed. aumentada, 2007).

Daniel Rowland, "Moscow – the Third Rome or the New Israel?", *Russian Review,* 55 (1996), pp. 591-614.
Jonathan Shepard & Simon Franklin, *The Emergence of Rus, 750-1200,* Cambridge, Cambridge University Press, 1996.
Donald Ostrowski, *Muscovy and the Mongols: Cross-Cultural Influences on the Steppe Frontier, 1304-1589,* Cambridge, Cambridge University Press, 1998.
Sergei Bogatyrev, *The Sovereign and his Counsellors. Ritualised Consultations in Muscovite Political Culture, 1350s-1570s,* Helsinki, Academia de Ciencias y Letras de Finlandia, 2000.
Martin Dimnik, *The Dynasty of Chernigov, 1146-1246,* Cambridge, Cambridge University Press, 2003.
Andrei P. Pavlov & Maureen Perrie, *Ivan the Terrible. Profiles in Power,* Londres, Pearson-Longman, 2003.
Maureen Perrie (ed.), *The Cambridge History of Russia. Volume I: from Early Rus' to 1689,* Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

SIGLOS XVIII Y XIX

Astolphe Louis Léonor, Marqués De Custine, *La Russie en 1839,* 3ra ed., París, D'Amyot, 1846, disponible en: https://babel.hathitrust.org/cgi/pt?id=uiug.30112084202198;view=1up;seq=11 (versión en inglés: Astolphe De Custine, *Journey for Our Time: the Journals of the Marquis de Custine,* Londres, George Prior, 1980).
Jürgen Kuczynski, *Studien zur Geschichte des Kapitalismus,* Berlín, Akademie-Verlag, 1957.
Marc Slonim, *La literatura rusa,* México, Fondo de Cultura Económica (Breviarios), 1962.
Michael Confino, *Domaines et seigneurs en Russie vers la fin du XVIIIe siècle. Étude de structures agraires et de mentalités économiques,* París, Institut d'Études Slaves, 1963.
Nicholas V. Riasanovsky, *A History of Russia,* Oxford, Oxford University Press, 1963.
Reinhard Wittram, *Peter I. Czar und Kaiser. Zur Geschichte Peters der Großen in seiner Zeit,* dos volúmenes, Gotinga, Vandenhoeck & Ruprecht, 1964.

Wayne S. Vucinich (ed.), *The Peasant in Nineteenth Century Russia,* Stanford, Stanford University Press, 1968.

François-Xavier Coquin, *La Sibérie: peuplement et immigration paysanne au XIXe siècle,* París, Institut d'Études Slaves, 1969.

Jürgen Kuczynski, *Historia de la clase obrera* (40 volúmenes), CIUDAD, Creset, 1970.

Manfred Hellmann, Carsten Goehrke, Peter Scheibert & Richard Lorenz, *Rusia,* trad. de María Nolla, México, Siglo XXI, 1976 (original de 1972).

James W. Marcum, "Catherine II and the French Revolution: a reappraisal", *Canadian Slavonic Papers/Revue Canadienne des Slavistes,* vol. 16, núm. 2 (1974), pp. 187-201.

Richard Pipes, *Russia Under the Old Regime,* Nueva York, Charles Scribner's Sons, 1974.

Hugh Seton-Watson, *La decadencia de la Rusia imperial,* trad. de Berta Domínguez, México, Guarania, 1977.

Vladímir V. Nabókov, *Curso de literatura rusa,* trad. de María Luisa Balseiro, Barcelona, B de Bolsillo Maxi, 2016 (original de 1981).

Franco Venturi, *El populismo ruso,* vols. 1 y 2, trad. de Esther Benítez, Madrid, Alianza, 1981.

Edward C. Thaden (ed.), *Russification in the Baltic Provinces and Finland, 1855-1914,* Princeton, Princeton University Press, 1981.

Marc Raeff, *Comprendre l'ancien régime russe: état et société en Russie impériale,* París, Seuil, 1982.

Terence Emmons & Wayne Vucinich (eds.), *Russia: An Experiment in Local Self-Government,* Cambridge, Cambridge University Press, 1982.

Robert E. F. Smith & David Christian, *Bread and Salt. A Social and Economic History of Food and Drink in Russia,* Nueva York, Cambridge University Press, 1984.

William C. Fuller, Jr., *Civil-military Conflict in Imperial Russia, 1881-1914,* Princeton, Princeton University Press, 1985.

Gregory L. Freeze, *From Supplication to Revolution: a Documentary social History of Imperial Russia,* Oxford, Oxford University Press, 1988.

Dominic Lieven, *Russia's Rulers under the Old Regime,* New Haven, Yale University Press, 1989.

Michael Aronson, *Troubled Waters. The Origins of the Anti-Jewish Pogroms in Russia,* Pittsburgh, University of Pittsburgh Press, 1990.

John P. Le Donne, *Absolutism and Ruling Class. The Formation of the Russian Political Order, 1700-1825,* Oxford, Oxford University Press, 1991.

Alfred J. Rieber, *Merchants and Entrepreneurs in Imperial Russia,* Chapel Hill, University of North Carolina Press, 1991.

Pierre Pascal, "Le paysan dans l'histoire de la Russie", *Revue Historique,* 1 (1934), pp. 32-79, en Jean Meyer, *El campesino en la historia rusa y soviética,* México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

Isabel de Madariaga, *Catalina la grande: la rusa europea,* Madrid, Espasa Calpe, 1994.

Nikolai N. Bolkhovitinov, *Russian-American Relations and the Sale of Alaska, 1834-67,* trad. de Richard A. Pierce, Fairbanks, Limestone, 1996.

Theodore R. Weeks, *Nation and State in Late Imperial Russia: Nationalism and Russification on the Western Frontier, 1863-1914,* DeKalb, Northern Illinois University Press, 1996.

Geoffrey Hosking, *Russia: People and Empire, 1552-1917,* Londres, Harper Collins, 1997.

David Moon, *The Russian Peasantry, 1600-1930: The World the Peasants Made,* Londres, Addison Wesley Longman, 1999.

Boris N. Mironov, *A Social History of Imperial Russia, 1700-1917,* trad. de Ben Eklof, Boulder, Westview, 1999 (*Vol. 1*) y 2000 (*Vol. 2*).

Paul Bushkovitch, *Peter the Great: the Struggle for Power, 1671-1725,* Cambridge, Cambridge University Press, 2001.

Andreas Kappeler, *The Russian Empire. A Multiethnic History,* Essex, Pearson, 2001.

Orlando Figes, *Natasha's dance. A Cultural History of Russia,* Nueva York, Picador, 2002.

Barbara Alpern Engel, *Women in Russia, 1700-2000,* Cambridge, Cambridge University Press, 2003.

Walter G. Moss, *A History of Russia, vol. 1: to 1917* (2003) y *vol. 2: since 1855* (2004), Londres, Anthem.

Evgenii V. Anisimov, *Five Empresses: Court Life in Eighteenth-Century Russia,* Westport, Praeger, 2004.

Marina Ritzarev, *Eighteenth-Century Russian Music,* Burlington, Ashgate, 2006.

Dominic Lieven (ed.), *The Cambridge History of Russia. Vol. II: Imperial Russia, 1689-1917,* Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

Mark Von Hagen, *Russian Empire: Space, People, Power. 1700-1930,* Bloomington, Indiana University Press, 2007.
Charles King, *The Ghost of Freedom. A History of the Caucasus,* Oxford, Oxford University Press, 2008.
Alexei I. Miller, *The Romanov Empire and Nationalism: Essays in the Methodology of Historical Research,* Budapest, Central European University, 2008.
John Doyle Klier, *Russians, Jews and the Pogroms of 1881-1882,* Cambridge, Cambridge University Press, 2011.
Orlando Figes, *Crimea: la primera gran guerra,* trad. de Mirta Rosenberg, Barcelona, Edhasa, 2012.
Paul Bushkovitch, *Historia de Rusia,* trad. de Herminia Bevia Villalba y Antonio Resines Rodríguez, Madrid, Akal, 2013.
Faith Hillis, *Children of Rus'. Right-Bank Ukraine and the Invention of a Russian Nation,* Ithaca, Cornell University Press, 2013.
Brian Glyn Williams, *The Crimean Tatars. From Soviet Genocide to Putin's Conquest,* Oxford, Oxford University Press, 2016.

SIGLO XX

Sergei Witte, *The Memoirs of Count Witte,* trad. de Abraham Yarmolinsky, Nueva York, Doubleday, Page & Co., 1921.
X [George F. Kennan], "The Sources of Soviet Conduct", *Foreign Affairs,* vol. 25, núm. 4 (1947), pp. 566-582.
Noel F. Busch, *The Emperor's Sword. Japan vs. Russia in the Battle of Tsushima,* Nueva York, Funk & Wagnalls, 1969.
Geoffrey Hosking, *The Russian Constitutional Experiment. Government and the Duma, 1907-1914,* Cambridge, Cambridge University Press, 1973.
William G. Rosenberg, *Liberals in the Russian Revolution: The Constitutional Democratic Party, 1917-1921,* Princeton, Princeton University Press, 1974.
Hélène Carrère d'Encausse, *L'empire éclaté,* París, Flammarion, 1978.
Tsuyoshi Hasegawa, *The February Revolution. Petrograd 1917,* Seattle, University of Washington Press, 1981.
Marshall I. Goldman, *U.S.S.R. in crisis. The Failure of an Economic System,* Nueva York, W. W. Norton, 1983.

Abraham Ascher, *The Revolution of 1905,* Stanford, Stanford University Press, 1988 (*vol. 1*) y 1992 (*vol. 2*).

Mark Von Hagen, *Soldiers in the Proletarian Dictatorship: the Red Army and the Soviet Socialist State, 1917-1930,* Ithaca, Cornell University Press, 1990.

Jean Meyer (comp.), *Perestroika* (vols. 1-2), México, Fondo de Cultura Económica, 1991.

Alexander Dallin, "Causes of the Collapse of the USSR", *Post-Soviet Affairs,* vol. 8, núm. 4 (1992), pp. 279-302.

Alec Nove, *An Economic History of the USSR, 1917-1991,* Londres, Penguin, 1992.

T. Harry Rigby, "The USSR: End of a Long, Dark Night?", en Robert F. Miller (ed.), *The Developments of Civil Society in Communist Systems,* Sydney, Allen & Unwin, 1992, pp. 11-23.

Lewis H. Siegelbaum, *Soviet State and Society between Revolutions, 1918-1929,* Cambridge, Cambridge University Press, 1992.

William A. Clark, *Crime and Punishment in Soviet Officialdom. Combating Corruption in the Political Elite, 1965-1990,* Londres, M. E. Sharpe, 1993.

Yuri Slezkine, "The USSR as a Communal Apartment, or how a Socialist State Promoted Ethnic Particularism", *Slavic Review,* vol. 53, núm. 2 (1994), pp. 414-452.

John L. H. Keep, *A History of the Soviet Union, 1945-1991. Last of the Empires,* Oxford, Oxford University Press, 1995.

Archie Brown, *The Gorbachev Factor,* Oxford, Oxford University Press, 1996.

Sheila Fitzpatrick, *Stalin's Peasants. Resistance and Survival in the Russian Village after Collectivization,* Oxford, Oxford University Press, 1996.

Katherine Verdery, *What Was Socialism, and What Comes Next?,* Princeton, Princeton University Press, 1996.

William C. Fuller, Jr., "The Great Fatherland War and Late Stalinism, 1941-1953", en Gregory L. Freeze (ed.), *Russia. A History,* Oxford, Oxford University Press, 1997, pp. 374-405.

William B. Husband, "The New Economic Policy (NEP) and the Revolutionary Experiment, 1921-1929", en Gregory L. Freeze (ed.), *Russia. A History,* Oxford, Oxford University Press, 1997, pp. 307-340.

Jean Meyer, *Rusia y sus imperios (1894-1991),* México, Fondo de Cultura Económica—Centro de Investigación y Docencia Económicas, 1997 (edición aumentada de Barcelona, Tusquets, 2007).

Angela E. Stent, *Russia and Germany Reborn. Unification, the Soviet Collapse, and the New Europe,* Princeton, Princeton University Press, 1998.

Ronald Grigor Suny, *The Soviet Experiment: Russia, the USSR, and the Successor States,* Oxford, Oxford University Press, 1998.

Sheila Fitzpatrick, *Everyday Stalinism. Ordinary Life in Extraordinary Times: Soviet Russia in the 1930s,* Oxford, Oxford University Press, 1999.

Christian Gerlach, *Kalkulierte Morde. Die deutsche Wirtschafts- und Vernichtungspolitik in Weißrussland,* Hamburgo, Hamburger, 1999.

Antony Beevor, *Stalingrado,* trad. de Magdalena Chocano Mena, Barcelona, Crítica, 2000.

Michael Ellman, "The 1947 Soviet Famine and the Entitlement Approach to Famines", *Cambridge Journal of Economics,* vol. 24, núm. 5 (2000), pp. 603-630.

Charles King, *The Moldovans. Romania, Russia, and the Politics of Culture,* Stanford, Hoover Institution Press, 2000.

Robert Service, *Historia de Rusia en el siglo XX,* trad. de Carles Mercadal Vidal, Barcelona, Crítica, 2000.

Stephen Kotkin, *Armaggedon Averted: the Soviet Collapse, 1970-2000,* Oxford, Oxford University Press, 2001.

Mark Harrison, "Counting Soviet Deaths in the Great Patriotic War: Comment", *Europe-Asia Studies,* vol. 55, núm. 6 (2003), pp. 939-944.

Yuri Slezkine, *The Jewish Century,* Princeton, Princeton University Press, 2004.

Tony Judt, *Posguerra. Una historia de Europa desde 1945,* trad. de Jesús Cuéllar y Victoria E. Gordo del Rey, Madrid, Taurus, 2005.

Stephen E. Hanson, "The Brezhnev Era", en Ronald Grigor Suny (ed.), *The Cambridge History of Russia. Vol. III: The Twentieth Century,* Cambridge, Cambridge University Press, 2006, pp. 292-315.

Ronald Grigor Suny (ed.), *The Cambridge History of Russia. Vol. III: The Twentieth Century,* Cambridge, Cambridge University Press, 2006.

Irina Mukhina, *The Germans of the Soviet Union,* Londres, Routledge, 2007.

Vladislav M. Zubok, *Un Imperio Fallido. La Unión Soviética durante la Guerra Fría,* trad. de Teófilo de Lozoya y Juan Rabasseda, Barcelona, Crítica, 2008 (original de 2007).

Susan E. Reid, "Who Will Beat Whom? Soviet Popular Reception of the American National Exhibition in Moscow, 1959", *Kritika: Explorations in Russian and European History,* vol. 9, núm. 4 (2008), pp. 855-904.

Miriam Dobson, *Khrushchev's Cold Summer: Gulag Returnees, Crime, and the Fate of Reform after Stalin,* Ithaca, Cornell University Press, 2009.

Yegor Gaidar, *Collapse of an Empire. Lessons for Modern Russia,* trad. de Antonina W. Bouis, Washington DC, Brookings Institution Press, 2010.

Jeremy Smith, *Red Nations. The Nationalities Experience in and after the USSR,* Cambridge, Cambridge University Press, 2013.

Murray Frame, Boris Kolonitskii, Steven G. Marks & Melissa K. Stockdale (eds.), *Russian Culture in War and Revolution, 1914-1922, vols. 1-2,* Bloomington, Slavica, 2014.

RUSIA DESDE 1991

Michael McFaul, *The Troubled Birth of Russian Democracy: Parties, Personalities, and Programs,* Stanford, Hoover Institution, 1993.

Svetlana Boym, *Common Places. Mythologies of Everyday Life in Russia,* Cambridge, Harvard University Press, 1994.

Ian A. Bremmer & Ray Taras (eds.), *New States, New Politics: Building the Post-Soviet Nations,* Cambridge, Cambridge University Press, 1997.

Tatiana Sidorenko, *La transformación económica en la Rusia poscomunista,* México, El Colegio de México, 1997.

Michael McFaul, *Russia's Unfinished Revolution. Political Change from Gorbachov to Putin,* Ithaca, Cornell University Press, 2001.

Vadim Volkov, *Violent Entrepreneurs. The Use of Force in the Making of Russian Capitalism,* Ithaca, Cornell University Press, 2002.

Alena Ledeneva, *How Russia Really Works: the Informal Practices that Shaped Post-Soviet Politics and Business,* Ithaca, Cornell University Press, 2006.

Henry E. Hale, *Why not Parties in Russia? Democracy, Federalism, and the State,* Cambridge, Cambridge University Press, 2006.
Richard Sakwa, *Russian Politics and Society,* 4ª ed., Londres, Routledge, 2008 (original de 1993).
Nancy Ries, "Potato Onthology: Surviving Post-Socialism in Russia", *Cultural Anthropology,* vol. 24, núm. 2 (2009), pp. 181-212.
Sergei Oushakine, *The Patriotism of Despair: Nation, War, and Loss in Russia,* Ithaca, Cornell University Press, 2009.
Brian D. Taylor, *State Building in Putin's Russia. Policing and Coercion after Communism,* Cambridge, Cambridge University Press, 2011.
Stephen White, *Understanding Russian Politics,* Cambridge, Cambridge University Press, 2011.
Mark Bassin & Catriona Kelly (eds.), *Soviet and Post-Soviet Identities,* Cambridge, Cambridge University Press, 2012.
Stephen White, Richard Sakwa & Henry E. Hale (eds.), *Developments in Russian Politics 8,* Londres, Palgrave Macmillan, 2014.
Thomas F. Remington, *Politics in Russia,* 4ª ed., Londres, Routledge, 2015 (original de 2008).
Rainer Matos Franco, *Limbos rojizos. La nostalgia por el comunismo en Rusia y el mundo poscomunista,* México, El Colegio de México (en prensa).

POLONIA, UCRANIA Y BIELORRUSIA

Zenon E. Kohut, *Russian Centralism and Ukrainian Autonomy. Imperial Absorption of the Hetmanate, 1760s-1830s,* Cambridge, Harvard University Press, 1988.
Tadeusz Piotrowski, *Poland's Holocaust. Ethnic Strife, Collaboration with Occupying Forces and Genocide in the Second Republic, 1918-1947,* Londres, McFarland & Co., 1998.
Jerzy Lukowski, *The Partitions of Poland: 1772, 1793, 1795,* Reading, Addison Wesley Longman, 1999.
Valerii Karbalevich & Robert J. Valliere, "The Belarusian Model of Transformation. Alaksandr Lukashenka's Regime and the Nostalgia for the Soviet Past: an Attempt at Analysis", *International Journal of Sociology,* vol. 31, núm. 4 (2001), pp. 7-38.

Jan Kieniewicz, *Historia de Polonia,* México, Fondo de Cultura Económica, 2001 (original de 1986).

Alexei I. Miller, *The Ukrainian Question. The Russian Empire and Nationalism in the 19th Century,* Budapest, Central European University, 2003.

Stephen White, Elena Korosteleva & John Löwenhardt (eds.), *Postcommunist Belarus,* Lanham, Rowman & Littlefield, 2005.

Andrew Wilson, *Ukraine's Orange Revolution,* New Haven, Yale University Press, 2005.

Larry Wolff, *The Idea of Galicia: History and Fantasy in Habsburg Political Culture,* Stanford, Stanford University Press, 2010.

David R. Marples, *Belarus. A Denationalized Nation,* Londres, Routledge, 2012 (original de 1999).

Günther Maihold, "Ucrania: ¿el regreso de la Guerra Fría?", *Nexos* en línea, 4 de marzo de 2014: http://www.nexos.com.mx/?p=19389.

Rainer Matos Franco, "Las dos riberas del Dniéper", *Nexos,* núm. 439 (julio de 2014), pp. 16-19.

Arkady Moshes, "EU Will Likely Get a Bad Deal on Ukraine", *The Moscow Times,* 25 de agosto de 2014: http://www.themoscowtimes.com/articles/eu-will-likely-get-a-bad-deal-on-ukraine-38666.

Rajan Menon y Eugene Rumer, *Conflict in Ukraine. The Unwinding of the Post-Cold War Order,* Cambridge, Mass. The Massachusetts Institute of Technology Press, 2015.

Richard Sakwa, *Frontline Ukraine. Crisis at the Borderlands,* Londres, Tauris, 2015.

Serhii Plokhy, *The Gates of Europe. A History of Ukraine,* Nueva York, Basic Books, 2015.

Rubén Ruiz Ramas (coord.), *Ucrania. De la Revolución del Maidán a la Guerra del Donbás,* Salamanca, Comunicación Social, 2016.

OBRAS IMPORTANTES EN RUSO

Nikolái M. Karamzín, *Istoria gosudarstva Rossiískogo* (*Historia del Estado ruso*), 12 tomos, San Petersburgo, Slionin, 1816-1829.

Serguéi M. Soloviov, *Istoria Rossii s drevniéishij vremión* (*Historia de Rusia desde los tiempos antiguos*), 29 tomos, San Petersburgo, Óbshestvennaya Polza, 1851-1879.

Mijaíl S. Grushevski (Myjailo S. Hrushevsky), *Istoria Ukraíny-Rúsy* (*Historia de Ucrania-Rus*), 10 tomos, 1898-1936.

Serguéi F. Platónov, *Ócherki po istorii smúty v Moskóvskom gosudarstve XVI-XVII vv.* (*Ensayos sobre la historia de la confusión en el Estado moscovita, siglos XVI-XVII*), San Petersburgo, 1899.

Vasili O. Kliuchevski, *Kurs russkoi istorii* (*Curso de historia rusa*), 5 tomos, San Petersburgo, 1904-1921.

Arseni N. Nasónov, *Mongóly i Rus. Istoria tatarskoi polítiki na Rusí.* (*Los mongoles y el Rus. Historia de la política tártara en el Rus*), Moscú, Academia de Ciencias de la URSS, 1940.

Pável A. Jrómov, *Ekonomícheskoie razvitie Rossii v XIX-XX viekaj. 1800-1917* (*El desarrollo económico de Rusia en los siglos XIX y XX. 1800-1917*), Moscú, Gospolitizdat, 1950.

Nikolái A. Barsukov, "XX Siezd v retrospektive Jrushiova" ("El XX Congreso [del PCUS] en la retrospectiva de Jrushiov"), *Otéchestvennaya Istoria,* 6 (1996), pp. 169-170.

Stanislav G. Strumilin, *Ócherki economícheskoi istorii Rossii i SSSR* (*Ensayos sobre la historia económica de Rusia y la URSS*), Moscú, Nauka, 1996.

Piotr N. Tretiakov, *Finno-úgry, bálty i slavianie na Dnieprié i Volguie* (*Ugrofineses, bálticos y eslavos en el Dniéper y el Volga*), Moscú, Nauka, 1966.

Vadim V. Kargalov, *Vneshnepolitícheskie fáktory razvitia feodalnoi Rusí: feodálnaia Rus i kochévniki* (*Factores de política externa en el desarrollo feudal del Rus: el Rus feudal y los nómadas*), Moscú, Vysshaia Shkola, 1967.

Serguéi M. Dubrovski, *Siélskoe joziaistvo i krestianstvo Rossíi v period imperializma* (*La agricultura y la servidumbre en Rusia en el periodo imperialista*), Moscú, Nauka, 1975.

Valentín S. Diakin *et al.*, *Krizis samoderzhavia v Rossíi, 1895-1917* (*La crisis de la autocracia en Rusia, 1895-1917*), Leningrado, Nauka, 1984.

Yelena Iu. Zubkova, *Óbshestvo i refórmy, 1945-1964* (*Sociedad y reformas, 1945-1964*), Moscú, *Rossiya Molodaia,* 1993.

Andréi K. Sokolov, *Lektsii po sovietskoi istorii, 1917-1940* (*Lecciones sobre la historia soviética, 1917-1940*), Moscú, Mosgorarjiv, 1995.

Oleg V. Jlevniuk, *Politbiuró. Mejanízmy politícheskoi vlasti v 1930-e gódy* (*Politburó. Mecanismos de poder político en la década de 1930*), Moscú, ROSSPEN, 1996.

Víktor N. Zemskov, "Demografiya zaklyuchiónnyj, spetsposeléntsev i ssylnyj (30-e—50-e gódy)" ("Demografía de los prisioneros, deportados y exiliados (décadas 1930-1950)"), *Mir Rossii,* vol. VIII, núm. 4 (1999), pp. 114-124.

Valentín L. Ianin, *Srednevekóvy Nóvgorod* (*Nóvgorod medieval*), Moscú, Nauka, 2004.

Oleg V. Jlevniuk & Ioram Gorlitski (eds.), *Jolódny mir: Stalin i zavershenie stálinskoi diktatúry* (*Paz fría: Stalin y el fin de la dictadura estalinista*), Moscú, ROSSPEN, 2011.

GLOSARIO

Artiel: Cooperativa de artesanos rusos en la época imperial.

Bárshina: Trabajo obligatorio y no remunerado de los siervos rusos en el campo hasta 1861.

Blat: Cadena informal de favores interpersonales en la URSS, no necesariamente ilegal.

Bund: "Liga" en yidis. Organización política judía y socialista en el Imperio ruso (1897-1920).

Donbás: Apócope de *Donetski Baséin* ("Cuenca del río Don"). Es la parte más oriental de Ucrania, donde hay considerables minorías rusas. Es rusófona casi por completo.

Duma: 1. Consejo de boyardos de los zares hasta 1721.
2. Parlamento del Imperio ruso (1906-1917), de la República rusa (1917) y de la Federación Rusa.

Glásnost: "Transparencia". Política de liberalización de Gorbachov anunciada en 1986.

Gosplán: Agencia de Planeación Económica en la Unión Soviética.

Gulag: Apócope de *Glavnoie Upravlenie Lágueriei* ("Administración Central de Campos"). Agencia encargada de los campos de trabajo forzado para presos entre 1929 y 1960.

Inteliguentsia: Término (originalmente polaco) para referirse a la clase intelectual y cultural rusa.

Izbá: Cabaña del campesino ruso (isba en español).

Kniaz: Rey de la Rusia medieval, a veces traducido como "príncipe". Cuando va precedido de *Vieliki* ("Gran") significa "Gran Rey".

Koljoz: Apócope de *kollektívnoie joziaistvo.* Granjas colectivas de la URSS.

Komintern: Tercera Internacional o Internacional Comunista (1919-1943).

Kremlin: Conjunto amurallado en las ciudades de la Rusia medieval que protegía la plaza principal.

Kulak: Campesino enriquecido con las reformas de Stolypin, considerado "enemigo de clase" en la URSS durante la década de 1930.

Narod: "Pueblo" en ruso, en el sentido retórico y romántico.

Naródnaia Volia: "Voluntad Popular", organización revolucionaria rusa (1879-1884).

Naródnik: "Populistas" rusos de clase media en la segunda mitad del siglo XIX.

Naródnost: "Nacionalismo" conservador. Parte de la tríada ideológica de Nicolás I (1825-1855).

NEP: Nueva Política Económica de Lenin, vigente de 1921 a 1928 en la URSS.

Obrok: Renta que el siervo ruso pagaba a su señor.

Obshina: Comuna agraria rusa.

Ojrana: Abreviación de "Departamento para la Protección de la Seguridad y el Orden Públicos" (1881-1917).

Opríchnina: Política oficial de Iván IV, vigente de 1565 a 1572, parecida a un estado de excepción.

PCUS: Partido Comunista de la Unión Soviética.

Perestroika: "Reestructuración". Política económica de Gorbachov entre 1987 y 1989.

Pogrom: "Destrucción violenta". Amotinamientos violentos contra minorías étnicas, sobre todo población judía (1881-1921).

Politburó: Buró político, máximo órgano para la toma de decisiones en la URSS.

Pomiéshik: Señor feudal o terrateniente noble.

Posádnik: Vicario o jefe de gobierno electo en el Principado de Nóvgorod (siglos XII-XV).

Pravda: "La verdad". Diario bolchevique desde 1912 y principal diario soviético hasta 1991.

PSOR: Partido Socialdemócrata Obrero Ruso (1898-1918).

Rus: Término con que se conoce a los varegos, luego aplicado por la historiografía al primer Estado ruso a partir del siglo IX.

Sejm: Parlamento polaco.

Siberia (*Sibir*): Región entre los Montes Urales y el Pacífico que comprende casi toda Rusia.

Soviet: "Consejo" en ruso. Nombre de los órganos locales de poder en la URSS.

Sovnarkom: Apócope de *Soviet Naródnyj Komissárov* ("Consejo de Comisarios del Pueblo"). Primer gobierno bolchevique en 1917.

SR: Partido de los Socialistas Revolucionarios (1902-1940).

Streltsy: "Arcabuceros". Cuerpo militar de élite que cuidaba las fronteras de Rusia y el Kremlin en los siglos XVI y XVII.

Szlachta: Término polaco que designaba a la nobleza local (se pronuncia *shlajta*).

Tsar (zar): Título de los monarcas rusos desde 1547, derivado del latín *Caesar.*

Tsárskoie Seló: Población a las afueras de San Petersburgo y residencia alterna de los zares.

Tsesariévich: Título del heredero único de la corona rusa a partir del siglo XIX (tb. cesariévich).

Udiel: Infantazgos del Principado de Moscú, es decir tierras otorgadas a los miembros de la familia real que quedaban excluidos de la sucesión.

URSS: Unión de Repúblicas Soviéticas Socialistas (1922-1991).

Uskorenie: "Aceleración". Primera reforma económica de Gorbachov (1985-1987).

Vieche: Asamblea pública del Principado de Nóvgorod, con facultades legislativas.

Volga: Río más largo de Rusia y de Europa que fluye del noroeste del país hasta el Mar Caspio.

Zemliá i Volia: "Tierra y Libertad", organización revolucionaria agrarista rusa (1861-1879).

Zemstvo: Unidad de gobierno local (municipal) introducida por el zar Alejandro II en 1864.

Ziemski Sobor: "Congregación de la Tierra". Asamblea de estamentos convocada por Iván IV.

ÍNDICE GENERAL

Sumario 7
Nota sobre la transliteración 9
Introducción 15

I
Del Paleolítico a la formación de Estados 21

II
El Rus de Kiev (882-1223) 29

III
Entre este y oeste (1223-1547) 41
La Horda Dorada 41
Los principados del norte:
Vladímir-Súzdal y Nóvgorod 45
El ascenso de Moscú 51
La "Tercera Roma" 55

IV
De Moscú a San Petersburgo (1547-1762) 61
Zares terribles, épocas confusas 61
Los primeros Románov 70
Pedro I y la "occidentalización" de Rusia 79
El siglo de las zarinas 85

V
Jugando con el liberalismo (1762-1825) 91
El despotismo ilustrado:
Rusia y la Revolución francesa 91
Pablo I y la descatalinización 98

El reformismo moderado: Alejandro I 103
Los significados de 1812 108
La revuelta decembrista 112

VI
El rompecabezas autocrático (1825-1855) 119
"Ortodoxia, Autocracia, Nacionalismo" 119
El desarrollo de la economía industrial 121
La periferia: autonomías, nacionalismos, resistencias 125
Vida cultural e inteliguentsia 131

VII
La época de las reformas (1855-1881) 141
La Guerra de Crimea 141
La abolición de la servidumbre y las reformas secundarias 143
Expansionismos: Siberia, Asia central y la última victoria del Imperio 150
Los años dorados del populismo ruso 154

VIII
Las últimas décadas de la autocracia (1881-1905) 159
Alejandro III y las contrarreformas 159
La rusificación y la "Cuestión judía" 160
La economía imperial de cara al siglo XX 169
El movimiento revolucionario en el cambio de siglo 174

IX
La era de las promesas (1905-1917) 179
La "Revolución" de 1905 179
La década anacrónica (1906-1916) 186
1917 195

X
Los años de las cifras descomunales (1918-1945) 203
La Guerra Civil 203
La NEP y el curioso decenio de 1920 214

Los complicados años treinta 221
La Gran Guerra Patriótica 228

XI
Criogenias y escaldaduras (1945-1991) 239
El estalinismo tardío y el inicio de la Guerra Fría 239
El deshielo de Jrushiov y las crisis internacionales 246
Veinte años de contrastes: la época de Brézhnev 254
El canto del cisne: Gorbachov y sus reformas 262

XII
La Federación Rusa (1992-2016) 273
Borís Yeltsin y la turbulenta década de 1990 273
La era de Putin 284
Nota sobre el conflicto en Ucrania (2013-2016) 293

Nota bibliográfica 299
Recomendaciones bibliográficas 307
Glosario 319

Historia mínima de Rusia
se terminó de imprimir en noviembre de 2017
en los talleres de Gráfica Premier, S. A. de C. V.,
Calle 5 de febrero 2309, col. San Jerónimo Chicahualco,
52170, Metepec, Estado de México
Portada: Pablo Reyna.
Composición tipográfica y cuidado editorial:
Ala de Mosca, servicios editoriales.
Dirección de Publicaciones
de El Colegio de México.